



Kylland

Mia Sheridan

Phoebe

Kyland

Mia Sheridan

Traducción de María José Losada



Phoebe

Título original: *Kyland*

Primera edición: septiembre de 2017

Copyright © 2015 by Mia Sheridan

Published by arrangement with Bookcase Literary Agency and Brower Literary Management

© de la traducción: M^a José Losada Rey, 2017

© de esta edición: 2017, Ediciones Pàmies, S. L.

C/ Mesena, 18

28033 Madrid

phoebe@phoebe.es

ISBN: 978-84-16970-44-5

BIC: FRD

Fotografía: Shutterstock

Diseño de portada: Mia Sheridan

Maquetación y rótulos de portada: Calderón Studio

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

*Este libro está dedicado a Shirley.
Gracias por ser mi fan número dos, y por dar a luz a mi fan número uno.*

ÍNDICE

LA LEYENDA DE TAURO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO EXTRA

LA LEYENDA DE TAURO

Dice la leyenda de Tauro que Cerus era un toro errante y solitario. A pesar de que no era inmortal, la mayoría de la gente pensaba que lo era debido a su increíble fuerza.

Cerus era salvaje e incontrolable, no pertenecía a nadie. Un día, Perséfone, la diosa de la primavera, lo encontró pisoteando un campo de flores y se acercó a él. La belleza y dulzura de la joven lo calmaron, y se enamoró de ella por completo. La diosa domesticó a Cerus, le enseñó a tener paciencia y cómo usar su fuerza con inteligencia.

En otoño, cuando Perséfone se marcha al Hades, Cerus viaja al cielo y se convierte en la constelación de Tauro. En primavera, cuando Perséfone regresa a la tierra, Cerus se reúne con ella. En ese momento, ella se sienta sobre su espalda y él corre, atravesando los campos iluminados por el sol mientras ella hace que florezcan todas las plantas y flores.

1

Tenleigh *A los diecisiete años*

La primera vez que me di cuenta realmente de que Kyland Barrett existía, él estaba apropiándose del desayuno que alguien había dejado abandonado en una mesa de la cafetería. En una reacción automática por mi parte, alejé la mirada, dejando que conservara la dignidad. Pero después lo miré por encima del hombro mientras caminaba en mi dirección hacia las puertas, todavía tenía la boca llena con restos de comida. Nuestros ojos se encontraron; los suyos brillaron brevemente, y luego entornó los párpados. Una vez más aparté la vista, en esa ocasión con las mejillas ardiendo, como si acabara de entrometerme en un momento íntimo. Y así era. Lo sabía muy bien. Yo había hecho lo mismo. Sabía lo que era la vergüenza. Y también sabía lo que era que te doliera de hambre el estómago vacío un lunes por la mañana después de un largo fin de semana. Era evidente que Kyland también lo sabía.

Por supuesto, lo había visto antes de ese momento. Cualquier mujer que se cruzara con él se hubiera girado a mirarlo, con aquellos llamativos rasgos, su altura y su sólida constitución. Pero esa fue la primera vez que lo vi de verdad, la primera vez que sentí una punzada de simpatía en el pecho hacia el chico que siempre parecía lucir una expresión de indiferencia, como si no le importara demasiado ninguna persona o cosa. Ya entonces estaba muy al tanto de que había hombres a los que todo les daba igual, y ese era un problema al que no quería enfrentarme.

Sin embargo, no todas las chicas del instituto tenían los mismos escrúpulos que yo, porque cuando Kyland tenía compañía, siempre era femenina.

El nuestro era un instituto grande, donde acudíamos los chicos de tres pueblos cercanos. Había coincidido en algunas clases con Kyland a lo largo de los tres años y medio que llevábamos cursando secundaria; en esas ocasiones, él siempre estaba sentado al fondo del aula, y rara vez decía una palabra. Yo siempre me sentaba en la parte de delante para ver bien la pizarra; estaba segura de que era miope, pero no nos podíamos permitir una revisión de la vista y menos unas gafas. Sabía que él sacaba buenas notas, así que debía de ser inteligente a pesar

de su actitud aparentemente indiferente. Pero después de aquel día en la cafetería, no pude evitar mirarlo de una forma distinta, y era como si mis ojos siempre estuvieran tropezándose con él. Lo buscaba en el abarrotado pasillo repleto de adolescentes que se movían hacia sus respectivas aulas lentamente, como ganado conducido a pastos más verdes, en la cafetería o caminando delante de mí. La mayoría de las veces me lo encontraba con las manos metidas en los bolsillos y la cabeza gacha, como si estuviera enfrentándose a un fuerte viento. Me gustaba observar cómo se movía, y me gustaba más que él no lo supiera. Ahora sentía curiosidad por Kyland. De repente, aquella expresión suya me parecía más cautelosa que indiferente o pasota. Sabía algo sobre él. Vivía al pie de las montañas, como yo. Y al parecer, no tenía suficiente para comer, pero no era poca la gente que pasaba hambre en esa zona.

En medio de las verdes laderas, con impresionantes vistas a las montañas, cascadas y puentes, se encuentra Dennville, Kentucky, una parte de los montes Apalaches que avergonzaría a cualquier barrio urbano, donde la desesperanza es tan común como los robles blancos, y el desempleo es más la regla que la excepción.

Mi hermana mayor, Marlo, había dicho en una ocasión que Dios había creado los Apalaches y luego se había largado lo más rápido que había podido para no regresar nunca. En mi interior, sospechaba que la gente decepcionaba más a Dios que a la inversa. Pero ¿qué sabía yo de Dios realmente? Ni siquiera pisaba la iglesia.

Lo que entendía era que en un lugar como Dennville, Kentucky, la regla de Darwin era más que aplicable: solo sobrevivían los más fuertes.

Dennville no siempre había estado tan mal. Había habido un momento, cuando la mina de carbón estaba en su apogeo, en el que las familias disfrutaban de unos salarios dignos, aunque los tuvieran que complementar con cupones de alimentos. Fue entonces cuando surgieron algunos negocios prósperos en el pueblo, empleos para los que querían trabajar y gente con algo de dinero que gastar. Incluso aquellos de nosotros que vivíamos en las montañas, en una triste colección de cabañas, chozas o caravanas —los más pobres de los pobres—, teníamos lo suficiente para sobrevivir. Pero entonces, había habido una explosión en la mina. Los medios dijeron que era la peor tragedia minera de los últimos cincuenta años. Murieron sesenta y dos hombres, la mayoría con familias que dependían de ellos. El padre y el hermano mayor de Kyland perdieron la vida ese día. Después, él vivió en una casita un poco retirada, cerca de la mina, a los pies de la montaña, con su madre, que era inválida. No sabía

exactamente qué enfermedad padecía.

En cuanto a mí, vivía con mi madre y mi hermana en un pequeño remolque enclavado en un bosque de pinos. Los meses de invierno, el viento ululaba a través de la caravana y la sacudía de una forma tan violenta que estaba segura de que acabaría volcándola. Sin embargo, se las había arreglado para mantenerse firme hasta el momento. De alguna forma, todos en la montaña habíamos logrado conservar nuestras propiedades. Hasta ahora.

Un día a finales de otoño, mientras caminaba por la carretera que conducía a la caravana, encogida dentro del jersey mientras el viento me azotaba el pelo, observé que Kyland caminaba unos metros por delante de mí. De repente, Shelly Galvin me adelantó corriendo para alcanzarlo, y él se volvió y asintió con la cabeza mientras ella se ponía a la par, respondiendo a algo que le había dicho. Los perdí de vista al doblar una curva y me concentré en mis pensamientos. Unos minutos más tarde, cuando yo misma llegué a la curva, vi que no estaban a la vista, pero al pasar junto a unos nogales, oí la risa de Shelly. Me detuve a observar; Kyland la apretaba contra un árbol y la besaba como si fuera un indomable animal salvaje. Ella estaba de espaldas a mí y solo podía ver la cara de él. No sé por qué me quedé allí, mirándolos, entrometiéndome claramente en su privacidad en lugar de seguir mi camino. Pero había algo en la forma en la que Kyland cerraba los ojos, en su expresión concentrada mientras movía la boca sobre la de Shelly, que me hizo apretar las piernas de una forma que el calor inundó mis venas y la lujuria se apoderó de mí. Vi cómo movía la mano hasta su pecho, mientras ella gemía en respuesta. Mis propios pezones se endurecieron como si estuviera tocándome a mí. Alargué la mano para sujetarme al árbol más cercano, y debí de hacer algún ruido que llamó su atención, porque abrió los ojos y me miró sin dejar de besarla, con las mejillas ahuecadas mientras hacía algo con la lengua. Solo podía imaginar qué. Y estaba haciendo precisamente eso, imaginándolo, hasta que una oleada de vergüenza inundó mi rostro cuando nuestras miradas se encontraron. Entrecerró los ojos. Cuando la realidad me aplastó, me eché hacia atrás, avergonzada.

Y celosa. Aunque eso no quería reconocerlo. No, eso traía problemas y no quería nada de eso.

Me di la vuelta y después corrí durante el resto del camino hasta donde estaba la caravana en la que vivía. Abrí bruscamente la puerta metálica para entrar y la cerré a mi espalda antes de hundirme en el sofá, sin aliento.

—Por Dios, Tenleigh —canturreó mi madre, que se encontraba de pie ante la pequeña cocina, revolviendo algo que olía a sopa de patata en una olla sobre los

fogones eléctricos. La miré con la respiración todavía acelerada. Gemí para mis adentros al ver que llevaba una bata y la cinta que la designaba «Miss Rayo de Sol de Kentucky» cruzada sobre su pecho. El día iba a ser de los malos. En más de un sentido.

—Hola, mamá —la saludé—. Hacía frío ahí fuera. —Fue la única explicación que se me ocurrió—. ¿Quieres que te ayude?

—No, no, está todo controlado. Estaba pensando en llevarle algo caliente a Eddie, al pueblo. Le gusta la sopa de patata, y esta noche hará mucho frío.

Hice una mueca.

—Mamá, Eddie está en casa con su esposa y el resto de la familia. No puedes llevarle sopa de patata.

Una nube atravesó los rasgos de mi madre, pero luego sonrió, sacudiendo la cabeza.

—No, no, la ha dejado, Tenleigh. No es una mujer adecuada para él. Me ama a mí. Y esta noche hará frío. El viento... —Continuó revolviendo la sopa mientras tarareaba una melodía sin nombre, sonriendo para sí misma.

—Mamá, ¿te has tomado hoy la medicina? —pregunté.

Levantó la cabeza. Primero me miró con confusión, pero pronto me dirigió una sonrisa.

—¿Medicina? ¡Oh, no, nena! No necesito tomar más esa medicina. —Movié la cabeza—. Solo me da ganas de dormir todo el rato... Y ahora me siento feliz... —Frunció la naricita como si fuera la cosa más tonta del mundo—. No, he tirado esas pastillas. Y ¡me siento maravillosa!

—Mamá, Marlo te ha dicho cientos de veces que no puedes dejar de tomar el medicamento. —Me acerqué a ella y le puse la mano en el brazo—. Mamá, te sentirás bien durante un rato, pero luego ya no. Sabes que tengo razón.

Su expresión cambió un poco mientras paraba de revolver la espesa sopa. Luego movió la cabeza de nuevo.

—No, esta vez será diferente. Ya lo verás. Y esta vez, Eddie nos llevará a todas a una bonita casa. Se dará cuenta de que me necesita con él... Que nos necesita a todas.

Hundí los hombros derrotada. Estaba demasiado cansada para enfrentarme a esto.

Mi madre subió la mano y se ahuecó el pelo castaño —el mismo color que yo había heredado de ella—, y sonrió de nuevo.

—Todavía soy guapa, Tenleigh. Eddie siempre ha dicho que soy la mujer más hermosa de Kentucky. Y tengo esta banda que demuestra que no miente. —Su

mirada se volvió soñadora como siempre que hablaba de su título de Miss Rayo de Sol, que había ganado cuando tenía mi edad. Se volvió hacia mí y me guiñó un ojo. Me acarició un mechón de cabello antes de sonreír—. Eres tan guapa como yo —aseguró, pero luego frunció el ceño—. Me gustaría tener dinero para que participaras en algunos concursos. Apuesto lo que sea a que ganarías igual que lo hice yo. —Suspiró profundamente y se dio la vuelta para seguir removiendo la sopa.

Me sobresalté cuando la puerta se abrió y entró Marlo súbitamente, con las mejillas encendidas y respirando con dificultad.

—Por Dios —exclamó, sonriéndome—. Menudo viento hace.

Asentí con la cabeza, sin devolverle la sonrisa, mientras hacía un gesto con los ojos en dirección a nuestra madre, que estaba vertiendo la sopa en un recipiente de plástico. La expresión de mi hermana se volvió seria al instante.

—Hola, mamá, ¿qué estás haciendo? —preguntó mientras se quitaba la cazadora y la dejaba a un lado.

Mi madre la miró con una sonrisa.

—Le voy a llevar sopa a Eddie —informó mientras ponía la tapa al recipiente antes de llevarlo a la zona de la caravana destinada a salón y comedor.

—No lo vas a hacer, mamá —aseguró Marlo en tono amargo.

—¿Por qué? Claro que voy a hacerlo —respondió ella.

—Dame esa sopa, mamá. Tenleigh, ve a buscar la medicina.

Mi madre comenzó a sacudir la cabeza vigorosamente cuando pasé junto a ella para ir en busca de la medicación. Se trataba de unas pastillas que conseguíamos pagar a duras penas, un medicamento que adquiría con las ganancias que obtenía limpiando el suelo y el polvo en Rusty's, los almacenes para todo del pueblo, propiedad de uno de los mayores gilipollas que conocía. El medicamento que Marlo y yo comprábamos aunque después no tuviéramos dinero para comer.

Oí una pelea a mi espalda y corrí al cuarto de baño, donde cogí con manos temblorosas el frasco con las pastillas de mi madre del estante de las medicinas.

Cuando regresé de nuevo al espacio más amplio del remolque, mamá estaba llorando y la sopa derramada por el suelo y por encima de mi hermana. Mi madre se dejó caer de rodillas en el suelo antes de hundir la cara entre los dedos, lamentándose. Marlo cogió el medicamento. Noté que también a ella le temblaban las manos.

Se arrodilló junto a nuestra madre y la abrazó mientras ella se mecía.

—Sé que todavía me ama, Mar. Sé que lo hace —gimió mi madre—. Soy guapa. Mucho más guapa que ella.

—No, mamá, él no te ama —contradijo Marlo con suavidad—. Lo siento mucho, pero no lo hace. Nosotras sí te queremos. Tenleigh y yo, te queremos. Mucho. Y te necesitamos, mamá.

—Quiero que alguien cuide de nosotras. Solo necesitamos a alguien que nos ayude. Eddie nos ayudará si...

Pero ese pensamiento se perdió entre sus sollozos mientras Marlo la acunaba, sin añadir una palabra más. Nada de lo que dijera serviría de nada, y menos cuando se ponía así. Al día siguiente se quitaría la banda. Sí, mañana se quedaría en la cama todo el día. Dentro de unos días, el medicamento comenzaría a hacer efecto y todo volvería poco a poco a la normalidad. Luego decidiría que no lo necesitaba más y dejaría de tomarlo sin decirnos nada, por lo que volveríamos a encontrarnos en una situación similar. Me preguntaba si era normal que una chica de diecisiete años estuviera tan cansada como yo. Cansada hasta los huesos.

Ayudé a Marlo con mamá y le dimos la medicina acompañada de un vaso de agua. Luego la llevamos a la cama y regresamos en silencio al salón. Limpiamos la sopa del suelo, recogiendo con la cuchara toda la que pudimos. No estábamos en posición de desperdiciar comida, incluso aunque hubiera estado en el suelo. Más tarde, la servimos en unos tazones y la tomamos de cena. Estuviera sucia o no, sirvió para llenarnos el estómago.

2

Tenleigh

—Hola, Rusty —dije mientras entraba en los almacenes donde trabajaba cuatro días a la semana después de clase. Respiraba con dificultad, empapada por la lluvia. Me pasé la mano por el pelo. En el exterior, comenzaba a escampar.

—Vuelves a llegar tarde. —Rusty frunció el ceño.

Me encogí por dentro ante su tono áspero y miré el reloj. Recorrer a pie los diez kilómetros que separaban los almacenes del instituto en una hora y cuarto era imposible. Corría durante una buena parte del camino y, por lo general, llegaba sudando y jadeando.

—Son solo dos minutos, Rusty. Luego me quedaré más tiempo, ¿vale? —Le brindé mi mejor sonrisa. Él frunció el ceño un poco más.

—Te quedarás quince minutos más porque había una botella rota en el *pack* que le vendí a Jay Crowley esta mañana.

Apreté los labios.

El hecho de que Jay Crowley estuviera comprando cerveza a primera hora de la mañana no me resultaba sorprendente, pero no sabía por qué me echaba la culpa a mí. Era Rusty el que abría las cajas. Aun así, asentí sin decir una palabra, y me fui a la trastienda en busca del delantal y la escoba.

Era el primer día del mes, así que me tocaba limpiar y organizar los estantes, y debía hacerlo con rapidez porque aproximadamente dentro una hora, cuando estuvieran acreditados los cupones para alimentos, Rusty's se vería inundado por gente con carros llenos de refrescos. Era un fraude en toda la extensión de la palabra, la gente cogía el cheque de quinientos dólares que daba el gobierno a una familia de cuatro miembros cada mes para comida, compraba refrescos en la gasolinera de JoJo a un dólar cada uno y luego se los vendían a Rusty por cincuenta centavos, convirtiendo la ayuda gubernamental en doscientos cincuenta dólares de dinero en efectivo. Dinero con el que luego compraban cigarrillos, licores, billetes de lotería, metanfetamina... Artículos que no se podían adquirir con los cupones. Y Rusty estaba más que dispuesto a colaborar, no le importaba que eso significara que algunos niños iban a quedarse sin cenar. Si tenía que ser justa, sin embargo, era consciente de que si no fuera Rusty quien

comprara los refrescos, lo haría otra persona. Así era como funcionaban las cosas aquí.

Un par de horas después, la multitud se había reducido por fin. Estaba limpiando de nuevo el polvo de uno de los estantes inferiores cuando sonó el timbre de la puerta. Seguí ocupada, aunque levanté la vista cuando por el rabillo del ojo vi que alguien abría la puerta del refrigerador de la pared trasera. Mis ojos se encontraron con los de Kyland Barrett cuando se dio la vuelta, y me levanté, quedando frente a la estantería. Bajé la mirada a su mano, con la que se guardaba un sándwich en la cazadora. Abrió mucho los ojos y me contempló con sorpresa durante un breve instante antes de que levantara la vista para mirar. Oí unos pasos bruscos que me hicieron girar la cabeza. Rusty avanzaba por el pasillo con el ceño fruncido mientras Kyland seguía ante mí, con un sándwich en la mano que todavía no había ocultado por completo en el interior de la cazadora. Si me movía, lo pillaría en flagrante delito. Tomé la decisión en una fracción de segundo. Me dejé caer sin gracia, golpeando con los brazos lo que seguramente no eran más que Cheerios rancios —unos cereales sin azúcar que jamás vendía—, al tiempo que emitía un grito. No sabía exactamente por qué lo hacía, quizá porque la mirada de sorpresa de Kyland había llegado a una parte de mí, o quizá porque los dos comprendíamos lo que era el hambre. Sin duda no fue porque imaginara que aquella rápida acción alteraría por completo el curso de mi vida.

Di un paso con torpeza entre las cajas, volviendo a golpearlas y provocando que los cereales se derramaran por el suelo.

—¿Qué te pasa, estúpida? —exigió Rusty a gritos mientras se agachaba para recoger una caja al tiempo que Kyland se alejaba de nosotros dos—. Quedas despedida. Ya te he aguantado lo suficiente. —Al oír la puerta, me puse en pie con rapidez. Volví a establecer un contacto visual con Kyland cuando se volvió, tenía los ojos muy abiertos y una expresión indescifrable. Vi que se detenía un instante con un estremecimiento, y luego la puerta se cerró tras él.

—Lo siento, Rusty, ha sido solo un accidente. Por favor, no me despidas. —Necesitaba ese trabajo. Por mucho que odiara suplicar, otras personas dependían de mí.

—Ya te he dado suficientes oportunidades. Mañana pondré un anuncio. —Me señaló mientras me miraba con frialdad—. Deberías haber apreciado lo que tenías y haberte esforzado un poco más. No llegarás muy lejos en la vida a pesar de esa cara bonita a no ser que te centres un poco.

Era consciente de ello. Muy consciente. Lo único que tenía que hacer era mirar

a mi madre para constatar ese hecho.

El pulso me resonaba en los oídos y sentía calor en el cuello. Me quité el delantal y lo dejé caer al suelo mientras Rusty continuaba murmurando sobre los ingratos que no apreciaban su ayuda.

Abandoné la tienda unos minutos después, cuando el sol se ocultaba por detrás de las montañas, a mi espalda, inundando el cielo de tonos rosados y anaranjados. El aire era frío y traía un intenso olor a lluvia y a pinos. Respiré hondo, rodeándome con los brazos. Me sentía perdida y derrotada. Que me hubieran despedido eran muy malas noticias. Marlo iba a matarme. Gemí en voz alta.

—¿Qué más puede pasarme? —susurré al universo. Pero no había sido él el responsable de mi estúpida acción. Era culpa mía.

A veces, mi vida me parecía ínfima. Quizá debía preguntarme por qué aquellos con vidas tan insignificantes teníamos que sufrir un dolor tan grande. No me parecía justo.

Me metí las manos en los bolsillos y comencé a caminar hacia la base de la montaña, con la mochila de los libros colgada del hombro. En la primavera y el verano, conseguía leer mientras caminaba, pues conocía el camino lo suficientemente bien como para concentrarme en el libro. Los coches no solían frecuentar esa carretera, y si lo hacían, me enteraba con tiempo suficiente. Pero cuando llegaba el otoño, salía de Rusty's demasiado tarde —algo que ya no iba a ser un problema—, por lo que me perdía en mis pensamientos. Y esa noche no fue diferente. De hecho, necesitaba distraerme y dejarme llevar por mis sueños. Necesitaba disfrutar de la esperanza de que la vida no sería siempre tan difícil. Imaginé que ganaba la Beca Tyton Coal, a la que aspiraba desde que empecé la secundaria. Cada año, uno de los mejores estudiantes era premiado con esa beca, lo que le permitía asistir durante cuatro años a la universidad con todos los gastos pagados. Si la conseguía, sería capaz de salir de Denville, me alejaría de la pobreza y la desesperación, de los fraudes del bienestar y de las drogas para dormir feliz. Por fin sería capaz de ayudar a mi madre y a Marlo, podría llevármelas de aquí, proporcionaría a mi madre la ayuda profesional que necesitaba en lugar de un médico de la seguridad social con los ojos hundidos del que sospechaba que estaba compinchado con el traficante de las pastillas. Entonces, pararía en Rusty's antes de marcharme del pueblo y le diría que se metiera una caja de Cheerios rancios por su huesudo culo pulgoso.

Al doblar la curva hacia las montañas, vi a la anciana señora Lytle sentada en los escalones del porche de la oficina de correos, ahora cerrada, comiendo el

último trozo de un sándwich. Entrecerré los párpados y sonreí cuando nuestros ojos se encontraron. Clavé los ojos en el paquete que sostenía en la mano, «Mixto de Rusty's» con la fecha de hoy en números rojos. Era el que Kyland Barrett había robado diez minutos antes.

—Buenas tardes, señora Lytle —saludé.

Ella respondió moviendo la cabeza mientras se tomaba el último bocado de sándwich con una expresión triste. La señora Lytle formaba parte del paisaje de este lugar... Una alcohólica que deambulaba por las calles del pueblo, murmurando para sus adentros mientras pedía dinero a los vecinos para financiar su adicción. Había perdido a tres hijos ya adultos y a su marido en el accidente de la mina. Yo sospechaba que estaba deseando seguirlos cuanto antes.

—¿Estará bien esta noche, señora Lytle? —pregunté, hundiendo más profundamente las manos en los bolsillos. No es que pudiera ofrecerle otra cosa si no fuera así, pero quería que supiera que me importaba. Quizá con eso llegara.

Ella asintió, dejando de masticar.

—¡Oh! Creo que sí —arrastró las palabras—. Iré a algún lugar después de que termine de disfrutar del espectáculo. —Señaló con la cabeza la puesta de sol.

Asentí yo también al tiempo que dejaba escapar un suspiro.

—Buenas noches entonces —deseé con una sonrisa.

—Buenas noches.

Cuando empecé a recorrer el camino de tierra que llevaba a la montaña, alguien surgió delante de mí, haciendo que soltara un grito de sorpresa mientras me detenía en seco y retrocedía hasta el medio de un charco de barro. Kyland.

Resoplé.

—¡Me has asustado! —Me salí del barro, sintiendo que la humedad llegaba hasta mis calcetines, dado que las suelas estaban rotas o desprendidas.

«¡Genial! ¡Gracias, Kyland!».

Bajé la mirada a los pies, pero no mencioné los zapatos arruinados. Él me miró con los ojos entrecerrados, estudiándome durante unos instantes.

—¿Por qué has hecho eso en la tienda? ¿Por qué me has ayudado? —Tenía los dientes apretados con ira.

Lo observé entornando los párpados al tiempo que inclinaba la cabeza. ¿Estaba enfadado conmigo? ¿Por qué?

—¿Y tú por qué le has regalado el sándwich a la señora Lytle? —espeté—. ¿Por qué no te lo has comido tú? —Crucé los brazos—. Sé que necesitas la comida. —Bajé la mirada al suelo al mencionar aquel momento compartido en la cafetería, cuando nuestros ojos se encontraron. Pero luego la alcé con rapidez.

Él no me respondió, y ambos nos quedamos mirándonos en silencio durante unos minutos.

—¿Te ha despedido? —dijo finalmente.

Su expresión era tensa y seria, y no pude dejar de admirar su fuerte mandíbula, la línea recta de la nariz, la plenitud de sus labios. Suspiré. No era bueno que percibiera esas cosas.

—Sí, me ha despedido.

Kyland se metió las manos en los bolsillos y, cuando empecé a caminar, me imitó, maldiciendo por lo bajo.

—¡Joder! Necesitas ese trabajo.

Solté una risa carente de diversión.

—¿De verdad? No, solo barría el suelo porque el encantador carácter de Rusty es inspirador. Oh, sí... Ojalá hubiera más Rustys en el mundo. —Me puse la mano sobre el corazón como si estuviera llena de amor y admiración.

Si a Kyland le hizo gracia mi sarcasmo, no lo demostró.

—Lo que has hecho ha sido realmente estúpido.

Me detuve y me volví hacia él, que también se quedó quieto.

—No estaría de más que me dieras las gracias. Rusty hubiera presentado cargos en menos que canta un gallo. Le hubiera alegrado el día. Quizá incluso su patética vida.

Kyland miró detrás de mí, al horizonte. Se mordió el labio inferior y frunció el ceño antes de volver a clavar en mí los ojos.

—Sí, lo sé. —Deslizó los ojos por mi cara lentamente. Me moví mientras me estudiaba, preguntándose qué estaba pensando—. Gracias.

Me tomé mi tiempo para estudiarlo ahora que estaba más cerca. Me sostuvo la mirada con unos ojos grises rodeados de espesas pestañas negras. Era difícil odiar a alguien tan guapo. Otra injusticia más de la vida, porque hubiera querido odiar de verdad al chico que tenía frente a mí. En cambio, aparté la vista y me puse de nuevo en movimiento. Él se acomodó a mi paso y caminamos en silencio durante varios minutos.

—No tienes que acompañarme.

—Es peligroso que una niña ande sola en la oscuridad. Quiero asegurarme de que no te ocurre nada malo.

Tomé aire.

—Pues las evidencias dicen lo contrario.

Kyland soltó una risa, sorprendido.

Me coloqué mejor la mochila.

—De todas formas, ¿una niña? Tengo la misma edad que tú. Quizá más. Cumpló dieciocho en mayo.

Me miró.

—¿Qué día? —me desafió, adelantándose y caminando hacia atrás mientras me miraba de frente.

—El dos de mayo.

Abrió mucho los ojos.

—Imposible. Ese día es mi cumpleaños.

Me detuve, sorprendida.

—¿A qué hora naciste? —pregunté.

—No lo sé exactamente. De madrugada.

Me puse a caminar de nuevo y acomodó sus pasos a los míos.

—Yo por la tarde —reconocí de mala gana. Percibí su expresión de satisfacción con el rabillo del ojo y apreté los labios.

—En serio —insistió un minuto después—, tienes que tener cuidado. En la montaña hay lince.

Suspiré.

—Los lince son la menor de mis preocupaciones.

—Ya, piensas eso porque no se ha detenido uno de ellos hambriento delante de ti. Entonces se convertiría en tu mayor preocupación.

Solté una risita divertida, que hizo que Kyland me mirara.

—Y ¿qué es exactamente lo que harías tú si ahora mismo apareciera un lince en el camino, Kyland Barrett?

—Sabes cómo me llamo —dijo con sorpresa.

Apreté el paso.

—Es un pueblo pequeño. Todos nos conocemos, ¿no?

—No. Yo no lo hago. No quiero conocer la historia de nadie, ni siquiera su nombre.

Ladeé la cabeza mientras lo miraba.

—¿Por qué?

—Porque cuando gane la beca Tyton Coal y me largue de aquí, no quiero llevar conmigo información inútil de este agujero de mierda.

Me volví hacia él, sorprendida.

—¿Quieres conseguir la beca?

Arqueó una ceja.

—Sí, ¿te sorprende? ¿Es que no conoces mi nombre por haberlo visto en las listas de los mejores estudiantes?

—Er... es decir... —De pronto, Kyland sonrió, haciendo que lo mirara pasmada. Nunca lo había visto sonreír de esa manera, ni una sola vez, y era algo que transformaba su rostro en algo realmente hermoso. Lo miré boquiabierta durante un momento antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo y acelerar de nuevo. Él se puso a mi lado enseguida. Sacudí la cabeza, sintiendo que estaba perdida, tratando de recordar de qué habíamos estado hablando. De la beca... Sí, estaba sorprendida. Había visto su nombre en esas listas que él mencionaba, pero no me imaginaba que hubiera solicitado la beca Tyton Coal. Nunca había pertenecido a ningún grupo de estudio o curso de preparación. Siempre estábamos yo, Ginny Rawlins y Carrie Cooper. Sabía que ellas sí la habían pedido porque habíamos hablado del tema. Me parecían mis principales competidoras. Kyland, a pesar de que tenía muy buenas calificaciones, siempre parecía al margen del asunto.

—¿Cómo es posible que vayas a ganar una beca que voy a conseguir yo? —pregunté, arqueando una ceja.

Kyland me lanzó una mirada rápida con una expresión divertida mientras negaba con la cabeza.

—Otra casualidad —aseguró sonriendo—. Pero hace que todo sea más interesante, ¿no crees?

Suspiré con suavidad. No era interesante. Necesitaba esa beca. Pero por duro que me resultara reconocerlo, Kyland tenía muchas posibilidades de conseguirla también. Hasta ese momento no me imaginaba que tuviera que preocuparme de eso.

Caminamos en silencio durante unos minutos más.

—¿Shelly no se pondrá como loca al saber que tú... proteges a otra chica de los lince?

Me miró confundido.

—¿Shelly? ¿Por qué iba a ...? —Se rio—. Oh, ya... —Negó moviendo la cabeza y se pasó la mano por el cabello castaño dorado. Noté que era espeso y brillante, y que se rizaba a la altura del cuello—. Shelly y yo solo somos amigos.

Arqué las cejas, pero opté por no comentar nada al respecto. Ya tenía suficientes cosas de qué preocuparme para interesarme por a quién estaba besando Kyland Barrett.

—Entonces, ¿a dónde irás si ganas la beca? —«Aunque no lo harás».

—Lejos de aquí.

Asentí con la cabeza y me mordí el labio.

—Sí —comenté simplemente. Kyland miraba hacia la izquierda mientras

caminábamos frente a una casa de madera pintada de azul situada justo detrás de la carretera. El bosque se extendía ante nosotros, sin una sola luz. Cuando volvió a mirarme, hizo una pequeña mueca.

—Bien, gracias, Kyland. Has sido muy caballeroso al acompañarme hasta la montaña, ¿sabes? A pesar de que has conseguido que me despidieran, que mi único par de zapatos quedara arruinado y me has robado mi cumpleaños. —Seguí caminando y cuando siguió junto a mí, riéndose por lo bajo de lo que yo había dicho, lo miré interrogante—. Solo tengo que subir por ahí, espero que no haya lince en el trozo que me queda. —Sonreí nerviosa. No sabía si había visto alguna vez la caravana en la que vivía, y no tenía ganas de que lo hiciera ahora.

Pero siguió junto a mí, caminando en silencio.

—Por lo tanto, Tenleigh... El trabajo, ¿qué pasará? Es decir... —Miró a un lado, incómodo—. ¿Puedo hacer algo por ti?

Me mordí el labio. ¿Qué iba a hacer? Él también cuidaba a su madre enferma. Por lo que sabía, su caso era peor que el mío.

—No, sobreviviré.

Kyland asintió, pero cuando lo miré, la mirada de preocupación no había desaparecido de su cara.

Cuando llegamos a la caravana, me detuve y me obligué a sonreír mientras lo miraba.

—Bien, buenas noches —me despedí. Kyland miró el remolque en el que vivía durante unos minutos, haciendo que se me encendieran las mejillas. Por alguna razón, mientras estaba allí con él, el lugar me parecía todavía peor que el resto del tiempo. No solo resultaba pequeño y estaba deteriorado, además estaba agrietándose la pintura y había trozos oxidados. En las ventanas había una película de suciedad que no salía sin importar la cantidad de vinagre que usara cuando las limpiaba. Su casa no era mucho mejor, pero aun así no pude evitar la vergüenza que me inundó mientras veía mi hogar a través de los ojos de Kyland. Volvió a mirarme, y mi humillación debió de ser evidente en mi cara, porque abrió mucho los ojos y percibí en su expresión algo parecido a la comprensión. Giré sobre mis talones y me dirigí con piernas temblorosas a la caravana.

—Tenleigh Falyn —me llamó, haciéndome saber que, de hecho, él también conocía mi nombre. Me detuve y lo miré interrogante.

Se pasó la mano por el pelo, pareciendo indeciso por un breve momento.

—La razón por la que le he dado el sándwich a Joan Lytle... —Miró a lo lejos, como si estuviera eligiendo las palabras con mucho cuidado—. Siempre hay alguien que tiene más hambre que nosotros. El hambre, todo sea dicho, se

presenta en diferentes formas. —Bajó la cabeza—. Intento no olvidarlo —concluyó en voz baja, pareciendo un poco avergonzado.

Se metió las manos en los bolsillos y se alejó de mí, por el camino. Me apoyé en el lateral de la caravana y lo miré hasta que desapareció.

Kyland Barrett no era en absoluto como yo esperaba. Y algo de eso me dejaba tan confusa como emocionada, y no estaba segura de que me gustara.

3

Kyland

—Hola, mamá —dije, cerrando la puerta de casa mientras echaba un vistazo al salón donde estaba su silla, frente al televisor.

Mi madre no me devolvió el saludo, claro que nunca lo hacía. Ya me había acostumbrado a ello.

Me dirigí a mi habitación y abrí la ventana todo lo que pude. Luego alcé la mirada hacia el cielo, con las manos apoyadas en el alféizar mientras respiraba hondo varias veces. Unos minutos después, me acosté boca arriba en la cama, junto a la ventana, con la cabeza apoyada en las manos.

Al instante empecé a pensar en Tenleigh Falyn. Me costaba creer que la hubieran despedido por mi culpa. Gemí en voz alta. Lo cierto era que en realidad había sido culpa de ella, entonces ¿por qué me sentía tan mal al respecto? Había sido Tenleigh la que había optado —estúpidamente, además— por cubrirme. Pero gracias a Dios que lo había hecho. Si me hubieran arrestado por robo... habría sido malo, muy malo.

Ni siquiera sabía por qué había robado ese sándwich para la señora Lytle hasta que tuve que explicárselo a Tenleigh. Y la única razón por la que le había ofrecido una explicación era que no tenía otra cosa que ofrecerle como agradecimiento por el sacrificio que había hecho por mí. Había visto a Joan Lytle sentada en el porche de la vieja oficina de correos y su forma de acurrucarse inclinada sobre sí misma me había afectado como un puñetazo en el vientre. Lo había sentido como algo físico. Al menos yo tenía un techo sobre mi cabeza y solo tenía hambre la última semana de cada mes, cuando se acababa el dinero. Algo en mi interior me había obligado a hacerle ver que la veía, tanto por ella como por mí mismo. Así que robé el sándwich.

Una estupidez mayúscula.

Lo peor de todo era que ni siquiera lamentaba haberlo hecho, salvo porque habían despedido a Tenleigh.

«Tenleigh».

En mi mente parpadeó la expresión que tenía en la cara mientras miraba la caravana en la que vivía. Sabía que se sentía avergonzada, lo que era un poco

ridículo. Mi propia casa tampoco era gran cosa y mi vida estaba en ruinas. Yo no era quién para juzgar su situación. De todas formas, tampoco estaba mirando su pequeño y lamentable remolque. Había rebuscado en la zona alrededor de esa caravana y estaba limpia y ordenada, sin un solo resto de basura a la vista, tal y como yo me aseguraba de mantener el patio de mi casa. En las colinas, los patios y las propiedades estaban llenas de basura, como si esa fuera otra forma en la que la gente de Dennville exhibía su derrota. Ninguno de los habitantes de la montaña podía permitirse el lujo de tener servicio de recogida de basura, y la mayoría de las parcelas estaban enterradas debajo de mierda; una buena metáfora para los que vivían allí. Sin embargo, todos los lunes llenaba dos bolsas con los restos de la semana, las llevaba colina abajo y las vaciaba en el enorme contenedor de Rusty's. Luego doblaba las bolsas y las metía en mi mochila. Eran las únicas que tenía, y si tenía que elegir entre un par de latas de SpaghettiOs o un paquete de bolsas de basura, ganaría siempre la comida. Había visto a Tenleigh trasladando una caja enorme colina abajo de vez en cuando, y me había preguntado qué habría dentro. Debía de estar haciendo lo mismo que yo. Y lo sabía porque ella tenía «orgullo». Algo que, para la gente como nosotros, era más una maldición que una bendición.

También me había fijado en Tenleigh antes de eso. De hecho, la había mirado mucho en las pocas clases en las que coincidíamos. Ella siempre se sentaba delante, mientras que yo me ponía detrás, así que tenía una vista perfecta de ella. No podía apartar los ojos. Me gustaba la forma en la que reaccionaba inconscientemente cuando alguien la molestaba, rascándose la pierna y apretando los labios... O cómo miraba la pizarra, concentrada al tiempo que se mordisqueaba el labio inferior... O la forma en la que en ocasiones miraba por la ventana, con aquella expresión soñadora. Había memorizado su perfil, la línea de su cuello. Una sensación de malestar se apoderó de mí cuando me di cuenta de que tenía agujeros en la suela de los zapatos. Noté que había usado algún tipo de marcador para cubrir los arañazos de la parte superior porque le importaba lo que la gente pensaba de sus zapatos viejos. Y eso significaba, por supuesto, que tenía que mantenerme todo lo alejado que pudiera de Tenleigh Falyn. No podía permitirme el lujo de sentir todo aquello solamente observándola. Era más, no quería hacerlo.

Después de que me hubiera pillado comiendo los restos del desayuno, había notado que ella me estudiaba cuando pensaba que no me daba cuenta. No era extraño que se fijaran en mí las chicas. Y tampoco era de los que rechazaban ofertas si alguna de ellas quería disponer de mi cuerpo, siempre a su servicio. No

estaba hecho para el sufrimiento. Pero de alguna forma sabía que Tenleigh no estaba mirándome con ese tipo de interés. Me observaba como si yo fuera una especie de rompecabezas y deseara encajar todas mis piezas. Y no podía evitar querer saber por qué.

Era un estúpido idiota.

Pero ella tenía esa calma —algo tierno, una extraña mezcla de fuerza y vulnerabilidad—, y era guapa —imposible no darme cuenta de eso—, aunque su belleza era algo en lo que ella no ponía demasiado esfuerzo, lo que la hacía todavía más atractiva. Al menos para mí. No usaba maquillaje y, por lo general, se recogía el pelo en una simple coleta. Evidentemente no consideraba que su aspecto pudiera convertirse en su cualidad más valiosa. Lo que me hacía preguntarme cuál sería esta. ¿Su inteligencia? Quizá. Eso no quería decir que fuera a tener la más mínima oportunidad de ganar la beca. Yo había estado trabajando para ello desde antes incluso de empezar la secundaria. Incluso había estudiado los logros de los anteriores ganadores, y me había asegurado de seguir los pasos de cada uno de ellos. Necesitaba esa beca. Mi vida dependía de ello. Así que daba igual lo que fuera que tuviera Tenleigh que me intrigaba tanto. Yo me iría pronto de aquí y jamás miraría atrás, ni siquiera aunque lo que viera fueran los preciosos ojos verdes de Tenleigh Falyn.

Entonces ¿por qué no podía dejar de pensar en ella?

Estúpido idiota.

Un poco después, me arrastré hasta la mochila por encima de la cama y saqué los libros de texto. Tenía que trabajar. Solo faltaban seis meses para que anunciaran el nombre del ganador de la beca. Y era mi oportunidad para salir de ese agujero de mala muerte, para alejarme de la falta de esperanza, del hambre y de la mina donde mi padre y mi hermano mayor habían perdido la vida, en la intensa oscuridad a varios metros de profundidad.

Vi a Tenleigh varios días después, cuando caminaba delante de mí hacia la carretera que llevaba a nuestros hogares. Llevaba un libro entre las manos y leía mientras avanzaba. Aquella estúpida iba a tropezar y a romperse el cuello. Me entretuve observándola mientras se movía. Supuse que le debía algo por lo que había hecho por mí. Podía asegurarme de que llegara a salvo a casa desde la escuela. Y era algo que podía hacer sin que me viera. No pensaba volver a hablar con ella; sencillamente era mejor así.

Me sorprendió un poco cuando, de repente, tomó un camino forestal. ¿Qué

coño hacía? Me quedé parado en la carretera durante un minuto viéndola desaparecer en el bosque. Esa chica merecía que se la zampara un lince. Finalmente, la seguí con un suspiro de frustración.

Ya había ido antes por ese camino. De hecho, había recorrido cada metro de esas montañas, ya fuera con mi hermano, cuando todavía estaba vivo, o solo. Pero no sabía qué estaba haciendo Tenleigh, porque ese sendero no llevaba a ningún sitio, solo al borde de un alto acantilado de caliza.

Después de cinco minutos caminando pesadamente por el estrecho camino, dejé atrás los árboles. Ante mí estaba Tenleigh, dándome la espalda mientras miraba el sol poniente, que, de un brillante color anaranjado, se ocultaba tras el horizonte. Los rayos amarillos y blancos iluminaban las nubes como si estuvieran trazando líneas en el cielo. Este, inundado de colores, se extendía magnífico ante nosotros, casi como si estuviera tratando de compensar la fealdad de nuestras vidas, de nuestras constantes luchas. Y durante un breve y fugaz momento, quizá fuera así. Ojalá pudiera alcanzar esa belleza y conservarla. Ojalá pudiera captar algo tan bueno y quedármelo para siempre.

Tenleigh estaba sentada en una roca y contemplaba la radiante puesta de sol. Cuando empecé a caminar hacia ella, volvió la cabeza bruscamente en mi dirección al tiempo que dejaba escapar un pequeño chillido, llevándose la mano al pecho con los ojos muy abiertos.

—¡Santo Dios! ¡Me has asustado! Otra vez... ¿Qué te pasa?

—Lo siento. —Me acerqué y me senté a su lado.

Ella puso los ojos en blanco mientras se reclinaba hacia atrás, apoyando las manos en la roca para mirar al cielo una vez más. Permaneció en silencio durante un buen rato. Finalmente, me miró arqueando una ceja.

—Supongo que piensas que si sigues apareciendo donde estoy, acabaré enamorándome de ti.

Una risa de diversión burbujeó en mi garganta, pero seguí estudiándola con una expresión seria. Tenleigh me sorprendía una y otra vez. Y eso me encantaba.

—Es probable —asentí.

«O quizá sea yo quien me enamore de ti».

La vi reírse por lo bajo, volviendo a mirar al horizonte.

—Lamento decirte que no va a pasar. Me mantengo alejada de los chicos.

Chasqué la lengua.

—Eso es lo que dicen todas.

Me miró con la diversión bailando en sus ojos e iluminando su rostro.

—Mmm... Entonces ¿cuánto tiempo tengo antes de sucumbir a tan fascinantes

encantos?

Fingí sopesar la pregunta.

—Una de mis conquistas logró resistirse durante tres semanas.

—Ah... Esa fue un hueso duro de roer. —Arqueó una ceja y me miró por el rabillo del ojo—. ¿Y cómo sabrás que me he rendido?

—Lo sabré por tu mirada... Aparece algo en los ojos. Lo sé muy bien. —Le brindé mi sonrisa más detestable.

Ella sacudió la cabeza como si se sintiera exasperada, pero no dejó de sonreír.

Me aclaré la garganta. Tenía que dejar de coquetear con ella.

—No, ahora en serio. Solo estaba asegurándome de que no requieres mis habilidades en la lucha cuerpo a cuerpo contra los lince. Y, en cualquier caso, te debo una.

Suspiró y sacudió la cabeza.

—No me debes nada. Si me despidieron fue por lo que hice. Tú no tienes la culpa.

—Sí, pero tú no habrías tenido que hacer lo que hiciste si yo no hubiera estado robando sándwiches para viejas borrachas.

—Mmm... —Me miró pensativa—. Entonces, ¿esto se va a convertir en algo normal? ¿Te vas a convertir en el servicio oficial de protección contra lince? Es decir, hasta que caiga rendida a tus encantos y me dejes a un lado como al resto de tus víctimas... Perdón, quiero decir, conquistas —expresó finalmente, arqueando de nuevo una ceja con aire burlón.

Negué moviendo la cabeza.

—¿Algo normal? No, no, definitivamente no. Esta es la última vez que te protejo de los lince. —Me pasé una mano por el pelo—. Suelo quedarme estudiando en el instituto hasta que cierran. Así que, de todas formas, me voy a casa a estas horas todas las tardes. Solo ha sido una coincidencia.

Ella ladeó la cabeza.

—Ah, entiendo. ¿Por qué te quedas a estudiar en el instituto?

—Para no estar tan solo. —No supe por qué dije esas palabras. De hecho, ni siquiera me di cuenta de que las había dicho hasta que salieron.

Tenleigh me miró con curiosidad.

—¿No vives con tu madre?

—Mi madre no suele hablar mucho.

Tenleigh me estudió durante un instante.

—Mmm... Bien, te aseguro que esta será la última vez que me protejas de los lince. Es una casualidad que me esté yendo a casa tan tarde, pero hoy fui a

preguntar a Al's si podía darme trabajo.

—¿Quieres trabajar en Al's? Eres demasiado joven para trabajar en un bar.

La vi encogerse de hombros.

—Al no piensa igual. Mi hermana trabaja allí y me dijo que podía hacer algunos turnos extras. Así que ya ves —me sonrió—, no es necesario que te sientas culpable de que me hayan despedido. Ya he conseguido otro trabajo. Aunque sea esporádico.

Fruncí el ceño mientras sentía algo extraño en el pecho. El bar de Al era un tugurio, un lugar donde solían pasarse drogas. Aun así, estaba bien que hubiera conseguido trabajo. No era algo fácil. Un rato después, se volvió hacia mí.

—Una buena vista, ¿verdad?

Miré al cielo.

—La mejor.

En el rostro de Tenleigh apareció una expresión de paz mientras me miraba. Cuando vi que separaba los labios, casi no pude respirar.

«¿Creías que solo era una chica guapa? No podías estar más equivocado. Es impresionante».

Una sensación de pánico se extendió por mi pecho.

—Así que ¿quieres saber mi historia? —preguntó después de un rato.

—¿Qué? —pregunté, volviendo a la realidad—. No, no quiero escuchar tu historia. Te he dicho que...

—Vale. No quieres llevarte información inútil cuando te vayas de aquí, pero te aseguro que es una historia muy interesante.

Arqueé una ceja con recelo.

—En este lugar no hay historias interesantes, solo interminables cuentos de tragedias y desgracias. E ineficacia.

Soltó una risita corta al tiempo que movía la cabeza con un intenso brillo en sus ojos verdes. Su piel parecía radiante por la puesta del sol, que también arrancaba reflejos dorados a su pelo oscuro. Cuando miró hacia otro lado, me permití bajar la vista a sus pechos. Mi pene revivió dentro de los vaqueros y me moví incómodo.

—No es solo mía, así que en realidad no debería contártela, pero bueno... —Continuó mirando el horizonte mientras yo estudiaba su perfil—. Lo cierto, Kyland, es que mi padre es un príncipe ruso. —Arqueó las cejas y miró a su alrededor como si estuviera comprobando que no había nadie—. Hay una disputa en relación con el título de mi padre y ciertas tierras. —Movié la mano en el aire—. Es algo muy complicado que implica ciertas leyes de la aristocracia

rusa que no entenderías, pero mientras tanto, mi padre nos está escondiendo aquí; piensa que estaremos más seguras hasta que se solucione ese tema. —Se inclinó hacia mí—. Sé que la caravana parece muy humilde, pero es una tapadera. Una vez entras, aunque el interior es pequeño, está lleno de lujos de arriba abajo. Y... —abrió mucho los ojos— es donde se ocultan las joyas de la familia real. —Me guiñó un ojo y me eché a reír. Estaba siendo ridícula, y a mí me encantaba. ¿Cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había hecho algo tan... tonto? Abrió todavía más los ojos cuando vio mi expresión y luego me devolvió la sonrisa.

Nos miramos el uno al otro durante un minuto, y algo fluyó entre nosotros. Aparté la vista primero, sin saber por qué.

—Así que las joyas de la familia real, ¿no? ¿Estás segura de que puedes confiarme esa información? Ya soy un conocido ladrón de sándwiches.

Ella ladeó la cabeza.

—Sí —dijo muy seria, bajando la voz—. Tengo la sensación de que eres digno de confianza.

Nos miramos el uno al otro durante un rato. Algo se aceleró en mi interior, algo que me parecía peligroso, aunque que no supe qué era exactamente. De lo que estaba seguro era de que no me gustaba nada. Era necesario que rompiera ese maldito hechizo.

—También yo te confiaré las joyas de la familia —dije después de un rato guiñándole un ojo, tratando de aligerar aquella extraña conexión que fluía entre nosotros—. Espero poder mostrártelas en algún momento.

Tenleigh dejó caer la cabeza hacia atrás y se rio. Estaba preguntándome cómo sonaría su risa y ahora lo sabía. De repente, entendí que hubiera sido mejor no saberlo. Mucho mejor. Porque quería perderme en aquella risa burbujeante. Inundó mi pecho la misma sensación de alarma que antes, solo que ahora era más intensa. Me senté más recto, mi instinto me decía que necesitaba reaccionar.

La expresión de Tenleigh cambió, como si notara mi agitación interna. «Eso es ridículo». Miré cómo se levantaba.

—Ven aquí —me llamó, dándome la espalda—. Quiero enseñarte algo.

Me puse en pie y la seguí hasta una roca enorme. La vi ir hasta el frente de esta y luego se agachó, desapareciendo de mi vista. Me incliné con cautela y vi una pequeña cueva oscura. La ansiedad me inundó, haciendo que me echara hacia atrás. Tenleigh asomó la cabeza con una sonrisa de oreja a oreja.

—Ven, entra. Es lo suficientemente grande para que quepamos los dos. Quiero enseñarte algo.

—No —repuse con más dureza de la que pretendía. Mi voz borró su sonrisa antes de que se arrastrara en cuclillas para salir de la oquedad. Se levantó mirándome con preocupación. Me di cuenta de que tenía los puños cerrados y el cuerpo tenso. Me relajé metiéndome las manos en los bolsillos.

—Lo siento —susurró—. ¿No te gustan los espacios pequeños? Es que...

—No es eso —repliqué con desdén.

Me puso la mano en el hombro y me estremecí con timidez ante el contacto. Cerré los ojos brevemente y luego los abrí. Me alejé de ella.

Tenleigh me observó con intensidad durante un momento.

—Ahí dentro hay algunos dibujos en la pared —explicó finalmente, encogiéndose de hombros—. Están casi borrados, quizá los hizo alguien hace mucho tiempo, pero ¿quién sabe? Tal vez una familia vivió en esa cueva hace miles de años.

—Cientos de miles.

—¿Qué?

—Los hombres vivían en cavernas hace cientos de miles de años, no miles.

Se puso las manos en las caderas.

—De acuerdo, sabiondo. —Arqueó una de sus delicadas cejas y emitió una risita cantarina.

—Vamos, princesa Tenleigh, será mejor que regresemos a la carretera antes de que oscurezca por completo. —Intenté decirlo en tono casual. Era evidente que Tenleigh se había dado cuenta de mi extraño comportamiento ante la pequeña cueva.

El sol casi se había puesto y en el crepúsculo el cielo había adquirido un profundo tono azul, en el que aparecían las primeras estrellas. Parecía que Tenleigh se sentía cómoda de nuevo, y esbozó una sonrisa al tiempo que me hacía un gesto con la cabeza.

Se ajustó la mochila y se le cayó un libro por un lado, que había cerrado todo lo posible con un imperdible. Un puto imperdible. Ver aquello me cabreó.

—Vaya... —Se inclinó para recogerlo al mismo tiempo que yo y los dos nos reímos cuando nuestras cabezas chocaron. Se frotó el lugar del golpe y volvió a soltar una risita—. Ese encanto de nuevo. Hoy es mi día.

Me reí.

—No me digas que no te lo advertí. —Cogí el libro y se lo tendí—. ¿*Silas Marner: el pastor de Rave*?

Nuestros ojos se encontraron mientras asentía moviendo la cabeza.

—He leído mucho —dijo cogiendo el libro y metiéndolo en la mochila. Parecía

incómoda—. Sin embargo, en la biblioteca de Dennville no hay una gran selección, por lo que he tenido que leer alguno dos veces.

—¿Ese, por ejemplo? —Señalé su mochila con la cabeza.

Nos pusimos a caminar de nuevo.

—Sí, este ya lo he leído antes.

—¿De qué va?

Permaneció en silencio tanto tiempo que pensé que no me iba a contestar. A decir verdad, no me importaba escuchar lo que fuera sobre ese pastor. Tenleigh podría contarme cualquier cosa. Lo que yo quería era escuchar su hermosa voz en el frío aire de la montaña, y me gustaba lo que ella decía. Era una chica diferente. Me sorprendía con las palabras que salían de su boca, me gustaba oírla. De hecho, me gustaba demasiado.

—Se trata de Silas Marner...

Me detuve.

—¿Silas?

Tenleigh se quedó quieta también, mirándome con curiosidad.

—Sí, ¿qué pasa?

Negué con la cabeza y los dos empezamos a caminar de nuevo.

—Nada. Era el nombre de mi hermano.

Tenleigh se mordió el labio mientras me miraba con una expresión de simpatía. Debía de saber que mi hermano había estado en la mina ese día.

—Sí, creo que lo recuerdo. —Sonrió—. Quizá tu madre leyó este libro y le gustó el nombre.

Negué moviendo la cabeza.

—No es posible... Mi madre no sabe leer.

—Oh... —Me miró y luego se quedó en silencio durante un rato—. Sé que ocurrió hace años, pero... —Me tocó el brazo y me lo apretó un poco. Luego retiró la mano—. Siento mucho tu pérdida, Kyland.

—Gracias, aprecio tus palabras —dije, aclarándome la garganta.

Después flotó entre nosotros una especie de incómodo silencio durante unos minutos, mientras pasábamos ante mi casa a oscuras.

—¿Qué le pasaba a ese tal Silas Marner?

—Mmm... Bueno, vivía en un barrio pobre de Inglaterra y, bueno, su amigo lo acusó de robar, aunque no era cierto. Lo condenaron, y la mujer con la que estaba comprometido se casó con su mejor amigo.

—Dios, menudo dramón. Me alegro de que hayas encontrado la manera de escapar de la dureza de Dennville.

El dulce sonido de la risa de Tenleigh hizo que me diera un vuelco el corazón y la miré. De alguna forma, conseguir que ella se riera me hacía sentir orgulloso.

«Esto no es bueno. De hecho, es muy, muy malo».

Llegamos ante la caravana de Tenleigh y nos detuvimos. Ella se apoyó en un árbol, al lado de la carretera.

—Bueno, él se fue de la ciudad y se instaló cerca del pequeño pueblo de Rave. Se convirtió en una especie de ermitaño, llegando a parecer que estaba ocultándose, incluso de Dios. —Inconscientemente me incliné para no perderme ni una palabra. Ella ladeó la cabeza mientras su mirada se perdía en la distancia. Luego se volvió hacia mí y abrió mucho los ojos—. Pero una noche de invierno, su vida cambió...

—¡Tenleigh! —gritó alguien desde el interior del remolque. Una mujer mayor con el cabello largo, del mismo color que el de Tenleigh—. Hace frío fuera. Ven adentro.

—Ya voy, mamá —repuso Tenleigh antes de mirarme con una expresión de preocupación.

No recordaba haber visto a su madre desde hacía mucho tiempo. No debía de salir a menudo del remolque.

—Me tengo que ir —me dijo—. Ya nos veremos por ahí, Kyland.

Dicho eso, se dio la vuelta y me dejó solo. Corrió al interior de la caravana con tanta rapidez que su repentina ausencia me provocó una profunda sensación de pérdida. Me quedé mirando el vehículo durante varios minutos antes de darme la vuelta para dirigirme a casa, con el viento frío azotándome la espalda.

Tenleigh

Lo malo de que Rusty me despidiera —aparte de los evidentes problemas que provocaba de pérdida de ingresos, humillación y una posible inanición— era que se trataba del único lugar dónde se podía comprar alimentos en Dennville. Normalmente no me importaría recorrer a pie los casi diez kilómetros que nos separaban de Evansly, pero hoy caían chuzos de punta y no tenía ganas de mojarme. Así que me tragué el orgullo y entré en la tienda. Rusty era un capullo, pero no le hacía ascos a mi dinero. Sin embargo, por suerte, era su hermana Dusty la que estaba detrás del mostrador. Sí, la hermana de Rusty se llamaba Dusty, era evidente que la familia poseía una genética un tanto especial. Dusty tenía la cara hundida entre las páginas de un ejemplar de *In Touch* y ni siquiera levantó la vista cuando entré. Dejé escapar un suspiro de alivio. Atravesé la tienda dejando caer los artículos que necesitaba en la cesta. Rusty no vendía fruta o verdura, ni siquiera en conserva. Marlo y yo habíamos plantado un pequeño huerto en el extremo más alejado del remolque y allí cultivábamos tomates, judías verdes, sandías y patatas. En el verano, comíamos durante semanas casi exclusivamente lo que producía ese pequeño trozo de tierra. La mayoría de la gente que vivía en las montañas tenía su propio huerto y, a veces, intercambiaba parte de la cosecha. Era una buena forma de ahorrar dinero... y también la manera de evitar el escorbuto, algo que padecían con frecuencia las personas que solo comían el poco variado surtido alimenticio de Rusty's.

En los meses de invierno, por lo general tenía que caminar entre la nieve hasta Evansly al menos una vez a la semana para abastecerme de fruta y verdura en conserva. Cuando teníamos que mantener el remolque caliente, no podíamos permitirnos comprar vegetales frescos, por lo que durante tres o cuatro meses nos debíamos conformar con los enlatados. Y luego, cuando llegaba la primavera, Marlo y yo sentíamos algo parecido a alegría al ver que surgían los primeros brotes en el huerto.

Había que apreciar las pequeñas cosas de la vida cuando las grandes hacen que desees acurrucarte en posición fetal en un rincón y darte por vencida.

—¿Qué tal, Dusty? —la saludé cuando estuve lista para pagar.

Ella no me reconoció y ni siquiera me miró mientras empezó a coger a ciegas mis artículos para teclear el código en la caja registradora.

—¿Qué tal te va la vida? —pregunté, apoyando la cadera en el mostrador.

Por fin, Dusty me miró con una expresión neutra.

—La vida es fea —replicó.

Miré la revista que sostenía entre los dedos.

—No para las Kardashian.

Entrecerró los ojos y masticó el chicle que tenía en la boca antes de seguir la dirección de mi mirada.

—Khloe y Kourtney se están apoderando de los Hamptons —añadió.

Asentí con la cabeza muy despacio al tiempo que me pasaba la lengua por los dientes.

—Debe de ser un buen lugar.

—Sí —convino ella—, debe de ser muy bonito. —Entonces sonrió y me mostró un atisbo de sus dientes podridos, lo que por estos lares se conocía como «boca de Mountain Dew». En ese momento, como si tuviera algo que demostrarme, cogió una botella medio llena de Mountain y tomó un buen sorbo. Me obligué a no estremecerme. Cuando terminó de pasar mis artículos, pagué, recogí las bolsas, me despedí de ella y me dirigí hacia la puerta. Mientras la atravesaba, Dusty me llamó por mi nombre, por lo que me di la vuelta para mirarla con una expresión interrogante.

—Rusty es un hijo de puta —afirmó.

Parpadeé antes de asentir moviendo la cabeza.

—Sí. —Estaba de acuerdo—. Lo es.

Me regaló otra de sus sonrisas de color marrón amarillento, levantó la mano y se despidió con el pulgar hacia arriba. Después, volvió a hundir la cabeza en la revista mientras yo salía de la tienda.

Empecé a caminar hacia casa, perdida en mis pensamientos mientras trataba de decidir qué haría a continuación. Marlo estaba trabajando y después tenía planeado salir con un tipo al que había conocido en Al's. Lo cierto era que yo deseaba que no tuviera nada que ver con los chicos que frecuentaban el bar, pues la mayoría estaba muy lejos de ser dignos de ella. Pensaba que tanto Marlo como yo teníamos una buena razón para desconfiar de los hombres, pero mientras yo había jurado renunciar a ellos, Marlo había decidido salir con hombres que no le interesaban en absoluto, como si así pudiera estar segura de que era ella la que tenía el control.

Marlo había entregado su corazón una vez y las cosas no habían ido bien.

Unos años antes, había conocido a Donald, un joven y apuesto ejecutivo de la ciudad que formaba parte de la directiva de la mina. Él había frecuentado Al's todas las noches durante una semana solo para sentarse en la sección que atendía mi hermana y verla trabajar. No había hecho más que hablarle del destino que la había hecho llegar hasta él, como si fuera un príncipe azul que hubiera venido a rescatarla de su triste existencia. Como si pudiera existir un príncipe llamado Donald; tendría que haberlo adivinado desde el principio.

Ella lo besó contra su brillante BMW rojo, y él le hizo toda clase de promesas, asegurándole que iba a llevársela a Chicago con él. Luego, tres minutos después de que ella le hubiera entregado su virginidad, la llevó a la montaña y la dejó a un lado de la carretera. Cuando ella le preguntó qué pasaba con el apartamento de Chicago, él se rio de ella y le dijo que nunca llevaría con él a una cateta fea con los dientes llenos de manchas. Después se largó a toda velocidad, salpicando de barro el suéter blanco nuevo que habíamos comprado en el Wall-Mart de Evansly, tras haber caminado casi diez kilómetros, y que le había hecho sentirse hermosa. Después de ello, Marlo no volvió a pensar que era guapa y había empezado a reírse tapándose la boca con la mano para ocultar sus dientes. Lo cierto es que no los tenía tan mal, había en ellos algunas manchas, pero no eran feas, quedaban graciosos con esos carnosos labios suyos de estrella de cine. A mí me parecían dulces y entrañables, igual que Marlo.

Cada vez que pensaba de nuevo en el día que habíamos recorrido entusiasmadas los pasillos del Wal-Mart, hablando de cómo se vestiría esa noche, probándose distintos perfumes en las muñecas antes de gastar nuestros últimos ahorros en el jersey que llevaría a la cita, me enfadaba. Me molestaba haber permitido que Donald se colara en nuestros sueños, me irritaba haberle otorgado aunque fuera un segundo el poder de destruir nuestras esperanzas. Y, sobre todo, me cabreaba que Marlo le hubiera entregado algo precioso a un perdedor que no se lo merecía.

Marlo me había contado la historia de Donald esa misma noche, cuando entró en el remolque llena de fango, derrotada y temblorosa. Había llorado entre mis brazos, y yo había llorado por ella, por mí, por los sueños rotos, por el dolor de la soledad y por la intensa esperanza de que llegara alguien y nos salvara. Y por el hecho de que nadie lo iba a hacer. Por supuesto, las dos deberíamos tenerlo asumido después de lo que le había ocurrido a nuestra madre, pero supuse que la atracción más fuerte que existe son las promesas de amor. No le echaba la culpa a Marlo. Nuestro padre había sido el primero en mostrarnos que los hombres eran, en última instancia, seres egoístas e indiferentes, que anteponían sus deseos

ante los de cualquier otra persona, sin importar quién dependiera de ellos. Y aun así, para mí, era difícil no soñar que en algún lugar había alguien fuerte y galante que bailarían conmigo bajo las estrellas y me consideraría el amor de su vida.

—¡Hola!

Solté un gritito al tiempo que daba un salto hacia atrás, dejando caer una de las bolsas, por lo que la compra se desparramó por el suelo. Al levantar la vista, vi que era Kyland.

—Te diviertes mucho, ¿verdad? —pregunté.

Él levantó las manos en señal de rendición.

—Lo siento, lo siento. Te juro que es una coincidencia. Estaba regresando de Evansly cuando te vi salir de Rusty's. —Se inclinó, recogió la compra y la bolsa y luego hizo un gesto para que le diera la otra. Casi me negué, pero luego decidí que debía llevarlas él después de que casi me había dado un ataque cardíaco por su culpa por tercera vez en una semana.

—Mmm... Es una historia creíble —asegué, arqueando una ceja.

Sonrió cuando le entregué la bolsa, y noté una especie de cosquilleo extraño en el estómago. Fruncí el ceño.

—Todavía te resistes a mi encanto, ¿eh?

—Confieso que está siendo todo un esfuerzo.

Se rio y mi estúpido corazón dio un brinco. Evidentemente no estaba cumpliendo eso de renunciar a los hombres si con unas cuantas sonrisas tenía un flechazo en toda regla. Lo cierto era que ni siquiera le había costado llevarme a ese punto. Resultaba realmente molesto.

—¿Qué tal está el siempre encantador Rusty? —preguntó un minuto después, moviendo la cabeza para señalar la tienda.

—Rusty no estaba. Me ha atendido Dusty.

—¡Oh! ¿Y qué tal está Dusty? ¿Tan arisca como de costumbre?

Empecé a reírme, pero me contuve.

—No seas así. —Hice una pausa—. Dusty no es tan mala.

Se rio entre dientes.

—Lo sé. Solo estoy bromeando. Es decir... estoy casi bromeando. — Caminamos en silencio durante unos minutos.

Miré a mi izquierda cuando oí el motor de un coche y vi que un Mercedes negro se acercaba lentamente. Aparté los ojos con rapidez, giré la cabeza hacia Kyland. Él frunció el ceño.

—¿Conoces a Edward Kearney? —preguntó.

Me quedé mirándolo hasta que supe que el vehículo nos había adelantado.

—En realidad no —dije, sonrojándome un poco, mientras miraba la parte de atrás de aquel coche que costaba más que el salario anual de tres mineros. Kyland no necesitaba conocer los trapos sucios de mi familia. Me pregunté qué estaría haciendo allí Edward Kearney. No había nada de su interés. Y yo lo sabía.

—En la antigua mina han encontrado todo tipo de infracciones en las medidas de seguridad —comentó Kyland, con los ojos todavía clavados en la parte de atrás del coche—. Después del colapso, Tyton Coal tuvo que pagar una multa. ¡Una multa! —repitió con amargura.

—Lo sé —dije—. Lo he oído por ahí.

Entendía que sintiera tanta amargura por eso. Había perdido mucho. Seguimos caminando un rato sin hablarnos mientras el canto de los pájaros nos envolvía. Unos minutos después, Kyland se relajó y noté que ya no tenía los hombros tan tensos.

—Está a punto de ponerse el sol. ¿Vemos el espectáculo, princesa? —preguntó él cuando estábamos a punto de llegar al sendero que conducía al acantilado, por donde me había seguido unos días antes. Me guiñó un ojo y mis hormonas se alborotaron.

Cambié el peso de pie.

—Bueno..., iba a relajarme dándome un baño en el *jacuzzi* mientras degusto unos bombones, pero... ¡oh, claro que te acompaño!

Kyland sonrió y me precedió por el húmedo camino.

—Por cierto —dijo—, si esta es tu manera de llevarme al huerto para poder aprovecharte de mí, quiero que sepas que no soy ese tipo de chico.

Contuve el aliento.

—Oh, por supuesto que eres ese tipo de chico.

Me miró por encima del hombro, y al ver que fingía estar ofendido, me reí.

—Y, por cierto, eres tú el que me está llevando al huerto. Ha sido idea tuya.

Su mirada fue más fugaz esta vez y su sonrisa arrogante, más lobuna.

—Puedes confiar en mí.

Solté una risita.

—Lo dudo mucho.

Sin embargo, mientras seguíamos andando me preguntaba qué hacía conmigo si nunca parecía querer compañía femenina. ¿Por qué seguía apareciendo en donde yo estaba?

Dejamos atrás el bosque y nos instalamos en la misma roca del otro día. Kyland dejó las bolsas del supermercado a su lado, en una roca seca.

Permanecimos sentados durante un minuto contemplando la puesta del sol que

teñía la línea del horizonte de un tono entre naranja y rojizo por encima de la niebla, como si la parte superior del cielo estuviera en llamas. Nuestros muslos entraron en contacto, y noté su calor contra el mío. El olor a lluvia seguía flotando en el aire, las gotas de agua brillaban en los árboles que nos rodeaban.

Unos minutos antes habíamos estado bromeando y riéndonos, pero, de repente, el estado de ánimo entre nosotros había cambiado. Lo miré y noté su expresión tensa. ¿En qué estaba pensando cuando se ponía a cavilar de esa manera?

—No me has llegado a contar de qué manera cambió el tal Silas su vida — soltó finalmente.

Entrecerré los ojos mientras lo miraba. Él tenía la vista clavada en el frente, como si mi respuesta no le importara.

—¿Por qué no te lees el libro? —ofrecí.

—Puff..., lo que me faltaba. Perder el tiempo leyendo sobre la patética vida de otra persona.

—Entonces, ¿por qué me preguntas sobre ello?

—Solo ha sido por entablar conversación.

—Ya veo —repliqué, arqueando una ceja.

Los dos permanecemos en silencio durante unos momentos antes de volver a hablar.

—¿A qué universidades les has echado el ojo? —Sabía que, como yo, él tenía que haberse fijado en alguna si tenía la esperanza de conseguir la beca.

—A las de la costa este —dijo, sin dejar de mirar al cielo. Un momento después se volvió hacia mí—. Casi todas las que están cerca de Nueva York. Durante toda mi vida he sentido que... —Se detuvo como si estuviera buscando las palabras correctas— estaba destinado a hacer algo, ¿sabes? Algo. —Su voz había pasado de animada al principio de la frase a avergonzada—. ¿Y tú?

Me aclaré la garganta.

—He estado investigando un par de ellas por aquí, y otras dos en California.

Me miró.

—¿California?

Me encogí de hombros.

—Siempre he querido ver el mar.

Kyland siguió mirándome y, por fin, asintió moviendo ligeramente la cabeza.

—Entiendo —comentó. Le sostuve la mirada antes de bajar los ojos hasta sus labios y, de repente, algo invisible pero real se incendió en el aire. Lo sentí y supe que él también lo sentía por la forma en la que reaccionó sorprendido. Se acomodó donde estaba sentado. Yo sentí que se me ruborizaban las mejillas, y

me sorprendió lo difícil que me resultaba respirar bien. Había una especie de dolor intenso en la expresión de Kyland. Se acercó un poco más, tanto que noté que tenía el puente de la nariz salpicado de pecas por debajo del bronceado, como si su infancia estuviera agazapada bajo su piel. El borde exterior de sus iris grises era de un suave color azul, el mismo tono que había a lo lejos en el cielo los días de verano.

—Kyland...

—Tenleigh... —Se inclinó hacia mí, su aliento a solo un susurro de distancia. Le salió la voz ronca. Aspiré su olor mientras me bajaba una emoción por la columna vertebral. Olía a aire de montaña, a pino y a algo que era solo de él, algo que debía de ser como un secreto contado al oído. Algo que no tenía necesidad de analizar ni de entender. Moví las pestañas. Bajé la vista de nuevo a sus labios. ¡Dios, qué labios! Parecían suaves. ¿Los notaría tan suaves como creía que eran si los frotaba contra los míos? El corazón me latía con fuerza en el pecho mientras esperaba que me besara. Se acercó un centímetro más y contuve la respiración.

—Tenleigh, ¿te han besado antes? —preguntó con la voz ronca mientras ponía la mano en un lateral de mi cabeza, enredando mi pelo con los dedos.

—No —susurré, balanceándome hacia él. No, pero quería que lo hiciera. ¡Oh, Dios! Anhelaba que me besara. Me sentía prácticamente borracha de anticipación. ¿Me tocaría mientras me besaba? ¿Movería las manos por mi cuerpo? ¿Las deslizaría por debajo de la ropa? Una descarga eléctrica subió por mis muslos y terminó entre mis piernas.

«Kyland me gusta mucho».

Era un chico tierno, pero protector. La sangre rugía en mis venas.

Sus ojos se encontraron con los míos durante unos segundos, hasta que cerró los párpados y se alejó de mí. Dejé escapar un enorme suspiro mientras me inclinaba hacia él hasta que, al darme cuenta de lo que estaba haciendo, me eché repentinamente hacia atrás.

Kyland se levantó y se apartó de mí respirando con dificultad.

—No debes darme a mí tu primer beso.

«¿Qué...?».

Parpadeé aturdida, casi como si me hubiera abofeteado. Me sentía avergonzada. Emití un ronco gemido y me rodeé con los brazos.

Él me miraba con los ojos entrecerrados.

—¿Por qué no has besado a nadie?

Me encogí de hombros con la sensación de que me ardía la piel. Levanté la

barbilla.

—Hasta ahora no he querido besar a nadie —repliqué con indiferencia. Aunque era cierto.

—¿Quieres besarme a mí?

Tomé aire.

«Menudo idiota engreído».

Al parecer, no solo no iba a besarme, sino que además iba a hacerme sentir avergonzada y poco experimentada. Esa era la razón por la que había renunciado a los hombres.

—Ya no. —Me levanté, cogí las bolsas con la compra y me alejé de él. Pero me detuvo en seco cuando me agarró la mano y tiró de ella. Me di la vuelta—. Suéltame —susurré—. Tienes razón. No quiero besarte. Voy a ir a la universidad, y allí permitiré que me bese un hombre de verdad, no un imbécil que piensa que sus labios son un regalo de Dios para las chicas de Kentucky.

Kyland me soltó la mano de golpe, casi como se sintiera insultado.

—No es eso lo que pienso.

Emití un sonido de disgusto y seguí caminando. Estaba enfadada y temblaba de pies a cabeza, pero traté de gestionar aquella profunda sensación de dolor y decepción.

—Bueno, bueno, sin duda no deberías. No tienes nada que no tenga cualquier otro hombre, Kyland Barrett —espeté, corriendo con rapidez hacia la carretera, que recorrí a la mayor velocidad posible hasta mi casa. No tenía ni idea de si Kyland me seguía o no, y me dije que no me importaba.

Tenleigh

A la semana siguiente, un domingo lluvioso, bajé la ladera con Marlo. Ella iba a trabajar y yo a la biblioteca de Dennville.

—No tardes mucho, ¿vale? —se despidió Marlo cuando nuestros caminos se separaron.

—No lo haré. Solo necesito un par de libros. —Tratábamos, dentro de lo posible, de no dejar a mamá sola demasiado tiempo en la caravana. Sabíamos que si estaba tomando la medicación, no iba a hacer nada precipitado, pero era difícil saber si se había tragado las píldoras o no. Ella era muy hábil haciéndonos creer que sí se estaba medicando cuando decidía dejar de hacerlo. En cualquier caso, nuestra madre era lo que suponía que se llamaba «una mujer delicada». Si no estaba durmiendo, no le importaba estar sola. Francamente, resultaba agotador, pero eran las cartas que nos había repartido el destino, y hacíamos lo que debíamos porque no teníamos otra opción.

A menudo me preguntaba cómo sería tener unos padres que se preocupaban por ti, en lugar de lo contrario.

Cuando entramos en la calle principal, un hombre caminaba en línea recta hacia nosotras mirando el teléfono.

—¡Oh, Dios! Cruza —siseó Marlo.

—¿Eh?

De repente, el hombre alzó la vista.

—Lo siento —dijo, rozándome el hombro antes de dar un paso a la izquierda—. Oh, hola. Eres Tenleigh, ¿verdad?

Hubiera jurado que Marlo soltó un gemido de exasperación.

—Sí. Hola, doctor Nolan. —Miré a mi hermana y vi que forzaba una sonrisa fingida. No había hablado nunca con el doctor Nolan, pero lo había visto por la calle y sabía que era el dentista que había puesto una consulta en Evansly. Al parecer, estaba allí para salvar del Mountain Dew los dientes de la gente de los Apalaches; sin duda era un propósito loable que podría iluminar algunas sonrisas. A mí me resultaba imposible no estremecerme cada vez que veía a un bebé chupando una botella de ese refresco. Ni que decir tiene que me estremecía

mucho. Y, evidentemente, la mayoría de sus clientes no podían pagarle con dinero, y lo hacían con cosas como whiskey casero que destilaban ilegalmente. Y sin embargo, aquí estaba. Sorprendentemente sobrio.

El otro dato que sabía sobre el doctor Nolan era que Marlo había tenido un rollo de una noche con él hacía unos meses, cuando él fue a Al's a tomar una cerveza un domingo.

Y desde entonces, lo ignoraba.

—Llámame Sam —me pidió, mirando a Marlo—. Hola, Marlo, ¿qué tal estás? —preguntó al tiempo que se subía las gafas por el puente de la nariz.

Francamente, era un tipo adorable al estilo de Clark Kent. Llevaba el pelo engominado hacia atrás, gafas de montura de pasta oscura y la camisa abrochada hasta el cuello. Pero a pesar de eso, era guapo, y parecía en forma.

Miré a Marlo enarcando las cejas.

—Hola, Sam. Estoy bien. ¿Y tú? —respondió ella con una enorme sonrisa, completamente falsa.

Nunca había visto a un hombre tan cerca de desmayarse.

—Oh..., er..., estoy bien. He ido a Al's un par de veces, pero no estabas trabajando —dijo con las mejillas rojas. Sí, era adorable.

Le lancé a Marlo una sonrisa de medio lado.

—Oh, lamento mucho que me hayas echado de menos, Sam. Aunque debes de haber estado muy ocupado en la consulta. —Marlo hablaba lentamente y con exagerada formalidad. Entrecerré los ojos, intentando leer su expresión.

—Oh... Oh..., sí. Estoy muy liado. —Hubo una pausa incómoda que él intentó rellenar—. En los Apalaches la caries dental es una verdadera epidemia. —Nos miró a una y luego a la otra—. Por supuesto, vuestros dientes son muy bonitos. Debéis cuidarlos bien. La salud oral es... Se nota que usáis el hilo dental, que es lo mejor. Sin embargo, el problema son sobre todo los refrescos. O la soda, como los llamáis por aquí. Y una mala dieta, por supuesto... —Hizo una mueca como si supiera que la conversación estaba siendo horrible.

Contuve una sonrisa.

—Somos conscientes del problema. Lo que haces es admirable

Él negó con la cabeza.

—Oh, no. Yo soy el más beneficiado, te lo aseguro. Que entre en la consulta una niña de doce años con la boca llena de caries y mandarla a casa luciendo una hermosa sonrisa es..., bueno..., resulta difícil de explicar la sensación. Es como si tuviera la capacidad de cambiar la vida de alguien, ¿entiendes? —Sus ojos se iluminaron, y su voz se llenó de entusiasmo—. No hay nada comparable a eso.

—Estaba claro que le apasionaba su trabajo. Lo dicho, adorable.

—¿De dónde eres, Sam? No tienes acento de aquí.

Él se rio entre dientes.

—Soy de Florida. Para mí las que tenéis un acento diferente sois vosotras. —
Miró a Marlo—. Me encanta cómo habláis.

«¡Oh, cielos!».

Eché un vistazo a Marlo, que parecía inflexible

—Bueno —intervino—, me tengo que ir a trabajar. Que pases un buen día, Sam. Tenleigh, nos vemos en casa.

—Oh... ¿Vas a trabajar ahora? —preguntó Sam—. Bien, deja que te lleve. De todas formas, voy a Evansly. Estaba dejando mi tarjeta en algunos buzones para que la gente supiera que la primera visita es gratis, por si están interesados.

Marlo vaciló.

—¡Genial! —solté yo—. ¡Qué suerte, Mar! Nos vemos en casa.

Ella me miró con los ojos muy abiertos, pero sonrió a Sam.

—Vale, vale. Gracias, Sam.

Los dos caminaron hacia el coche del doctor Nolan y me miraron antes de entrar en el vehículo. Sam se despidió con la mano y Marlo me lanzó una expresión que decía que ya ajustaríamos cuentas en casa. Me di la vuelta para dirigirme hacia la biblioteca, riéndome para mis adentros. Marlo se estaba esforzando mucho para que Sam no le gustara, era eso o que no le caía nada bien. Pero si tuviera que decidirme por una de las dos opciones, me quedaría con la primera. Había visto cómo actuaba Marlo con los chicos que realmente no le interesaban, y no era así. Además, había notado que no se había tapado la sonrisa con la mano delante de Sam. Apostaría cualquier cosa a que Sam le gustaba bastante.

Abrí la puerta de la biblioteca. En realidad no era más que una pequeña habitación en un cobertizo en la que se habían colocado unas librerías, donde los volúmenes se ordenaban de la mejor forma posible. Había ayudado a una de mis maestras de secundaria a montarla hacía varios años, y la gente había donado los ejemplares que podía. El presupuesto había sido escaso y no se habían podido comprar muchos libros, pero era mejor que nada. Por lo general estaba vacía, así que me sorprendió ver a alguien de espaldas hojeando un libro en el pasillo cercano a la pared del fondo.

Me acerqué silenciosamente y vi que era Kyland. «¡Maldito Kyland!».
Resultaba imposible confundir su ancha espalda y el pelo castaño claro que se le rizaba a la altura del cuello. Parecía que estaba a punto de colocar un libro en el

estante. Me aclaré la garganta y se dio la vuelta, con el volumen todavía en la mano. Bajé la vista desde su expresión de sorpresa al título de la cubierta: *Silas Marner: el pastor de Rave*.

Apoyé la cadera en una de las librerías y crucé los brazos a la altura del pecho mientras una sensación de satisfacción me atravesaba de pies a cabeza. Vaya..., vaya...

Kyland me miró con los ojos entrecerrados y se echó hacia atrás, mordisqueándose el labio inferior. Nos estuvimos mirando el uno al otro durante un minuto en un extraño tipo de enfrentamiento, a pesar de que yo era la única que debía de sentirse amargada.

—Una niña. Eso es lo que encontró esa noche de invierno. Abandonada en la nieve —dijo.

Asentí con la cabeza muy despacio, mientras pasaba los ojos por su cara y por su pelo, tan descuidado y guapo. Nuestras miradas se encontraron.

—Ella le dio sentido a su vida. Lo hacía sentir vivo de una manera que no había disfrutado nunca.

Él me siguió mirando.

—Luego perdió todo el dinero que había ganado después de exiliarse.

Me encogí de hombros.

—Sí, y no le importó. No le importó después de encontrar a Eppie. Ella terminó siendo su mayor fortuna. Fue ella la que dio sentido a su solitaria vida.

Algo cambió en los ojos de Kyland. Se dio la vuelta lentamente y puso de nuevo el libro en su lugar. Debía de haber comprobado que lo había devuelto la semana anterior y lo había cogido él. Luego se volvió hacia mí.

—¿Vas a leer otro? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—No. —Su voz salió entrecortada, aunque firme.

Me acerqué a él para devolver el que yo había terminado, *Ojos azules*. Me tuve que inclinar hacia Kyland para dejarlo en su lugar, pero él no se movió para dejarme sitio.

Me aclaré la garganta.

—Bueno, si quieres demostrarme que no eres un analfabeto literario, tienes que...

—Tenleigh. —Abrí mucho los ojos al notar el áspero tono de su voz y me callé.

Había algo duro y resuelto en su expresión. El aire estaba cargado de tensión. Los dos permanecimos en silencio, él con los dientes apretados. Cuando se

acercó más a mí, el corazón comenzó a latirme en el pecho de forma violenta y mi respiración se volvió jadeante. ¡Dios mío, qué guapo era! Olí su piel, limpia y masculina con una leve nota salada. Quise abrir la boca y aspirar el aire que nos rodeaba, probarlo con mi lengua. Noté una sensación extraña en el vientre y parpadeé. Él me siguió mirando como si estuviera evaluando mi lenguaje corporal con algo que parecía... ¿enfado? Su expresión era muy intensa. Me incorporé y alcé la barbilla. No entendía lo que estaba pasando, pero pensaba retroceder ante ello, fuera lo que fuera.

Kyland se acercó todavía más hasta que su cabeza quedó justo encima de la mía. Lo miré, con la sangre acelerada en mis venas.

—Me voy a marchar de aquí, Tenleigh. Nada me detendrá. Ni tú ni nadie. Nada ni nadie, ¿me has entendido? —Su voz sonaba tensa y su mirada era ardiente e irritada.

Jadeé bruscamente mientras intentaba controlar mi acelerado corazón. No necesitaba esto. No quería sentir que estaba en deuda conmigo por cualquier motivo. Pero quería que me besara. Justo en ese instante. Bajé los ojos a sus labios mientras emitía otro áspero suspiro. Kyland soltó un gemido estrangulado al tiempo que acercaba la boca a la mía.

—Me iré de este lugar y lo dejaré todo atrás. Todo. Incluso a ti.

«¿Y por qué no lo iba a hacer? Yo no significo nada para él».

—Vale. —Se me ahogó la voz.

Se quedó inmóvil durante un breve instante, mirándome con ojos ardientes, y luego bajó los labios a los míos. Encerró mi cara entre sus manos y hundió los dedos en mi pelo mientras empujaba la lengua en el interior de mi boca. Sentí como si ardiera de pies a cabeza y le rodeé el cuello con los brazos para apretarme contra sus duros músculos, fundiéndome con él. Kyland gimió un sonido torturado y me inclinó la cabeza con las manos mientras movía la lengua profundamente contra la mía. Gemí de nuevo, frotando mi lengua contra la de él, jugando, tanteando. Por fin, separé los labios de los de él y jadeé cuando me mordisqueó y me besó la garganta.

—Sí. ¡Oh, Dios, Kyland! No te detengas —le rogué. Y si me hubiera tendido en el suelo allí mismo para hacerme el amor, no le habría detenido. De hecho, estaba muy cerca de rogarle que hiciera precisamente eso. La sangre me bombeaba con furia entre las piernas, provocando un redoble de necesidad. Sentía los pechos pesados y doloridos.

Buscó de nuevo mis labios y empezó a hundir la lengua dentro y fuera de mi boca, como si estuviera muerto de hambre y yo fuera su alimento. ¡Me encantó!

Quería que el beso siguiera y siguiera. Que no terminara nunca.

De repente, Kyland se apartó de mí y dio un paso atrás, respirando con dificultad. Parecía aturdido y al mismo tiempo enfadado, mientras la evidencia de su excitación tensaba sus vaqueros.

—Joder, Tenleigh. ¿Qué coño estás haciendo?

La sangre se me heló con la misma rapidez que se me había calentado solo unos momentos antes. Abrí los ojos mientras lo miraba con incredulidad.

—¿Qué... qué estoy haciendo yo?

Entonces, Kyland se dio la vuelta y salió de la biblioteca pública de Denville, dejándome allí sola y confusa, con los labios y el corazón heridos.

¡Había dejado que me lo hiciera otra vez! ¿Qué me pasaba?

«¿Qué coño me pasaba?».

Me apoyé en la librería que tenía detrás y juré que no volvería a dejar que Kyland Barrett me humillara. No era el único que tenía planes para marcharse de allí.

«¿Por qué tengo incluso que saber que existe?».

Dios, lo odiaba.

Tenía la sospecha de que no era normal estar pensando día y noche en alguien que odiabas.

¡Maldición!

Pero sí tenía lógica haber evitado a Kyland Barrett durante toda la semana siguiente. Una vez que lo vi al fondo de un pasillo, en el instituto, me di la vuelta de golpe, y otra vez, eché un vistazo por la ventana y lo vi fuera, paseando con Shelly Galvin. Al instante desvié la mirada, devorada por el monstruo de los celos, sintiéndome enfadada y dolida a la vez. Parecía que no le importaba nada besarla a ella.

Una vez más pensé que esta era la razón de que evitara a los chicos y todo lo que implicaban; o bien eran unos cabrones o unos perdedores. Por un breve momento, había pensado que Kyland era diferente, pero había resultado que no lo era. Me había humillado a propósito, sabiendo que me sentía atraída por él. Bueno, nunca más. Al parecer, había un montón de chicas que se sentían felices dejando que jugara con ellas. Así que no moriría de soledad, al menos próximamente. Había visto una prueba de ello. Sin embargo, cuando me senté, me puse a mordisquear el lápiz, incapaz de quitármelo de la cabeza. ¡Maldito fuera! Me gustaba. Me había permitido pensar en él mientras estaba tumbada en

el pequeño sofá del remolque, sin dormir. Había soñado que él me miraba a los ojos como había hecho mientras estábamos sentados contemplando la puesta del sol. Había soñado que me tocaba, que me besaba, incluso que me amaba. Me había imaginado que le quitaba la camisa y que deslizaba los dedos por su piel cálida y bronceada... A pesar de que mi mente me había advertido que olvidara esa idea, la mera posibilidad me había hecho estremecer de pies a cabeza. Basta ya, Tenleigh. Basta, niña tonta. Tonta y estúpida.

El plan de renunciar a los chicos volvía a estar en activo de nuevo.

Después del instituto fui a la biblioteca para no encontrarme con Kyland mientras iba a casa. Sabía que no volvería a por más libros. Estaba a salvo... y me gustaba estar allí. Era como mi despacho personal. Podía sentarme en la pequeña mesa que había al fondo y hacer mis deberes mientras disfrutaba de la privacidad que necesitaba. En el pueblo no había nadie demasiado interesado en la lectura salvo yo. Y estaba mucho más cómoda que en el pequeño escritorio plegable que había en la caravana, y que chirriaba cada vez que me apoyaba en él para escribir.

Mi aliento dejaba nubes en el aire de principios de diciembre mientras corría con rapidez al pequeño edificio a poca distancia de casa. Corrí al interior y cerré la puerta a mi espalda, inhalando el aire con olor a humedad. Allí dentro no hacía calor, pero sí menos frío que en el exterior y, sin duda, era un lugar mucho más caliente que la caravana, llena de corrientes de aire. Extendí mis libros sobre la mesa y me puse a hacer la tarea. Al terminar, me quedé quieta, sin querer irme todavía, feliz en mi soledad.

Necesitaba un nuevo libro. Me levanté para examinar los que había y me fijé que sobresalía un pequeño trozo de papel blanco de *Ojos azules*, el libro que había devuelto justo antes de que Kyland me besara. Al recordar su beso, solté un sonido infantil de disgusto solo porque disfrutaba de la soledad y me sentía bien al hacerlo, y luego cogí el libro. Saqué el trozo de papel y el corazón se me aceleró cuando vi un pequeño renglón de escritura inclinada.

«Es uno de los libros más tristes que he leído, no ofrece ninguna esperanza. Me ha dado ganas de lanzarme por el precipicio más cercano. KB».

Hice una pausa para leer otra vez la línea. KB. Kyland Barrett. ¿Trataba de ser gracioso? Enfadada, me senté a escribir mi respuesta.

«Solo un cateto ignorante sería incapaz de ver el verdadero mensaje de esta novela, que todos mantenemos un diálogo interno que o bien nos hace sentirnos atrapados o bien nos hace libres. En cuanto a lo del precipicio, te sugiero el del hombre muerto, ya solo el nombre contribuye a tu causa. Además, es el más alto de la zona y en el fondo hay un montón de rocas

afiladas, capaces de garantizar prácticamente tu desaparición de este mundo. TF».

Esboqué una sonrisita y dejé de nuevo el papel en el libro, fijándome en que sobresaliera por la parte superior. Luego me puse a mirar los libros que había leído, buscando el más deprimente, hasta que finalmente saqué *Brighton Rock* de la estantería, dejando el hueco a la vista.

Dos días después, lo llevé de vuelta y, tres días más tarde, cuando regresé a la biblioteca, sobresalía una nota por la parte superior.

«Una agradable lectura. Me impresionó especialmente el personaje de Pinkie. KB».

Emití un suspiro de disgusto y respondí con rapidez.

«Solo una persona realmente perturbada se sentiría impresionada por un personaje que es el líder de una banda, un sociópata confeso que destruye cruelmente a la joven decente y guapa que lo quería. ¿Qué fue del precipicio? TF».

Entonces miré la estantería y elegí un libro que no solo fuera deprimente, sino también repugnante.

Cinco días más tarde, *La carretera*:

«Una emocionante historia sobre el apocalipsis, la supervivencia, el canibalismo y los búnkeres subterráneos. ¡El tipo de libro que nos gusta devorar a los chicos! KB».

Fruncí el ceño.

«Observo que te has quedado con la palabra “devorar”. Sin duda eres un psicópata. TF».

Después de eso elegí el libro que era, sin duda, el más deprimente que se había escrito.

Cuatro días después, *La campana de cristal*.

«Buen intento. Estoy contigo. KB».

Me reí en voz alta a pesar de todo. Y, maldito fuera, había tratado de descargar mi cólera y allí estaba, sonriendo ante su nota. La sonrisa se desvaneció lentamente de mi cara. Examiné la librería buscando otra lectura mientras una especie de melancolía inundaba mi solitario corazón. Me recosté contra la estantería mordiéndome un labio. Me gustaba Kyland. ¿Y eso qué significaba?

¿Por qué se molestaba en jugar conmigo? No lo sabía. Pero había visto lo que le ocurría a una mujer cuando se colgaba por un hombre que no estaba interesado en ella, y no pensaba acabar así. No lo haría. Mejor dejar las cosas como estaban. No iba a seguir ese juego absurdo. Solo serviría para crear esperanza y, cuando se trataba de Kyland, la esperanza no era algo que considerar. Suspiré, recogí mis pertenencias y salí de la biblioteca. Una vez fuera, agaché la cabeza y subí la montaña.

Kyland

Durante la semana siguiente, fui todas las mañanas a la pequeña biblioteca, pero no encontré ninguna nota esperándome. Traté de convencerme de que no me importaba, que solo había sido una diversión como otra cualquiera, aunque lo cierto era que sí había disfrutado de los libros. Me habían ayudado a pasar varias noches solitarias. Sin embargo, me decepcionaba que Tenleigh, por lo que parecía, se hubiera cansado de nuestro intercambio. Deduje que todavía podía estar enfadada conmigo. Sabía que me había comportado como un idiota cuando la besé. Me llevé la mano a los labios como si una pequeña parte de ella permaneciera todavía allí. Dios, había sido increíble, mejor incluso de lo que había imaginado. Me había costado mucho alejarme y había soñado con aquel maldito beso cada noche desde entonces. Sin embargo, no iba a repetir la experiencia. Por mucho que quisiera. No iba a tomar algo de ella que no pudiera devolverle... Tenleigh ya había sido suficientemente puteada en esta vida. Era necesario que me mantuviera alejado de ella, no pensaba darle falsas esperanzas y luego dejarla en la estacada cuando me fuera. Se merecía algo mejor. En cuanto a mí, no quería nada que me conectara a Denville, Kentucky. Quería marcharme y no mirar nunca atrás... en ningún sentido. No necesitaba mantener contacto con chicas de ojos soñadores que esperaban que les escribiera cartas de amor desde mi habitación en la universidad. Mi idea era besar a un montón de chicas, ahora y después de marcharme, pero ninguna de ellas sería Tenleigh Falyn. Así debía ser.

Salí de la biblioteca y cerré la puerta.

—Hola, Ky —oí mientras caminaba hacia casa con las manos en los bolsillos, porque había sido tan estúpido como para olvidarme los guantes. Era un día muy frío y la nieve de las últimas nevadas todavía cubría el suelo.

Eché un vistazo por encima del hombro y vi a Shelly.

—Hola —la saludé.

Ella sonrió y apretó el paso para alcanzarme. Enlazó su brazo con el mío, apretándose contra mí.

—¡Brrr! ¡Qué frío hace!

Asentí con la cabeza, con ganas de soltarme, pero resistí el impulso. Shelly y yo nos enrollábamos de vez en cuando, cuando a los dos nos apetecía. Ocurría desde que teníamos quince años. Yo no le daba importancia, y estaba seguro de que ella tampoco. A pesar de que parecía que no le gustaba cuando se enteraba de que había estado con otra chica. En secreto, yo esperaba que se echara un novio y pasara de nuestras relaciones esporádicas. Estaban empezando a aburrirme. Pero a Shelly, como a mí, le gustaba no tener ataduras. Además, Shelly cumplía mi otro requisito: no procedía de las montañas. Es decir, era pobre, pero no desesperadamente pobre. No como Tenleigh. Sentí una opresión en el pecho y apreté los dientes. No quería preocuparme por la supervivencia de nadie más que de mí mismo.

—¿A dónde vas? —pregunté.

Ella me miró a través de las pestañas.

—Bueno, me dirigía a Rusty's a por un ingrediente que mi abuela se olvidó de comprar para la cena. Pero... —me miró con coquetería— nadie se dará cuenta de cuánto tiempo me lleva.

—Yo voy a casa, Shelly. Mi madre me necesita —mentí.

Su expresión cambió.

—Bueno, entonces está bien. Oye, ¿por qué no vienes después conmigo al instituto a ver la función? Van a representar *Cuento de Navidad*. —Sonrió. Sabía que a Shelly le gustaba salir de casa cada vez que podía. Vivía con su padre y sus cuatro hermanos. Su madre había muerto cuando ella era pequeña. Describía su casa como un zoológico, pero lo cierto era que a mí no me sonaba mal lo que me contaba. Allí nunca había nadie solo.

—¿Ya es Navidad? —pregunté. Sabía de sobra que lo era, y lo odiaba. Había evitado con éxito el gran temor que solía acosarme en esa época del año gracias a la lectura y los libros que había ido marcándome Tenleigh, pero ahora no me quedaba más remedio que enfrentarme a la realidad.

Tenleigh. «Basta ya, Kyland. Deja de pensar en Tenleigh».

Pasé el brazo por los hombros de Shelly y la acerqué más a mi cuerpo. Ella sonrió.

—Hoy es veinticuatro, Ky —comentó—. Las vacaciones empezaron hace dos días..., ¿es que no te has dado cuenta?

Suspiré.

—Lo sabía. Estaba bromeando. —Y lo cierto era que salir después de casa no me parecía nada mal, y siempre se servían unos aperitivos en el descanso. Algunas veces era algo más que galletas y bizcocho. El año pasado, habían

ofrecido aquellos rollitos de jamón...

—Sí, vale, iremos a ver la función esta noche. Me parece bien. —Nos detuvimos delante de Rusty's.

—¡Genial! Mis hermanos también van, así que nos encontraremos allí. —Me apretó con más fuerza—. Y si estás libre después... —Dejó que la idea calara en mi mente antes de soltarme y lanzarme un beso mientras se alejaba.

Me encontré con Shelly delante del instituto, con las botas empapadas después de caminar por la nieve. Pisé el suelo con fuerza y moví la cabeza para sacudir la capa blanca que las cubría mientras ella sonreía y fingía que temblaba.

—¡Brrr! —dijo, tirando de su abrigo de lana rojo—. Calientame. —Se colgó de mi brazo y se apretó contra mi cuerpo. Su intenso aroma a vainilla inundó mis fosas nasales.

Entramos en el cálido interior del vestíbulo, donde daba ambiente un enorme árbol de Navidad que habían colocado en el centro del espacio. El instituto se volcaba con la obra de navidad. Probablemente, pensé, porque muchos de los padres de Evansly, los que trabajaban en las oficinas de la mina, estaban allí. Al mirar a mi alrededor, vi a varios de ellos, con sus gruesos abrigos, botas y sombreros de piel. Shelly me cogió de la mano y me condujo al interior, a unos asientos vacíos en el medio del auditorio. Había un murmullo de voces, charlas y risas, y allí dentro había una agradable temperatura. De repente, me alegré mucho de haber ido. Me apetecía tomar el refrigerio que se serviría en el intermedio; había sido un mes difícil. Calentar la casa, al menos lo suficiente para poder sobrevivir, se había convertido en una prioridad mayor que comer. Cuando era más joven, solía recoger el carbón que caía por la carretera. Pero era ilegal, por mucho que fuera una vía pública, y no merecía la pena correr el riesgo. Estaba muy cerca de lograr mi objetivo, muy cerca de que todo mi trabajo diera sus frutos. Seguí a Shelly, pasando con rapidez por delante de las personas que ya estaban sentadas en la fila.

Cuando nos sentamos, Shelly se quitó la chaqueta y se reclinó en el respaldo al tiempo que emitía un suspiro relajado agarrándome la mano. La miré... y me topé con los ojos de Tenleigh, que estaba sentada justo al lado de Shelly. Me estremecí y no pude contener la sonrisa que inundó mi rostro de inmediato.

—Tenleigh —dije, inclinándome hacia delante. Una especie de sensación de alivio inundó mi pecho, como si llevara demasiado tiempo esperando verla. «¿Es cierto?». Tenleigh parecía algo afectada, pero no dijo nada mientras sus ojos

bajaban desde los míos al punto donde le daba la mano a Shelly. La solté con rapidez, como si me hubieran pillado haciendo algo malo, y Shelly me miró con el ceño fruncido. Luego clavó los ojos en Tenleigh y de nuevo en mí mientras su ceño se hacía más profundo. Me volvió a agarrar la mano cuando las luces se apagaron. Me acomodé en el asiento con el corazón acelerado. Me sentía incómodo, nervioso, y ni siquiera sabía por qué. Tenleigh y yo solo éramos amigos... No, ni siquiera eso. De hecho, tampoco era amigo de Shelly. Aunque sin duda había intimado más con ella. Entonces, ¿por qué me sentía como si hubiera hecho algo malo a Tenleigh? ¿Por qué de repente me sentía culpable y distraído por que estuviera a nuestro lado? ¿Por qué me asaltaba, repentinamente, la necesidad de darle explicaciones?

Comenzó la función y se acallaron los murmullos. Traté de ver a Tenleigh con el rabillo del ojo, pero ella se había inclinado hacia atrás y Shelly me bloqueaba la vista. La estudié con rapidez cuando un niño se puso a llorar en el pasillo, un poco más adelante, y vi que estaba rígida, mirando al frente.

De repente, Shelly cogió su cazadora y la extendió sobre su regazo como si tuviera frío, colocándola de tal forma que me cubría a mí también. Sentí que movía la mano por mi entrepierna y pegué un respingo. Pasó la palma de la mano por mi polla y luego me la apretó por encima de los vaqueros, sin dejar de mirar al frente, con una sonrisita en los labios. Deslicé los dedos debajo de la cazadora y aparté su mano, poniéndola encima del abrigo. Me miró y arqueó las cejas. Señalé el escenario con la cabeza, aunque no estaba muy seguro de qué estaba indicándole.

Miré a Tenleigh, que dirigía la cabeza hacia delante, pero me fijé en que había bajado la vista y la tenía clavada en la cazadora de Shelly, en el punto donde nuestras manos se habían movido por debajo de la tela.

Carraspeé y subió los ojos hasta los míos, con los labios entreabiertos. Luego agrandó los ojos y miró de nuevo hacia delante, ignorándome.

Shelly me cogió la mano sobre el abrigo y trazó pequeños círculos en mi piel con el pulgar.

Durante el primer acto de la función, me sentí tenso e incómodo, intentando concentrarme en lo que ocurría en el escenario, pero fue en vano. Era consciente de la presencia de Tenleigh como si fuera una especie de imán, que no me permitía fijarme en nada que no fuera ella.

Una intensa sensación de alivio me atravesó cuando se encendieron las luces anunciando el intermedio. Me levanté y miré más allá de Shelly, a Tenleigh, pero ella ya se había dado la vuelta y salía por el otro lado de la fila para dirigirse con

la multitud hacia el vestíbulo.

Seguí a las personas que tenía delante hacia el pasillo central, con Shelly pisándome los talones, y miré en todas direcciones, por encima de las cabezas que me precedían mientras fluía con la multitud hacia el vestíbulo.

Shelly me dijo algo, pero no presté atención.

El olor a café y a dulce inundaba el espacio abierto, y Shelly me llevó directamente hacia una mesa.

—¿Tienes hambre? —preguntó.

«Siempre. Pero en este momento no es de comida precisamente, sino de algo... algo que no sé definir».

Asentí moviendo la cabeza y esperé la cola con ella, sin dejar de mirar a mi alrededor.

De repente, se abrió la puerta exterior dejando ver a una mujer con el pelo cubierto de nieve, el vestido mojado, sin cazadora y una banda muy gastada por encima del hombro y de la ropa. Parpadeé y la miré fijamente. «¡Oh, joder!». Era la madre de Tenleigh. Y parecía una rata ahogada y chiflada. El vestido se ceñía a su cuerpo, mostrando claramente sus fruncidos pezones rosados y un oscuro triángulo de vello púbico. Me dio un vuelco el corazón.

Se estremecía de forma violenta, pero al ver a la multitud, esbozó una cálida sonrisa que iluminó toda su cara al tiempo que enderezaba los hombros. Se deslizó por el vestíbulo, donde todos los presentes se quedaron en un creciente silencio mientras la miraban, con expresión confundida. Algunos niños empezaron a reírse.

Miré a mi alrededor, buscando a Tenleigh desesperadamente. Necesitaba protegerla de lo que se avecinaba y que me hacía sentir frenético y salvaje.

—Eddie —canturreó la madre de Tenleigh, moviéndose con rapidez hacia una persona que se encontraba en la parte de atrás del vestíbulo—. Eddie, querido. Lo siento, llego tarde. —Giré la cabeza y primero clavé la vista en Tenleigh, que se había quedado paralizada con una mirada de horror en su cara, y luego en Edward Kearney, el vicepresidente de perforaciones de la mina Tyton Coal y administrador de la beca anual. Apreté los dientes.

«¡Joder! ¡Joder!».

El señor Kearney estaba mirando a la madre de Tenleigh mientras se acercaba a él, tenía los ojos muy abiertos con una expresión de horror absoluto.

—Oh, Dios mío... —susurró por lo bajo su esposa, de pie a su lado, mientras cogía la mano de una niña de unos diez años. Su tono era de disgusto.

De repente, la puerta se abrió de nuevo y todo el mundo giró la cabeza

mientras entraba una mujer que reconocí como la hermana de Tenleigh. Estaba tan mojada y se estremecía tanto como su madre, después de haber estado bajo la nieve sin la vestimenta adecuada.

—¡Mamá! Ven aquí —llamó la hermana de Tenleigh. Yo aproveché ese momento para acercarme a ella lo más rápido que pude.

Tenleigh soltó una risita avergonzada mientras miraba a su alrededor, como si tratara de actuar tan naturalmente como podía en esa situación horrible, humillante y muy pública.

Noté que alguien me agarraba la mano y tiraba de mí. Cuando miré por encima del hombro, vi que era Shelly. Me liberé al tiempo que negaba con la cabeza y me volví de nuevo hacia Tenleigh.

La madre de Tenleigh miró hacia atrás con una sonrisa de confusión en su cara, y al ver a su hija se detuvo.

—Dios mío, Marlo, ¿qué estás haciendo aquí? —dijo.

—Mamá, no puedes estar en este lugar —explicó, llegando junto a ella y cogiéndola de la mano. Yo me aproximé a Tenleigh. Oí que Shelly me llamaba, pero no le hice caso.

—Por supuesto que tengo que estar aquí —dijo—. Es aquí donde está Eddie. ¡Eddie! —lo llamó de nuevo, tratando de moverse hacia él—. Eddie, cariño, sabía que estarías aquí, por eso he venido...

—Mamá —siseó Marlo entre dientes, tirando de ella con más fuerza. Tenleigh se acercaba también ahora hacia ellas, alejándose de mí. Quise llamarla, pero no quería que nadie se fijara en ella.

—¡Dios, está como una cabra! —oí que decía Edward Kearney a mi derecha—. Venga, Diane, salgamos de aquí. Hay una puerta lateral.

Tenleigh llegó junto a su madre, le agarró el otro brazo y trató de ayudar a Marlo mientras esta la arrastraba hacia la puerta principal. Sin embargo, cuando su madre vio que Eddie se alejaba con su familia, trató de alcanzarlo. Marlo resbaló y Tenleigh tropezó con los pies de su hermana y cayó de bruces al suelo, soltando un grito de dolor.

«¡Joder! ¡Joder! ¡Joder!».

Marlo consiguió sujetar a su madre, reteniéndola cuando empezó a gritar.

—¡Eddie! ¡Eddie! —aulló al tiempo que se giraba, golpeando a Marlo en la cara, por lo que la hermana de Tenleigh también gritó.

Me acerqué a Tenleigh y la agarré por los brazos, levantándola y tirando de ella hacia mí y a un lado, mientras su madre continuaba chillando, llorando y golpeando a Marlo. Empecé a dar un paso para ayudarla cuando un par de

hombres que reconocí como agentes de policía local, que debían de tener hijos actuando en la representación, se precipitaron hacia delante. Retrocedí y dejé que agarraran a la madre de Tenleigh. Ella empezó a arañarles al tiempo que llamaba a Eddie a gritos.

Mientras luchaba, se le bajó el vestido por un hombro, exponiendo uno de sus pechos. Aparté la vista.

—Bill, vamos a llevarla en tu coche —dijo uno de los hombres—. Está casi hipotérmica. —El tipo llamado Bill se quitó la chaqueta y la puso sobre los hombros de la madre de Tenleigh, aunque ella siguió luchando débilmente.

—¿Pueden llevarnos al hospital? —preguntó Marlo a uno de los oficiales mientras yo volvía a mirar a Tenleigh.

—Yo puedo acompañar a Tenleigh a casa —le dije, pero Tenleigh no me hizo caso. Sus ojos seguían clavados en Marlo y en su madre. Volví la cabeza en su dirección.

Marlo me miró mientras los hombres sacaban a su madre del edificio. La expresión de su rostro era de temor mientras cambiaba la vista de su madre a Tenleigh; evidentemente no estaba segura de si debía dejar a su hermana en mis manos. Cogí la mano de Tenleigh.

—Iré caminando con ella hasta casa. Me aseguraré de que está a salvo —dije con firmeza. Marlo clavó los ojos en Tenleigh, que asintió con la cabeza.

—De acuerdo. Cuando termine el turno nos vemos en casa —dijo Marlo, un poco más relajada. Tenleigh volvió a asentir con una expresión de tristeza que me estremeció por dentro.

Mientras su madre era arrastrada fuera del edificio, volví a mirar a Tenleigh. Parecía en estado de *shock*, con las mejillas brillantes y el cuello lleno de manchas rojas. Tenía los ojos clavados en el frente.

—Tenleigh —la llamé con suavidad, cogiéndole la mano.

Sus ojos buscaron los míos, y la angustia que vi en ellos hizo que me doliera el pecho con fuerza. Casi me lo froté con la palma de la mano para aliviarlo. Ella parecía perdida, sus ojos se movían lentamente por el vestíbulo, sorprendida de que la mirara la gente mientras hablaba en susurros. Susurros que flotaban en el aire, por encima de la multitud.

«... está loca... Tuvieron un lío hace años... Nunca estuvo bien... Ha empeorado... Qué vergüenza... Ha sido asqueroso...».

Me hubiera gustado cerrarles la boca.

«Tenleigh no se merece esto».

—Tenleigh, tengo que avisar a alguien de que me voy y luego te acompaño a

casa, ¿vale?

Mientras me miraba, pareció volver a la realidad. Aunque sus ojos reconocieron mis palabras, permaneció en silencio, con la misma expresión de devastación absoluta en la cara.

—De acuerdo —me confirmó.

—Ahora vengo. Espérame aquí. Vuelvo ahora mismo —insistí.

Me di la vuelta para hablar con Shelly. No es que estuviera saliendo con ella, pero consideré que era más decente avisarla. Justo en ese momento oí un portazo. Miré por encima del hombro y vi que Tenleigh no estaba. «¡Joder!». Busqué con la vista el lugar donde Shelly me miraba expectante. Hice una breve pausa y luego me di la vuelta, corriendo detrás de Tenleigh.

Tenleigh

Las lágrimas comenzaron a brotar antes de que hubiera dado tres pasos fuera del instituto. La repentina explosión de frío fue como una bofetada en la cara. Me pareció que era la versión física de lo que acababa de experimentar emocionalmente, frente a casi todos mis compañeros y un buen número de padres. Me sentía humillada y profundamente avergonzada. Corrí más rápido, con el viento golpeando mi piel como si fueran cuchillas de afeitar mientras mis pies se deslizaban por la carretera helada.

—¡Tenleigh! —Oí que me llamaban. Kyland. El estúpido de Kyland, que se había sentado a dos asientos de mí en el salón de actos y había permitido que una muchacha le acariciara por debajo de la cazadora en la oscuridad. No tenía derecho a sentirme tan dolorosamente celosa. Y, sin embargo, así había sido. Ni siquiera había querido besarme. Había dejado muy claro que no quería tener nada que ver conmigo, pero verlo con otra chica me había hecho sentir un dolor casi físico. Me habían entrado ganas de llorar y estrangularla... O a él. O a ambos. No estaba segura. Y no tenía derecho a hacerlo. Yo no era nadie para él. Durante toda mi vida solo había sido eso, una don nadie. Mi vida era insignificante y poco valiosa. Y eso dolía.

—¡Vete, Kyland! —le grité. Luego hipé y aumenté la velocidad.

—¡Tenleigh, para! Vas a hacerte daño. ¡Basta!

—¿Y a ti qué te importa? —grité sin detenerme, patinando y abriendo los brazos para recuperar el equilibrio antes de caerme.

—¡Tenleigh! —Oí que estaba más cerca, así que cogí un poco de nieve, me di la vuelta y se la tiré, dejando escapar un pequeño sollozo. Estaba comportándome como una niña inmadura y lo sabía. Sin embargo, ¿qué tenía que perder? La bola de nieve le dio en el hombro, me volví hacia delante y seguí corriendo, con pasos torpes y poco elegantes sobre la nieve.

—¡Dios, Tenleigh! —gritó Kyland. Me di la vuelta y recogí más nieve para lanzársela. Esta vez la esquivó con una maldición, pero eso no lo detuvo. Me giré para seguir corriendo. Cuando había dado alrededor de tres pasos, resbalé de nuevo y caí en un banco de nieve, a la derecha. Solté un grito, pero luego me

quedé allí, llorando, mirando al claro cielo invernal mientras los copos de nieve me caían sobre la cara. Me sentía vacía y completamente sola. Percibí los pasos de Kyland, que se acercaba rápidamente a mí. Luego me recogió, me rodeó con sus cálidos brazos y me levantó de la nieve mientras yo seguía llorando. Ya no tenía ganas de luchar.

—Shhh... —susurró Kyland con su profunda voz masculina—. Shhh... Estoy contigo. Está bien. Todo irá bien, Tenleigh. Estoy contigo —me consoló con ternura.

Le rodeé el cuello con los brazos. No podía dejar de temblar, y trataba de apretarme lo más cerca de su calor, de sus palabras tranquilizadoras.

Caminó conmigo un poco más y luego se sentó, estrechándome contra su pecho mientras yo dejaba salir lo que parecía un flujo interminable de lágrimas. Él siguió murmurando palabras de consuelo contra mi pelo, palabras que no comprendía, pero que me ayudaban a calmarme.

Recordé las expresiones que había en los rostros que me rodeaban cuando mi madre fue arrastrada por el suelo con aquel vestido sucio que no ocultaba nada. Cerré los ojos con fuerza. Tenía que ser una de las peores cosas del mundo, verse avergonzada por alguien que estaba destinado a protegerte, no a humillarte. Aunque seguía queriéndola muchísimo.

Poco después, mis lágrimas desaparecieron, pero no levanté la cabeza. Kyland me mantuvo estrechamente agarrada, y, cuando por fin miré a mi alrededor, vi que estábamos sentados delante de la puerta cerrada de la peluquería. Seguimos allí acurrucados, con la respiración acelerada, todavía estremeciéndome, rodeada por los brazos de Kyland mientras me aferraba a su cazadora con los puños cerrados, absorbiendo la seguridad que me proporcionaba su cercanía.

—Kyland —murmuré finalmente.

—¿Qué, Tenleigh?

—Lamento haberte tirado nieve —susurré.

—Está bien. Me lo merecía... Tenleigh, lamento lo que ha ocurrido esta noche. Con Shelly... Que ella... —Parecía que no sabía qué decir.

Solté un suspiro de derrota.

—No tienes que disculparte por nada. Me has dejado claro que no somos nada. —Kyland permaneció en silencio, y, cuando lo miré, se estaba pasando la lengua por el labio inferior con el ceño fruncido. Bajé la mirada con una opresión en el pecho. No lo culpaba por no querer besarme. ¿Quién iba a querer besar a la hija de la loca del pueblo? ¿Quién iba a querer tener algo que ver con una chica como yo? Lo que oía susurrar a los chicos de la escuela era verdad, ni siquiera tenía

casa, vivía en una caravana. Era posible que Kyland también fuera pobre, pero su madre no lo avergonzaba en público. De hecho, su padre y su hermano habían muerto de una forma heroica, trabajando para mantener a la familia. Mi padre, sin embargo, me había mirado y había salido huyendo.

—Kyland... —repetí.

—¿Sí, Tenleigh? —dijo.

Levanté la cabeza y miré sus ojos en la oscuridad, cobijados por la penumbra del hueco en el que estaba la puerta.

—Tengo que decirte algo.

Él levantó la mano y usó el pulgar para secarme una lágrima que todavía quedaba en mi mejilla.

—¿Qué quieres decirme? —preguntó en voz baja, con ternura.

—La verdad es que no soy hija de un príncipe ruso.

Lo vi parpadear y luego, de repente, soltó una risa profunda y cálida.

Me reí también y empecé a alejarme de sus brazos. Pero él me sostuvo con fuerza, y me hundí de nuevo contra su pecho, sabiendo que estaba justo donde quería y que no me importaba nada más. Necesitaba un poco de ternura. Dios sabía que lo necesitaba. E iba a tomar lo que Kyland me ofrecía. Podía ser temporal, pero sería suficiente por el momento.

—¿No hay joyas familiares? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Ni siquiera un mísero guijarro. Ni un grano de arena.

Curvó los labios en una sonrisa.

—Solo era un cuento estúpido que solíamos imaginarnos mi hermana y yo.

—No es estúpido —murmuró.

—Lo es —aseguré. Se me quebró la voz. Kyland no me respondió, pero sus brazos se cerraron a mi alrededor. Deseé haber sabido que él era peligroso para las chicas como yo, que fingíamos ser princesas. En ese momento, soñar era peligroso. Los sueños se rompían, y cuando eso ocurría, la realidad dolía mucho más.

—Yo también tengo que decirte algo —murmuró.

—¿Qué? —sollocé.

—En realidad no hay lince en la montaña. Es decir, sí los hay, pero no son peligrosos para nosotros. Cuando me ofrecí para protegerte de ellos, fue solo un ardid.

—Lo sé —repose bajito. También había disfrutado de su compañía. Supuse que por eso me lo había dicho.

Estuvimos acurrucados junto a la puerta durante un buen rato, hasta que el viento cambió de dirección y nos impactó de pleno, haciendo que los dos empezáramos a temblar.

—Tengo que llevarte a casa —dijo él, ayudándome a levantarme.

—Ahora estoy bien. —Solté un gemido de vergüenza—. Sé que has dejado a Shelly sola y...

—Shelly fue con sus hermanos. Yo he ido por la comida y por entrar en calor. —Se metió las manos en los bolsillos.

Oh.

—Sí, yo también —admití. Los dos bajamos la vista, y cuando nos miramos, nos reímos avergonzados.

—Tenleigh... Lamento haberte besado. —Hizo una mueca—. Es decir..., ¡mierda! No lamento haberte besado. Lo que siento es que no voy a volver a hacerlo. —Soltó una risa, incómodo—. Me refiero a que lo siento por mí, no por ti. Te he echado de menos. Esa es la verdad, Tenleigh —me miró con una expresión vulnerable—, es posible que hayas notado que yo no soy precisamente un buen partido.

Lo miré con simpatía. Supuse que era cierto que no éramos exactamente un buen partido; sin embargo, saberlo no me hacía sentir mejor. Y, de alguna manera, que Kyland me dijera eso me hacía pensar que era mentira, que no sabía de qué estaba hablando.

—No tengo nada que ofrecer. Y dentro de seis meses, ni siquiera estaré aquí —explicó.

—Kyland —lo interrumpí—. ¿Qué te parece si somos amigos? Imagino que me vendría bien un amigo. —Hice una pausa, pensando—. Y cuando los dos nos vayamos de aquí, sea bajo las circunstancias que sean, cuando ambos seamos un buen partido, recordaremos con cariño al amigo que una vez tuvimos en casa. Eso será todo. ¿De acuerdo? Así de simple. —Se me llenaron los ojos de lágrimas otra vez, y no supe por qué. No me parecía tan simple, quizá, aunque me hubiera gustado que sí lo fuera—. ¿Tienes amigos? —pregunté. Casi siempre lo había visto solo.

Él negó con la cabeza, mirándome. Era evidente que estaba pensando algo, pero no logré leer su expresión.

—No he tenido un amigo de verdad desde que murió mi hermano.

Sentí como si un globo se hinchara en mi pecho, el dolor me invadía los pulmones, y me resultó difícil coger aire.

—Me parece que los dos necesitamos uno.

—Sí —repuso finalmente con voz triste—. Sí.

Tenleigh

Empezamos a caminar con la cabeza gacha para protegernos del viento y del frío. Después de avanzar un poco, tenía los pies mojados, y empecé a tiritar de nuevo. Kyland me rodeó los hombros con un brazo, y permití que me apretara contra su cuerpo. En el momento en que llegamos a Dennville, había dejado de nevar. Tenía los pies todavía húmedos, pero había entrado en calor al moverme y gracias a la calidez que desprendía el cuerpo de Kyland.

—Tengo que llamar al hospital para asegurarme de que Marlo está allí con mi madre —dije. Había un teléfono público en la pared de la antigua oficina de correos, una reminiscencia del pasado en los tiempos que corrían. Pero arriba en la montaña no había buena cobertura para los móviles, y muchas personas no tenían teléfono fijo. En cuanto a nosotras, tampoco nos lo podíamos permitir. Kyland asintió y me acompañó a la pequeña cabina, donde busqué en la guía telefónica el número del hospital al que Marlo llevaría a nuestra madre, un centro donde aceptarían Medicaid. Saqué cincuenta centavos del bolsillo. Unos minutos después me confirmaban que mi madre estaba siendo atendida y avisaban a Marlo para que se pusiera al teléfono.

—Hola, Ten. Lo siento mucho. Estaba vigilándome. Se escapó mientras me duchaba. ¿Vas camino de casa?

—Sí, y no te preocupes, Marlo. Las dos sabemos que no ha sido culpa tuya. Estoy bien. Te lo prometo. ¿Me necesitas para algo? Podría encontrar la manera de llegar hasta ahí...

—No. Ahora me toca a mí. Fuiste tú la que se quedó aquí la última vez. Incluso faltaste al instituto. Y yo no tengo que trabajar hasta el martes. Solo siento que vayas a pasar las vacaciones sola. Podríamos estar aquí unos días. Ni siquiera era consciente de que estábamos en Navidad hasta que llegué al instituto y vi el árbol con las luces en el vestíbulo.

—Estoy bien. No te preocupes por mí. Te quiero. —Las dos sabíamos que, de todas formas, la Navidad no significaba mucho en nuestra caravana. Sería un día cualquiera.

—Yo también te quiero, hermanita. Oh, necesitan que rellene unos papeles.

Llámame aquí si necesitas algo, ¿de acuerdo? Estaré en la sala de espera, pero pediré en enfermería que me avisen si hay algún mensaje.

Bueno, al menos ella estaría en un lugar caliente.

—De acuerdo, Mar. Hasta luego.

—Te quiero.

Permanecí quieta un segundo, con los ojos clavados en el teléfono, y Kyland me lanzó una mirada inquisitiva mientras se frotaba las manos para calentárselas.

—Están bien —expliqué—. Ya las han atendido. Estarán allí hasta Navidad, y bueno... Nada. —Me enderecé, respirando hondo—. Así son las cosas. —Volví a quedarme en silencio, pensando una idea. Luego cogí de nuevo la guía telefónica y miré un número de Evansly. Lo marqué y sonó dos veces antes de que me respondiera una voz masculina.

—Hola. ¿Doctor Nolan? ¿Sam?

—Sí, soy yo. ¿En qué puedo ayudarla?

Me aclaré la garganta.

—Soy Tenleigh Falyn... Yo... Es que... —De repente me vi asaltada por un montón de dudas. Marlo iba a matarme. ¿Qué estaba haciendo?

—Tenleigh, ¿qué ha pasado? —Parecía preocupado.

—Es que... Bueno, nuestra madre... Ha tenido un incidente, por así decirlo, Marlo está en el hospital con ella, y se me acaba de ocurrir si... Es decir, me preguntaba si querías...

—Estoy poniéndome la cazadora, Tenleigh. ¿En qué planta están?

—En la doce. —Me lo sabía de memoria.

Permaneció en silencio durante un momento.

—¿En la planta de salud mental?

—Sí —dije en voz baja, cerrando los ojos. La vergüenza volvía a hacerme dudar de lo que estaba haciendo—. Sé que eres dentista, no médico, pero he pensado que... Dios, ni siquiera sé lo que he pensado. Lo siento. Es casi Navidad y... —Miré a Kyland, que me observaba atentamente mientras hacía la llamada.

—Has hecho bien al avisarme. Puedo acercarme y hacerle compañía. ¿Estás bien?

Solté un suspiro.

—Sí, estoy bien. Es muy amable por tu parte —dije. Y lo decía de verdad. La gratitud me abrumaba.

Kyland me miraba preocupado, así que asentí moviendo la cabeza para que supiera que todo iba bien.

—Me alegro mucho de que me hayas llamado. Gracias, Tenleigh.

—Bien, gracias. De verdad, gracias. Adiós, Sam.

Colgué y respiré hondo para tranquilizarme. Era muy probable que Marlo me matara, pero me sentía bien después de haber avisado al doctor Nolan. Aunque quizá mi hermana no quisiera salir con él, era un buen tipo. Yo tenía un buen presentimiento sobre él. Y todo el mundo necesitaba un amigo de vez en cuando, ¿verdad?

—He llamado a un amigo de Marlo —expliqué a Kyland—. Le he avisado por si quería ir a estar con ella allí. La planta donde se encuentra mi madre no es la más agradable.

Él asintió con tristeza y nos dirigimos hacia la colina. Me alegré de que Kyland no me hiciera preguntas en ese momento. No estaba dispuesta a decir nada más. Media hora después, llegamos a la caravana. Abrí la puerta y entramos precipitadamente. Por suerte, Marlo había cerrado la puerta antes de perseguir a mamá, o ahora mismo el interior estaría congelado. Aun así, nuestro aliento formaba nubecillas en el aire. Encendí los pequeños calentadores portátiles, aunque sabía que pasaría un buen rato antes de que estuviéramos calientes en el viejo remolque, lleno de corrientes de aire. Empecé a quitarme las botas empapadas, y cuando miré hacia Kyland, estaba de pie junto a la puerta, con expresión incómoda.

—Debes secarte —le dije—. Es decir... A menos que tengas que irte ya a tu casa. ¡Oh! —Me di una palmada en la frente—. Tienes que marcharte, claro... Tu madre...

Él movió la cabeza.

—No, no te preocupes por mi madre. No está esperándome. Es solo que... me gustaría poder llevarte al hospital. ¿Tu hermana te necesita allí?

Puse las botas a un lado y empecé a quitarme los calcetines mojados, todavía tiritando.

—No. Es que... hacemos turnos. Siempre es así —comenté. No le ofrecí más explicaciones, pero Kyland asintió como si me comprendiera y se quitó también los zapatos y los calcetines. Luego nos despojamos de las cazadoras y yo cogí la manta que había doblada encima del sofá donde dormía. Me envolví en ella, acomodándome mientras señalaba con la cabeza un lugar a mi lado.

Dudó un momento, pero luego se sentó y se envolvió también en otra manta.

—Me gusta vuestro árbol —dijo, señalando nuestro pequeño abeto de Navidad. Sonreí. Nos gustaba cortarlo nosotras mismas. Era pequeño y no tenía muchos adornos, pero sí una cadena de luces blancas que me encantaba. De

alguna forma, su resplandor hacía que nuestro pequeño y sucio remolque pareciera un lugar mucho mejor.

—Gracias.

Permanecimos en silencio durante un rato.

—Tenleigh —dijo finalmente—, si no quieres hablar lo entenderé, pero...

Suspiré.

—¿Mi madre? ¿Quieres saber lo que le pasa?

Asintió con la cabeza mientras me miraba con ternura.

Tiré de la manta y me arrebujé debajo, sintiendo por fin que entraba en calor. El viento soplaba lúgubrementemente a través de los árboles en el exterior.

—Mi padre la trajo aquí cuando estaba embarazada de Marlo, y se marchó cuando yo tenía tres días. Atravesó la puerta del remolque y no miró atrás.

—Joder... Lo siento.

Negué moviendo la cabeza.

—No lo sientas. Para mí no significa nada. No he llegado a conocerlo, y, después de lo que le hizo a mi madre, me alegro de que sea así.

—¿Es que...? —Kyland hizo una pausa como si buscara las palabras adecuadas.

—¿Si es culpa suya que sea así? —Negué con la cabeza—. No, es decir... Quizá sea el motivo de que se acusara, pero mi madre siempre ha fluctuado arriba y abajo... A veces incluso delira. El médico que le prescribe la medicación nos ha dicho que tiene un trastorno depresivo, pero yo no estoy segura. Parece algo más que eso, y me parece también que él no sabe de qué habla. —Bajé la mirada, sintiéndome expuesta. Nunca había hablado con nadie de esto, salvo con Marlo.

—Mi madre conoció a mi padre en uno de sus desfiles. Era reina de la belleza, y saltó a la fama cuando se convirtió en Miss Rayo de Sol de Kentucky. —Solté una risita carente de humor y luego permanecí en silencio durante un minuto antes de continuar—. Entonces, mi padre trabajaba como parte del equipo de iluminación y se enamoraron locamente. O eso es lo que cuenta mi madre. Ella procedía de buena familia, pero cuando les dijo que se había quedado embarazada y que se había ido a vivir con un chico lleno de tatuajes a un pequeño pueblo minero, la repudiaron. Mi madre trató de ponerse en contacto con ellos durante años, pero no han respondido nunca a sus llamadas. —Moví la cabeza—. Él la trajo aquí, trabajó en la mina durante un par de años y luego decidió que no quería tener esposa ni familia, así que se largó. Eso es todo. —Hice que me lavaba las manos para indicarle lo que mi padre había hecho con

nosotras. Luego me quedé quieta.

Kyland me miraba pensativo, no como si sintiera lástima por mí, sino como si lo comprendiera y aceptara. Eso me impulsó a continuar.

—¿Qué hubo entre tu madre y Edward Kearney? —preguntó.

Fruncí el ceño.

—Empezaron una aventura cuando yo tenía ocho años y Marlo once. Él le dijo que iba a dejar a su esposa, que cuidaría de nosotras y nos llevaría a su enorme casa en el pueblo. Mi madre lo consideraba una especie de salvador.

—¿Estás segura de que es cierto? Lo digo porque tu madre tiene una concepción muy sesgada de la realidad...

Negué moviendo la cabeza.

—Lo dijo. Esta caravana es pequeña y las paredes son muy finas. —Lo miré fijamente.

Él abrió mucho los ojos.

—¿Venía aquí?

—Sí. Durante todo el tiempo.

Kyland se pasó la mano por el pelo y apretó los labios.

—Jesús... ¡Menudo cabrón! —Me dio la impresión de que quería decir algo más, pero permaneció en silencio.

—Creo que le gustaba venir. Lo veía en sus ojos. Le producía alguna sensación extraña. Dejaba dinero encima de la mesa antes de irse.

Kyland emitió otro sonido de disgusto.

—De todas formas, la situación se prolongó durante un par de años. Utilizó a mi madre como si fuera una puta. Ella pensaba que la amaba. —Sacudí de nuevo la cabeza—. Un día, mi madre nos llevó al pueblo para enfrentarse con él y su esposa. Las tres caminamos los doce kilómetros que había hasta su casa, y llamó a la puerta. Fue muy humillante.

Miré a un lado, pasándome el dedo por el labio inferior al sentir de nuevo la desesperación de ese momento. No quería mirar a Kyland a los ojos. Él permaneció en silencio, esperando que yo continuara.

—Edward abrió la puerta y, cuando mi madre expuso la razón por la que estaba allí, él le escupió. —Clavé los ojos en Kyland—. ¡Le escupió! —repetí—. Luego le cerró la puerta en las narices. —Mientras recordaba la devastación de mi madre, miré por detrás de Kyland, contemplando el cielo a través de la ventana. El crepúsculo era de un profundo tono azul plomizo, el mismo color que había cubierto nuestros zapatos mientras regresábamos en silencio, con la cabeza gacha.

—Tenleigh... —susurró él—. Lo siento mucho.

Asentí.

—Supongo que es así y punto.

—No es de extrañar que hayas renunciado a los hombres —añadió con una sonrisa leve.

Me estaba tomando el pelo.

—Por eso es genial que seamos solo amigos —repliqué, devolviéndole la sonrisa.

Se rio entre dientes.

—¿Te sientes incómoda de que Edward Kearney sea el administrador de la beca y todo eso?

Me encogí de hombros.

—En realidad no. Es la beca de Tyton Coal. Él solo es la cara visible. Y si me ayuda a salir de aquí, estoy dispuesta a dejar a un lado cualquier pizca de orgullo.

Kyland asintió moviendo la cabeza. Pareció quedarse pensativo mientras miraba el suelo.

Después de un rato, subió los ojos hasta los míos. ¡Dios mío, qué guapo era! Cuando nuestras miradas se encontraron, ninguno de los dos apartó la vista. Parpadeé mientras un extraño calor se extendía por mi vientre.

—¿Te apetece un chocolate caliente?

—Er... sí, claro.

Me levanté todavía envuelta en la manta y me dirigí a la pequeña cocina que ocupaba la parte delantera del remolque. Kyland me siguió, también con la manta sobre los hombros. Me observó mientras ponía el agua a hervir, con la cadera apoyada contra la pequeña puerta. Aparté la vista para concentrarme en mi tarea. Su masculinidad parecía llenar el remolque. Quizá fuera porque no estaba acostumbrada a compartir el espacio con un varón o tal vez porque tenerlo a él cerca hiperestimulaba mis sentidos. Odiaba que fuera así. Lo odiaba porque éramos amigos. Me había intentado convencer a mí misma de ello después de que me dijera que no volvería a besarme. Pero si no nos íbamos a besar, entonces éramos amigos y punto. Respiré hondo y vertí el agua caliente en dos tazas donde ya había servido el cacao en polvo. Apagué el fogón antes de entregar a Kyland una de las tazas. Nuestras manos se rozaron cuando la cogió por el asa, y los dos levantamos la vista.

—Lo siento —susurré.

—¿El qué?

Parpadeé.

—Mmm... —«No ser capaz de dejar de querer que me beses hasta que me quede sin aliento. Ser incapaz de dejar de pensar en la forma en que me besaste. Preguntarme si alguna vez sentiré de nuevo la misma emoción que sentí cuando tus labios tocaron los míos por primera vez. Mentir y fingir que me siento feliz siendo solo tu amiga»—. Que esté tan caliente. —Bajé los ojos a la taza que sostenía en la mano.

—Eso está bien. Así entraremos en calor.

Asentí moviendo la cabeza mientras pasaba con rapidez a su lado. Necesitaba espacio. En realidad lo que necesitaba de verdad era sentir el impacto de una ráfaga de aire frío en la cara, pero no estaba dispuesta a volver a quedarme congelada ahora que por fin estaba entrando en calor.

«¿Qué hacen los amigos?».

—Entonces... ¿quieres jugar al Scrabble o algo así? Conservo un par de juegos de mesa de mi padre.

—Claro. ¿Cuáles tienes?

—Er... déjame ver. —Me acerqué a un pequeño armario y miré lo que había en el estante superior. Había pasado una eternidad desde que Marlo y yo habíamos jugado a eso. De repente, me parecía una idea muy divertida.

—Scrabble... Mmm... Monopoly.

—¡Al Monopoly! —dijo Kyland con entusiasmo. Me reí y saqué el juego del estante.

Me senté en el sofá y él se acomodó a mi lado. Acerqué la mesita para café a nuestras rodillas y comencé a colocar el tablero y el resto del material. Luego puse la bandeja del dinero delante de mí, así podría ser la banca y entregar las tarjetas de bienes raíces.

—Prefiero ser yo la banca —protestó él.

Fruncí el ceño. Siempre era yo la banca. Pero después de todo, él era mi invitado, así que le entregué la bandeja con el dinero.

—Y siempre juego con el zapato —continuó.

«Bueno, eso es inaceptable».

—Ah, no, soy yo la que juega con el zapato —informé.

—¡No! Ni hablar. El zapato soy yo.

—De todas formas, ¿por qué quieres jugar con un zapato viejo y sucio? ¿No prefieres ser el coche de lujo? —Arqueé una ceja, tratando de convencerlo sosteniendo en alto el deportivo.

—No, el zapato representa el trabajo duro. Y el trabajo duro conduce a la

riqueza. Por eso siempre soy el zapato.

Arqueé las cejas.

—¿Por qué quieres ser el zapato? —preguntó.

—Porque es algo que parece no tener pretensiones. Nadie espera que el zapato venga y lo gane todo. Todos vigilan al descapotable..., no al zapato. Es el que no pilla el radar, el que va caminando. —Le guiñé el ojo.

Kyland se rio, satisfecho.

—Me ha gustado esa respuesta. Lo echaremos a suertes.

Sonreí.

—Vale.

Lancé la primera. Un cuatro.

Kyland tiró después. Tres. Se rio.

—Muy bien. Puedes ser el zapato. Has ganado.

Una hora después, habíamos sobrevivido a la caída de la bolsa y éramos socios en varios negocios. Habíamos dado ya varias vueltas al tablero. Kyland estaba ganando, lo que no me hacía feliz. Aterricé en otra de sus malditas estaciones de ferrocarril

Se rio, haciendo que lo mirara.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nunca hubiera imaginado que fueras tan competitiva, Tenleigh Falyn. — Sonrió, satisfecho de sí mismo.

—Grr... —gruñí, contando el dinero para pagarle.

—Es la regla de oro del Monopoly: comprar siempre los ferrocarriles.

Lo miré con los ojos entrecerrados.

—No has ganado tanto como para darme consejos de estrategia, ¿sabes? — Hice una pausa—. Nunca compro las estaciones. Son aburridas.

—Bueno, pues deberías. Si las comparas con otras propiedades, te darás cuenta de que el flujo de ingresos es constante durante todo el juego. Si se poseen las cuatro, es una fuente de dinero importante. Puedes utilizarlo para financiar el resto de monopolios.

Lo miré durante un rato. Incliné la cabeza. Sabía que estaba trabajando para conseguir la beca, pero hasta ese momento no me había dado cuenta de lo inteligente que era en realidad. Y, de repente, tuve la certeza: él no podía quedarse allí. Tenía que marcharse para poder dar salida a esa inteligencia. Me vi inundada por una tristeza tan profunda, que me hizo sentir confusa. Ser inteligente no era algo que debiera producir tristeza, sobre todo con lo mucho que se necesitaba serlo en Dennville, Kentucky.

—Quizá no debería estar dándote todos esos consejos, pero es evidente —dijo haciendo un gesto con la mano para indicar que estaba ganando— que podrías usarlos.

Me reí.

—Eres un idiota —murmuré, haciéndole reír a él también.

Una hora después, estaba prácticamente en quiebra y él tenía la partida ganada. Kyland no podía contener la diversión. Era una locura.

Sin embargo, hacía mucho tiempo que no me divertía tanto.

—Está bien, lo admito. Me has aniquilado oficialmente. Felicidades.

Cogí el tablero y recogí el material mientras él se reía.

—Tienes suerte. Te voy a dar la revancha.

—Mmm...

Hubo un golpe en la puerta del remolque y él me miró, confundido.

—¿Quién es? —pregunté.

—Soy Buster.

—Buster... —repetí, corriendo hacia la puerta y abriéndola. Una ráfaga de aire helado me hizo dar un paso atrás—. Adelante.

Buster West era mi vecino, quizá el habitante de más edad de las colinas. Un tipo extraño pero con buen corazón que nos traía cestos llenos de ruibarbo en verano.

—Hola, señorita —dijo sonriente, bajándose la capucha.

—¿Qué te ha traído aquí con este tiempo, Buster?

—He venido a traeros un regalo de Navidad. —Miró a Kyland.

—Buster, ¿conoces a Kyland Barrett? También vive en las colinas y...

—Claro. Hola, chico. ¿Qué tal está tu madre?

—Hola, señor. Er... está bien. No sale mucho, ya sabe.

Buster frunció el ceño.

—No, supongo que no. —Miró a Kyland durante demasiado tiempo. ¿Qué pasaba? Yo también lo observé, y vi que tenía las manos en los bolsillos mientras miraba al suelo.

—Bueno, aquí tienes. —Buster me ofreció algo envuelto en papel de seda blanco.

Lo cogí.

—No era necesario. —Sonreí, incómoda, cambiando el peso de pie. Sabía exactamente qué era, y no quería abrirlo delante de Kyland. Pero Buster estaba allí, mirándome con tanta satisfacción y expectación que no podía defraudarlo. Así que desenvolví el paquete y levanté el trozo de madera tallado, intentando no

mostrar una expresión de repulsa. Sin embargo, no pude evitar el calor que me bajó por el cuello. Buster hacía tallas pornográficas. Por lo que sabía, estaba tallando en madera todo el Kamasutra. La figura que tenía en la mano consistía en una mujer arrodillada delante de un hombre. Ella le chupaba el pene mientras él le tiraba del pelo, con una expresión de éxtasis en la cara.

Bueno...

—Guau, Buster. Es muy... romántico.

Kyland sofocó una risa y luego empezó a toser.

Buster sonrió, soñador.

—Lo es —confirmó, pero luego su rostro cambió—. ¿Qué tal está Annabelle? —se interesó, preguntando por mi madre.

—Vuelve a estar en el hospital.

Asintió moviendo la cabeza.

—Ya me supuse. La vi salir en bata. Subí para avisar a Marlo —comentó, acabando las palabras con una T al final, como hacía la gente de la montaña—. La pobre chica estaba en la ducha. —Sacudió la cabeza—. Me alegro de que la estén arreglando.

Bueno, era una manera de decirlo. Me limité a asentir.

—Oh, yo también tengo algo para ti —dije, cogiendo una pequeña lata de debajo del árbol de Navidad.

Se la tendí con una sonrisa.

—Té de lavanda. Mi favorito. Eres una joya, Tenleigh.

Me reí.

—De nada. —Debía confesar que en realidad le hacía té de lavanda cada vez que podía, no solo en Navidad, porque sabía que le encantaba. Así que no era nada del otro mundo. Pero él era muy bondadoso al actuar como si lo fuera.

—Bueno, que tengáis una feliz Navidad. —Se puso la capucha, sonrió a Kyland y me besó en la mejilla con los labios fríos y secos.

—Igualmente —respondí.

Cuando Buster se fue, miró a Kyland, que admiraba la talla de madera.

—Tengo una colección entera —confesé.

Kyland echó la cabeza hacia atrás y se rio. Me uní a él.

—Lo juro, es evidente que ese viejo tiene un tornillo suelto. Pero lo adoro.

Kyland negó con la cabeza sin dejar de reírse.

—¿Puedo verla?

Se la mostré y examinó las tallas de cerca, cogiéndolas en la mano.

—¡Joder! A pesar de su locura, tiene talento. —Siguió mirándolas durante un

minuto, y luego, como si de repente recordara lo que estaba viendo, se puso serio y se aclaró la garganta.

Dejé el regalo debajo del árbol y me volví hacia Kyland. Tenía una expresión intensa y caliente. Se me erizó la piel y sentí una fuerte oleada de calor. Agarré con fuerza el borde de mi jersey. No sabía cómo enfrentarme a la tensión que había entre nosotros. Éramos amigos, ¿no?

—Será mejor que vuelva a casa, ya sabes, por si mi madre me necesita.

Asentí.

—Sí, es cierto. Por supuesto. —Miré el reloj, y vi que eran casi las diez.

Kyland parecía inseguro.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó mientras se ponía con rapidez los calcetines y los zapatos.

—Sí —sonreí—. Ahora estoy bien. Gracias. —Bajé la vista, sintiéndome tímida por alguna razón inexplicable—. Muchas gracias.

Él asintió bajando la mirada a mis labios antes de volver a subirla a mis ojos. Los dos nos movimos a la vez, yo para abrirle la puerta y él para ponerse la cazadora, que ya estaba seca.

—Ten cuidado de camino a casa —dije en voz baja, junto a la puerta abierta—. Puedes resbalar y...

—... y hay linceos —terminó él, haciendo que los dos nos riéramos.

Se puso serio.

—Iré con cuidado, te lo prometo —aseguró, volviendo a mirarme fijamente.

—Vale.

—Vale

Bajó los dos peldaños hasta estar de pie en la nieve.

—Cierra la puerta con llave. Me iré cuando oiga el clic.

Asentí.

—Buenas noches, Kyland.

—Buenas noches, Tenleigh.

Cerré el cerrojo y me acerqué lentamente al sofá, donde me envolví en la manta y me senté, con los ojos clavados en el pequeño árbol de Navidad. De repente, la caravana me parecía demasiado tranquila y solitaria. Y me pasaba algo, algo que me hacía pensar. Me sentía tensa. Tenía que hacer algo, y no sabía por qué. Sin embargo, antes de que pudiera, bostecé. Me recosté y, en pocos minutos, estaba profundamente dormida.

No me desperté hasta que la luz de la mañana de Navidad atravesó las ventanas del remolque, mientras un coro de reyezuelos piaban su canto.

Kyland

Estaba nevando. Me detuve junto a la ventana y miré lo que cualquier otra persona habría observado maravillada, aquel paisaje limpio y blanco. No siempre nevaba en Navidad. Algunos dirían que era algo especial. Yo no. «Navidad». Me inundó una oleada de melancolía, e intenté contenerla. Solo era otro día en el calendario. Si no hacía caso, pasaría sin más. No era diferente a cualquier otra fecha, salvo en mi mente.

—Lo conseguirás, Kyland —murmuré para mí mismo, tomando otro sorbo de café caliente.

Llamaron a la puerta y me sorprendí un poco. ¿Qué coño...? ¿Quién cojones iba a casa de nadie la mañana de Navidad? Fruncí el ceño mientras me acercaba a la puerta.

—¿Quién es? —exigí, en guardia.

—Tenleigh. —Parpadeé. ¿Tenleigh? «Joder». Me tomé mi tiempo antes de abrir.

Allí estaba, con el pequeño árbol de navidad, y las asas de una bolsa de papel entre las manos, mirándome con una tímida sonrisa, y con algunos copos de nieve adornando su pelo oscuro y otros prendidos en las pestañas. Tenía las mejillas rosadas por el frío, su aliento formaba nubes en el aire. Era digna de ver. Impresionante. De hecho, abrí un poco más la puerta para verla mejor.

—¿Qué haces aquí? —pregunté. Maldición, eso sonaba muy frío. Pero tenía que irse. No podía entrar.

La sonrisa desapareció de su rostro y bajó la vista un instante antes de levantar los ojos hacia los míos.

—¿Cuánto tiempo hace que se fue?

Fruncí el ceño.

—¿Que se fue? ¿Quién?

—Tu madre.

Abrí mucho los ojos sin dejar de mirarla, los dos allí de pie, en el umbral. La nieve continuó cayendo sobre su pelo y su cazadora oscura.

—¿Qué...? ¿Por qué te...? —Empecé a decir. Luego solté el aire y me pasé la

mano por el pelo—. ¿Cómo lo sabes?

Dulcificó la expresión.

—Nunca hay luces encendidas en tu casa... Entre otras cosas... —Sacudió la cabeza—. En realidad solo era una suposición. —Se mordió los labios y el corazón me hizo algo raro en el pecho. Me llevé la mano a ese punto y me lo masajeeé con suavidad, como si fuera algo físico—. Lo siento, tenía razón. —Hizo una pausa—. Solo he pensado que si estabas solo, probablemente no tendrías Navidad. Y por eso... —levantó el arbolito— te lo he traído. —Sonrió.

Abrí la puerta del todo y le hice un gesto con la mano para que entrara. Su sonrisa se amplió, y suspiró de alivio mientras entraba en mi casa. Por un momento, se quedó mirando alrededor, y yo me metí las manos en los bolsillos, tratando de ver el lugar a través de sus ojos. Mi casa era pequeña y el mobiliario estaba pasado de moda; eran los que mi madre había heredado de mi abuela cuando murió, cosas que no eran bonitas entonces y que, sin duda, tampoco lo eran ahora. Pero intentaba mantener el lugar limpio y recogido.

Tenleigh detuvo la mirada en el sillón. Había una mesa al lado con una foto de mi madre. La había puesto allí al principio porque esperaba con todas mis fuerzas que regresara, y era su imagen lo que yo saludaba cuando entraba por la puerta. Tenía que deshacerme de ella.

Tenleigh se volvió hacia mí, sonriendo.

—Está bien —dijo. Y, ¡joder!, el corazón volvió a darme un estúpido vuelco en el pecho, porque me di cuenta de que ella lo decía realmente en serio, y eso no era aceptable. Una chica como Tenleigh debía ver que este lugar era un vertedero... Y no lo hacía. Había algo en ese hecho que me molestaba y que también me hacía sentir una extraña felicidad.

—¿Me das la cazadora? ¿El árbol de Navidad? ¿La bolsa de papel?

Se rio y puso el arbolito sobre la mesita para café mientras se quitaba la prenda de abrigo. La vi accionar un interruptor.

—Las luces funcionan con pilas —explicó—. Podemos ponerlo en cualquier lugar. —Lo colocó a su gusto sobre la mesita y luego se incorporó, aunque bajó la mirada al suelo con una nueva expresión de inseguridad. Se produjo un silencio incómodo.

Me miró.

—Lo lamento, Kyland —susurró, sacudiendo la cabeza un poco—. He irrumpido en tu casa sin avisar, pero solo quería... —Se mordió el labio otra vez—. ¿Qué pensabas hacer hoy?

—Ver la televisión... Estudiar... Regodearme en la soledad...

No se rio. Supuse que era consciente de que no lo había dicho de broma, aunque solo fuera por su reacción.

—¿Tienes televisión? —preguntó.

—A veces. Cuando dispongo de electricidad.

Ella asintió moviendo la cabeza, y ambos permanecimos un segundo en silencio.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó finalmente en voz muy baja.

Hice una pausa. Nunca había hablado con nadie sobre esto. No podía decírselo a nadie. Nunca se me había ocurrido hablar con alguien de ello. Pero en ese momento, por alguna extraña razón, sentía unas ganas desesperadas de contárselo a Tenleigh.

—Nos dejó una semana antes del accidente en la mina.

Vi su mirada de simpatía, pero no dijo nada.

—Mi padre estaba demasiado avergonzado. —Negué con la cabeza antes de rascarme la nuca, intentando alejar los recuerdos incluso mientras se los revelaba—. Sí, se sentía humillado por ello, y era un hombre orgulloso. Nos hizo jurar que no se lo diríamos a nadie hasta que no estuviera preparado. Creo... Creo que quizá estaba tratando de inventarse una historia que sonara mejor que «ya no nos quiere». —Hice una pausa—. O quizá esperaba que regresara. Sin embargo, mi madre jamás fue feliz aquí. Mi padre, que ni siquiera terminó la secundaria, no ganaba mucho en la mina. Se peleaban todo el tiempo. —Me pasé la mano por el pelo mientras hacía una mueca—. Ya ves, Tenleigh, tu padre os abandonó cuando tenías tres días, y te duele porque no quiso llegar a conocerte. Pero mi madre me conocía, sabía que la quería. Y se marchó igual.

—Kyland... —susurró.

Negué moviendo la cabeza, incapaz de detener las palabras que salían por mi boca por voluntad propia.

—Entonces, ocurrió el accidente en la mina, y... —Solté un suspiro tembloroso, sorprendido de que todavía pudiera emocionarme por eso. Me parecía que había pasado hacía toda una vida, pero hablar de ello estaba haciendo que volviera a revivirlo de alguna forma... — y murieron. Cada familia de la montaña parecía estar en duelo por alguien, así que nadie se dio cuenta de que mi madre no estuvo presente en ninguno de los servicios conmemorativos, o quizá imaginaron que estaba rota por el dolor. Había más gente así. Luego esperé que regresara. Pensé que debía de haberse enterado. Que lo habría oído en algún sitio. Tenía que saber que yo estaba solo. Esperé y esperé a que ella regresara a por mí, pero no lo hizo. —Tomé aire—. No quería que me

enviaran a un centro de acogida. Quería tener la oportunidad de ganar la beca. Quería una oportunidad de vivir... Y la única forma de conseguirlo era seguir trabajando para ello. Por eso, cuando la gente me preguntaba, les decía que estaba enferma. —Me encogí de hombros.

—No es de extrañar —dijo con tristeza.

—¿No es de extrañar el qué?

—Que no es de extrañar que odies tanto este sitio.

Me quedé mirándola a los ojos.

—No tienes que seguir estando solo. —Movié la mano y me cogió la mía con una expresión de tristeza. Tenía los dedos fríos y suaves, los sentía pequeños entre los míos.

—Tenleigh... No lo entiendes. Gane la beca o no la gane, me voy a largar de aquí. Dentro de unos meses, me largo. Si al final no la ganara, vendería todo lo que haya de valor en esta casa y me marcharía haciendo dedo. Buscaré trabajo en algún sitio, atravesaré el país hasta encontrar mi lugar. No pienso quedarme aquí pase lo que pase. No puedo trabajar en la mina. No quiero pasar más hambre. Me largaré y no miraré atrás. No pienso volver a pisar Denville, Kentucky, en mi vida.

Sus ojos estuvieron clavados en mi cara durante varios minutos antes de que asintiera, soltándome la mano.

—Ya lo has dicho antes. Y te he dicho que vale.

¡Dios! Qué chica...

—Sí, supongo que sí.

—Solo quiero que sepas que es cierto. En serio, tienes una amiga. —Me sonrió con valor. Sin embargo, había algo oculto en sus ojos.

Amigos. Sí. Eso era lo que habíamos decidido. Y era algo que no me había hecho feliz anoche y que tampoco me hacía feliz ahora.

Las moléculas del aire que nos rodeaba parecieron acelerarse y calentar el espacio que había alrededor de nuestros cuerpos.

—Así que... —dijo con alegría, cambiando de tema— te he traído un regalo de Navidad.

Arqué una ceja lentamente, tratando de ignorar el calor que atravesaba mi cuerpo. La deseaba. Quería desnudarla. Quería hundirme en ella con dureza, con fuerza, y ver su cara mientras lo hacía. Quería saber lo que pensaba cuando mi cuerpo llenara el de ella. Quería oírla hablar, escuchar en su voz esa cadencia de Kentucky que ella trataba de ocultar y que se hacía más pronunciada cuando la asaltaba alguna emoción. Quería ver ese carácter ardiente que solo mostraba de

vez en cuando, como un rayo repentino, que sorprendía más porque atravesaba un cielo despejado y sin nubes. Quería tomar su virginidad, y no con suavidad. Quería hacerle daño como si me estuviera haciendo daño cada vez que me miraba. Quería marcarla, reclamarla, que todos supieran que me pertenecía a mí y solo a mí.

«¡Joder!».

No.

No.

No.

No podía permitirme pensar nada de eso. Me largaría y dejaría a Tenleigh atrás. Eso era todo. No era un idiota insensible, capaz de desvirgarla y de largarse del pueblo sin volverse a poner en contacto con ella. No lo haría. No le haría eso a ella ni a mí mismo. Quería comenzar de cero. No quería dejar ninguna parte de mí mismo en Dennville. Llevaba trabajando cuatro años para poder hacerlo. Y estaba a punto de conseguirlo, lo tenía al alcance de mi mano. Y ninguna jovencita, por muy guapa y brillante que fuera, me lo iba a impedir ahora.

Cogió algo de la bolsa de papel que había dejado en el suelo y me miró con curiosidad.

—Tienes una expresión muy intensa.

Me centré en el presente.

—Lo siento. Solo estaba pensando.

Tenleigh ladeó la cabeza.

—¿Podemos no pensar hoy? ¿Solo hoy? ¿Podemos portarnos como la noche pasada, cuando nos limitamos a disfrutar de nuestra mutua compañía? No fue tan malo, ¿verdad? —me miró entre las pestañas.

—No, y ese es el problema. Que voy a querer más.

Me miró parpadeando.

—¡Joder, Tenleigh! —Me pasé la mano por el pelo mientras me alejaba de ella—. Esto no es... —Suspiré con fuerza—. ¿Qué tienes para mí?

De pronto, parecía insegura.

—Er... bueno... —Se quedó mirando el pequeño objeto envuelto en papel que sostenía entre las manos y soltó una risita incómoda—. De repente me parece raro.

Arqueeé una ceja.

—Ahora sí que lo quiero. Es mío. —Alargué la mano y ella me entregó el regalo después de dudar un rato. Parecía similar al que le había regalado Buster

la noche anterior. Me detuve. No podía ser... Lo desarrollé con rapidez y, en efecto, se trataba de una de las figuras eróticas que Buster tallaba. La coloqué en la palma de mi mano; representaba a una mujer a cuatro patas y a un hombre penetrándola desde atrás, agarrándole las caderas con las manos mientras ella arqueaba la espalda. Y eso era justo lo que quería hacer con la chica que tenía delante. Allí. En ese mismo momento. Me excité de pies a cabeza.

Miré a Tenleigh, que de repente parecía sentirse mortificada.

—Tengo una colección muy amplia —se justificó—. Pensé que te gustaría poseer una... —Sus palabras se desvanecieron mientras nos mirábamos el uno al otro. Ella no sabía cuánto me excitaba esto. No me la habría regalado si hubiera sabido lo mucho que me gustaría llevar a cabo justo lo que había tallado Buster. Con ella. Solo ella. Bajé la vista a la figura.

Y entonces no lo pude evitar: me eché a reír mientras miraba el ridículo objeto que tenía en la mano. Tenleigh también se rio, al principio tímidamente y luego con más fuerza. Seguimos riéndonos a carcajadas hasta que no pudimos más. Por fin, me tranquilicé lo suficiente como para acercarme a la ventana de la cocina y dejar la sugerente figura en la repisa. Era el lugar perfecto para ella.

Regresé al lado de Tenleigh con una sonrisa.

—Gracias, en serio. —Y lo decía de verdad. Cuando me había regalado aquella talla hecha a mano, su intención había sido hacerme reír. Y lo había conseguido. Para mí, ese era el mejor regalo de todos.

—También he traído jamón —explicó, señalando la bolsa de papel—. Al le dio uno a cada uno de sus empleados, así que mi hermana tiene uno. —Sonrió—. ¿Te parece bien que lo calentemos más tarde?

—Claro, eso será...

Antes de que pudiera seguir hablando, juntó las manos y me sorprendió, cortando mis palabras.

—¡Vamos en trineo!

—¿Qué?

—Que vayamos en trineo. Es lo que podemos hacer hoy. Marlo y yo solemos usar neumáticos viejos que encontramos por ahí. Subimos la colina, y... Venga, vamos, conozco el mejor lugar para tirarse.

La miré fijamente.

—Yo sí que conozco un lugar genial. Era donde me lanzaba con mi hermano. Ella sonrió y me miró con la cabeza ladeada.

—¿En serio? Me sorprende que nunca nos hayamos encontrado.

Me reí por lo bajo y sacudí la cabeza. Solo Tenleigh tenía la facultad de hacer

pasar mi estado de ánimo de un extremo a otro. ¿Cómo era posible que solo cinco minutos antes estuviera contándole una de las cosas más traumáticas que había experimentado en mi vida y que ahora me estuviera riendo?

—Creo que es una idea tan buena como cualquier otra. ¿Qué más podríamos hacer?

—Está claro. —Nos quedamos mirando el uno al otro durante un minuto hasta que ella se encogió de hombros—. Entonces, ¿preparado?

—Sí. —Pero seguí frunciendo el ceño durante un minuto más—. Voy a tener que sacar la ropa para la nieve de mi hermano. Tendrás que enrollarte las perneras y las mangas, pero no nos queda más remedio que improvisar... Para mí ya tengo uno.

Asintió con la cabeza, pero en sus ojos había una mirada de cautela, como si estuviera tratando de decidir si debía estar de acuerdo o no. Lo cierto era que ni siquiera yo lo sabía. Suspiré y fui en busca de la ropa. En solo un cuarto de hora, el día se había transformado de manera inesperada y, aunque seguía lleno de incertidumbre, también era feliz.

«Gracias a esta chica».

Tenleigh

Quince minutos más tarde, nos movíamos de la forma más sigilosa posible, escondiéndonos detrás de unos árboles que había al lado de la caravana de Dell Walker. Su patio estaba lleno de basura, medio cubierta de nieve.

Se podría pensar que hubiéramos podido avanzar como si tal cosa por la propiedad y coger lo que quisiéramos, ya que eran desechos. Pero la gente de la montaña era muy rara para sus cosas, y podía darse el caso de que Dell saliera con la escopeta si nos veía rebuscando en su basura. Y si le preguntábamos si podíamos coger algo, pensaría que tenía algún valor y trataría de cobrarnos. Además, Dell era un viejo bastardo. Un bastardo con una escopeta. Y con cierta inclinación a consumir grandes cantidades de licor.

Kyland señaló una cámara de aire que yacía medio sumergida en la nieve, a unos treinta metros del lugar donde estábamos escondidos. Se llevó un dedo a los labios y me guiñó un ojo, haciendo que sintiera mariposas en el estómago. Asentí moviendo la cabeza. Lo miré mientras corría con rapidez hasta un pequeño cobertizo a nuestra derecha para ocultarse detrás. Se agachó mientras yo me reía contra la mano, cubierta con un grueso calcetín con una bolsa de plástico atada alrededor de la muñeca. Unos improvisados guantes impermeables.

Mientras lo esperaba, pensé en lo que me acababa de contar en su casa. Me había horrorizado cuando lo consideré, estupefacta, en la caravana. Pero en lo más profundo, estaba segura de que era cierto. Sin embargo, cuando me lo confirmó, me sorprendí todavía más. Pobre Kyland..., viviendo solo durante todo ese tiempo..., sufriendo a solas la pérdida de su familia, sin nadie que lo ayudara a superarlo. Sin nada, salvo soledad. ¿Cómo había podido sobrevivir? De repente, entendí su necesidad de marcharse de Dennville. Comprendí su ansia por hacerse una vida en alguna parte que no le recordara el profundo dolor que debía de haber vivido durante todos estos años. Y me dieron ganas de amarlo. Lo que no era bueno. Nada bueno. Porque él no me devolvería ese amor. No se permitiría amar, incluso aunque quisiera, no iba a poder. Y supuse que era lo mejor. Ni siquiera podía echárselo en cara. Había evitado cualquier tipo de

compromiso, pero no a las chicas. Mientras que yo había ignorado por completo a los chicos; ambos por culpa de nuestro propio abandono.

Kyland regresó de nuevo a la arboleda con la respiración agitada, las mejillas encendidas y una sonrisa en los labios. Tan guapo como nunca.

Uf. Dos veces uf.

—¿Preparado? —pregunté.

—Sí. —Soltó el aire sin dejar de sonreír.

Nos dirigimos a la colina después de apropiarnos de una segunda rueda en el patio de Cletus Rucker de la misma forma que en el de Dell Walker. Kyland me llevó a un lugar que, según me había prometido, era el mejor de las montañas para lanzarse en trineo. No se equivocaba.

Después de atravesar un pinar, llegamos a lo alto de una colina que caía en una pendiente perfecta, una que era escarpada, pero larga, y que finalizaba en una suave llanura, por lo que teníamos tiempo de sobra para detenernos antes de que comenzara de nuevo el bosque.

—¡Oh, Dios mío! —exclamé, mirando hacia abajo—. Marlo se va a morir cuando vea lo que nos hemos estado perdiendo todos estos años.

Kyland movió la cabeza.

—No, no... No puedes revelar la ubicación de esta pista. Es alto secreto. Clasificada.

Me reí.

—Vale. Pero ¿cómo la encontraste?

Dejó la rueda en la parte superior de la colina, y yo lo imité, dejando la mía muy cerca de la suya.

—La encontró mi hermano. Adoraba estas colinas. Te juro que me hizo explorar con él cada metro de ellas. —No sonrió, pero había una expresión tierna en su cara. Lo cogí de la mano y él me miró a los ojos, casi con timidez, como si estuviera recordando lo que era ser un niño pequeño.

—Vamos, tirémonos de la mano.

Él asintió y los dos nos sentamos en el agujero interior, colocándonos de forma adecuada.

Kyland me miró con una expresión de ilusión que nunca le había visto antes, casi conteniendo el aliento por la anticipación, como si estuviera a punto de ocurrir algo realmente bueno. Esa expresión me hizo contener el aliento. Había algo tan puro en él que era casi como si estuviera viéndolo por primera vez. Era un deleite perfecto, desenfadado, y yo era parte de él. No quería que pasara el momento antes de que hubiera podido grabarlo en mi memoria.

—¿Preparada? —preguntó con suavidad.

—Preparada.

Lancé una mirada a la colina, a los árboles que había al fondo, y a Denville, todavía más lejos, debajo del humo que salía perezosamente de las chimeneas, a las plantaciones de tabaco, que parecían solo puntos en el horizonte. Aquí solo había paz, libertad y una belleza única. Tomé aliento como si así pudiera capturar en mis pulmones la sensación que transmitía el momento y retenerla allí para siempre.

Los dos nos inclinamos hacia delante y, con las manos cogidas, dejamos que las ruedas se deslizaran cada vez más rápido por la colina, ganando velocidad tan deprisa que la cabeza se me fue hacia atrás, haciéndome reír sin control. El viento me enredaba el pelo mientras Kyland me sujetaba la mano con su cálida fuerza. Por lo general, las ruedas giraban sobre sí mismas trazando círculos, pero al tener las manos unidas, bajamos en línea recta. Lo miré y vi que él también estaba riéndose.

Nos detuvimos lentamente justo antes de llegar a la arboleda, arrastrando los pies en la nieve.

Kyland me miró con las mejillas rojas y una sonrisa enorme en la cara.

—¿Otra vez? —preguntó.

Me reí y dije que sí con la cabeza, por lo que volvimos a subir la ladera muy despacio.

Jugamos como niños durante toda la tarde, bajando la colina mientras mis chillidos y la risa profunda de Kyland resonaban en las tranquilas montañas. Hicimos ángeles en la nieve, observamos tres brillantes cardenales rojos y un par de ciervos que comían ramitas en el borde del bosque. Fue la mejor Navidad de mi vida.

Comimos unos sándwiches de mortadela, que Kyland había envuelto en papel de aluminio y que nos habíamos guardado en los bolsillos antes de salir, en la parte superior de la colina, sentados en las ruedas.

Cuando el sol comenzó a desvanecerse, Kyland nos sugirió que nos pusiéramos en marcha. Estábamos mojados y teníamos frío, pero yo hubiera estado dispuesta a ignorarlo por seguir divirtiéndome un poco más.

—¿Bajamos una última vez? —pregunté.

—Vale. —Se rio.

—Esta vez tiene que ser la mejor.

—De acuerdo. Te daré un empujón y luego me lanzaré detrás de ti.

Asentí sonriendo. Me senté en el agujero y le hice una señal para que supiera

que estaba preparada.

—Va a ser muy una bajada muy rápida.

—¡Bien! —me reí.

Kyland puso las dos manos en la goma y con un empujón me envió volando colina abajo; giré en círculos casi al instante. Notaba el latigazo del aire frío en la cara, lo que me hacía gritar una y otra vez.

De repente, la rueda se golpeó contra algo que había debajo de la nieve y que debíamos de haber dejado al descubierto a lo largo de la tarde. Salí volando con un grito, mientras la cámara de aire me precedía.

«¡Oh, no! Me voy a hacer daño!».

Aterricé boca abajo en la nieve, y el golpe me vació los pulmones. En algún lugar no muy lejos, Kyland gritó mi nombre. Me quedé allí durante un minuto, ilesa pero sorprendida, con la nariz y la boca hundidas en la nieve húmeda y fría.

De repente, Kyland me dio la vuelta, y vi que me miraba con expresión de pánico.

—Tenleigh, Dios mío —dijo jadeante—. Dime que estás bien.

Parecía muy asustado mientras me recorría la cara con los ojos. Yo me sentía aturdida, pero no me dolía nada.

—Estoy bien. —Solté el aire—. Kyland, estoy bien.

Noté que se relajaba y que emitía un largo suspiro. Mantuvo la mirada fija en mi cara, con una expresión intensa, como si hubiera tomado algún tipo de decisión. Fue como si se detuviera el tiempo. Lo observé en silencio, esperando que diera el primer paso. De hecho, abrió la boca como si fuera a decir algo, pero luego la cerró y apretó los dientes.

Y después, se inclinó y me cubrió la boca con la suya. Sentí sus labios suaves y cálidos en los míos congelados. Utilizó la lengua para dibujarlos, mezclando su aliento con el mío antes de capturar de nuevo mis labios y profundizar el beso. Kyland sabía a los restos salados de los sándwiches y a algo más intenso, más masculino: deseo.

Se me aceleró el corazón, y la ardiente sensación que corrió por mis venas hizo que me humedeciera entre las piernas. Aun así me contuve. Él ya había hecho esto antes y luego me había abandonado.

«Por favor, no me alejes esta vez».

—Devuélveme el beso, Tenleigh —susurró con la voz tensa—. Por favor, Dios, devuélveme el beso. —Volvió a frotar los labios contra los míos.

Y eso fue todo lo que necesité.

Le rodeé el cuello con los brazos e incliné la cabeza. Nuestros ojos se

encontraron antes de que apretara el cuerpo contra el mío y me cogiera la cara entre las manos. Movi6 la lengua entre mis labios, haciendo que se separaran de inmediato mientras yo emitía un gemido al sentir su sabor. Solo era consciente de Kyland, el aire y la montaña, y me arqueé queriendo que estuviera dentro de mí. Queriendo aceptar cualquier cosa de él, todo lo que me estaba ofreciendo.

Nuestras lenguas se encontraron y enredaron, y él gimió también, hundiendo su lengua tan profundamente en mi boca como pudo. Mi cuerpo estaba vivo y mi piel hormigueaba; sentí su beso de los pies a la cabeza.

El mundo se desvaneci6 a mi alrededor, el frío desapareci6. Solo existían él y su calor, su boca húmeda contra la mía, su sabor, el peso de su musculoso cuerpo.

—Kyland... Kyland... —gemí sin vergüenza cuando retir6 la boca y sentí su cálido aliento contra el cuello.

Arqueé la cabeza hacia atrás, hundiéndola en la nieve, mientras deslizaba los labios con la delicadeza de una pluma por mi piel. Eso hizo que sintiera más chispas entre las piernas, que los pezones se me erizaran de una forma casi dolorosa bajo las capas de ropa.

—Necesito... ¡Oh, Dios...! —Todo. Lo necesitaba todo. Sentía un desesperado vacío en el interior de mi cuerpo.

—Quiero llevarte a casa —susurr6 contra mi piel.

Me quedé paralizada.

—¿Qué? —¿Me estaba rechazando otra vez? Si fuera así, le arrancaría los ojos.

Él levant6 la cabeza.

—A mi casa —puntualizó. Su mirada cay6 sobre mi boca. Volvi6 a mirarme a los ojos casi con miedo, como si estuviera esperando a que yo lo lastimara.

O como si estuviera haciéndose daño a sí mismo.

—No voy a tomar tu virginidad, pero, que Dios me ayude, necesito tocarte. Saborearte.

«¡Oh, sí, sí! Yo también quiero». Asentí con la cabeza, tragando con dificultad.

—Pero pensaba que... —susurré.

Negó con la cabeza.

—No puedo reprimirme más. Lo he intentado. Lo he intentado de verdad. — Me roz6 de nuevo los labios con los suyos, y yo abrí la boca, bebiendo su aliento.

—No quiero que te reprimas.

Apoy6 la frente contra la mía, todavía encerrando mi cara entre sus manos

calientes.

—No quiero hacerte daño. No quiero que me hagas daño.

Negué con la cabeza.

—Entiendo que te vas a marchar, Kyland. Lo sé.

«Y aun así te deseo. Quizá no debería, pero lo hago».

—Esto no cambiará nada. Tengo que saber que lo entiendes. —Frunció el ceño, moviendo la cabeza—. Sé que eso me convierte en un idiota. Lo sé. Pero tengo que saberlo.

—Lo sé. Te prometo que lo sé.

Sus ojos se movieron por mi cara como si estuviera tratando de determinar si estaba diciendo la verdad. Por fin, se inclinó hacia delante y capturó mi boca en otro beso ardiente. Siguió besándome hasta que los dos jadeamos de nuevo, y mi corazón latía con tanta fuerza entre mis piernas que resultaba casi doloroso.

De repente, Kyland apartó los labios y se arrodilló, llevándome con él.

—Vamos —me acució con la voz ronca y entrecortada, como si él también estuviera dolorido.

Nos levantamos y comenzamos a subir la colina por enésima vez en el día. Pero ahora, de repente, el aire que nos rodeaba parecía lleno de electricidad estática tan brillante como la superficie de la nieve.

Recorrimos en silencio el sendero del bosque, con las ruedas al hombro. Antes había tenido hambre y un poco de frío, pero ahora solo podía concentrarme en la humedad que había entre mis muslos a cada paso que daba, en el jadeo afilado con que respiraba. Notaba a Kyland detrás de mí como si, de alguna manera, su mera presencia hiciera más pesado el aire que me rodeaba.

Por fin, su casa apareció ante nuestra vista y me agarró de la mano para correr juntos los últimos metros. No podía contener la risa; no sabía si estaba nerviosa o solo llena de expectativas, pero todo mi cuerpo estaba pendiente de él.

—Espérame aquí un segundo —dijo Kyland, cogiendo mi rueda y dirigiéndose al patio, detrás de la casa, para dejarlas en algún lugar que yo no podía ver.

Luego regresó, me cogió de nuevo de la mano y tiró de mí hacia la casa, cerrando la puerta con llave una vez que entramos.

Kyland

Posiblemente estaba a punto de cometer el mayor error de mi vida, y no podía importarme menos. Había intentado con todas mis fuerzas no sentirme atraído por Tenleigh. De hecho, algunos días era un trabajo a tiempo completo. Pero no podía más. Las hormonas habían ganado esta vez. Aunque algo me decía que no era solo eso lo que me atraía de ella, y era esa parte la que me daba tanto miedo. Nunca había necesitado nada tanto en la vida como tocar su piel desnuda. Era como esos lunes por la mañana, cuando en el instituto alguien había dejado comida en una de las mesas de la cafetería y yo estaba muy hambriento después de ayunar durante todo el fin de semana. Era una respuesta primaria, que apenas podía controlar, puro instinto de supervivencia. Así era cómo me afectaba Tenleigh. La deseaba con tanta desesperación que era como si estuviera muriéndome de hambre por ella.

No podría poseerla por completo, pero tenía que tener al menos una parte de ella.

¿Era esto normal? No podía serlo. Nunca había sentido esto por otra chica. Quizá solo tenía que saciarme de ella para que esa ansia comenzara a desaparecer, para poder asumir cierto control sobre mí mismo. La mitad tenía que deberse solo a la anticipación.

«¿Verdad?».

Tenleigh entró delante y luego se dio la vuelta para mirarme.

—Vuelves a tener esa mirada tan intensa —susurró ella, con los ojos verdes muy abiertos y los labios rojos por el frío y mis besos.

—Tenemos que quitarnos la ropa mojada —dije, ignorando su comentario, y comenzando a quitarme el abrigo.

Ella asintió con la cabeza. Noté que se le encendían las mejillas y que bajaba la vista mientras se deshacía de la cazadora.

Se la veía tan inocente, tan hermosa... Tuve dudas.

Sus ojos encontraron los míos y vi en ellos algún tipo de resolución. Recorrió los cinco pasos que nos separaban y, al instante, sus labios cubrían los míos, y yo encerraba su cara entre mis manos mientras ella emitía unos gemidos ahogados.

Cualquier clase de control desapareció.

Se fue lejos.

A algún lugar de Asia Oriental.

Retrocedí mientras nos besábamos, lamiéndonos y chupándonos los labios y la lengua del otro. Tenleigh sabía a algo que ni siquiera podía identificar, algo tan delicioso que me volvía loco. Besarla era como traspasar el límite de la cordura. Como emborracharse. La sensación era tan intensa que apenas podía describirla. Mis besos no eran tiernos, sino descontrolados y salvajes. El deseo latía pesado por mis venas.

Atravesamos mi habitación de alguna manera y cuando chocó contra mi cama, se sentó y se tendió sobre la espalda. La seguí de inmediato para continuar besándola mientras presionaba hacia ella mi palpitante erección y gemía por la sensación. ¿Cómo iba a resistirme a follar con ella? La necesidad de hundirme en su cálido y húmedo cuerpo era tan intensa que casi me estremecía. Pero debía resistirme. Tenía que hacerlo. Retiré mis labios y la miré a la cara; su expresión estaba llena de excitación, pero seguía siendo hermosa e inocente.

—Hazme el amor —susurró.

«¡Sí!». No.

Cerré los ojos con fuerza durante un segundo y luego volví a mirarla. Me iba a volver loco.

—No puedo, Tenleigh. No —dije—. Pero te daré lo que necesitas, ¿de acuerdo?

Una expresión de dolor atravesó su rostro, pero asintió.

La besé otra vez con rapidez, pero luego me senté, le quité las botas, los calcetines húmedos y los pantalones. Ninguna chica me había parecido tan deseable como ella con aquel ridículo atuendo.

Debajo de los pantalones, llevaba unas bragas sencillas de algodón color rosa. Mi pene empezó a latir de nuevo y casi gemí en voz alta.

«Eres mi debilidad, Tenleigh».

Se incorporó y se quitó las prendas de la parte superior, y cuando por fin se despojó de la camiseta de manga larga, quedó ante mí con un sujetador blanco. Los pechos sobresalían por arriba como si la prenda fuera un par de tallas pequeña. Y seguramente así era.

Me quedé mirándola durante un segundo. Parecía un sueño hecho realidad. Piel blanca y cremosa, cabello oscuro que se derramaba sobre sus hombros y su espalda. Los pechos eran redondos y llenos, la cintura delgada y las piernas largas y torneadas. No había visto nada tan hermoso en mi vida como Tenleigh

Falyn sentada en mi cama cubierta solo con sencilla ropa interior de algodón. Tensé los músculos del abdomen.

—Tenleigh —susurré—, eres preciosa.

Parpadeó antes de sonreír con timidez. Me di cuenta de que tenía la piel de gallina.

—Métete debajo de las sábanas —indiqué, señalando la cama.

Miró por encima del hombro mientras se mordía el labio, pero retiró el edredón y las mantas, así como la sábana superior; luego se tendió, apoyando la cabeza en mi almohada.

Me deshice de la ropa tan rápido que ni siquiera recuerdo haberlo hecho, pero el frío me golpeó la piel desnuda y me deslicé debajo de las mantas, con ella. Me apoderé de nuevo de sus labios mientras nuestras pieles desnudas y frías entraban en contacto, haciéndonos suspirar a los dos. Subí el edredón hasta cubrirnos las cabezas, y solo unos minutos después, estábamos envueltos en un cálido capullo.

Llevé la mano a su pecho para frotar suavemente el pezón con el dedo pulgar. Tenleigh jadeó mi nombre, haciendo que mi polla diera un salto. No iba a ser capaz de hacer mucho más antes de correrme sin que ni siquiera me tocara. ¡Dios, era esta chica! Necesitaba conseguir que se corriera, y luego ya me ocuparía de mí mismo en la ducha.

—Tenleigh, ¿has tenido alguna vez un orgasmo? —pregunté bajito, deslizando los labios por su cuello.

Ella negó con la cabeza.

—¿Ni siquiera te has masturbado? —insistí.

—La caravana es muy pequeña... —explicó. Asentí con la cabeza, manteniendo los ojos clavados en sus hermosas facciones. Sentí una cálida emoción en mi pecho al considerar que sería el primero en conseguir que se corriera. No sería el primero en hacerle el amor, pero al menos tenía esto. En ese momento era mía y solo mía.

Llevé la mano a su espalda y ella se arqueó mientras le desabrochaba el sujetador y se lo quitaba, lanzándolo al suelo. Tenleigh me miraba a la cara con una expresión llena de deseo y nerviosismo.

Me deslicé por debajo de las sábanas y cogí el pezón con los labios para empezar a succionarlo con suavidad. Su sabor era como tener el paraíso en la lengua.

—¡Oh, Dios! Kyland... —gimió. Subió las manos a mi cabeza y me pasó los dedos por el pelo. Le lamí el pezón y se lo chupé durante un buen rato,

rodeándolo con la lengua hasta que noté que ella arqueaba las caderas hacia mí. Respondí bajando las mías hacia un lado para evitar la dulce tortura que era sentirla en mi erección mientras movía la boca al otro pezón.

—¡Qué bien sabes! —dije con la voz entrecortada.

—Ahhh... —suspiró. La oí mover la cabeza de un lado a otro sobre la almohada.

Entonces bajé la mano por la sedosa piel de su estómago plano y, sin retirar la boca de su pecho, la deslicé en su ropa interior, entre sus piernas. En ese momento fui yo quien suspiró.

Tenleigh estaba resbaladiza por la excitación. Hundí un dedo en su interior y lo retiré lentamente. Luego lo volví a meter, imitando el movimiento que querría estar haciendo con otra parte de mi cuerpo. Su respiración se volvió entrecortada. Llevé el dedo, ahora mojado, a su clítoris, y empecé a frotarlo mientras ella gritaba.

Quería hundir la cara entre sus piernas y conocer su sabor más secreto, pero teníamos toda la noche por delante, o eso esperaba. No sabía si ella estaría de acuerdo en quedarse, aunque me gustaría conseguir que se sintiera bien en todos los sentidos, y sabía cómo conseguirlo.

Seguí acariciándole el clítoris con el pulgar mientras mojaba el dedo en su húmeda abertura. Noté que suspiraba, arqueándose contra mi mano.

—Dime qué estás pensando —rogué—. Dime lo que pasa por tu mente en este momento, hermosa Tenleigh. —La deseaba. No podía tenerla entera, pero las partes que pudiera... Su dulce respuesta, su placer, lo que pasaba por su mente... Eso podía tenerlo. Al menos por ahora.

Gimió.

—No puedo... No sé explicar lo que siento. —Gimió profundamente cuando cambié la cadencia de mis dedos—. Sé que tenía problemas y preocupaciones..., pero no puedo recordar ninguno. Todo lo que siento es bueno, ¡oh, Dios, Kyland!, es increíble.

Sonreí con el pecho lleno de satisfacción. Era hermosa de todas las formas posibles. Era sedosa y suave, cálida, y olía como el paraíso. Y, Dios, esperaba que no se arrepintiera nunca de esto. Hice girar el dedo con más rapidez y volví a cerrar los labios en torno a su pezón.

Unos segundos después, ella gritó. Su cuerpo se puso tenso, se estremeció y sentí una profunda satisfacción que no había experimentado nunca.

—Oh, Dios... Oh, Dios... —musitó. Me incorporé un poco y miré su rostro. Tenía los ojos entrecerrados y me miraba con una especie de arrobamiento antes de

esbozar una sonrisa que me sorprendió un poco. Tenleigh era una chica guapa, de eso no cabía duda, pero de vez en cuando hacía algo o asomaba a su rostro una expresión que me deslumbraba y me dejaba sin habla. Este era uno de esos momentos.

—¡Guau! —exclamó.

Me reí por lo bajo y luego rodé a un lado, apoyando la cabeza en la almohada, junto a ella, con una erección palpitando de necesidad bajo las sábanas.

—Iré a darme una ducha rápida —me disculpé, empezando a incorporarme.

—No —me detuvo, sentándose a su vez y empujándome hacia abajo—. Yo también tengo que disfrutar de ti. Lo que es justo, es justo.

—Tenleigh... —gemí—. Vas a acabar conmigo.

Ella se rio, y luego se movió hasta cubrirme con su cuerpo.

Por lo visto, estaba versada en técnicas de tortura, y estaba aplicándolas todas y cada una de ellas en esa cama. Se movió sobre mí. Jaque mate.

—Te diré todo lo que quieras saber sobre mí —gemí—. Lo que sea.

Se rio.

—¿Qué? —Pero en ese momento deslizó la mano por mi caja torácica y no pude decir nada más.

Tenleigh rodó a un lado antes de recorrerme el muslo con la mano.

—Tócame, por favor. —Estaba suplicando y no me importaba.

Siguió acariciándome la parte superior de la pierna y, por fin, me cogió el pene, rodeándolo con sus cálidos dedos y apretándolo con suavidad. Me estremecí de pies a cabeza y gruñí mientras el placer estallaba dentro de mí. Puse la mano alrededor de la de ella y le enseñé a deslizarla arriba y abajo como me gustaba. Ella se inclinó para besarme, llenando mi boca otra vez con su sabor mientras su cuerpo suave se frotaba contra el mío sin dejar de mover los dedos por mi polla. Me besó la mandíbula, un lateral del cuello, haciéndome cosquillas en la oreja mientras me acariciaba. Tenleigh era inocente, y, sin embargo, cada uno de sus movimientos, cada caricia, cada roce de su respiración en mi cuerpo era perfecto y emocionante. Apenas pasaron dos minutos antes de que alcanzara el orgasmo. Fue una explosión tan intensa que jadeé y me estremecí. Las oleadas de éxtasis disminuyeron poco a poco mientras Tenleigh movía la mano más despacio, con los dedos ahora húmedos y pegajosos.

Me sonrió. Pensé que estaba soñando, casi no sabía dónde estaba.

—¡Joder! —dije entre dientes. Tenleigh se rio y se inclinó para rodearme la cintura con los brazos.

—Con razón la gente se vuelve loca por el sexo —comentó—. Ha sido

increíble.

Me reí. Dios, me hubiera gustado poder enseñarle todo lo que había que saber sobre lo bueno que podía ser el sexo. Me hubiera gustado dejar que me enseñara lo bueno que podía ser el sexo. Porque estaba seguro de que con ella lo sería. Me contuve. Por desgracia, eso no podía ocurrir, y tenía que seguir recordándomelo a mí mismo.

Rodé a un lado y ella me imitó hasta que quedamos cara a cara. Le pasé un dedo por la mejilla, trazando su delicado contorno.

—¿Tienes calor suficiente?

—Sí —susurró.

—¿Tienes hambre?

Asintió.

—¿Qué te parece si pongo el jamón al horno? También tengo patatas y algunas judías verdes en conserva.

Sonrió.

—Eso es toda una cena de Navidad, señor Barrett.

—Muy bien, señorita Falyn. Venga. Envuélvete en el edredón.

Nos levantamos y fuimos al cuarto de baño para que yo me lavara. Luego regresamos a la habitación, donde me puse los vaqueros. La casa estaba fría, pero no helada. Aun así, por suerte, tenía un poco de carbón en la estufa de hierro fundido que había en el salón. Quería que la casa estuviera caliente y cómoda esta noche, incluso aunque eso significara que pasaría frío durante el resto de la semana. Ella valía la pena. Era esa chica.

Me puse a encender el fuego mientras Tenleigh se acomodaba en el sofá, envuelta en la colcha, con el brillo de las luces del arbolito de Navidad reflejadas en su cara.

Puse el jamón y las patatas en el horno antes de sentarme junto a ella a esperar a que la cena estuviera lista. Aunque solo fuera esa noche, me iba a permitir disfrutar de los regalos que ofrecía Dennville, Kentucky. Después de todo, era Navidad.

Tenleigh

Cenamos sentados en el suelo, delante de la estufa en el salón de Kyland, con los platos sobre la mesita de café. Nunca me había parecido tan deliciosa una comida. Estaba caliente, tenía el estómago lleno y me sentía feliz. Quizá no debería estar tan contenta, pero no podía evitarlo. Podía aceptar que Kyland se iría pronto. Aceptaba que no miraría atrás. Pero ¿estaría bien si mi relación con él se volvía más estrecha? Quizá no. Pero algo me llevaba hacia él, algo que me costaba resistir, algo que me gustaba demasiado y de lo que no quería privarme. Por fin entendía lo que era. Por fin me hacía una idea de qué habían sentido mi madre y mi hermana. Por fin comprendía por qué Marlo no quería experimentar el dolor de poner fin a una relación. Y esta, me repetía para mis adentros una y otra vez, iba a acabarse. Y quizá fuera lo mejor. Al menos no me pillaría por sorpresa cuando él cogiera su maleta y se fuera. Tenía tiempo para prepararme. Pero si era yo la que ganaba la beca, los dos haríamos las maletas..., aunque para vivir vidas separadas. Sin embargo, todavía quería estar con él. ¿Me equivocaba al pensar que valía la pena el dolor que vendría después por la felicidad que sentía ahora, sin importar lo temporal que pudiera ser?

—Bueno, ¿quién tiene ahora una expresión intensa?

Me sobresalté y miré a Kyland, que se echó a reír.

—Estoy rompiendo mis propias reglas. —Solté una risita.

Él me acompañó, aunque pronto se puso serio.

—Me siento muy feliz de que estés aquí. En caso de que te lo preguntes, el día ha sido... increíble. Tú eres increíble. Quería que lo supieras.

—¿Por qué me da la impresión de que me estás echando?

Kyland negó con la cabeza.

—Al contrario. Espero que te quedes. Me encantaría que durmieras aquí esta noche.

—A mí también me gustaría —susurré. Kyland emitió un suspiro y sonrió como si mi respuesta supusiera un alivio.

Hubo un golpe en la puerta y los dos nos miramos, confundidos. Kyland se quedó quieto, como si estuviera considerando si respondía o no. Pero luego llegó

el inconfundible sonido de un banjo al otro lado de la puerta. Me empecé a reír.

—¡Oh, Dios! El licor destilado comienza a hacer efecto.

—Eso parece —confirmó Kyland, riéndose también. Se acercó a la puerta y lo seguí envuelta en la colcha. No estaba vestida adecuadamente, pero conocía al grupo que estaba ante su puerta en ese momento, y su amor al alcohol haría que no se dieran cuenta de nada más.

Kyland abrió la puerta y se quedó allí riéndose mientras escuchaba la particular versión de *Jingle Bells* que la banda interpretaba con banjos, instrumentos caseros y sus propias voces y coros. El sonido era horrible y ridículo. Sobre todo porque estaban muy bebidos. Pero no podía dejar de sonreír. Estaban en casa.

La vieja Sally Mae, a la que solo le quedaban tres dientes en la boca, enlazó el brazo de Kyland y bailó tres pasos con él, y él le hizo dar vueltas sobre sí misma mientras se reía a carcajadas. Se me encogió el corazón al ver su expresión de felicidad. Por un momento, el mundo se ralentizó hasta que solo estaba él, su risa, sus brazos bailando con Sally, la expresión de alegría cuando la hacía girar, la caballerosa reverencia al final, a la que ella respondió con una expresión coqueta. Me apoyé en el marco de la puerta.

Nos ofrecieron un trago de licor ilegal y tomé un par de sorbos que me supieron a ácido corrosivo y me hicieron toser, igual que a Kyland. Le vi hacer una mueca y limpiarse la boca con el dorso de la mano. Luego se alejaron por el camino cubierto de nieve, con la música flotando en el aire hasta desaparecer en la noche clara y fría.

Kyland cerró la puerta y estiró el brazo hacia mí para agarrarme, todavía envuelta en la colcha. Me hizo girar una vez como había hecho con Sally Mae, haciéndome reír mientras caía sobre su pecho musculoso. Tenía un cuerpo precioso. Lleno de músculos y sin grasa, con los hombros anchos y la cintura estrecha. No sería mío para siempre, pero lo pensaba disfrutar todo lo que pudiera.

—Están locos —aseguró él con una sonrisa de medio lado.

—Sí —convine, riéndome—. Pero son unos personajes.

Kyland me llevó de vuelta a la habitación y nos dejamos caer riéndonos en la cama. Me besó y los dos nos pusimos serios cuando el beso se hizo más profundo. Suspiré mientras le rodeaba el cuello con los brazos y le rozaba el cuero cabelludo con las uñas.

Cuando gimió, hizo que sintiera un hormigueo entre las piernas. ¿El sexo era así para todo el mundo? ¿Cómo era posible que las parejas que tenían eso salieran siquiera de sus casas? Si Kyland fuera mío, si estuviéramos

comprometidos de alguna manera, si viviéramos en esta casa, juntos, no saldríamos de la cama. Me reí contra su boca, y él se apartó.

—¿Qué es tan gracioso?

—Nada. Es solo que me gusta el sexo.

—Sin embargo, no has mantenido relaciones sexuales —comentó, frotando la nariz contra la mía.

—Eso es fácil de remediar —sugerí—. Tomo la píldora desde que la toma mi hermana. Se la dan de forma gratuita en el centro de salud. Así que la tomo con regularidad. —Me sentía insegura y tímida al darle esta información, pero si el control de natalidad era una de las razones por las que dudaba, quería que supiera que no necesitaba hacerlo.

—Tenleigh... —murmuró.

—Quiero hacerlo, Kyland. Que seas el primero. No me importa si luego te marchas.

—No, no digas eso. No quiero que pienses eso. Me importas. No puedo hacerlo. —Negó con la cabeza para dar más énfasis a sus palabras y luego me colocó un mechón detrás de la oreja—. Tenleigh, algún día conocerás al hombre de tu vida, con el que querrás vivir y al que entregarte por completo. No pienso tomar lo que debería ser suyo. No pienso apropiarme de lo que tú deberías regalarle a él. —Sus palabras eran tiernas, pero tenía los dientes apretados.

Lo empujé, sintiéndome irracionalmente herida y enfadada.

—Estás arruinando el momento, ¿lo sabes? —Me levanté, llevándome conmigo la manta—. ¿Qué chica quiere oír hablar de otro tipo cuando el chico que quiere en ese momento está besándola? ¿Puedo suponer que de lo próximo que vas a hablar es de la mujer que te considerará digno de entregarte todo eso algún día una vez que te hayas ido de aquí? ¿Tengo que oírte hablar de ella? Supongo que será sofisticada y mundana. ¿Quizá de la alta sociedad de Nueva York? ¿Hablará como una dama y no como una cateta de Kentucky? ¿Llevará perlas y beberá el té en una taza rosa...?

—Tenleigh, basta. No me refiero a eso. ¿Puedes escucharme un minuto? Dios, el licor destilado saca lo peor de ti. —Maldijo por lo bajo mientras se sentaba y se pasaba una mano por el pelo—. ¿Entiendes ahora por qué esto es un error? Por Dios, mujer.

—¿Ahora soy un error? —Hervía de furia, llena de dolor. Cogí el objeto más cercano y se lo lancé. Por desgracia, era una almohada y apenas le hizo daño. Miré a mi alrededor, pero lo único que tenía a mi alcance era otra almohada. Así que se la lancé también.

Kyland se levantó y me rodeó la cintura con los brazos para llevarme hasta la cama, donde me tumbó. Se sentó sobre mí a pesar de que yo luchaba y le golpeaba, aunque él no se movió. No estaba cargando todo su peso sobre mí, pero era tan fuerte como un toro, y no iba a quitarse de encima a menos que decidiera hacerlo.

—¿Has terminado ya? —preguntó con suavidad. Lo fulminé con la mirada—. ¿Puedes escucharme un segundo? Lo que acabo de decir... no ha sonado demasiado bien. —Miró hacia otro lado como si buscara las palabras—. Lo que quiero decir es que el sexo cambiaría las cosas entre nosotros de una manera absoluta y ya no podríamos volver atrás. Lo siento, y creo que tú también lo sientes.

Dejé de luchar.

—Puedo aceptarlo.

—No quiero que tengas que hacerlo.

—Solo es sexo, Kyland.

Él negó moviendo la cabeza.

—No sería así entre nosotros. ¡Joder!, ni siquiera un simple beso es algo sencillo. —Parecía dolido como si eso fuera una mala noticia.

—Has mantenido relaciones sexuales con otras chicas.

Sacudió la cabeza.

—Tú no eres como ellas. No he sido el primero de nadie. He... estado con chicas, sí, pero nunca me pareció que fuera injusto para ellas. Si tú y yo mantuviéramos relaciones, sería injusto para los dos.

Supuse que debería sentirme feliz por que, al parecer, me tuviera en tan alta estima. Pero solo podía sentirme herida y celosa de que no quisiera hacer conmigo lo que ya había hecho con otras.

—Vale. Suéltame —resoplé.

—Tenleigh... —murmuró, mirando al techo como si se sintiera muy frustrado—. Qué terca eres, mi pequeña supernova —murmuró, aunque había una sonrisa en su voz.

Hice un sonido de burla y comencé a luchar de nuevo, pero Kyland se inclinó y me cubrió la boca con la suya. Emití un gemido resistiéndome, pero se vio anulado cuando arqueé mi cuerpo hacia el suyo y enredé mis dedos en sus cabellos para impedir que retirara los labios. Me besó con intensa dureza mientras me frotaba contra él, intentando encontrar el alivio que necesitaba.

De pronto, Kyland se apartó de mí y me arrancó la colcha que me cubría antes de quitarse la ropa. Se montó de nuevo encima de mí, y cuando vi que su

erección sobresalía con rigidez frente a él, pensé que quizá habría cambiado de opinión. Me cubrió con su cuerpo y me separó las piernas.

Gimió como si estuviera dolorido y bajó, deslizándose por mi cuerpo. Abrí mucho los ojos cuando sentí su cálida y húmeda lengua en la zona más sensible de mi sexo. Abrí los brazos y aferré las sábanas con los puños al tiempo que arqueaba el cuello, gimiendo desde lo más profundo.

—Dios, Kyland... —jadeé mientras me lamía, rodeando con la lengua mi brote inflamado. Me sentía a punto de gritar de placer.

Le agarré la cabeza con las manos y apreté su cara contra mí hasta que no pude contener el éxtasis que me atravesó, que me hizo arquear la espalda y jadear su nombre una y otra vez.

Cuando abrí los ojos llorosos, él estaba encima de mí.

—¿Volvemos a ser amigos? —preguntó sonriendo.

Le puse la mano en la mejilla.

—Nunca hemos sido solo amigos —dije muy seria.

—Lo sé —replicó con la misma expresión.

Sonreí.

—Se te da muy bien eso.

Frotó la cara contra mi cuello.

—Lo sé.

Le di un empujón, haciendo que se riera entre dientes.

—Solo estaba bromeando.

—No, no es cierto.

—Vale, no lo sé.

Me puse seria. No quería pensar cómo había llegado a hacerlo tan bien. Una ardiente bola roja de celos inundaba mi pecho, y tenía ganas de volver a tirar lo que tuviera al alcance.

—Ven aquí —dijo, cubriéndose con las mantas, pero manteniéndolas levantadas para que pudiera deslizarme a su lado. Lo hice. Se amoldó a mi cuerpo después de colocar la colcha encima de nosotros. Notaba su erección presionando mis nalgas. Me moví hacia él y gruñó entre dientes. Llevé la mano hacia atrás para agarrar su pene, pero me la inmovilizó contra la cadera—. Deja que te abrace —me pidió al oído.

—Pero tú...

—Deja que te abrace —repitió.

Me detuve, relajándome contra su duro pecho.

—¿Has...? —Me mordí el labio—. ¿Has hecho esto con otras chicas? —me

atreví a preguntar. Contuve la respiración mientras esperaba su respuesta. Quería desesperadamente tener una parte de él que no hubiera compartido con otra chica.

—No —repuso en voz baja—. Solo contigo. —Me relajé de nuevo con el pecho lleno de alegría. Me rodeó con su brazo y me acercó todavía más. Su cuerpo era cálido y grande, y me fundí con él, sintiéndome segura, protegida y muy, muy cómoda. Suspiré al sentir que me besaba el hombro—. Duerme, pequeña supernova —susurró.

Nos mantuvimos en silencio durante unos minutos y me pregunté si se habría quedado dormido.

—No voy a lamentar nada de esto cuando te vayas —susurré.

Durante un minuto, solo existió el sonido del viento al otro lado de la ventana.

—Yo tampoco —repuso en voz muy baja al cabo de un rato.

Caí en un sueño tranquilo y me desperté cuando sentí la mano de Kyland deslizándose perezosamente entre mis piernas en medio de la noche. Suspiré y abrí los ojos, mirando a través de la ventana que había junto a su cama la nieve cayendo con suavidad. Me llevó al orgasmo y luego le devolví el favor, acariciándolo hasta que jadeó y gimió al encontrar su propia liberación. Susurró mi nombre en la oscuridad del dormitorio.

En lo profundo de la noche, oí lo que parecían unos sonidos de asfixia y me desperté enredada con él, que tenía la piel húmeda y los músculos tensos.

—Kyland... —susurré, sacudiéndolo con suavidad. Se despertó sobresaltado—. Estabas soñando.

Contuvo el aliento.

—Sí.

—¿Qué soñabas? —Le pasé los dedos por el cabello.

Se quedó callado un buen rato.

—Soñaba con ellos —respondió finalmente—. Allá abajo, enterrados vivos bajo tierra. A veces sueño con ellos, y siento que me ahogo.

Me apreté más contra su cuerpo y lo envolví con mis brazos, estrechándolo con fuerza.

—Lo siento.

Soltó aire de forma ruidosa.

—Estuvieron allí durante casi tres días antes de que se acabara el oxígeno. Tres días.

No lo sabía. Estaba al tanto de que había sido un rescate difícil, y sabía que cuando encontraron a los hombres, estaban todos muertos. Sin embargo, no era

consciente de que hubieran sabido que habían vivido allí abajo durante tres días. Me estremecí, imaginando lo que debía de haber sido.

—¿Por eso tienes...?

—¿... claustrofobia? —Se detuvo—. En parte. Cuando tenía siete años, mi hermano y yo estábamos jugando al escondite en los bosques cercanos a la casa de los Priven. Siempre estábamos fuera... —Se aclaró la voz antes de continuar—. En el límite de su propiedad había una vieja nevera y me metí dentro para esconderme. Se me cerró la puerta y no podía salir. —Su voz salía estrangulada por el recuerdo y le besé en el pecho, apretándolo con más fuerza—. Al final me encontraron, pero habían pasado horas y pensaba que me iba a morir allí. Era como estar enterrado vivo. Y luego, cuando mi padre y mi hermano murieron como lo hicieron, sentí de nuevo la misma opresión, imaginando el terror y la angustia que debían de haber experimentado. De pronto, los espacios pequeños me hacían sentir que me iba a volver loco. Incluso a veces estar en la ducha... Tengo que dejar la cortina abierta. —Se rio con timidez—. Es ridículo, lo sé.

Negué moviendo la cabeza contra su pecho.

—No es ridículo. En absoluto.

Me rodeó también con sus brazos y me acarició la piel mientras me apretaba. Pensé en lo solo que había estado... tanto tiempo.

—¿Kyland?

—¿Mmmm?

—¿Cómo has...? Es decir..., ¿cómo has sobrevivido tanto tiempo? ¿De dónde sacabas el dinero para comprar alimentos? ¿Cómo te calentabas?

Permaneció en silencio durante un segundo.

—No me gusta hablar de eso, Tenleigh. Supongo que, de alguna manera, me hace sentir expuesto.

—No tienes que decirme nada. Está bien. —Mis palabras fueron solo un susurro.

«¡Oh, Kyland? ¿Qué es lo que haces? ¿Cómo puedes cuidarte solo?».

Besé su piel desnuda, dejando en contacto los labios mucho tiempo.

Permanecimos en silencio durante unos minutos.

—Hago lo que puedo —dijo por fin, en voz muy baja—. Recojo chatarra durante los fines de semana. Pongo trampas para cazar roedores o conejos, luego los vendo o los como si tengo que hacerlo. Recojo tapones... o lo que sea necesario. En general estoy bien. A veces incluso tengo dinero para electricidad; otras veces no. El final de mes es siempre más difícil, cuando he pagado las facturas y no me queda nada.

«No voy a llorar. No voy a llorar».

Estaba compartiendo una parte muy personal e íntima de su vida conmigo. Sabía mejor que nadie que lo que uno hacía para sobrevivir, que las humillaciones que uno sufría en su lucha por vivir era algo que no siempre deseabas que supieran los demás. Porque a veces era indescriptible. A veces era feo y vergonzoso, y también hermoso y valiente. Y él me lo había ofrecido. Me sentía triste, horrorizada, angustiada por él, pero también profundamente agradecida. Le abracé con más fuerza.

—Creo que eres increíble —dije—, y también muy valiente.

—No soy valiente, Tenleigh. Me levanto cada mañana para vivir mi vida a trompicones. ¿Qué más puedo hacer?

Me quedé callada pensando en sus palabras, meditando que había mil maneras diferentes de que una persona pudiera darse por vencida, y Kyland no había elegido ninguna de ellas. Él no era consciente de lo fuerte y valiente que era en realidad.

—Eh, Tenleigh —susurró un rato después.

—¿Sí?

—Ese libro, *La carretera*...

—¿Sí? —murmuré, recordando cómo había bromeado al usar la palabra «devorar», en referencia a un libro sobre caníbales. Sonreí somnolienta.

—Había una frase en él que hablaba de que hay un fuego en tu interior, que siempre ha estado ahí, aunque sea pequeño y oculto.

—Sí —confirmé en voz baja.

—A veces pienso en eso. En que ese pequeño fuego es esperanza. Pienso en que hay que mantenerlo encendido en los tiempos difíciles, en esos que es tan doloroso continuar que no quieres hacerlo.

Abrí los ojos.

—¿Qué es lo que mantiene encendido tu fuego?

—La esperanza de que la vida no siempre será tan dolorosa. La creencia de que voy a salir de aquí algún día, que no siempre voy a tener frío y hambre. Eso es lo que me hace seguir adelante. Es mi fuego. Me ayuda a hacer lo que sea necesario para sobrevivir, y me ayuda a odiarme menos por hacerlo.

«¡Oh, Kyland!».

Asentí moviendo la cabeza y lo besé de nuevo en el pecho. Él apretó más los brazos a mi alrededor.

Después de unos minutos, su respiración se volvió más pesada, y supe que se había quedado dormido. Me quedé allí, en la oscuridad, durante mucho tiempo,

pensando en lo increíble que era Kyland al ser capaz de sobrevivir en esas condiciones. Hasta ese momento, no sabía que mi corazón podía llenarse de sorpresa y dolor, alegría y tristeza, todo a la vez.

Tenleigh

Al día siguiente me fui temprano, me puse la ropa tiritando por el frío aire de la mañana y besé a Kyland para despedirme mientras dormía. No había tenido más pesadillas y no quería despertarlo. Habíamos estado despiertos la mayor parte de la noche. Un cálido rubor me cubrió la piel mientras revivía lo que habíamos hecho en su cama. Me moría de ganas de bucear de nuevo debajo de las mantas y volver a sentir cada experiencia otra vez. Pero no sabía a qué hora estaría Marlo en casa, y quería estar allí cuando llegara con mamá. Así que me escapé de casa de Kyland lo más silenciosamente que pude, cerrando la puerta a mi espalda.

Dejé allí el árbol de Navidad. Caminé por la nieve hasta la caravana, tiritando de frío. Esta mañana el mundo me parecía diferente. El frío era más frío, el aire más fresco, los pinos más fragantes, el azul del cielo todavía más brillante. Me sentía viva.

Cuando atravesé corriendo la puerta del remolque, encendí los calefactores para que se estuviera cómodo en el interior. Me di una ducha rápida y luego me puse ropa limpia, dos jerséis y dos pares de gastados calcetines de lana. Me recogí el pelo de forma desordenada en lo alto de la cabeza para que los mechones mojados no me hicieran tener frío.

Más tarde, fui a la cocina y rebusqué en la alacena. Había un poco de avena, así que la cociné y añadí un poco de canela. La devoré sentada en el sofá, envuelta en una manta.

Al instante, comencé a pensar en Kyland. Recordé todo lo que había sabido sobre él desde el día anterior. Imaginé la soledad a la que debía de haberse enfrentado. En todo lo que había tenido que hacer para sobrevivir, y el corazón se me encogió. Me pregunté si seguiría durmiendo. Ojalá fuera así. Me pregunté qué pasaría entre nosotros ahora. No sabía si debía esperar algo o no. Quizá la noche pasada fuera una experiencia de una sola vez. Solo la idea me hacía sentir profundamente decepcionada.

«¡Oh, Tenleigh! No seas estúpida. Como esperes algo, esto no terminará bien para ti».

Suspiré y me metí una cucharada más de avena en la boca. Kyland había sido muy claro. No podía decir que me hubiera prometido más de lo que habíamos tenido la noche anterior. Por lo que había deducido, él se había resistido durante todo el tiempo que pudo. «No quiere mantener relaciones». Y me lo había dicho claramente. Besarme y explorarnos mutuamente no cambiaba eso. ¿Podría aceptarlo yo? No me quedaba otra opción. Me había ofrecido lo que podía de una forma honesta, y yo lo había consentido. Tenía que hacerme a la idea, quisiera o no.

Quizá estaba metiéndome en una relación demasiado complicada dado el historial de mi madre y de mi hermana con los hombres. ¿Podría estar con Kyland de forma temporal y permitir que nuestros caminos se separaran cuando llegara el momento? Seguramente estaría triste, tal vez incluso derramara algunas lágrimas por ello, pero luego me acostumbraría. Los recuerdos se desvanecerían mientras la vida seguía adelante.

Probablemente él tenía razón cuando limitaba nuestras interacciones sexuales. Quizá estaba pensando con más claridad que yo en ese tema. Después de todo, tenía más experiencia. Fruncí el ceño. ¿Seguiría viendo a otras chicas? ¿Podría pedirle que no lo hiciera? No, no tenía derecho a ello. El dolor se apoderó de mí cuando me lo imaginé con otra chica en su cama, haciendo todo lo que había hecho conmigo.

Puse el cuenco vacío sobre la mesita de café y me envolví con los brazos. Estaba claro que no estaba consiguiendo separar mi cuerpo de mi corazón.

Oí el ronroneo de un motor fuera de la caravana, seguido del ruido de una puerta y de unos pasos. Me levanté de un salto para correr hacia la puerta.

Marlo, Sam y mi madre, apoyada entre los dos, estaban llegando a la puerta.

—Mamá —susurré cuando la vi, alargando la mano para coger la de ella mientras subía los escalones. Ella me brindó una sonrisa cansada antes de entrar en la caravana. Marlo y Sam la siguieron. Aparté con rapidez la manta que había estado usando para dejarle sitio para sentarse.

—Cariño, me gustaría acostarme —dijo con un hilo de voz.

—Por supuesto, mamá —dije en voz baja, lanzando una mirada interrogante a Marlo, que parecía agotada. Sin embargo, ella sonrió y asintió con la cabeza, lo que indicaba que nuestra madre estaba bien.

Acompañé a mamá a la pequeña habitación que compartía con mi hermana en la parte posterior del remolque y la ayudé a tenderse en la cama. Le quité los zapatos antes de cubrirla con una manta. Suspiró.

—Gracias, Tenleigh. —Me apretó la mano y yo me senté junto a ella en la

cama—. Lo siento mucho, nena —dijo con expresión de tristeza—. Lo siento.

Moví la cabeza con los ojos llenos de lágrimas.

—Solo quiero que estés bien, mamá —dije.

—Y yo. No sé por qué me pasa esto. Es un desastre. Yo soy un desastre. Trato de detenerlo, nena, de verdad..., pero cuando llega la oscuridad... —Sacudió la cabeza. Todavía no se habían desvanecido sus palabras cuando cerró los ojos.

—Te quiero, mamá. No importa lo que hagas. Te quiero.

Vi cómo caían algunas lágrimas de sus ojos.

—Ya lo sé, nenita. Y eso me da ánimo. De verdad. —Se puso de lado. Me dio la impresión de que no quería seguir hablando, parecía somnolienta y, seguramente, estaba medicada. Le aparté el pelo oscuro de la cara y me quedé mirando cómo se relajaban sus rasgos por el sueño.

Permanecí allí sentada durante unos minutos más, disfrutando de su presencia, y luego salí para dejarla descansar, cerrando la puerta del dormitorio.

—Parece estar mejor —le dije a Marlo en voz baja. Marlo y Sam estaban sentados en el sofá. Él tenía los codos apoyados en las rodillas mientras estudiaba el remolque, con una expresión un poco reticente en el rostro. Estaba segura de que nuestro hogar le parecía un agujero de ratas.

—Lo está. Por ahora —convino Marlo antes de suspirar. La entendía perfectamente. Cuánto tiempo estaría bien esta vez era un misterio.

—Bueno, Sam, muchas gracias por tu ayuda este fin de semana —dijo mi hermana, despidiéndolo claramente. Él arqueó las cejas como si no se esperara ese trato, aunque siendo el caballero que era, se levantó para marcharse.

—Por supuesto. ¿Estás segura de que no hace falta que...? —Su voz se apagó, parecía no saber qué podía ofrecer exactamente.

—Ahora estamos bien. Gracias. —Sonrió.

«Bueno, bueno, qué momento tan incómodo...».

—Muchas gracias, Sam —le dije, tendiéndole la mano con una cálida sonrisa—. Has sido muy amable.

—El placer ha sido mío. —Miró con timidez a Marlo, que se mordía las uñas—. Si necesitas cualquier cosa, por favor, no dudes en llamarme.

Asentí y Marlo empezó a ir hacia la puerta.

—Oh. —Él se dio la vuelta de repente, casi chocando con ella. Los dos se rieron, incómodos, con las mejillas sonrojadas. Sin duda era un hombre guapo, con aquellas gafas de sabiondo y raya en el pelo, pero tenía potencial. Y me daba la impresión de que su torpe comportamiento con Marlo era una indicación de algo.

Sacó lo que parecía una bolsa de la farmacia del bolsillo.

—Asegúrate de que tu madre se toma toda la medicación según está indicado. El médico parecía convencido de que el tratamiento podría funcionar bien.

Eso ya lo habíamos pensado otras veces.

Marlo asintió.

—Lo haré. Gracias de nuevo.

Él vaciló durante un segundo, pero luego sonrió y se despidió con un gesto antes de atravesar la puerta del remolque, que cerró con firmeza. Unos segundos después, oímos que arrancaba el coche.

Marlo se hundió en el sofá y emitió un fuerte suspiro.

Me senté a su lado y me giré hacia ella. Me miraba de reojo.

—Debería estar muy enfadada contigo, hermanita.

—Pero ¿lo estás o no? —pregunté.

Respiró hondo, pareciendo pensativa.

—Creo que no. Sam..., él es... Es un buen tipo. Inofensivo, creo. —Ladeó la cabeza y se mordió el labio—. Ha estado muy servicial con mamá.

Asentí.

—Parecía cansada, pero la veo mejor.

—Que él tenga el título de doctor, o quizá simplemente el hecho de que sea un hombre, hizo que los médicos que atendieron a mamá se esmeraran más que cuando solo estamos tú o yo. De hecho, le han dado un nuevo cóctel de medicamentos que piensan que puede ayudarla.

Fruncí el ceño.

—Un cóctel... Es decir, una mezcla de diferentes medicamentos. Lo que significa que son más de uno... Lo que quiere decir que...

—No vamos a ser capaces de pagarlos, lo sé. —Parecía preocupada—. E incluso puede que no funcionen. Pero el doctor Nolan, Sam, ha pagado el segundo medicamento a pesar de que le dije que no lo hiciera. —Me miró con aire casi culpable—. Como era para mamá, se lo he permitido. —Bajó la vista, mordiéndose el labio.

—Has hecho bien, Mar —dije. Sin embargo, sabía que no lo haría de nuevo. Tal y como había dicho, quizá la nueva combinación no sería efectiva. Bien sabía Dios que habíamos probado muchos medicamentos que no habían servido para nada, algunos incluso habían hecho que se sintiera peor.

Observé a Marlo.

—Por lo tanto... Sam... Creo que le gustas de verdad.

Hizo un sonido burlón.

—Claro, por ahora.

—Marlo...

—No, escúchame. Es un tipo agradable y con buena apariencia... Pero es un hombre de éxito. Ni siquiera pertenece aquí. No en realidad. —Se interrumpió, pensativa—. Pero me ayudó a que el tiempo pasara más rápidamente, y aunque solo sea por eso, estoy agradecida.

—Gracias por ir esta vez —le dije—. Te has perdido la Navidad...

Me miró con tristeza.

—Bueno, yo al menos tenía compañía. Tú estabas aquí sola. —Me sostuvo la mano—. Imagino que estuviste leyendo. ¿Ha ido todo bien?

Bajé la cabeza, notando las mejillas calientes.

—¿Qué es lo que me estás ocultando?

Levanté la vista y abrí la boca para hablar, pero vacilé.

—Tenleigh... —La voz de Marlo contenía una nota de advertencia que indicaba que era mejor que empezara a hablar ya.

Sonreí nerviosa.

—No he estado sola. Y tampoco he estado exactamente aquí.

Abrió los ojos como platos.

—¿Qué? ¿Dónde diablos has estado?

Marlo ya sabía que Kyland me había acompañado a casa. Pensé si debía contarle todo lo que había ocurrido antes; empezar por el hecho de que a pesar de que íbamos al mismo instituto y de que vivíamos cerca, hacía poco tiempo que nos conocíamos. Seguir por lo que ocurrió en la biblioteca, en la obra de teatro... Ella era mi hermana, mi mejor amiga. Se lo conté todo.

Cuando terminé, me miró fijamente durante un momento.

—Guau, Tenleigh... Desde luego han ocurrido muchas cosas mientras yo estaba en esa sala de espera. —Hizo una pausa como si estuviera sopesando todo lo que le había dicho—. Y al menos él ha sido sincero contigo sobre sus pretensiones. Sabes que se va a marchar. No está tratando de engañarte para conseguir algo de ti y luego largarse como hace la mayoría.

Asentí con la cabeza. Estaba triste, no podía negar que esa había sido la experiencia normal para las mujeres de la familia, pero una parte de mí quería argumentar contra ella. En mi interior todavía creía que algunos hombres eran buenos y honorables. Y a veces se quedaban.

Solo que Kyland no se quedaría, lo había dejado muy claro.

—¿Podrás manejarlo, Ten? —me preguntó por lo bajo.

—No lo sé —repuse con sinceridad—. Pero tampoco creo que hubiera podido

evitarlo. Ya sabes, la Navidad sola y la atracción que sentimos el uno por el otro... —Me pasé un dedo por los labios para recordar la sensación de su boca sobre la mía—. Esa podría ser la explicación de todo, ¿sabes? La medida de mi no relación con Kyland Barrett. —Me senté más erguida—. Sin embargo, estaría bien. Siempre he sido correcta. Siempre he sido buena porque no tenía otra opción.

Marlo sonrió y me apretó la mano.

—Voy a darme una ducha y luego me acostaré como mamá —comentó, poniéndose en pie mientras bostezaba—. Casi no he dormido en el hospital. Aunque me da la impresión de que tú tampoco has dormido mucho.

Después de que hubo cerrado la puerta del cuarto de baño, me senté otra vez en el sofá yo sola. Después de unos minutos, cogí un libro y me recosté en el respaldo. Me costaba concentrarme... Mis pensamientos parecían volver a Kyland una y otra vez, mientras una sensación de abrumadora melancolía inundaba mi corazón.

Tenleigh

Sonó un leve golpe en la puerta de la caravana. Me incorporé, saliendo de las profundidades del sueño, y me senté. Estaba completamente oscuro. ¿Qué había pasado?

El golpe se repitió. Envolví la colcha alrededor de mi cuerpo antes de acercarme a la puerta.

—¿Quién es? —dije en voz muy baja.

—Kyland.

Se me detuvo el corazón. Abrí la puerta y allí estaba él, con la cazadora y un gorro, con las manos metidas en los bolsillos y una mirada ilegible en su rostro.

—Hola. —Sonreí somnolienta—. ¿Qué haces aquí? —pregunté, mirando hacia el dormitorio.

—Er... quería asegurarme de que estabas bien.

Fruncí el ceño mientras me arrebujaba más en la colcha para protegerme de las ráfagas de aire frío procedentes del exterior.

—¿Por qué no iba a estar bien? —pregunté.

Él parpadeó.

—Es que... se me ocurrió que tu madre ya estaría en casa y, ya sabes, quería saber cómo estabas. Y ella...

—¿En medio de la noche? Podrías haber venido antes.

Kyland alzó la mirada al cielo oscuro, iluminado por las estrellas, como si se diera cuenta en ese momento de que era de noche. Volvió a mirarme, ahora con cierta vergüenza e inseguridad. Incliné la cabeza a un lado y lo estudié, allí de pie, bajo el cielo invernal. Su aliento formaba una nube en el aire frío.

—¿Te sientes solo, Ky? —pregunté en voz baja.

Me miró sorprendido.

—¿Qué? —Sacudió la cabeza—. No. Quiero decir que no estoy aquí por eso. No estoy por mí, sino por ti.

Incliné la cabeza a un lado mientras me mordisqueaba el labio inferior con los ojos clavados en él. Lo vi tragar saliva.

—A veces está bien querer algo para uno mismo.

«Está bien que me deseas. Espero que lo hagas. ¡Dios, espero que no lo hagas!».

Él asintió con la cabeza.

—Lo sé, solo pensé que seguramente habrías ayudado a tu madre a instalarse... ¿Cómo está?

—Está bien. Mejor. Por la noche se levantó y nos ayudó a hacer la cena. Es una buena señal.

Movió la cabeza, asintiendo, y nos quedamos en silencio durante unos segundos mientras movía los pies.

—Tienes que decirme que me vaya, Tenleigh. Y con ganas. Dime que me marche, porque no creo que pueda hacerlo por mi cuenta.

Parpadeé.

—No quiero que te vayas.

Soltó un silbido antes de seguir moviéndose sobre los pies.

—¿Quieres que vaya a tu casa? —pregunté.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—¿Podrías? Es decir, ¿puedes de verdad? ¿En serio?

Asentí moviendo la cabeza.

—Sí. Espera. —Volví al interior y cerré la puerta. Escribí una nota rápidamente a Marlo, haciéndole saber que me iba a casa de Kyland y que volvería por la mañana. Ella le diría cualquier excusa a mi madre para cubrir mi ausencia. No hablábamos con mamá de este tipo de cosas. No lo habíamos hecho nunca, y sería raro empezar ahora.

Ya tenía puestos unos pantalones de chándal y una camiseta de manga larga, así que me puse unas botas y la cazadora y salí de la caravana.

La expresión de Kyland cuando salí era de puro alivio.

—¿Estás segura de que esto está bien? —preguntó.

—Sí, lo está. Ya suponía que no te habías saciado de mi cuerpo —bromeé. Se detuvo en seco para mirarme muy afectado.

—Tenleigh, no, no es por eso por lo que estoy aquí. No quiero usarte. Solo quiero... dormir contigo como la noche pasada... y no he podido..., y he pensado que quizá no podías... —Soltó una risa carente de humor y miró al cielo con el ceño fruncido—. Estoy haciéndolo realmente mal. Y te he despertado en medio de la noche para...

—Está bien, no pasa nada. También me ha gustado dormir contigo. Solo lo de dormir. —Sonreí—. Quiero decir que, aunque me gustaron mucho las otras partes, la que digo también estuvo bien. ¿Podemos hacer eso? Es tarde. Si ya te

has torturado lo suficiente, claro.

Se detuvo, se llevó la mano a la nuca y luego se rio por lo bajo.

—No me torturo.

Cogí aire.

—¡Oh, te torturas! Podrías dar lecciones de tortura. Es posible que seas el mayor experto en torturas del mundo. —Casi estaba sorprendida por mi capacidad para bromear con ligereza, aunque eso no quitaba que me sintiera muy feliz de verlo. Y contenta de que hubiera querido verme.

Volvió a reírse de nuevo y me apretó la mano mientras caminábamos. La tensión había desaparecido.

Cinco minutos después, atravesábamos la puerta de su casa.

Nos dirigimos a su cama sin hablar. Me quité las botas y la cazadora antes de despojarme del resto de la ropa. Solo habíamos estado juntos una vez, nos habíamos tocado íntimamente durante una noche, pero por alguna razón me sentía cómoda delante de él.

Kyland se desnudó también y se metió debajo de las sábanas a mi lado. Acercó el pecho a mi espalda antes de enterrar la nariz en mi pelo. El suspiro que soltó parecía que hubiera estado almacenado durante horas y horas en su pecho. Le cogí los brazos para que me rodeara con ellos, dejando que me sostuviera.

—Gracias —dijo bajito con la voz algo ronca. En su tono había algo que sonaba casi... desesperado. Me giré entre sus brazos.

Me miró en la penumbra de la habitación, con una especie de dolor en sus ojos que no fui capaz de identificar. Fruncí el ceño mientras le ponía la mano en la mejilla.

—Kyland... —empecé.

Movió la cabeza, haciéndome callar.

—Lo siento —dijo.

—¿El qué? —susurré.

—Lamento no haber sido capaz de mantenerme alejado de ti. Lamento no ser capaz de dejar de pensar en ti. Siento haberme dirigido a la caravana a buscarte cinco minutos después de despertarme y ver que no estabas. Lamento ser tan egoísta.

El corazón me dio un vuelco con voltereta mortal.

—No estás siendo egoísta. Yo también te he echado de menos. Está bien. No estoy pidiéndote más de lo que puedes dar. De verdad.

—Lo siento mucho por eso.

—¿Por eso?

Volvió a negar con la cabeza lentamente.

—No tener nada que darte. Solo poder aprovecharme. Y eso está mal.

—No está mal si yo me ofrezco.

—Sí, lo está. Sigue estando mal.

Estudié los ángulos de su rostro en la casi total oscuridad y le pasé un dedo por el pómulo, bajando hacia la mandíbula y sus hermosos labios.

—Bien. Lamento hacer que tu dilema moral quede sin valor, pero yo estoy aquí solo por tu cuerpo, Kyland Barrett. Así que puedes dejar de hacerte el mártir.

Él se rio mientras me estrechaba con fuerza. Aspiré el aroma masculino y limpio de su piel.

—¿Has vuelto a tener esa pesadilla? —pregunté después de un minuto—. ¿Por eso no puedes dormir?

Permanecí callada, preguntándome si me respondería, y me quedé paralizada cuando su voz profunda llenó el silencio.

—Las pesadillas no son lo más difícil. Lo peor ha sido no poder hablar de mi familia. Y creo que no me he dado cuenta hasta ayer por la noche. —Dejó escapar un suspiro—. Ha sido la primera vez que he hablado en voz alta de mis padres y de mi hermano desde que los perdí.

Eché la cabeza hacia atrás y le acaricié de nuevo la mejilla.

—Debe de haber sido muy duro. Lamento que hayas tenido que guardar todo ese dolor en tu interior.

Asintió con la cabeza.

—He pasado tantas noches solitarias en esta cama que tenerte aquí la noche pasada fue genial. —Hizo un sonido con la garganta—. Solo esto. Que estés aquí conmigo. Es bueno.

—Lo sé. Yo me siento igual —susurré.

Nos quedamos allí, frente a frente, sintiendo el aliento y los dedos de los pies del otro durante unos minutos, hasta que finalmente reuní el valor para seguir hablando.

—¿Quieres contarme algo de tu hermano? Lo veía de vez en cuando por el pueblo, pero jamás llegué a relacionarme con él.

Kyland soltó un suspiro.

—Era... —Se tomó unos segundos para considerar las palabras—. Estaba lleno de vida. Un listillo muy bromista. —Sus labios se curvaron en una sonrisa en la oscuridad de la habitación—. Siempre estaba riéndose. Todavía puedo oír su risa si cierro los ojos. Se reía con todo el cuerpo, ¿sabes? Como si se doblara,

tropezara y, simplemente... —Soltó una risita y me sonrió—. Le gustaba hacer el tonto. El otro día, cuando estábamos en el trineo, hubiera jurado que oí su risa resonando en las montañas en un momento que estábamos a punto de lanzarnos. Lo hubiera jurado.

Noté una opresión tan grande en el corazón que contuve el aliento. Luego, permanecimos en silencio un rato más. Le di tiempo para que ordenara sus pensamientos.

—Era cinco años mayor que yo, pero lo hacíamos todo juntos. Corríamos por las montañas, simulando que formábamos parte de una banda de indios salvajes. —Volvió a sonreír brevemente antes de ponerse serio, permaneciendo en silencio durante un segundo más—. Siempre tuvimos miedo a la oscuridad cuando éramos niños. Silas le pedía siempre a mamá que dejara la luz del pasillo encendida. —Se calló de nuevo—. Y murió en la más absoluta oscuridad en esa mina, Tenleigh. —Se le quebró la voz al decir mi nombre—. Se fue la luz justo después del derrumbe y todos se quedaron a oscuras. Y no puedo evitar... No puedo dejar de pensar que tuvo miedo. Seguramente estuvo muy asustado. Lo oigo en mi mente una y otra vez, susurrándome igual como cuando éramos niños y estábamos en la cama «Ky, levántate y enciende la luz». Y no puedo hacer nada por él. Nada de nada.

Cerré los ojos con fuerza para contener las lágrimas que pugnaban por salir.

—Sin embargo, tu hermano no estaba solo, estaba con tu padre. Con todos esos hombres. Apuesto lo que quieras a que se ayudaron unos a otros. Todos los que yo conocía eran hombres buenos. Apuesto que todos se apoyaron mucho al final.

—Sí —confirmó en voz baja.

Volvimos a quedarnos callados hasta que Kyland se inclinó hacia delante y me dio un beso largo y profundo. Sin embargo, había algo diferente esta vez, y no supe qué era exactamente.

Retiró los labios, pero acercó su cuerpo todavía más al mío.

—Me vuelves loco —murmuró. Volvió a juntar nuestros labios, haciendo que me estremeciera—. Contigo, la oscuridad desaparece. Me proporcionas algún tipo de paz. —Soltó un áspero suspiro—. No sé cómo reaccionar ante ello.

—Tómalo, Ky —susurré—. Te mereces un poco de paz. Permite que te la dé.

—Y ¿qué te doy yo a cambio, mi dulce Tenleigh? —susurró con la voz rota—. ¿Qué te puedo dar yo?

Lo pensé durante un segundo.

—Me has ayudado a creer.

—¿A creer en qué?

—En la bondad, en la fuerza.

«Mostrándome que hay hombres buenos y además con honor».

Me apartó un mechón de la cara.

—Además, está tu culo. Tienes un culo de infarto —dije.

Se echó a reír y luego se puso serio.

—Lo sé.

Le di un puñetazo en el hombro y sonreí, buscando sus ojos. Me reí.

—Estás tarado —dije, utilizando una palabra que se usaba mucho en las montañas para decir que alguien estaba loco.

Sin dejar de sonreír, frotó la nariz contra mi cuello.

—Mmm... Me gusta ver a la cateta que llevas dentro cuando estás molesta.

Me reí sin sentirme enfadada.

—¿Sabías que el dialecto de las montañas desciende directamente del inglés británico?

—No, no lo sabía —confesó, pasando la nariz por mi mandíbula. Sonreí.

—Mmm... Los Apalaches, como otras áreas remotas, han estado más aislados del resto de la sociedad en muchos sentidos... y mantenemos modismos propios del inglés isabelino. Por ejemplo, esa forma en la que pronunciamos dos L juntas...

—Ah, entonces, cuando vaya a Nueva York y diga «La lluvia en Sevilla es una maravilla», ¿pensarán que estoy hablando en inglés británico?

Me reí.

—No, pensarán que necesitas traductor, pero a mí me parece muy sexy cuando hablas así.

Él emitió una especie de ronroneo antes de mordisquearme la barbilla.

—Así que te gusta, ¿eh? Me alegro de saberlo... para más tarde —Arrastró los labios por mi cuello—. Creo que voy a ir más abajo.

Me reí de nuevo y lo empujé mientras él también soltaba una risita. Cuando las risas se desvanecieron, Kyland me retiró el pelo de la cara con ternura. Había algo en su mirada que no sabía cómo interpretar, y en sus labios jugueteaba todavía una pequeña sonrisa. Paseé los ojos por su hermoso rostro, tratando de averiguar qué estaba sintiendo.

Después de un rato, se inclinó hacia delante y me dio un beso.

—¿Cuáles son tu sueños? Cuéntamelos —susurró.

«Enamorarme de alguien que vaya a quedarse. Dejar de desear con todas mis fuerzas que seas tú».

—Mmm... Ver el mar. Hacer surf. Ir a cenar a un restaurante. Tener más de un

par de zapatos. Conseguir una de esas tartas de cumpleaños que se compran en la pastelería con rosas de color rosa en las esquinas. Llevar a mi madre a un buen médico que pueda curarla. Ser maestra y poder conseguir que mis alumnos amen los libros tanto como yo. Vivir en una casa con patio y jardín. Tener mi propia cama.

Permaneció en silencio durante un segundo.

—Deberías tener todas esas cosas y más —dijo finalmente en voz muy baja.

—¿Cuáles son los tuyos, Kyland? Además de marcharte de aquí..., ¿qué quieres?

Guardó silencio durante un buen rato.

—Quiero ser ingeniero. Quiero tener la nevera siempre llena. Quiero hacer algo importante, algo que suponga una verdadera diferencia. Y quiero reconocer la oportunidad cuando se presente.

Sonreí, agradecida de que hubiera compartido conmigo esa parte de su corazón.

—Apuesto lo que quieras a que conseguirás hacer todas esas cosas e incluso más —dije, sintiendo una punzada de tristeza. Quería que lograra materializar sus sueños, pero me preguntaba si, cuando lo hiciera, yo solo sería un pequeño recuerdo en su mente.

Enredó los dedos en mi pelo y volvió a cubrir mis labios con los suyos, fundiéndonos en un beso.

Empezamos a explorar el cuerpo del otro como habíamos hecho la noche anterior y luego nos dormimos, enredados, dejando la soledad y el frío fuera del capullo cálido que formaban las mantas.

Tenleigh

Dormí con Kyland casi todas las noches de las vacaciones de Navidad. No me hizo el amor a pesar de que se lo supliqué con constante descaró. Pero, no obstante, nos convertimos en expertos conocedores del cuerpo del otro. Hablábamos en susurros en la oscuridad de la noche, confesándonos nuestros secretos y revelando nuestras heridas. Me habló de su padre y de su hermano, y, cuanto más lo hacía, más fácilmente parecían fluir las palabras, más sonreía y se reía con los recuerdos que compartía. Me habló de su madre, de la herida abierta que tenía por eso desde hacía tanto tiempo, de la confusión y el dolor que sentía.

—¿Crees que irás a buscarla? —le pregunté un sábado por la mañana, mientras estábamos acostados en su cama—. Quiero decir, cuando te marches. —Como siempre, un agudo dolor me oprimió el corazón cuando dije «marches».

Él pareció considerar mi pregunta durante unos instantes.

—He pensado en ello. Pero ¿para qué? Me dejó. Nunca regresó. Incluso si por alguna razón no se enteró del accidente de la mina, la conclusión es abrumadora.

Me puse de lado para mirarlo.

—Quizá ella no lo sabía. Tal vez piensa que estás a salvo todavía con tu padre y tu hermano. Sé que se marchó, pero, sean las que sean sus razones, pensaba que estabas con tu padre. Quizá ahora le da miedo regresar porque piensa que no le perdonaréis lo que hizo.

—¿Serías capaz de perdonar a tu padre por haberos abandonado? ¿Irías en su búsqueda? ¿Qué sientes al respecto? —Su tono era frío e hizo que me echara hacia atrás. Kyland rodó hacia mí mientras yo cerraba los ojos brevemente, luego me puso la mano en la mejilla.

—Lo siento. No he sido justo.

Respiré hondo.

—No, es normal que te lo preguntes. La diferencia está en que yo jamás conocí a mi padre. Creo... Creo que lo perdonaría. Pero para mí es un extraño. Sin embargo, conocías a tu madre, la querías y te quería.

—Eso era lo que pensaba. —Una expresión de dolor atravesó su rostro—. Pero eso no es lo peor de todo, ¿quieres que te cuente lo peor?

Asentí moviendo lentamente la cabeza.

—Lo peor es que, a pesar de lo mucho que lo intento, de lo dolido que me siento, no puedo dejar de amarla. Sé que no se lo merece. Que me abandonó sin mirar atrás. Pero sigo queriendo a mi madre. ¿No crees que soy idiota?

—No eres idiota —aseguré en voz baja. El dolor hacía que mi voz saliera más ronca.

Alargué la mano y lo acaricié. No podía hacer nada más.

Y, mientras lo sostenía, pensé en lo fuerte y tenaz que era, siguiendo hacia delante sin detenerse nunca. Sin darse por vencido a pesar de que tenía de su parte todas las razones para hacerlo. Pensé en lo inteligente que era, lo tierno, desinteresado y amoroso que era.

—Todo irá bien. Eres muy fuerte —susurré—. En todos los sentidos. Más fuerte que una mula y dos veces más obstinado.

Sonreí y él me devolvió la sonrisa.

—Tú también te has mantenido apartada del fuego todo este tiempo, a pesar de lo que has perdido. No hay nada más fuerte que eso. Nada.

Ese día, no salimos de la cama hasta que el sol del mediodía atravesó radiante la ventana.

Cuando regresamos a las clases, dos semanas después, eché de menos dormir en su cama, pero no era práctico. El último semestre de instituto suponía una presión increíble. Era nuestra última oportunidad de conseguir la beca. El problema era que, para mí, la beca se había convertido de repente en lo que me alejaría de él o lo que lo alejaría de mí. Había sido lo único en lo que me había concentrado en casi cuatro años, y, de repente, tenía sentimientos encontrados al respecto. Ni siquiera sabía qué quería más. Después de todo, Kyland había luchado muy duro, y yo tenía fuertes sentimientos hacia él, ¿cómo podía esperar que renunciara a sus sueños, aunque eso significara el logro de los míos? ¿Cómo podría?

Kyland me había dicho hasta la saciedad que, ganara o no la beca, se marcharía de Dennville. Eso quería decir que tenía un plan. Pero ¿yo podía consentir realmente que se marchara de allí sin otra cosa que la ropa que llevaba puesta? ¿Podía esperar que siguiera sufriendo más de lo que ya lo había hecho? El mero pensamiento me hacía sentir miedo por él y me sumía en una dolorosa soledad.

«Preocúpate de ti misma, Tenleigh Falyn», pensé para mis adentros, recriminándome esos sentimientos. Bien sabía Dios que no debía pensar en nadie

más. Sin embargo, me preguntaba si Kyland pensaría ahora de otra forma con respecto a la beca. Si lo hacía, no lo había compartido conmigo. Parecía que ninguno de los dos quería hablar al respecto.

Cuando lo veía en el instituto, me cogía de la mano y paseábamos por el pasillo, pero no compartíamos ninguna clase y almorzábamos a horas diferentes, así que no coincidíamos demasiado allí dentro.

Sin embargo, estudiábamos juntos por las tardes, entre otras cosas más placenteras. Un día, a mediados de enero, cuando por fin fui a la biblioteca a por un libro nuevo, noté que un pequeño trozo de papel blanco sobresalía por el canto de una novela que había devuelto algunas semanas antes.

Retiré *El guardián entre el centeno* de la estantería.

«Holden Caulfield es un narrador desagradable y llorica. Insulta a los demás, llamándolos farsantes, pero en realidad eso es lo que es él. KB».

Me reí por lo bajo y escribí la respuesta.

«Holden Caulfield es un niño que se siente alienado por la sociedad, que está luchando por encontrar su lugar en el mundo, y buscando a alguien con quién relacionarse. Es una historia sobre la soledad. TF».

«Siempre tan optimista, Tenleigh Falyn, incluso cuando se trata de personajes antipáticos. KB».

Sonreí al leer su nota. Nunca me había considerado optimista, pero quizá lo era. Quizá todos veíamos los libros de manera diferente según lo que guardábamos en nuestros corazones.

En febrero, dieron a conocer los nombres de los cuatro mejores estudiantes, los que iban a luchar por la beca Tyton Coal. Éramos Kyland, yo y otras dos chicas. Por mi parte, había recibido la carta de admisión en la universidad de San Diego y la acepté. Me parecía una crueldad aceptar algo que podía llegar a no tener la oportunidad de disfrutar, pero, si ganaba la beca, tenía que tener elegida una universidad. Si no ganaba, revocaría la aceptación, igual que los otros dos perdedores. No le pregunté a Kyland dónde había aceptado. No lo quería saber.

Estudiamos juntos durante todo el invierno y las primeras semanas de primavera, nos besábamos de forma larga y sosegada en cualquier lugar, en todas partes. Hicimos excursiones por las colinas, mostrándonos el uno al otro los lugares secretos que adorábamos de los Apalaches, donde no solo había belleza, sino paz. Nos sentábamos junto a los ríos para pescar con la caña casera de

Kyland. Yo apoyaba la cabeza en su regazo mientras el sol calentaba nuestra piel y la brisa susurraba en la hierba alta. Atravesamos prados salpicados de flores silvestres, que recogimos y colocamos en la caravana y en casa de Kyland, dentro de latas viejas. Tuvimos noches magníficas, en las que exploramos nuestros cuerpos, aprendiendo qué era lo que nos daba mayor placer. Leímos un libro tras otro, debatiéndolos solo a través de las breves notas que de alguna manera mostraban una fugaz visión de nuestros corazones.

Trabajé cuando tenía turnos. Luché, pasamos hambre algunas noches, y logramos reunir cada centavo que costaban las medicinas de mamá.

Y me enamoré.

Me enamoré de una forma profunda, fuerte, total y completa.

Y él se marcharía; no volvería a verlo.

Quizá yo también me iría. La ansiedad y la preocupación atravesaban mi cuerpo cada vez que pensaba en ello. No era solo la confusión que sentía con respecto a la beca, ni cómo afectaría a Kyland que la ganara yo, sino también la idea de dejar mi hogar. Había soñado durante mucho tiempo con asistir a la universidad y, de repente, dejar a mi madre, a Marlo, dejar atrás todo lo que conocía y quería —sí, porque quería Dennville, Kentucky, a pesar de la miseria que había allí—, me llenaba de miedo y ansiedad.

Tal vez tuviera que ver con el hecho de que mi madre estaba mucho mejor desde que tomaba las nuevas medicinas. Casi parecía normal, y nunca había utilizado esa palabra para describir a mi madre. Estaba mejor o peor, pero nunca normal. Era como si Marlo y yo tuviéramos una segunda oportunidad con ella. Pero ¿qué ocurriría después de que me fuera? A duras penas podíamos conseguir el dinero que costaban las recetas mientras yo estaba allí. Cuando me fuera, habría menos dinero, por poco que yo ganara. Por supuesto, el coste de mi comida se lo ahorrarían.

Pero cuando pensaba en no ganar, se me caía el alma a los pies. ¿Qué haría si ocurriera eso? ¿Me gustaría trabajar a jornada completa en Al's como hacía Marlo? ¿Qué otra opción tenía? En la zona no había ningún trabajo por el que fuera a percibir más que el salario mínimo, y a diferencia de Kyland, no tenía valor suficiente para hacer dedo por todo el país con poco más que una mochila a la espalda. Además, tenía familia que me ataba a Dennville. Kyland no tenía a nadie..., a nadie excepto a mí. Sin embargo, a pesar de que estábamos muy cerca el uno del otro, no podía quedarse por mí. No pensaba pedirselo.

Algunas veces lo sorprendía mirándome con esa extraña expresión en su cara, una mezcla de dolor y firmeza. No estaba segura de qué significaba, pero me

ponía nerviosa.

¿Podría sentirme todavía más próxima a Kyland solo para tener que dejarlo y no mirar atrás? ¿Podría llegar a amarlo más profundamente? ¿O podría él... cambiar de opinión sobre cortar todos los lazos ahora que nuestra relación se había hecho más profunda..., bueno, más lo que fuera?

«No seas estúpida, Tenleigh», murmuré. Me había metido en esa situación a pesar de que Kyland había hecho todo lo posible para mantenerme alejada. Pero no me arrepentía. No podía. Lo amaba. Era parte de mi corazón, y esperaba casi con desesperación haberme vuelto tan parte de él que, simplemente, le sería imposible marcharse y dejarme atrás.

Persuasión, de Jane Austen:

«Pero cuando el dolor ha pasado, su recuerdo se convierte a menudo en placer». ¿Te lo crees, Tenleigh? KB».

Me apoyé en la librería de la biblioteca y apreté el lápiz contra los labios mientras pensaba sobre ello. Finalmente escribí:

«Creo que cuando ha pasado el tiempo suficiente, cuando has sobrevivido a aquello que no imaginabas que podrías superar, ves en ello una especie de dignidad. Algo que puedes poseer de verdad. El orgullo de saber que el dolor te hace más fuerte. El dolor que hace que tu lucha pueda tener éxito. Algún día, cuando esté viviendo mis sueños, pensaré en todas las cosas que me rompieron el corazón y estaré agradecida por ellas. TF».

«Incluso por ti, Kyland».

Kyland

Las cosas se habían salido de control con Tenleigh. No podía dejar de pensar en ella —su voz, sus pensamientos, su risa, su olor, su sabor, su cuerpo delicioso, sus labios—. Ella. Había hecho justo lo que me había prometido que no haría, había permitido que entre nosotros surgiera una unión que no iba a ser capaz de dejar atrás dentro de un par de meses. ¿Una unión? Dios, estaba prácticamente obsesionado con ella. Estaba colgado, loco por completo. Sin embargo, debía dejarla atrás. Y eso haría. Porque cualquier otra cosa era impensable. Me sentía como si estuviera ahogándome en ella, y como cualquier persona en ese trance, mi reacción instintiva era mover las piernas y resistirme, pelear. Luchar contra eso que se había apoderado de mi cuerpo y de mi corazón. Luchar contra ella.

Me quedé mirando sin ver el pueblo desde la colina que había bajado en trineo con Tenleigh meses atrás... El día que empecé algo con ella, ya no hubo vuelta atrás.

Desde allí, parecía que esa pequeña población que teníamos debajo podía ofrecernos una vida a los dos. Desde allí no se podía ver la basura y la pobreza, la miseria y las cosas indecibles que ocultaba la oscuridad de la noche. Hundí la cabeza entre las manos y me pasé los dedos por el cabello. Estaba desmoronándome.

«Me desgarrar el alma. Soy mitad agonía, mitad esperanza».

«Oh, sí».

Había leído esas palabras en *Persuasión* y casi se las había repetido a Tenleigh mientras miraba su cara dulce, sus labios hinchados y rojos por mis besos, sus ojos, llenos de algo que yo sabía que era amor. Pero me contuve. No sería justo que se lo dijera. La había dejado acceder a mí de una forma que no había dejado a nadie. Pero no había hecho el amor con ella. No le había dicho que la amaba ni había permitido que ella me lo dijera a mí. Me había jurado a mí mismo que esa sería la barrera que pondría entre nosotros, la que me permitiría salir de aquí con al menos una parte de mi corazón intacta, todavía en posesión con al menos una parte de mí que no era de ella. Y eso sería lo que me impulsaría hacia delante, lo

más lejos posible.

Había intentado resistirme a ella, pero había sido demasiado débil y egoísta. Así que cuando me fuera, pagaríamos el precio los dos.

Quizá podríamos estar juntos... algún día. Un momento lejano, cuando yo hubiera visto mundo, cuando hubiera averiguado qué tipo de vida podría tener fuera de aquí. Tenían que existir lugares llenos de felicidad y esperanza. Aunque, si era completamente honesto conmigo mismo, Tenleigh ya me había dado un poco. Durante un tiempo muy, muy largo había bloqueado los recuerdos de mis padres y Silas. Resultaban demasiado dolorosos, y me hacían sufrir demasiado. Así que, por malo que fuera, había tenido que alejar el bien. No podía separarlo en mi mente. Pero entonces había aparecido ella y me había ayudado a superarlo... casi sin querer. Y ahora esas colinas me parecían diferentes por primera vez en cuatro años. Unas semanas antes, cuando regresaba a casa desde el instituto, había visto un conejo atrapado debajo de un arbusto y un recuerdo inundó mi mente, tan de repente que me detuve y me quedé mirando el bosque como si me hubieran golpeado en la cabeza. Una vez, cuando tenía unos diez años y Silas quince, habíamos encontrado a un conejito herido a un lado de la carretera. Lo cogimos y lo llevamos a casa, donde lo ocultamos en el viejo cobertizo detrás de la casa. Le dimos leche con un cuentagotas y, al final, verduras blandas. Lo llamamos Bugs, y cuando estuvo lo suficientemente fuerte, lo soltamos en el mismo lugar donde lo habíamos encontrado. Silas había dicho que de esa manera podría encontrar a su familia. Yo había llorado un poco, y mi hermano me había dicho que era un bebé, pero me había rodeado los hombros con un brazo mientras regresábamos a casa.

Sin embargo, unos años después, Silas y yo estábamos sentados en el exterior una noche, mientras nuestros padres discutían en el interior. Silas acababa de cumplir dieciocho años y estaba a punto de graduarse. Estaba planteándose trabajar en la mina. Mi padre lo hacía y teníamos todo lo que necesitábamos, aunque no tanto como para pagar la universidad de Silas.

—Solo unos meses, Ky —me había susurrado—. Solo hasta que tenga suficiente dinero para salir de aquí. Entonces nos marcharemos y no miraremos atrás. ¿A dónde quieres ir?

—A Nueva York —le había respondido igual que siempre.

Él había asentido como si fuera la primera vez que lo oía.

—Entonces ahí iremos. Solo necesito un par de meses de mi salario y nos largaremos, hermanito. Nunca tendrás que trabajar en esas minas. Harás algo grande, muy grande, algo realmente importante. Y, ¿quién sabe?, tal vez yo

también.

Había movido la cabeza, asintiendo y, de repente, capté un movimiento a nuestra derecha. Cuando giré la cabeza, había un conejo. Estaba sentado a la derecha del patio, nos miró y luego salió cojeando. Y en mi corazón, supe que era Bugs. Y verlo allí era una señal de que todo iría bien. La vida podía golpearnos, pero podríamos levantarnos de nuevo si éramos lo suficientemente fuertes y, sobre todo, si tenía la persona adecuada para ayudarme. Silas había puesto la mano en mi hombro y la había dejado allí hasta que en la casa reinó de nuevo el silencio y fue seguro volver a entrar.

Irme y empezar una vida en otra parte era algo que no solo me debía a mí mismo, sino también a mi hermano. Viviría la vida que a él le habían negado. La que él había soñado. Y quizá si Tenleigh tenía que quedarse aquí, algún día volvería a por ella. O tal vez acabara siendo solo un dulce recuerdo. Era posible que ella encontrara a un tipo decente en Evansly, uno de los que trabajaban en las minas, con el que tendría un par de bebés. Por supuesto, a veces tendrían que luchar para reunir el dinero de la renta, y ella compraría ropa de oferta para los niños en el Wal-Mart, pero serían felices y...

«¡Joder, no!».

Quería deshacerme de la ira y la frustración que esos pensamientos provocaban, y que me hacían estar más desesperado de lo que nunca me había sentido en mi desgraciada vida. Tenleigh Falyn. La hermosa, esperanzada, inteligente, apasionada y compasiva Tenleigh Falyn merecía una vida mejor que esa que conllevaba una lucha continua. Hundí la cabeza entre las manos. Era una situación imposible. Imaginar que ella vivía una vida de privaciones me hacía sentir violento. Recogí una piña del suelo, a mi lado, y la tiré con todas mis fuerzas a los árboles que había a los pies de la colina. Oí cómo golpeaba algo, a lo lejos, pero fue un sonido suave y poco satisfactorio.

Unos minutos después me puse de pie y fui a casa con las manos metidas en los bolsillos. Había una cálida brisa y el campo estaba lleno de las flores silvestres que Tenleigh adoraba. La primavera había llegado plenamente por fin.

El final del curso estaba a la vuelta de la esquina y tenía mucho que estudiar. Sinceramente no me preocupaba. Me lo sabía todo tan bien que podría recitarlo en sueños. Me sorprendería que no me eligieran como ganador de la beca. Mi expediente académico era intachable. Me había asegurado de ello a pesar de que había estado en un tiovivo de emociones en las que combinaba una constante euforia con una puntual agonía, a pesar de que a veces mi mente se concentraba en el dolor que rugía entre mis piernas, un dolor que solo podría aliviar si me

sumergía en el estrecho cuerpo de Tenleigh. Negué con la cabeza para mí mismo y apreté los labios.

—No —dije en voz alta—. Simplemente no.

«Es posible que pienses que ahora lo tienes jodido, Kyland, pero como llegues a poseerla de esa manera, no podrás dejarla aquí».

Ahogué un sonido al sentir que se me revolvía el estómago.

Había conseguido resistirme hasta ese momento y no iba a pifiarla ahora. Aspiré profundamente el limpio aire de la montaña cuando mi casa apareció ante mi vista. Pasé junto a la caravana de Tenleigh y me contuve para acercarme a la puerta en su busca. Apresuré el paso para que mi traidor cuerpo no tomara la decisión por mí. Era probable que ella se hubiera preguntado hoy dónde me había metido al acabar el instituto, pero yo había salido por atrás para tomar el camino más largo a casa y así evitarla. No había dicho nada, pero estaba seguro de que le había dolido. Sin embargo, era necesario que empezara a hacerle daño en estas pequeñas cosas. Ella tenía que entender lo que estaba pasando y empezar a apartarse de mí como yo me apartaba de ella. De esa manera, al menos sería más fácil la separación dentro de un par de meses.

«Un par de meses y no volverás a verla».

Me inundó la desesperación.

Oí risas femeninas provenientes del remolque y en mi interior sentí regocijo mezclado con dolor y añoranza. Tenleigh.

«Mitad agonía, mitad esperanza.

Mitad dolor, mitad éxtasis.

Mitad pena, mitad alegría.

Mitad mi caída, mitad mi salvación».

Tenleigh

—¿Por qué me estás evitando?

Él giró la cabeza con una mirada de sorpresa.

—Tenleigh, por Dios, me has asustado. —Recordé aquellas primeras veces, cuando era él quien me sorprendía a mí y cómo me daba un vuelco el corazón. Sentía como si lo estuviera perdiendo, y él ni siquiera se había marchado todavía. Los dos habíamos estado ocupados últimamente; yo había tenido al menos tres turnos a la semana, lo que era bueno, pero según habían ido pasando las semanas, me había quedado claro que no nos veíamos tanto como antes, porque él se empeñaba en ello. Lo miré expectante hasta que apretó los labios y soltó un suspiro—. Tengo muchas cosas que hacer... Se acercan los finales, tengo que pensar qué hacer con la casa, con todas las cosas... —Su voz se apagó.

—Me estás evitando.

Algo que parecía dolor se apoderó de su rostro por un breve segundo antes de que su expresión se volviera más neutra.

—Tenleigh... —susurró—. ¿No te parece que será más fácil luego si nosotros...?

—¿Si nosotros qué? —exigí. Estábamos de pie en el camino que conducía a la carretera que subía a la cima de la colina, el camino que él estaba utilizando desde hacía un mes para ir del instituto a su casa. Me miré los pies al ver que no respondía—. Te echo de menos. Nos queda poco tiempo juntos. Y todo está muy poco claro... —Negué con la cabeza—. Ninguno de los dos sabe qué va a pasar, y quizá...

—Me voy a ir. Eso es lo que va a pasar. ¿Creías que lo que hay entre nosotros iba a hacerme cambiar de idea de alguna manera?

Aquello me dolió, y no pude evitar hacer una mueca.

—No, eso no es lo que pensaba. Pero nunca esperé... Nunca...

Sus ojos empezaron a arder como si supiera dónde quería llegar con mis palabras. Se acercó a mí, su cuerpo ocupó mi espacio hasta que se detuvo justo delante.

—No —me pidió casi suplicante—. No. Por favor, no.

Reuní todo mi valor y alcé la vista, negándome a retroceder.

—No esperaba enamorarme de ti. Y he pensado que quizá...

«... que quizá querías volver. Incluso aunque te marcharas, podrías amarme igual».

Kyland estaba completamente inmóvil. En algún lugar en lo alto, un halcón hacía su llamada, y la brisa agitaba los árboles que nos rodeaban. Sus ojos no se alejaban de los míos.

Maldijo por lo bajo y luego se apoderó de mis labios, hundió su lengua cálida con exigencia separándome los labios. No era exactamente la respuesta que yo esperaba, pero al menos era algo. Sin llegar a ser suficiente, era algo.

Se retiró al cabo de un rato, respirando con dificultad, y encerró mi cara entre sus grandes manos. Apoyó la frente en la mía y nos limitamos a coger aire durante un minuto.

—Esta noche me voy de acampada.

Parpadeé.

—¿De acampada? —repetí. No, sin duda, no era la respuesta que esperaba.

Se alejó y me miró; su expresión seguía siendo tensa.

—Sí. —Se pasó la mano por el pelo, intentando domarlo—. Mi familia... Era algo que solíamos hacer todos los años por mi cumpleaños. Nos gustaba ir a ese campo lleno de lavanda y... —Volvió a pasarse la mano por el pelo—. Bueno, es algo que he intentado seguir haciendo durante todos estos años.

Asentí.

—Conozco ese lugar. Es donde recojo la lavanda que utilizo para hacer té... Y las bolsitas perfumadas... —Se me apagó la voz. Esto resultaba incómodo, y quise llorar.

«¡Oh, Kyland! Ya te echo de menos y ni siquiera te has marchado».

Me miré los pies.

«Le has dicho que lo amabas y no te ha respondido».

Cuando levanté la vista hacia él, lo vi entrecerrando los ojos para ver el cielo. Después de un momento, me miró. Había algo salvaje y crudo en su expresión, pero se me quedó estudiando durante un segundo antes de cogerme de la mano y empezar a caminar hacia su casa. Me parecía que había pasado mucho tiempo desde la última vez que me tocó. Sentía su mano, caliente y sólida, en la mía.

Avanzamos en silencio mientras el corazón me latía a toda velocidad. Me daba la impresión de que Kyland era más intenso cada minuto. No me soltó la mano cuando pasamos junto a la caravana, así que continué con él hasta llegar a su

casa.

No sabía si quería llorar o tirarle algo, pero la tristeza que llevaba semanas sintiendo estaba calentándose repentinamente en mi interior para dar pie a una ira oculta.

Kyland me soltó la mano solo para abrir la puerta de su casa. Entré con él sin ni siquiera saber por qué estaba allí.

Cuando estuve en el interior, jadeé, y mi ira se vio sustituida por un conmocionado dolor. Había cajas por todas partes, y la estufa de leña que ocupaba un lugar en el salón había desaparecido.

—¿Dónde está? —pregunté.

Kyland siguió la dirección de mis ojos.

—Se la he vendido a un tipo de Evansly por doscientos cincuenta dólares. Vino a verla y la compró. También se llevó el juego de mesa y sillas de la cocina.

Lo miré boquiabierto mientras me recorría una punzada de tristeza. Asentí moviendo la cabeza y, al final, se me escapó una lágrima. Me la sequé, avergonzada.

«Iba a ocurrir. Se iba a marchar».

—Tenleigh —me dijo con la voz ronca—. Por favor, no llores. —Dio un paso hacia mí—. Lo que quieras menos eso. Por favor. —Parecía desesperado—. Esto es lo que estaba tratando de evitar. Esto. No quiero que ninguno de nosotros nos sintamos así.

«Se ha alejado de mí para que me sea más fácil. Sin embargo, solo ha conseguido hacerme más daño».

—¡Bueno, pues me siento así! Te amo, y aunque sé que eso no significa nada para ti, el amor que siento por ti es mío. Y lo voy a seguir sintiendo si quiero.

—Tenleigh... —repitió con la voz quebrada—. No me ames. Por favor, no me ames. No puedo quedarme aquí. No me ames.

—Es demasiado tarde. —Negué con la cabeza desafiante—. Muy tarde. No te estoy pidiendo que te quedes, pero es demasiado tarde para que yo no te quiera.

La mirada que me dirigió era torturada.

—No puede ser —aseguró, sacudiendo la cabeza.

—Es.

Sus ojos se encontraron con los míos y se acercó lentamente a mí, con una mirada cada vez más intensa. Se aproximó todo lo que pudo y luego clavó la vista en mi boca durante un rato muy largo antes de apretar sus labios calientes contra los míos. La suavidad del beso fue todo un contraste con la expresión de su rostro y la energía que vibraba entre nosotros. No sabía qué hacer con él.

—Te amo, Kyland —susurré cuando nuestros labios se separaron. Le cubrí la mejilla con la mano—. Y te amaré igual si estás aquí, en Dennville, o en Nueva York, Londres o Júpiter. Te amo.

Él cerró los ojos y emitió un largo silbido antes de hundir los dedos en mi pelo y tirar de él con suavidad.

—Esto es un error.

Negué moviendo la cabeza lentamente como respuesta mientras él movía las manos en mi cabello, agarrándolo con suavidad.

—¿Cómo puede ser un error amar?

Lo rodeé con los brazos y deslicé las palmas hacia arriba por debajo de su camiseta para sentir su suave y cálida piel. Él también me abrazó.

—Yo también te amo, Ten —confesó finalmente con un susurro—. Por eso es tan difícil todo esto. —Parecía casi derrotado, como si al decir esas palabras lo hubieran despojado de algo.

Me dolió el corazón como si tuviera una herida abierta al escuchar la angustia en su voz, la certeza de su inminente partida. Lo abracé con más fuerza.

—Ky, te daré cualquier cosa que necesites. Sea lo que sea, te lo daré.

Él emitió un largo suspiro, pero luego permaneció en silencio.

El problema era que no sabía si amarnos había cambiado algo. De hecho, después de todo lo que Kyland había compartido conmigo durante los últimos meses, entendía mejor que nadie por qué tenía que marcharse. Se merecía vivir una vida lejos de esta casa solitaria y perdida. Imaginaba el tormento que había sufrido todos los días, escuchando los gritos de su hermano entre aquellas paredes, recordando la voz de su padre en todas las habitaciones, sintiendo la ausencia de su madre, su abandono. Quería marcharme de aquí tanto como él, sin embargo, no estaba tan dolida. Me mordí el labio. Pero quizá... podía ser que en caso de ganar la beca, no me dejaría atrás. Quizá en algún momento, de alguna manera, podríamos tener una vida lejos de aquí. Quizá no todo lo de Dennville, Kentucky, tuviera que doler. Y quizá él estaría dispuesto a aceptar la única cosa que no dolía, yo, primero en su corazón y, más tarde..., más tarde su casa y su vida. Quizá necesitara antes exorcizar sus demonios, empezar a creer que el amor no siempre tiene que doler, que a veces es suficiente. Lo esperaría. Esperaría por él todo el tiempo que fuera necesario.

Nos tumbamos juntos en el sofá y nos quedamos así durante mucho tiempo, con Kyland perdido en sus pensamientos y yo en los míos. Después de un rato, me preguntó si quería quedarme y estudiar un poco para los finales, que eran el lunes. No volvimos a discutir sobre nuestros sentimientos.

«¿El amor tiene que doler tanto?».

Comimos sopa de verdura con los platos encima de la mesita para el café y luego le di un beso de despedida. Marlo se iría pronto a trabajar, y tenía que ir a casa para asegurarme de que mi madre estaba bien.

—No nos veremos este fin de semana —dije con tristeza—. Cuídate, ¿vale?

Kyland asintió con una especie de triste anhelo en los ojos. Pero era él quien iba a desaparecer. Era su elección. Y quizá lo necesitaba. Tal vez era necesario ese tiempo en ese lugar donde tenía tan buenos recuerdos de su familia. Quizá era justo lo que necesitaba. Tal vez era exactamente eso. A lo mejor solo tenía que dejarlo marchar.

«Lo amo. Yo le daría todo lo que necesita».

—Mañana también es tu cumpleaños —recordó en voz baja—. ¿Qué tienes pensado hacer?

Me encogí de hombros.

—Oh, seguramente Marlo hará una tarta tan dura como un ladrillo y leeré un poco. —Sonreí, pero él no me devolvió la sonrisa mientras me apartaba un mechón de la cara.

—Feliz cumpleaños, Tenleigh.

—Feliz cumpleaños, Kyland.

Nos dimos un beso lento y profundo sin levantarnos del sofá. Sentí su deseo por mí. Pero cuando me eché atrás, él me lo permitió. Lo volví a besar una última vez en la boca y luego regresé a la caravana. Sentí que el corazón se me rompía en muchos pedazos, y, aunque me fuera la vida en ello, no podía encontrar la manera de pegarlos. Y ni siquiera estaba segura de que quisiera hacerlo.

Kyland

El lugar donde había acampado con mi familia durante años resultaba siempre un poco más tranquilo de lo que lo recordaba, lo que era bueno, porque necesitaba una buena dosis de paz. Tenleigh me había dicho que me amaba, y yo le había dicho que también la amaba. Eso era algo que me llenaba de alegría, de miedo y de desesperación. No tenía nada que ofrecerle, pero ahora ¿cómo iba a marcharme sin ella?

Casi había ido a la caravana para pedirle que viniera conmigo antes de que me marchara, pero me contuve. El problema era que pensaba que resistirme a Tenleigh durante tres semanas me haría las cosas más fáciles. En cambio, solo se había incrementado mi anhelo por ella. La deseaba con desesperación. Era un hambre que se originaba en lo más profundo de mis entrañas, un ardor que solo se hacía más y más salvaje, más exigente a pesar de que no lo alimentaba. Y sabía que la amaba desde hacía mucho tiempo, quizá incluso antes de que ella me amara a mí. ¿Cuándo había ocurrido? ¿Cuándo había bajado la guardia lo suficiente para que su dulzura envolviera mi corazón de una forma incapaz de desenredar? Y llegados a este punto, ¿me importaba?

Miré a mi alrededor. Había un viejo roble con una gran envergadura que proporcionaba el cobijo necesario. No habíamos conseguido material de acampada adecuado, por lo que habíamos utilizado las mismas mantas y edredones en los que dormíamos habitualmente, protegiéndolos por una sencilla lona plastificada. Mi padre siempre hacía *burgoo*, siguiendo fielmente la receta del estofado típico de Kentucky, con comadreja, ardillas y otros animales que cazábamos. Se suponía que era un manjar, pero, al igual que otras muchas delicias, seguramente nacían del hambre y de la posibilidad de llamar así a algo que era agradable al paladar. Por salvaje que pareciera, estaba bueno. Y hacía uno cada año en esa escapada, solo que para celebrar mi cumpleaños. Estaba seguro de que a mi padre le gustaría.

Miré el campo de lavanda. Me gustaba este lugar porque cuando corría la brisa, en el aire flotaba el aroma de todas esas flores a la vez. Resultaba relajante. Me senté en una enorme rama caída que estaba allí desde que era niño y bajé la vista

a la leña para hacer fuego que había colocado en el suelo. La encendería cuando oscureciera y calentaría el guiso. Volvería a dormir bajo las estrellas en mi improvisado saco de dormir por última vez. Ya no volvería aquí. Noté un agudo pinchazo en mi interior ante ese pensamiento, un sorprendente dolor en mis entrañas. No lo entendía; ese lugar estaba lleno de dolor para mí, y cada vez que venía, sentía la ausencia de mi familia. Pero, al mismo tiempo, me provocaba también alegría, y eso era lo que recordaba ahora. ¿Tenía sentido? No podía soportar esos sentimientos contradictorios. Quería odiar Dennville, Kentucky. Solo eso.

Tenleigh. Esto era por culpa de Tenleigh. Había aparecido ella en mi vida y, de repente, existía la belleza. De repente, Dennville era ella, la chica que me había ayudado a deshacerme de la oscuridad, que me había hecho ver la luz. Gemí y luego miré el suelo cubierto de hierba durante varios minutos, sopesando qué hacer.

¿Cómo se había vuelto mi vida tan complicada y tan clara de repente?

«Tenleigh. “Mitad agonía, mitad esperanza”».

Mi amor por ella lo era todo...

Percibí un movimiento a mi izquierda y levanté la cabeza, sorprendido. Y allí estaba ella, atravesando el campo de lavanda púrpura hacia mí como si aquello fuera un sueño. Me dio un vuelco el corazón y me levanté, lleno de una súbita alegría.

«¡Joder!».

Llegó hasta mí y esbozó una sonrisa tentativa mientras entrelazaba las manos delante de ella. Se había trenzado el pelo y le caía sobre un hombro. Llevaba un jersey blanco que dejaba expuesta la cremosa piel de la clavícula. Supe que no volvería a ver nada más hermoso que Tenleigh Falyn con un campo de lavanda de fondo.

Se irguió en toda su altura, como si se hubiera llenado de valor.

—Lo he estado pensando desde ayer —dijo cuando nuestros ojos se encontraron—, esperaba que estuvieras de acuerdo en tener compañía. No me imaginé que me mantuvieras también hoy alejada.

Le devolví la sonrisa.

—¿Quieres acampar conmigo para celebrar tu cumpleaños?

Se mordisqueó el labio inferior y asintió.

—Más que nada en el mundo.

De repente, sentí una clase de felicidad que no había experimentado antes. Quizá fuera porque acababa de aparecer la persona que estaba echando de

menos. Quizá porque la soledad que me embargaba había desaparecido en el mismo momento en que vi a Tenleigh. Tal vez fuera solo que me sentía agradecido, y bien sabía Dios que había tenido muy poco que agradecerle en mi vida. Mi sonrisa se hizo más amplia.

—Esto podría resultar peligroso —comenté—. ¿Y si dormir al aire libre me convierte en un cavernícola y te arrastro por el pelo a mi saco de dormir?

Curvé la comisura de la boca para que supiera que estaba bromeando. No me sentía tan feliz desde hacía mucho tiempo, y era una sensación increíble.

—¿Te refieres a los hombres que vivieron hace miles de años? —preguntó con una expresión divertida, devolviéndome la broma. Luego inclinó la cabeza con una expresión muy seria—. No me resistiría —susurró, mordiéndose el labio inferior.

Abrí mucho los ojos mientras mi pecho se inundaba de ternura.

—Tenleigh —suspiré.

Sus labios eran preciosos, y los quería sobre mi piel. Por todas partes. Ella no dejó de mirarme fijamente mientras me acercaba a ella. Me inundó su aroma, a flores silvestres como la brisa de verano. De repente, supe que esto era lo más natural del mundo. De pie, al aire libre, bajo la sombra de un viejo roble, con el cielo infinito extendiéndose a nuestro alrededor, sin un solo edificio a la vista, no pude recordar por qué me había resistido tanto a ella. No hubiera podido decir, ni aunque me fuera la vida en ello, por qué no podíamos dejarnos llevar por los sentimientos. Unos sentimientos que flotaban en el aire que nos rodeaba, sentimientos que solo el mismo Dios podía haber creado. Era como si hubiera algún tipo de magia en la brisa y hubiera reducido el mundo a nosotros dos, allí de pie. Cerré los ojos y cogí aire, volviéndome loco por la creciente necesidad que atravesaba todo mi cuerpo y dejando que mis instintos tomaran el control. Me incliné al tiempo que ella echaba la cabeza hacia atrás, alzando los labios para que se encontraran con los míos, abriendo la boca para permitirme el acceso. Gemí mientras apretaba la boca contra la suya. Algunos pensamientos fugaces de por qué no debería ocurrir esto se perdieron ante el sonido de nuestros gemidos combinados y de nuestras lenguas bailando.

Le pasé las manos por los costados, moviéndolas lentamente por sus curvas femeninas mientras me maravillaba de lo que la hacía diferente a mí. Encajábamos a la perfección.

—Quiero sentir tu piel, Tenleigh. —Me atraganté cuando retiré los labios y miré sus ojos, llenos de lujuria... y amor.

El sol se estaba poniendo, el crepúsculo moría con rapidez a través de las

montañas.

Tenleigh echó una rápida mirada a la cama improvisada que había instalado en el suelo, debajo de las largas ramas del roble. Me cogió la mano y me llevó hacia allí.

—Tenleigh, es que... —Se estiró y me puso dos dedos en los labios para detener mis palabras. Me quedé callado. Si era sincero, no sabía lo que había estado a punto de decir. ¿Cambiaría algo otra advertencia de que eso era un error? ¿Cambiaría algo otro recordatorio de que iba a marcharme? Estaba seguro de que ella me había oído decir esas palabras suficientes veces y, probablemente, no querría escucharlas en este momento. De todas formas, tampoco quería decirlas ahora. De hecho, empezaba a preguntarme si eran ciertas. Estaba empezando a cuestionarme muchas cosas.

Nos besamos, nos besamos sin parar. Nos besamos durante un tiempo tan largo que pareció toda una vida. Tenleigh era la única chica a la que había besado así. Antes, siempre había tratado de llevar la cuestión al siguiente nivel lo más rápidamente posible. Pero con ella, me dejaba fundir en el placer de su boca mientras mi cuerpo se calentaba lentamente. Memorizaba la sensación de su cuerpo, suave contra el mío, el dulce sabor de sus labios, de su lengua, de su aliento.

Un rato después, ella se apartó con las mejillas encendidas, los labios húmedos y rojos y el pelo oscuro soltándose de la trenza para enmarcar su cara. A veces, su belleza era casi chocante. Mientras la miraba, era como si su imagen se filtrara a través de mi piel, de mi sangre y mi alma, hasta que mi cuerpo palpitaba de necesidad.

—Trataré de ser suave —la tranquilicé.

Abrió mucho los ojos, pero se limitó a asentir. Cualquier razón que me hubiera mantenido alejado antes desapareció, y me permití recrearme en un remolino de imágenes en las que veía a Tenleigh echando la cabeza hacia atrás, transfigurada por la pasión, rodeándome las caderas con las piernas mientras me hundía en ella.

Me permití imaginarla. Me dejé anticipar cómo sería lo que estaba a punto de ocurrir.

Nos desnudamos el uno al otro poco a poco. Hasta ese momento, no había experimentado nada más erótico que ver a Tenleigh desnudándose para mí, sabiendo que muy pronto estaría perdido en su interior. Cuando estuvo completamente desnuda, dejé que mis ojos recorrieran su cuerpo despacio, aunque ya la había visto sin ropa. Pero había sido siempre entre las paredes de

mi habitación, bajo una tenue luz. Ahora estábamos bajo el sol de poniente, que iluminaba su piel con la dorada luz del atardecer, con el aire fresco erizando sus rosados pezones.

—Eres impresionante —susurré.

Ella también me recorrió con los ojos, haciendo que mi miembro palpitará cuando cayeron sobre él.

—Tú también eres impresionante —dijo cuando subió la mirada hacia la mía—. Y no quiero que seas suave conmigo. Quiero sentirte. Quiero todo lo que quieras darme.

Dejé escapar un gemido y me acerqué a ella, con la polla dolorida, con la sangre hirviendo bajo la piel.

La acosté en el suelo, sintiendo la primera punzada de tristeza. Tenleigh era hermosa y deseable. Se merecía algo mejor que unas mantas viejas bajo un árbol para su primera vez.

—Kyland —susurró, encerrando mi rostro entre sus manos y mirándome a los ojos como si supiera lo que estaba pensando—. Este es el mejor cumpleaños de mi vida.

—También el mío —repuse, alisándole el pelo.

Ella arqueó la espalda cuando mi boca encontró su pezón, y gimió al tiempo que impulsaba su cuerpo hacia el mío. Su cálida piel, su suave cuerpo. Su capacidad de respuesta, su dulce y maravillosa inocencia eran algo con lo que no tenía ninguna experiencia y me afectaban interiormente de una manera esencial en la que no podía concentrarme en ese momento. Simplemente me dejé llevar, disfruté.

Poco tiempo después, estábamos los dos gimiendo y retorciéndonos, excitándonos mutuamente mientras yo rezaba para durar lo suficiente como para que la experiencia fuera para ella algo digno de recordar.

Me coloqué entre sus piernas y sentí su resbaladiza excitación, que esparcí por su clitoris mientras lo masajeara con suavidad. Abrió la boca y se apretó contra mi mano mientras yo me inclinaba hacia su pecho, que chupé con ternura. Gimió mi nombre y, después de un minuto, palpité y se estremeció bajo mi mano.

La miré con los ojos empañados y llenos de lujuria y me sujeté la erección con la misma mano para abrirla poco a poco. Ella separó las piernas instintivamente.

«¡Oh, Tenleigh, eres perfecta para mí!».

Gruñí, tratando de ir tan despacio como podía mientras mi cuerpo gritaba que me sumergiera dentro de ella como un animal salvaje. La deseaba demasiado.

Tenleigh puso las manos en mis hombros y cerró los ojos mientras me hundía

más profundamente en su interior, sintiendo su calidez alrededor de mi glande. Eso me hizo perder otra parte del control que trataba de retener.

—Abre los ojos, Ten —le pedí—. Mírame. —¿Mírame para qué? ¿Para que veas cómo te reclamo? ¿Cómo te hago mía? «Sí», gritó mi corazón. Pero no lo dije. No. Esta noche éramos el uno del otro. Aunque esto no cambiara nada. No podía.

Abrió los ojos y me miró mientras me sumergía en su interior con un suave envite. Por su cara pasó una expresión de dolor cuando sentí que mi carne atravesaba la de ella, pero no gritó. Y así fue. Me había resistido mucho a apoderarme de la virginidad de Tenleigh, pero ya no lo lamentaba. Independientemente de lo que ocurriera, esa parte de ella sería siempre mía. No pertenecería a otro hombre. Nunca. Miré su cara cuando comencé a moverme dentro de ella. El placer me atravesaba los testículos, el abdomen, pero ella no se echó atrás. Me pasó las manos por la espalda, justo encima de mis nalgas, y me acarició mientras me clavaba en su interior, primero lentamente y luego con creciente desesperación. Era increíble, maravilloso.

—Voy a correrme —suspiré, dando un último impulso en su interior mientras estallaba de placer.

Colapsé y gemí el orgasmo contra su cuello. Luego me giré a un lado para no aplastarla y permanecimos así durante varios minutos; Tenleigh me pasaba las uñas de arriba abajo por la espalda mientras yo recuperaba la respiración. Cuando me retiré de su interior y bajé la vista, vi que su sangre virgen manchaba mi polla aún erecta. Me recorrió un escalofrío de orgullo que hice lo posible por aplastar, pero el esfuerzo fue en vano.

Me dejé caer de nuevo sobre las mantas.

—Ha sido increíble —suspiré—. Dios, Tenleigh, ha sido increíble.

Sonrió con dulzura y asintió.

—Sí —suspiró—. Lo ha sido.

No dormimos mucho esa noche. Ella era una droga y jamás me saciaba. Quería vivir en su interior. Debía de estar dolorida, pero jamás se quejó. Esa noche estuvo hecha de pieles húmedas de sudor y gritos de placer que resonaban en las colinas. Supe que durante el resto de mi vida, estuviera donde estuviera, cada vez que pensara en Tenleigh recordaría su calor, el olor de la lavanda y el cielo abierto.

Algún tiempo después, cuando una luminosa luna creciente estuvo suspendida sobre nosotros, me desenredé finalmente de ella y encendí el fuego. Nos sentamos en el tronco de un árbol caído envueltos en las mantas y le di de comer

burgoo calentado sobre las llamas. Un búho ululaba de forma incesante en algún lugar y la risa de Tenleigh resonaba sobre el campo mientras le contaba historias sobre algunos líos en los que me había metido con Silas, historias que nadie más conocía, solo mi hermano y yo. De alguna forma, sentí como si hubiéramos traído una parte de él de nuevo a la vida.

Bailamos despacio bajo la luz de las estrellas, y Tenleigh se rio mientras la guiaba.

—Te llevaría al baile de graduación si pudiera —aseguré en voz baja, con pesar. Y ella respondió apretando su cuerpo contra el mío—. Haría muchas cosas contigo si pudiera.

—Lo sé —respondió, ahuecando la mano sobre mi mejilla antes de besarme los labios con dulzura.

Muchas cosas se arremolinaban en mi mente, emociones con las que no estaba familiarizado, sentimientos que no podía organizar. Pero mientras las brasas se apagaban y los primeros rayos de luz asomaban entre las montañas, la miré a mi lado, dormida, una belleza suave y vulnerable bajo el cielo de madrugada, y supe lo que tenía que hacer. Sabía que estaría mal, y que me destrozaría llevarlo a cabo. Pero también supe que, a pesar de todo, lo haría.

«Algún día, cuando viva de mis sueños, pensaré en todas las cosas que me rompieron el corazón y estaré agradecido por ellas».

Sabía que tenía que hacerlo. Porque me había equivocado.

Todo había cambiado. Después de una noche, nada era igual.

Tenleigh

Tuvimos los finales una semana después. Busqué a Kyland cuando los acabé, pero no pude encontrarlo. No era un tema que me preocupara. Realmente no quería saber cómo le habían salido. Tampoco era como si no lo imaginara ya; estaba segura de que había hecho unos exámenes impecables. Era algo que no parecía preocuparle lo más mínimo, y cuando estudiamos, a pesar de que estaba distraído, respondió a todas las preguntas que le hice de los temas correspondientes con una certeza inquebrantable.

No, la verdadera razón por la que no quería hablar de los finales era porque se trataba de otra cuestión que me recordaba lo pronto que se marcharía. En cualquier caso, tenía que irme a casa para dejar mis cosas antes de hacer el turno en Al's. Al me había dicho que iba a tener más turnos para mí ahora que se acercaba el verano. La clientela era más numerosa durante los meses de verano, cuando abría la terraza, y también se habían marchado un par de camareras a trabajar en el nuevo local que se había abierto en Evansly. Esa era una buena noticia para mí. Sabía que mientras estuviera en Dennville, tendría ingresos regulares, al menos durante el verano. Después ya se me ocurriría algo. Ya idearía un plan alternativo. Sentí una punzada de decepción en el pecho, pero no le hice caso. Lo conseguiría. Había tomado la decisión adecuada y había seguido adelante con ella. No había vuelta atrás.

Mientras recorría la calle principal de Dennville, perdida en mis pensamientos, miré a mi izquierda y vi a Shelly hablando con Kyland ante la puerta de un edificio abandonado. Permanecía ante él y lo miraba como si fuera de ella. Los celos me inundaron y me estremecí. Di un paso atrás de forma que quedé oculta por un grueso poste de teléfono y asomé la cabeza.

Genial. Ahora era una acosadora.

¿Qué estaba haciendo? Me mordí el labio mientras debatía conmigo misma si acercarme a saludarlos. ¿Por qué me sentía como si estuviera interrumpiendo algo? Solo habíamos estado juntos una hermosa noche en un campo de lavanda, pero tenía que significar algo. Me emocioné al recordar lo ocurrido y luego surgieron otra vez los celos. Volví a mirar a Shelly y a Kyland. ¿Por qué una

parte de mí se sentía como si fuera a interferir si me acercaba? ¿Por qué era yo la intrusa? Recordé el beso que les había visto intercambiar, y cómo se habían metido mano en la función, hacía ya tantos meses, y, de repente, sentí que se me revolvía el estómago. Cuando volví a mirar, ya no estaban. Parpadeé antes de mirar alrededor y ver cómo Shelly tiraba de su mano y él la seguía sin rechistar.

Me dio un vuelco el corazón. No sabía qué sentía. ¿Kyland era mío? ¿Tenía derecho a reclamarlo de forma pública? Él había afirmado una y otra vez que se iba y que no podía hacerme ninguna promesa. ¿Cómo podría exigirle ahora nada, cuando había sido la primera en decirle que daba igual que se acostara conmigo aunque luego no se quedara? Pero él también había dicho que me amaba. Me sentí confusa. Si el amor no era una especie de reivindicación en sí mismo, ¿qué era entonces? Me amaba, tenía relaciones íntimas conmigo, ¿y aun así se sentía libre para estar con otras chicas? No era capaz de contener el dolor que fluía por mis venas. Me sentía caliente, vacía y con la piel erizada. No, él no haría eso. Kyland no era así. Aunque solo fuera eso, sabía que era un chico honorable, ¿verdad?

Me dirigí lentamente a casa, aunque debería haber ido lo más deprisa posible. Habíamos pasado lo que consideré una preciosa noche juntos, una noche que me había cambiado. Le había dado todo de mí, mi cuerpo y mi corazón. Y de repente, solo una semana después, me sentía insegura de nuevo. Vacilaba.

—No me gusta el amor —murmuré por lo bajo.

Entré precipitadamente en la caravana y lancé los libros al sofá. Marlo salió del cuarto de baño abrochándose la camisa blanca.

—Hola —me saludó sonriente—, ¿qué tal los finales?

No la miré mientras cogía el uniforme de trabajo del armario.

—Oh, mmm... Creo que bien —mentí—. Estoy contenta de que hayan acabado ya. —Me volví hacia ella y le brindé una enorme sonrisa, que esperaba que la distrajera.

Me miró con los ojos entrecerrados, pero asintió con la cabeza muy despacio.

—Bien. Bueno, ¿estás preparada? Si nos vamos ahora, no llegaremos tarde.

—Sí, en dos minutos —pedí, corriendo al cuarto de baño.

Cinco minutos después nos dirigíamos de regreso al pueblo.

Se televisaba un partido importante de baloncesto y el lugar estaría a rebosar, por lo que las dos estábamos deseando llegar. Los clientes nos darían propinas extras, y dado que estábamos trabajando las dos, ganaríamos el doble. Ese día al menos había traído consigo un resquicio de esperanza. Yo no recibía demasiadas propinas, pero si los clientes estaban suficientemente borrachos, acabarían

confundiéndome con una camarera y quizá pudiera conseguir algo de dinero extra. Por lo general, me mantenía alejada de su camino todo lo posible, en especial cuando se trataba de ejecutivos ebrios que trabajaban en las oficinas de la mina, en Evansly, pero hoy no lo haría. De hecho, me acercaría a ellos. Fruncí el ceño mientras me miraba los pies. Ellos acostumbraban a ir vestidos con trajes de marca y llevaban relojes de oro, pero en el fondo no eran diferentes de cualquier otro hombre; se comportaban así ante las mujeres para llamar su atención. Por supuesto, eso era lo que pensaban muchas chicas, y actuaban en consecuencia. En una ocasión había oído gritar a uno de aquellos ejecutivos «Elijan, caballeros, que salen baratas» en voz alta. El problema era que la comida y el calor no, por lo que a veces hacías lo que tenías que hacer. Y algunas de esas veces, se te metía en la cabeza que uno de ellos quería salvarte de la miserable vida que estabas viviendo.

A las seis, el lugar estaba en su apogeo, la barra llena de hombres bulliciosos que gritaban y animaban las jugadas que veían en la enorme pantalla plana que había en la pared.

Atravesé la multitud con la bandeja para recoger los vasos vacíos y entregar los pedidos que habían hecho. Un tipo particularmente borracho con una camiseta roja me pellizcaba el culo cada vez que estaba cerca, así que hacía un recorrido más largo para evitarlo.

—¡Venga, bombón! —gritó cuando regresé a la cocina para meter los vasos sucios en el lavaplatos—. Quiero ver ese culito de vuelta por aquí.

—¿Te está dando problemas ese tipo, cariño? —me preguntó Brenda, una camarera curtida y con bastante experiencia parando los pies a los clientes, que llevaba trabajando en Al's desde siempre, cuando regresé a la barra, señalando al hombre de la camiseta roja.

Lo miré.

—No te preocupes, Brenda, puedo ocuparme de él —aseguré, esbozando una sonrisa.

—Si necesitas que me haga cargo de su sección, dímelo. Tengo mucho que compartir aquí atrás —dijo, señalando su generoso trasero al tiempo que me guiñaba un ojo. Me reí.

Evité con éxito al tipo de la camiseta roja durante el resto del turno, que se marchó con sus amigos cuando terminó el partido, y el local comenzó a estar menos lleno.

Marlo se acercó a mí cuando estaba limpiando las mesas de la parte posterior.

—Oye, Ten, he hablado con Brenda y me ha dicho que puede subirme a casa.

Dejé de limpiar y la miré. Ella se movió incómoda bajo mi escrutinio.

—¿Por qué? —pregunté, entrecerrando los ojos.

—Er... —Clavó los ojos en el tipo que estaba sentado en una mesa cerca de la puerta, seguramente un ejecutivo de la mina. Lo observé con intensidad—. Es Corey. Me ha preguntado si quiero ir a cenar con él esta noche...

¿Cenar? Era demasiado tarde para cenar. Me moví de tal manera que la oculté de la vista de Corey.

—No quiero que vayas a casa con un hombre que acabas de conocer en un bar, Marlo. ¿Te has olvidado ya de cómo terminan esas cosas?

Ella se irguió.

—No, no lo he olvidado. —Miró a Corey por encima del hombro y esbozó una sonrisa, luego volvió los ojos hacia mí—. No soy estúpida, Ten. Sé lo que quiere Corey. No me imagino que piensa casarse conmigo ni que cabalgaremos juntos hacia el atardecer, blablabla... Solo quiero tener un poco de compañía, ¿es tan malo?

Suspiré, dejando caer los hombros.

—¿Y Sam?

Ella se erizó.

—¿Qué pasa con Sam? Solo somos amigos. No hay nada entre nosotros.

—A él le importaría que fueras a casa con Corey —expliqué.

—Bien, pues no debería. Es una estupidez por su parte.

Suspiré de nuevo.

—Sí. —Estudié su hermoso rostro durante un momento—. Ten cuidado, ¿vale? Y ve a lugares públicos, o a zonas bien iluminadas, que luego...

Marlo se rio y se inclinó hacia delante para abrazarme.

—Lo tendré. Estaré en casa dentro de un par de horas.

—Vale.

Me giré para limpiar la última mesa mientras Marlo iba a la trastienda a cambiarse. Luego me saludó cuando salió con Corey por la puerta.

Me preparé cuando llegó la hora y me acerqué a Brenda.

—Cariño, lo siento. He salido a encender el coche y no arranca. Dave vendrá a buscarme dentro de una hora. ¿Te importa esperar?

Lo cierto era que no quería pasar más tiempo dentro del bar lleno de humo esperando al marido de Brenda.

—No te preocupes, estoy acostumbrada a andar y no hace frío.

—¿Estás segura?

—Sí. —Sonreí. Después de despedirme de todo el mundo, salí a la calle. Era

una suave noche de primavera, aun así me puse el jersey y crucé los brazos sobre el pecho. Iba a tener que comprar ropa nueva muy pronto porque algunas de mis prendas tenían agujeros. Debía hablar con Marlo, a ver qué nos podíamos permitir.

Las agujas de pino que levantaba la brisa volaron entre mis pies mientras recorría el camino de tierra que había junto a la carretera. El suave viento también se enredaba en mi pelo. Levanté la vista hacia la luna, recordando lo redonda que estaba de el día que estuvimos en el prado, mientras Kyland se movía sobre mí, con la piel húmeda por la pasión. Me estremecí y aceleré el paso. Quizá debería pasar por su casa. No podía estar mal que lo hiciera. Oí el motor de un coche a mi espalda y me aparté de la carretera todo lo que pude. El coche pasó zumbando a mi lado y luego se detuvo bruscamente a un lado del camino.

Aminoré el ritmo y entrecerré los ojos mientras me acercaba al coche plateado. ¿Era el coche del hermano de Jemma Clark? Al aproximarme supe que no lo era, este vehículo estaba en mejores condiciones, y seguía en marcha, aunque no salía nadie. Entonces se abrió la puerta y vi que salía el tipo de la camiseta roja, con una sonrisa de medio lado.

—Hola, bombón, te estaba esperando. —Curvó los labios por completo antes de caminar hacia el lugar donde me había detenido. Nerviosa, miré hacia donde se perdía la carretera en ambas direcciones. Estaba desierta.

—Llegarán a buscarme en cualquier momento —dije con firmeza mientras empezaba a rodear el coche—. Ha sido un placer verte.

Cuando pasaba junto al asiento del copiloto, él se acercó de frente a toda velocidad, lo que hizo que yo empezara a correr. Al ver que se ponía a perseguirme, me sentí llena de miedo. Emití un grito cuando noté su mano en el hombro, pero luego el contacto se perdió, y, por un breve instante, pensé que se rendiría y regresaría al coche. Me atreví a mirar por encima del hombro justo en el mismo instante que me agarraba el jersey con una mano y tiraba de mí. Salí despedida hacia atrás, impactando contra su pecho mientras me rodeaba con los brazos. Emitió un grito que fue mitad risa, mitad victoria.

—¡Suéltame! —grité al borde del pánico, con los ojos llenos de lágrimas, mientras ahogaba un sollozo.

Un coche pasó lentamente junto a nosotros.

—¡Ayuda! —Mis ojos se encontraron con los de la mujer que iba al volante, pero ella apartó la mirada y aceleró por la carretera.

Sentí el aliento caliente del hombre de la camiseta roja en el oído.

—Relájate, bombón, eres mía. Eres peleona, ¿verdad? Pero yo solo quiero conocerte mejor. Te me escapaste en el bar, pero ahora iremos a un lugar donde podremos conocernos mejor. —Me pasó la mano por la caja torácica hasta llegar a uno de mis pechos, que apretó con fuerza.

—¡No! —grité, dándole patadas como podía en las espinillas.

Emitió un gruñido de dolor al tiempo que me soltaba. Me di la vuelta y le golpeé con el puño un lado de la cabeza. Entonces emitó un sonido furioso, devolviéndome el golpe. Sentí una dolorosa explosión en el ojo antes de caer sobre mi trasero en la tierra del camino y se me escapó todo el aire de los pulmones. Me arrastré hacia atrás por el suelo mientras mi agresor se acercaba. Me levanté justo cuando aparecía un vehículo detrás del tipo de la camiseta roja. Un hombre saltó del asiento del conductor.

—¡Tenleigh! ¿Estás bien? —gritó el recién llegado.

Giré la cabeza y vi que se trataba de Jamie Kearney. Al ver que se dirigía hacia mi atacante, me quedé donde estaba, con las lágrimas cayendo por mis mejillas mientras aspiraba grandes bocanadas de aire.

Jamie estaba en mi curso en el instituto, su padre era Edward Kearney, el mismo hombre con el que mi madre había mantenido una relación.

—¡Hola, hombre! —le saludó el tipo de la camiseta roja, tendiéndole la mano—. Todo está controlado...

Jamie le soltó un puñetazo en la cara y el otro tipo cayó bruscamente sobre la grava sin poder evitarlo. Grité, pero luego me cubrí la boca con las manos. Temblaba de pies a cabeza. Cuando Jamie levantó al de la camiseta roja y lo arrastró hasta su coche, hice balance de mi propio estado. Tenía el jersey roto por el lugar donde me había agarrado, y sentía que el ojo se me hinchaba por momentos. Me llevé el dedo a la boca y cuando lo bajé, estaba manchado de sangre.

Jamie lanzó al hombre inconsciente al interior del coche. Luego sacó las llaves del encendido y se inclinó para hacer algo que no pude ver. Cuando se incorporó, llevaba en la mano unos vaqueros y en la otra las llaves. Cerró la puerta, después echó el brazo hacia atrás para lanzar las llaves al bosque que había a un lado de la carretera.

—¿Estás bien? —preguntó, con los vaqueros colgando del brazo, cuando se volvió hacia mí.

Asentí con la cabeza de forma temblorosa mientras se acercaba. Lo vi apretar los labios cuando me levanté, pero no me tocó.

—Venga, te llevo a casa.

Vacilé. Jamie y yo habíamos sido compañeros de clase durante cuatro años, pero no lo conocía demasiado bien. De hecho, lo evitaba todo lo que podía porque imaginaba que no sentiría cariño por ningún miembro de mi familia. El día que mi madre nos arrastró hasta la puerta de su casa, él estaba allí; había visto cómo su padre nos escupía. Había estado mirando por la ventana cuando nos rechazó.

Me observó durante un rato y luego se metió la mano en el bolsillo para sacar algo rojo y brillante. Se acercó a mí con aquel objeto en la mano y me lo tendió. Era una navaja suiza.

—Si se me ocurre hacer algo que te haga sentir incómoda, puedes clavármela en el ojo —propuso con una especie de sonrisa en los labios.

Solté un suspiro antes de devolverle la sonrisa. Me había tranquilizado lo suficiente como para lograr llenar mis pulmones por completo. Cogí la navaja sin decir nada, pero lo seguí a su coche y me senté en el lado del copiloto. Él se estiró para lanzar los vaqueros en el asiento de atrás. Los miré, confusa, pero al final me acurruqué contra la puerta mientras Jamie arrancaba. Miré por la ventanilla el coche del tipo de la camiseta roja, que todavía no había recuperado el sentido.

—¿No estará muerto? —pregunté.

Jamie clavó los ojos en el retrovisor.

—No está muerto. Pero cuando despierte, tendrá un buen dolor de cabeza y una resaca de órdago... Y va a tener que regresar a su hotel andando en calzoncillos. Se lo merece, por cabrón. —Me miró curvando la comisura de la boca. Lo estudié con el ojo sano y también sonreí al imaginarlo caminando por la carretera, desnudo de la cintura para abajo. Luego me puse seria.

—Puede localizarme por mi nombre —dije.

Jamie me miró y luego volvió a concentrarse en la carretera mientras giraba hacia el camino que llevaba a las colinas.

—No te molestará —afirmó. Después se quedó en silencio un segundo—. Me aseguraré de ello, ¿vale?

Le eché un vistazo.

—Vale. —No sé por qué confié en que lo iba a hacer, pero así era. Jamie alternaba con los chicos más populares, eran un grupo pequeño de alumnos que vivían en Evansly, cuyos padres trabajaban en las oficinas de las minas. Niños ricos. No sé si podía considerárseles ricos en realidad, pero para mí sin duda lo eran. Nuestras vidas eran muy diferentes.

Le di las indicaciones precisas para que llegara a la caravana, y cuando se

detuvo delante, permanecimos sentados en el interior del vehículo durante un rato. Me sentía demasiado entumecida y dolorida para prestar atención al entorno. En ese momento, el remolque me parecía un refugio; solo quería entrar para acostarme en el sofá donde acostumbraba a dormir. Abrí la puerta del coche.

—Oye, Tenleigh... —me dijo Jamie. Me detuve, aunque no me volví hacia él—. Sé que quizá no sea el mejor momento para pedírtelo, pero ¿quieres ir al baile de graduación la semana que viene? Quiero decir si quieres ser mi pareja.

Lo miré por encima del hombro. Jamie era guapo. No tanto como Kyland, pero sus rasgos eran agradables y amables.

—Gracias, Jamie, pero no. No sé bailar y... —«No me puedo permitir un vestido ni unos zapatos de fiesta. Además, estoy enamorada de otro chico».

—Venga, va, me lo debes. —Noté en su mirada que estaba bromeando.

Dejé salir un suspiro con una sonrisa.

—Gracias, Jamie, de verdad. No sabes lo que te agradezco lo que has hecho, pero podría decirse que estoy saliendo con alguien, y... —Se me llenaron los ojos de lágrimas ante mis palabras. ¿Estaba saliendo con alguien? Dios, era todo muy confuso. Y, de alguna manera, sentía el corazón tan magullado como el ojo.

—Eh... —dijo con ternura—. Lo entiendo. Solo he pensado que..., ya sabes..., tú y yo... —Apretó los labios como si estuviera considerando sus palabras—. Nunca me he esforzado en llegar a conocerte, y lo lamento. Me doy cuenta de que no queda mucho tiempo, pero se me ocurrió que quizá en el baile... —Sus ojos se movieron por mi cara—. Aunque si estás saliendo con alguien, entiendo que probablemente quieras ir al baile de graduación con él.

Me miré el regazo y sacudí la cabeza, pero no dije nada. ¿Cómo podía hacerle entender a este muchacho que tenía tan poco que algunos días me contentaba con agradecer que hubiera comida para comer? Bailes, citas..., esas cosas estaban fuera de mi alcance. No tenía ni idea de qué eran. No sabía lo que era vivir con solo ese tipo de preocupaciones.

—Gracias otra vez —le dije.

—¿Tenleigh? —Volví la cabeza—. Es que... er... no sé...

—Dilo de una vez, Jamie.

—Soy gay.

¡Oh! Me volví por completo hacia él.

—Entonces, ¿por qué me has pedido que vaya contigo al baile?

—Solo quería pasar tiempo contigo.

Ladeé la cabeza.

—¿Qué habría pasado si te hubiera dicho que sí y tuviera esperanzas de gustarte? —pregunté.

—Creo... creo que no se me ocurrió. Lo siento.

—No pasa nada —suspiré después de estudiarlo durante un segundo.

—No puedo decírselo a mis padres. Es decir..., puedo. Y lo haré. Pronto. Creo... Quizá... —Miró por la ventanilla del conductor.

Respiré hondo y volví a sentarme en el coche.

—Estoy segura de que todo irá bien.

Él me miró y sacudió la cabeza.

—No, no será así. No va a ir bien. Pero supongo que tengo que hacerlo de todas formas. Se me ha ocurrido que contárselo antes de irme a la universidad estaría bien. Así tendrán tiempo para digerirlo mientras no estoy, ¿entiendes?

Moví la cabeza para asentir.

—Sí. —Estiré la mano y le apreté el hombro—. Bueno, buena suerte.

—Mi padre se crio igual que tú —explicó, mirando a la caravana—. En su despacho tiene una imagen de la cabaña en la que vivía en Virginia, cuando era niño.

Apreté los labios mientras me clavaba las uñas en el muslo.

—Bueno, eso hace que sea peor.

—¿Cómo? —preguntó, clavando la vista en mi ojo bueno.

—Sabe lo que es vivir así e hizo que para nosotras todavía fuera peor. —«Y para él fue una enfermiza y excitante manera de recordarse a sí mismo lo lejos que había llegado, y que otros habían quedado por debajo de él».

Jamie se encogió un poco y clavó los ojos en la distancia antes de volver a mirarme.

—Lo sé. —Se quedó callado un segundo—. Si te hace sentir mejor, no me gusta donde vivo a pesar de lo que tengo. —Frunció el ceño mientras estudiaba la ventana, a mi espalda—. Ese día... —Sus ojos se encontraron con los míos—, el día que mi padre os dijo que os fuerais de nuestra casa, yo estaba mirando. Lo vi. Y quise irme con vosotras. Os vi en el camino a las tres, cogidas de la mano, alejándoos, cómo os apoyabais las tres y... por estúpido e insensible que te parezca oír esto, quise ir con vosotras. Quería lo que teníais. Una familia.

Lo miré conmocionada.

—Yo quería lo que tenías tú. Una familia, y... —me reí por lo bajo— algo de comida en la nevera.

Soltó una risa sin humor que terminó en una especie de mueca.

—Nada es fácil, Ponyboy —dije en voz baja, llamándolo como al protagonista

de *Rebeldes*.

—¿Qué?

—Nada. Gracias de nuevo, Jamie. Buenas noches.

Él asintió con la cabeza con expresión preocupada.

—Buenas noches, Tenleigh. Ponte hielo en el ojo.

—Lo haré. —Abrí la puerta y salí.

Lo observé mientras daba la vuelta para regresar al pueblo. Me quedé allí fuera un minuto, respirando el aire fresco de la noche, pensando qué iba a decirle a mi madre. No podía decirle la verdad, no sería útil porque no podía hacer nada al respecto y solo empeoraría las cosas. Le diría que me había tropezado con la puerta de vaivén que había en el bar.

Pero mientras estaba allí, me invadió una especie de angustia. No quería mentirle. Quería que me abrazara mientras lloraba. Necesitaba que alguien me dijera que todo iba a ir bien. Miré al cielo con las mejillas manchadas por las lágrimas.

—¿Ten? —Volví la cabeza al oír su voz. Kyland.

Me sequé las lágrimas y me volví hacia él. Al acercarme lo suficiente, distinguí sus rasgos. Vi cómo su expresión cambiaba de confusión a furia.

—¿Qué coño...? —dijo entre dientes, moviéndose con rapidez hacia mí y alzándome la cara hacia la luna para verla mejor.

—¿Quién te ha hecho esto? —demandó.

—Kyland... —Se me ahogó la voz y dejé de luchar. Me envolvió con sus brazos y me pegó contra su cuerpo, sólido y seguro. Me fundí con él, aferrándome a su camiseta con los puños mientras lloraba. No solo me caían lágrimas porque tenía el rostro golpeado, sino porque podría volver a ocurrir. Lloraba porque tenía miedo y no me quedaba esperanza, y porque a pesar de que Kyland me abrazaba, a pesar de todo lo que habíamos compartido, sentía que reprimía sus emociones. Así que mis lágrimas cayeron con más fuerza y me pegué más a él.

—¿Quién te ha hecho esto? —repetió, ahora mucho más tranquilo.

Sorbí por la nariz.

—Un tipo... —susurré, limpiándome las mejillas.

—¿Uno de los clientes de Al's?

Asentí.

—No me he querido subir a su coche y no le ha gustado.

No dijo nada, pero tensó la mandíbula con la vista clavada en el infinito.

—¿Sabes su nombre?

Negué con la cabeza.

—No importa, Ky. Jamie Kearney lo ha dejado inconsciente de un golpe y luego me ha traído a casa. Me ha dicho que se aseguraría de que ese tipo no me molestara de nuevo... —Se me apagó la voz. En cualquier caso no sabía qué pensaba hacer Jamie.

Kyland no habló durante varios minutos y, al final, se limitó a asentir.

—Está bien. —Me miró y me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja—. Siento no poder hacer nada. Me siento una mierda. Un inútil —se torturó con la voz ronca.

Vacilé al oír su tono, intentando abrir los ojos.

—No eres un inútil, Kyland. No vuelvas a decirlo.

Bajó la mirada hacia mí, su expresión era de dolor puro.

—Ve dentro y ponte hielo en el ojo —me sugirió—. ¿Tienes paracetamol o algo parecido?

Asentí moviendo la cabeza.

—¿No podemos ir a tu casa? —pregunté tentativamente, deseando que me abrazara una vez más.

—No es una buena idea —me cortó bruscamente—. No podemos hacerlo.

—¿Por qué? —insistí, con la voz quebrada por el dolor que me atravesaba.

—Porque he vendido la cama. Estoy durmiendo en el suelo de casa.

¡Oh!

—De acuerdo. Dormiré contigo en el suelo —dije.

«Te necesito, Ky».

Él volvió a negarse, moviendo la cabeza, otra vez con los dientes apretados.

—No, no vas a dormir en el suelo, Tenleigh. —Ante la expresión de dolor de mi cara, su expresión se suavizó y soltó un largo gemido—. No dormirás en el suelo. Ve dentro de la caravana y métete en la cama. Vendré a verte por la mañana, ¿vale?

Quise gritarle. Quise rogarle que se quedara conmigo, que me llevara con él... Lo que fuera. Recordé a mi madre gritando a Edward en el salón de actos y me miré los pies, comprendiendo de repente algo del profundo dolor que debía de sentir.

—Te he visto antes con Shelly —le dije—. Esperaba que me acompañaras a casa, pero estabas con ella. —No pude reprimir la acusación en mi voz.

«¿Estoy exigiendo demasiado?».

Me observó en silencio durante unos segundos.

—Fue solo un momento, Ten, quería enseñarme el coche de su hermano. Nada

más.

Recorrí sus rasgos con la mirada durante un minuto. No me sentía mejor.

—Vale —claudiqué—. Te amo.

Lo vi cerrar los ojos.

—Yo también te amo. Entra ya. Quiero oír la cerradura.

Me volví y me acerqué reticente a la puerta de la caravana. La abrí, pero miré por encima del hombro antes de entrar. Kyland estaba un poco alejado, y me miraba. Me hizo un gesto con la cabeza; vacilé sintiendo un poco de miedo ante la expresión decidida de su rostro. No sabía qué significaba exactamente, pero sabía que no era bueno.

Cerré la puerta a mi espalda y giré la llave antes de hundirme en el sofá. Luego me cubrí la cara con las manos y sollocé.

Tenleigh

Kyland vino a verme a la mañana siguiente, pero mantuvo una actitud distante, distraída, casi fría, y no hizo nada para consolarme. Me sentía herida y desesperada. El dolor de mi cuerpo era el menos doloroso de todos.

Marlo llegó a casa un par de horas después que yo y tuvo que haber notado mi rostro magullado, porque me despertó y me exigió que le dijera qué me había pasado. Lloré entre sus brazos como ella había llorado en los míos al ser abandonada a los pies de la colina por el hombre que tomó su virginidad y luego se marchó.

El chico que había tomado la mía no me había herido físicamente, y yo no lloraba por el golpe que había recibido en la cara. Lloraba por el dolor que sentía en el corazón.

Los minutos pasaron lentamente ese fin de semana. Me quedé encerrada en la caravana, pegando un brinco cada vez que escuchaba un ruido, con la esperanza de que fuera Kyland. Después de la primera mañana, él no regresó, y yo no lo busqué. Había hecho su elección, y aunque habíamos estado lo más cerca físicamente que podían estar dos personas, para él no había cambiado nada. En su mente, ya se había marchado. Lo entendí perfectamente. Y me rompió el corazón.

La semana siguiente, y hasta que llegó el fin de semana, no lo volví a ver. Me acerqué a su casa un par de veces, pero no estaba dentro o no quería abrirme la puerta.

El lunes anunciarían quién sería el ganador de la beca. Trataba de sentir algo al respecto, pero me resultaba imposible. Sabía lo que iba a pasar, era inevitable que la ganara Kyland. Yo había fallado deliberadamente en los finales. Sabía que la elección estaba entre él y yo. Y también sabía que él la necesitaba más. Ahora lo entendía. Además, amaba a Kyland, y, aparte de mi virginidad, era todo lo que tenía para ofrecer. Comprendía que, lo mereciera o no, quería entregarme por completo. Me sentía desesperada, estaba volviéndome loca, casi no podía pensar en otra cosa que el temor de perderlo para siempre. Sentía continuamente un dolor sordo en el pecho.

El lunes por la mañana, me sorprendió ver a Kyland esperándome frente a su casa cuando iba al instituto. A pesar de lo mucho que había sufrido durante la semana pasada, me dio un vuelco al corazón cuando lo vi.

—Hola —saludé.

Me sonrió.

—Hola. Tienes mucho mejor el ojo. —Pero clavó la vista en el hematoma, todavía algo amarillento, con una expresión decidida.

Asentí.

—Ni siquiera me duele. —Me miró como si se preguntara si estaría mintiendo, pero no dijo nada.

—Esta semana he venido a tu casa un par de veces —expliqué—. No estabas por aquí. —Esperé nerviosa a que él dijera algo que me hiciera sentir mejor, lo que fuera.

—Necesitaba conseguir algo de dinero, Ten —me explicó, moviendo la cabeza—. Al tener que estudiar tanto, he descuidado los ingresos. Y tengo que comer.

Sentí una opresión en el corazón.

—Kyland, nosotras hemos cobrado algo extra. Podrías haber comido en casa.

Permaneció en silencio durante tanto tiempo que llegué a pensar que no iba a contestar.

—No era necesario —repuso finalmente con una mirada triste en los ojos—. Ya estoy bien.

Quedaban muchas cosas sin decir entre nosotros, que formaron otra grieta en mi corazón. No estaba segura de cuántas más podían producirse antes de que se rompiera, y no quería saberlo.

Avanzamos en silencio durante un rato. En la mañana flotaba el canto de los pájaros, el aire caliente me acariciaba la cara y los brazos desnudos. Los rododendros en flor ante los que pasamos estaban tan llenos de flores rojas que parecían un exuberante conjunto de brasas. En la naturaleza todo parecía nuevo. Inhalé profundamente, aspirando la mezcla de tierra fresca y brotes. Quizá podríamos empezar de nuevo también. De pronto, el mundo me parecía lleno de posibilidades con el chico que me gustaba caminando a mi lado. Además, este iba a ser un buen día para él, solo que Kyland todavía no lo sabía. Lo miré con los ojos entrecerrados.

—Bien, hoy es el gran día.

Me miró con el ceño fruncido.

—Sí. —La sonrisa había desaparecido de su cara. De repente, se detuvo en el camino y se volvió hacia mí—. Tenleigh, pase lo que pase hoy... —se pasó la

mano por el pelo de esa manera involuntaria que a mí me volvía loca—, es lo que dicta el destino, ¿vale?

Yo también fruncí el ceño, sin entender exactamente qué significaban sus palabras.

—Vale —convine de todas formas. Ya sabía lo que iba a pasar hoy y me había reconciliado con ello.

Avanzamos el resto del camino casi siempre en silencio, pero resultó agradable. No podía leer su estado de ánimo, aunque supuse que era de esperar. Lo dejé a solas con sus pensamientos. Seguramente estaba nervioso, ansioso y tenía miedo. Dentro de unas horas vería el fruto de los últimos cuatro años de su vida, de su sufrimiento, de su dolor, de su trabajo y sacrificio, de su hambre. Todo terminaría en la asamblea del instituto. A pesar de que quería tranquilizarlo, no lo hice. No podía enterarse de lo que había hecho.

Quedaban muchas cosas sin decir entre nosotros, colgadas en el aire matutino, así que ninguno de los dos dijo nada. Demasiados secretos, medias verdades y dolor.

Cuando llegamos a la puerta del instituto, se inclinó hacia delante, encerró mi cara entre sus manos y me besó en la frente. Sus labios quedaron pegados a mi piel durante un buen rato, como si estuviera reuniendo valor. Luego retrocedió para mirarme sonriente, mientras recorría mis rasgos con los ojos como si estuviera memorizándolos. «Como si se despidiera».

Abrí la boca para decirle algo, para rogarle que hiciera algo, para pedirle que me explicara lo que estaba ocurriendo. Pero no sabía por dónde empezar. Luego se dio la vuelta y entró sin mirar atrás.

Más tarde, al recordarlo todo, me parecía un sueño, como si realmente no hubiera estado allí en carne y hueso cuando me llamaron. Estaba tan preparada para escuchar el nombre de Kyland Barrett como ganador de la beca que mi cerebro no oyó mi propio nombre en su lugar. Y allí estaba yo, sentada y sonriente, aplaudiendo como el resto de los alumnos. La chica que estaba sentada a mi lado se rio y me dio un codazo.

—Venga, sube —me dijo con una sonrisa amable.

Parpadeé y miré a mi alrededor, sorprendida. ¡No! No, no podía ser.

—No —llegué a susurrar mientras me levantaba e iba hacia el pasillo central, enfrentándome a las sonrisas y felicitaciones de la gente que apartaba las piernas para que pasara. Miré a mi alrededor de forma brusca buscando a Kyland.

Cuando lo vi, estaba sentado con los alumnos de su clase con una expresión que me resultó extraña y neutra—. No —susurré de nuevo.

—Tenleigh Falyn —anunció de nuevo Edward Kearney, sonriéndome desde el escenario. No recuerdo haberme dirigido allí, pero de repente estaba delante de él, y se inclinaba hacia mí con una gran sonrisa. Se rio, una risa profunda que recordaba haber oído en la pequeña habitación de la caravana mientras la cama chirriaba y mamá gemía.

Volví a mirar hacia el lugar donde estaba sentado Kyland, pero él ya no estaba allí. Se había marchado.

—Bueno, enhorabuena —me dijo Edward—. Ya veo que ha sido una sorpresa. —Miré a la directora, la señora Branson, que sonreía de oreja a oreja. No le devolví la sonrisa.

Las horas siguientes pasaron en una neblina. Quería largarme corriendo de allí. Quería perseguir a Kyland, consolarlo, hablar con él, apoyarlo. ¿Qué sentiría él en este momento?

«¡Oh, Kyland!».

Quería gritar.

¿Cómo era posible que conseguir lo único con lo que había soñado durante toda la secundaria se hubiera convertido en una pesadilla? Era curioso que nuestros sueños pudieran cambiar en solo un instante.

Cuando todo terminó, cuando hubo aplausos y felicitaciones, cuando me entregaron los documentos que decían que ya habían pagado la matrícula en la universidad estatal de San Diego, incluyendo la residencia y una cuenta abierta a mi nombre con la que me pagaría la comida y otros gastos, cuando todos mis sueños se hicieron realidad, me dirigí directamente al despacho de la señora Branson.

—Tenleigh... —me saludó sorprendida. Emitió una risita burbujeante al verme irrumpir en su despacho y cerrar la puerta; seguramente pensaba que me había vuelto loca.

—No puedo aceptar la beca —espeté—. Ha habido un error.

Ella se rio de nuevo, aunque frunció el ceño.

—Tenleigh, cariño, no ha habido ningún error. El señor Kearney tenía los documentos preparados. Está todo listo, a tu nombre. No hay errores en cosas tan importantes como esta. Te lo has ganado, cariño, con todas las de la ley.

Negué con la cabeza y me hundí en la silla, frente a su escritorio.

—Hice mal los finales —confesé—. Los hice muy mal.

«Lo hice por Kyland, para que ganara él».

«Esto es un error. Un error garrafal».

Ella apretó los labios mientras me miraba con curiosidad.

—Tenleigh, soy consciente de que se te atragantaron los finales. De hecho, me sorprendió. Siempre se te han dado bien este tipo de pruebas. —Hizo un gesto con la mano en el aire—. Evidentemente, la beca se otorga por algo más que las notas finales. Como comprenderás, tenemos en cuenta los cuatro años que habéis estudiado en el instituto... Las optativas que habéis elegido, las actividades extraescolares en las que habéis participado... Cosas de ese tipo.

Lo cierto era que no había participado en muchas actividades extraescolares, no nos lo podíamos permitir. Además había tenido que trabajar. Esto no podía estar pasando. No podía ser cierto..., pero lo era.

Me pregunté si todo esto tendría algo que ver con mi madre. Enderecé la espalda en la silla. ¿Y si el señor Kearney me había dado esta beca para conseguir que mi familia se fuera del pueblo? Pero ¿cómo funcionaría? No podía llevarme a Marlo y a mi madre conmigo. ¿Podían acaso dormir en mi habitación de la residencia? Claro que no. Estaba desesperada y me sentía confundida.

—Quiero transferirla a otra persona —dije, mirándola con intensidad.

Frunció el ceño.

—Eso no es posible. Lo siento, es absolutamente imposible. Está todo listo. —Se puso en pie y rodeó el escritorio para tomar mis manos entre las suyas, mirándome con amabilidad—. Tenleigh, la has ganado. Es tuya. Acéptala. —Se mordió el labio—. Bueno, a veces sé que es difícil aceptar este tipo de cosas cuando uno no está acostumbrado a tener mucho, pero, por favor, mi querida Tenleigh, siéntete feliz y orgullosa de ti misma. Lo has conseguido. Has hecho el trabajo necesario para ganarla. Te la mereces. Es tuya.

Hundí los hombros, pero asentí.

—Gracias, señora Branson. —Me levanté y salí del despacho. Sí, me lo había ganado, pero ya no la quería. Tenía que ser de Kyland, la necesitaba mucho más que yo.

Salí del instituto y regresé a Dennville lo más rápido que pude. Esto no me parecía justo, y no iba a permitirlo. No quería irme de Kentucky. No quería ir a la universidad. Amaba a Kyland y no quería dejarlo, ni por una carrera universitaria ni por nada. No lo haría. Quizá fuera una idiotez, pero no me importaba. Lo único que quería en el mundo era a Kyland.

Me detuve cerca de la colina y me senté en una roca que había junto al camino. Saqué un pedazo de papel de la mochila para escribir una nota con rapidez, luego me levanté e hice corriendo el resto del trayecto.

Cuando llegué a la puerta de Kyland jadeaba, cubierta de sudor. Di un golpe en la madera. Él había dejado la asamblea, por lo que pensaba que había regresado aquí. Oí pasos en el interior. Esperé... Después de un minuto, me abrió lentamente la puerta y clavó en mí los ojos. Le sostuve la mirada, todavía con la respiración entrecortada.

—¿Puedo pasar? —pregunté.

Sonrió con rigidez y la abrió un poco más, invitándome al interior. Todavía no había dicho una palabra.

Cuando la puerta se cerró a su espalda, me volví hacia él y rompí a llorar sin poder evitarlo. Se acercó a mí al instante, envolviéndome entre sus brazos.

—Shhh... Tenleigh, ¿por qué lloras? Estoy muy orgulloso de ti. Te lo has ganado. Es el fruto de tu trabajo. —Se echó atrás para retirarme el pelo de la cara—. Vas a ir a la universidad. —Vi que sonreía; parecía sinceramente orgulloso de mí. Eso me hizo llorar todavía más fuerte. Negué con la cabeza.

—No quiero ir a la universidad —dije con firmeza—. Quiero que vayas tú.

Se echó atrás como si lo hubiera abofeteado.

—Bueno, pero no es eso lo que ha ocurrido. Punto. Irás y te sacarás un título. Vas a marcharte de aquí, Tenleigh. Tendrás una vida hermosa, llena de libros y ropa bonita, una casa caliente en invierno, coche y la nevera llena. Verás el mar. —Su voz estaba llena de pasión... y angustia. Sentía como si mi propio corazón me sangrara en el pecho. Se me llenaron los ojos de lágrimas.

—Kyland... —Di un paso hacia él y le puse la mano en la mejilla—. No me importa nada de eso. Quiero... quiero que... Sé que las últimas semanas han sido... un poco tensas, pero todo puede volver a ser como antes. De verdad. Ya tengo libros. Y si hace frío, nos calentamos el uno al otro. Encontraremos la manera de comer cuando tengamos hambre. —Me agarré a un clavo ardiendo. Yo solo quería amor. Y estaba dispuesta a luchar por ello. De pronto, me di cuenta de que no había nada más importante que el amor. Me acerqué más a él—. Podremos encontrar trabajo en algún sitio, a quién le importa dónde, y alquilaremos una casita. Incluso podríamos cultivar un huerto. —Alcé la voz al imaginármelo. Las palabras comenzaron a salir de mis labios de forma atropellada. Me di cuenta de que parecía desesperada, pero no me importaba. Cogí la mochila y saqué la página que había escrito sentada junto a la carretera—. He hecho una lista —expliqué esperanzada—. Esto es lo que necesitamos ahorrar antes de poder marcharnos a la ciudad. Ya sabes que a veces escribir las cosas hace que se vea todo mejor, incluso convierte en posible lo imposible. —Bajé la mirada al papel, que temblaba en mi mano—. Calculo que solo nos

llevará... —Mis palabras se desvanecieron cuando vi que Kyland me miraba con profunda compasión. Dejé de hablar, y la expresión de compasión se convirtió en otra de rabia. Dejé caer los brazos mientras el trozo de papel revoloteaba hasta el suelo con tristeza.

—No te atrevas a decirlo siquiera, Tenleigh —siseó Kyland entre dientes—. Tienes una oportunidad, la oportunidad de tener una vida de verdad ¿y prefieres tener una existencia de mierda conmigo? ¿Que los dos luchemos hasta que acabemos odiándonos?

—No —chillé—. No sería así. Y no me importaría tener una vida humilde contigo. —Era cierto. Me di cuenta en ese instante de que tiraría todo por la borda por él. Sabía que era una imprudencia estúpida, que estaba mal, pero era lo que sentía. No lo dejaría allí, en esa casa, ni haciendo autostop en una carretera solitaria para largarse del pueblo. No permitiría que sufriera ni tuviera hambre ni un día más. No. Y nada en la tierra me haría cambiar de idea.

Soltó una risa aguda y pegué un respingo.

—¿El amor nos mantendrá con vida? —preguntó en tono sarcástico—. Tú más que nadie debería saber que eso es una estupidez. El amor no mantiene a nadie con vida, es la comida, el calor. ¿Tu hermana, tu madre y tú habéis sobrevivido gracias al amor todo este tiempo, Tenleigh?

Tragué el doloroso nudo que tenía en la garganta.

—Es que... solo... No. —Bajé la vista, pero luego lo miré—. Entonces, ¿por qué no vienes conmigo? —Se me quebró la voz al final.

—¿Qué?

Me acerqué más a él.

—Ven conmigo. Siempre has dicho que querías salir de aquí. Ven a California conmigo... Puedes encontrar allí un trabajo, una casa. Podemos estar allí juntos.

Hubiera jurado que vi pasar un rápido anhelo por su expresión, pero luego se volvió a enfrentar a mí.

—No puedo hacer eso.

Bajé la mirada mordiéndome el labio. La verdad era que sería difícil. Kyland apenas tenía dinero. Debería hacer autostop para atravesar todo el país, y luego, ¿qué haría? ¿Vivir en un refugio hasta que consiguiera trabajo? ¿Podría incluso obtener un empleo viviendo en un refugio? ¿Dónde conseguiría ropa? ¿Podría ocultarlo en mi dormitorio? ¿Pondría en peligro mi beca si lo hacía? De acuerdo, la logística no estaba de nuestra parte...

—Vale, entonces escúchame bien. Iré a California, y cuando termine, regresaré aquí, y...

—¡No te atrevas a volver aquí! —gritó, sorprendiéndome. Sus ojos despedían fuego airado—. No se te ocurra hacer la carrera y luego regresar. ¿Cómo se te ocurre considerarlo siquiera? Es tu oportunidad, Tenleigh. ¿Por qué ibas a volver? El objetivo de la beca es conseguir largarte de Dennville. Punto. Aquí no hay trabajo, no hay ninguna razón para regresar.

Fruncí el ceño.

—La gente que amo está aquí. Mi madre, mi hermana...

Sacudí la cabeza.

—Cuando termines en la universidad, búscate un buen trabajo y págales el viaje para que vayan a vivir contigo. Entonces las tres tendréis una oportunidad en la vida.

—También volvería aquí por ti —aseguré—. Podrías trabajar durante un año, ahorrar algo de dinero y luego viajar a California. Si tenemos que esperar...

—No puedo hacer eso.

—Claro que puedes —dije—. Podemos hacer lo que queramos. Ocurrirá lo que deseemos. ¿Por qué no? —pregunté.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—Porque Shelly está embarazada.

Durante un breve segundo, no entendí las palabras. Luego, se me heló la sangre en las venas.

—Shelly... —Me quedé sin voz—. ¿Y qué? ¿Qué tiene que ver contigo, Kyland? —pregunté, y la voz se me quebró al decir su nombre.

—Tengo que estar aquí —dijo con algo que era poco más que un susurro.

El mundo se tambaleó a mi alrededor y noté calor en la cara.

—No lo entiendo —balbuceé—. ¿Cómo es posible...? ¿Es tuyo? No es posible que... —Retrocedí y, cuando sentí la pared a mi espalda, me apoyé en ella. Kyland me observaba con expresión cautelosa e ilegible—. ¿Lo has hecho con ella?

Dejó escapar un largo suspiro.

—Lo siento. Las cosas estaban poniéndose demasiado serias entre nosotros. Tuve que recordarme a mí mismo que...

—¿Que qué? —sollocé, haciendo que él pusiera una mueca—. ¿Que sería posible decirme adiós cuando llegara el momento? —La devastación fue como un golpe físico en el estómago. No podía estar pasando. ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios! ¡No! ¡No! ¡No! ¡Nooo! Me di cuenta de que movía la cabeza mientras gritaba para mis adentros.

—Me dijiste que me amabas —grazné al cabo de un rato. Me llevé una mano a

la cabeza. No podía ser real. Tenía que detenerlo.

—Es que...

Levanté la mano para detener sus palabras y la sostuve en el aire. Me daba igual lo que estuviera a punto de decir, ya fuera para confirmar o negar. Cualquiera de las dos cosas sería igual de mala. Me salió un sollozo desde el fondo de la garganta.

De repente, Kyland avanzó hacia mí.

—Escúchame, Tenleigh. Vas a marcharte de aquí. Vas a olvidarte de Dennville, Kentucky. Vete de aquí y no mires atrás. Y cuando llegue el momento, construye una buena vida para ti, para tu madre y tu hermana. Marchaos las tres. ¿Sabes lo raro que es que la gente como nosotros consiga salir de un lugar de mierda como este? Tienes la oportunidad. Aprovéchala.

Todavía seguía moviendo la cabeza hacia atrás y hacia delante mientras lo miraba con horror. Esto no estaba sucediendo.

—Se suponía que debías ganar tú la beca. Es mejor que no lo hiciera yo. De todas formas no habría podido utilizarla.

—Me tocaste... —Ahogué un susurro horrorizado—. Me tocaste y luego te fuiste con ella. ¿O te fuiste con ella antes y luego...? —Sollocé—. ¿En qué orden ocurrió, Kyland? ¡Dímelo! —grité. Unas lágrimas calientes comenzaron a caer de mis ojos.

—¿Que te diga qué? —preguntó, con evidente confusión.

—¿Me traicionaste con ella antes o después de tomar mi virginidad? —grité. Me temblaba todo el cuerpo.

Kyland cerró los ojos con fuerza y los abrió de nuevo.

—¿Importa? —preguntó.

Le abofeteé. Con fuerza. Un profundo dolor atravesó su expresión un segundo antes de que me mirara a los ojos. «Bien». Quería hacerle daño en lo más profundo, igual que él me lo había hecho a mí. Igual que me había destruido con tres palabras: «Shelly está embarazada».

Le golpeé el pecho con los puños. Nunca levantó las manos para alejarme o detenerme. Permitted que le pegara una y otra vez, la cara, el pecho, los hombros. No podía estar pasando esto. Me atraganté con otro sollozo, sentí náuseas y un intenso mareo. Caí contra la pared y grité mi tristeza y confusión, la última parte de mi estúpido corazón se rompió sin remedio.

Se levantó y clavó la vista en el suelo, se metió las manos en los bolsillos mientras una gota de sangre le goteaba desde el labio. Debía de haberlo cortado con el anillo barato que llevaba en el índice. Observé cómo aquella gota roja caía

al suelo a cámara lenta, salpicando la ridícula lista que había escrito, emborronando los últimos restos de nosotros. Levanté los ojos lentamente a su rostro. Estaba lleno de tristeza, parecía estar temblando. Quise escupirle. Era culpa suya, ¿cómo se atrevía a estar triste?

Me enderecé con la espalda recta, recomponiéndome. Kyland por fin me miró a los ojos, que estaban rojos y suplicantes. ¿Quería mi perdón? Jamás se lo daría. —Vete de Dennville —dijo con la voz ronca—. Vete y no vuelvas.

Lo miré durante un segundo y, de repente, me sentí vacía y entumecida.

—Eres la mayor decepción de mi vida —aseguré—. Jamás te lo perdonaré. Nunca.

Asintió moviendo la cabeza como si esa fuera la mejor idea que jamás hubiera tenido.

—Perfecto —dijo con la voz ahogada, luego me dio la espalda.

Moví las piernas, que me temblaban como si estuvieran hechas de gelatina, y salí por la puerta. Recogí la mochila y el sobre con la documentación de la beca que había dejado en el suelo antes de alejarme de la casa de Kyland Barrett. Salí de su vida, dejando atrás al hombre al que había sido tan estúpida de entregar mi corazón, al que no quería amor ni abrazos, el que me había traicionado de la forma más cruel posible. Las lamentables palabras con las que le había rogado resonaban en mi mente, haciéndome sentir avergonzada y humillada.

No regresé a la caravana. Me fui a los bosques, vagué por ellos sin molestarme en apartar las ramas de los árboles que me golpeaban la cara mientras caminaba, haciéndome cortes y pequeñas quemaduras en las mejillas. El dolor me arrancó de la neblina que me envolvía y, otra vez, me recordó las palabras de Kyland. «Porque Shelly está embarazada». Me detuve junto a una madreSelva salvaje y vomité el contenido de mi estómago en el bosque. Y luego seguí andando, apretando la beca contra mi pecho como si fuera un salvavidas, que sentía cálido y reconfortante contra mi cuerpo. No supe cuánto tiempo caminé, pero incluso en mi estado de *shock*, mi cuerpo sabía dónde estaba y, por fin, llegué dando un enorme rodeo a la caravana. Me senté en los escalones y mientras miraba fijamente la puesta de sol, decidí dos cosas: iba a marcharme a California tan pronto como fuera posible, al día siguiente si existía la forma de hacerlo, y nunca, jamás, volvería a enamorarme. Nunca.

Tenleigh
Cuatro años después

No hay nada como regresar a casa, o eso dice el refrán. Ya era tarde cuando pude ver los Apalaches por la ventanilla del coche. Apreté el volante con fuerza; a pesar del nerviosismo y la ansiedad que sentía ante un futuro un tanto incierto, también corría por mis venas una débil corriente de excitación, la sensación de que estaba de regreso al lugar al que pertenecía. Bajé la ventanilla cuando dejé atrás la autopista y cogí una profunda bocanada del aire fresco de la montaña, con olor a pino, tan diferente de las cálidas brisas saladas que había estado respirando en San Diego durante los cuatro años que había estudiado en la universidad. No había vuelto a casa ni siquiera los veranos o en Navidad, prefiriendo seguir las clases durante todo el año para graduarme antes. Había preferido quedarme en San Diego un par de meses más para terminar algunos flecos de mi titulación de Ciencias de la Educación y no tener que ir en coche hasta casa en pleno invierno. Y aquí estaba ahora, cuando las montañas renacían en primavera. Dios, había echado de menos Kentucky. Algo después, cuando doblé una curva hacia el camino que llevaba a la caravana, una inesperada paz me inundó, haciendo que esbozara una sonrisa.

—El hogar —susurré. Todo iba a ir bien. Estaba de vuelta porque tenía un objetivo. Un propósito.

Mientras subía por el camino, miré las deterioradas casas que había a ambos lados de la carretera. Para mi sorpresa, algunas parecían estar mejor de lo que recordaba. Varios vecinos habían limpiado los patios, lo que sin duda era una gran mejora.

Al poco rato, la ansiedad me inundó con fuerza al doblar otra curva; sabía que iba a pasar por delante de la casa de Kyland en menos de un minuto. Mantuve la mirada recta a propósito, sin atreverme a mirar siquiera la casita azul que sabía que había a la izquierda. Llegué a la curva siguiente mientras emitía un largo suspiro, y por fin detuve el coche en el claro que había delante del remolque. Apagué el motor y permanecí sentada en el vehículo varios minutos, limitándome a mirar el único hogar que había conocido hasta hacía pocos años.

Pero, ¡oh!, qué diferencia podían suponer cuatro años.

Había salido de Kentucky rota y magullada, destrozada de tal forma que pensé que jamás llegaría a recuperarme. Pero si el tiempo no cura las heridas, al menos las hace soportables. Así que había sobrevivido. Estiré las piernas mientras salía de mi pequeño vehículo, un Volkswagen Golf rojo que había adquirido por tres mil dólares. No era demasiado bonito, pero era lo que había podido pagarme. En realidad me encantaba. Era mío. Se trataba de lo primero que había poseído por completo. Había trabajado en una cadena de restaurantes por las tardes, después de clase, hasta que logré ahorrar el dinero suficiente para comprarme mi propio coche. Acababa de realizar en él los casi tres mil trescientos kilómetros que separaban California de Kentucky, por lo que podía afirmar que había hecho una elección excelente. O, seguramente, que había tenido suerte, pero eso tampoco estaba mal. Salí del coche y miré a mi alrededor, observándolo todo como si fuera la primera vez que lo veía. La caravana tenía más o menos el mismo aspecto pequeño y triste que yo recordaba, no obstante, sentí una punzada de felicidad al verla.

—Aunque sea humilde, no hay otro lugar como el hogar —susurré. Quizá «humilde» era una palabra demasiado generosa para nuestro remolque, pero seguía siendo un lugar cómodo en el que aterrizar. Y todos teníamos que aterrizar en algún sitio.

Aun así, había previsto llevarme a mi madre y a mi hermana tan pronto como pudiera a un lugar más grande y más cómodo, un lugar donde cada una podría tener su habitación.

Mi madre estaba ahora en un hospital psiquiátrico en Lexington. Tres años después de marcharme, había sufrido un episodio particularmente malo. Por suerte, intervino Sam y se ofreció a pagar su estancia en ese centro. Me sentí muy aliviada cuando recibí la noticia, pues había hecho planes para regresar a casa. No era posible que Marlo pudiera pagarlo sola. De hecho, me sentí muy sorprendida al saber que Marlo había permitido que Sam lo abonara, lo que indicaba lo mal que se había puesto nuestra madre.

«¡Oh, mamá...!».

El pomo chirrió cuando lo giré y empujé la puerta. Aquel sonido familiar hizo que volviera a sentirme una niña otra vez.

—Hola —saludé en voz alta. Oí un fuerte grito de emoción y, de repente, Marlo abrió la puerta de la habitación y se lanzó sobre mí. Solté un grito cuando me abrazó y empezó a pegar saltitos.

—¡Para, para! —le pedí riéndome—. Hace horas que no hago pis. Acabaré

mojando los pantalones.

Marlo me soltó, riéndose. Me sonrió y me rodeó con sus brazos.

—Bienvenida a casa, hermanita universitaria.

Sonreí de nuevo, apretándola con fuerza mientras contenía las lágrimas. Marlo odiaba que llorara. Entré en el cuarto de baño con rapidez y, cuando regresé con ella, me sonrió mientras me cogía las manos.

—Déjame mirarte. —Me recorrió con los ojos durante un minuto y sacudió la cabeza—. Siempre has sido guapa, Tenleigh, pero ahora además tienes clase.

Sacudí la cabeza, avergonzada.

—Soy la misma —protesté—. Se trata solo de ropa nueva y un corte de pelo.

Ella también negó con la cabeza.

—No, no solo se trata de ropa y un peinado. Eres tú. Pareces más madura. Sin embargo, estás demasiado delgada. ¿Es que en California está todo el mundo a dieta?

Cogí aire.

—Sí. Allí también pasan hambre, pero lo hacen a propósito.

Soltó un sonido a medias entre risa y gemido antes de llevarse la mano a la frente.

—¿Cómo te sientes ahora que estás aquí? Quiero la verdad —preguntó, sentándose en el sofá—. ¿Te resulta raro estar de vuelta?

Me acomodé a su lado.

—Sí. Un poco. Es decir, todavía no estoy segura.

De pronto, apareció una mirada de preocupación en su expresión.

—¿Lo has visto ya?

—¿A quién? —pregunté, como si no supiera exactamente a quién se refería.

Ella se limitó a arquear las cejas. Suspiré.

—No. He venido directa hacia aquí.

La vi mover la cabeza para asentir antes de morderse el labio inferior.

—Bueno, sabes que no pasa nada. Todo irá bien. Ha pasado mucho tiempo. Y ya sabes, engordó cuarenta kilos, se quedó calvo y tiene una enfermedad en la piel, por lo que... está horrible, feo y triste. —Se estremeció.

La miré boquiabierta antes de sonreír de medio lado.

—¿Qué? —De repente solté una carcajada—. Estás mintiendo. No le ha pasado eso. Es decir, ¡Dios mío!, sería un golpe de suerte para mí, pero... —Negué con la cabeza—. Tienes razón. Todo irá bien. Tengo un trabajo, un propósito. Han pasado casi cuatro años, tengo que pasar del hecho de que alguien que detesto viva cerca. Solo tenemos que mantenernos alejados el uno

del otro.

—¿Lo detestas de verdad, Ten?

Lo pensé durante un segundo. Detestar a Kyland estaba solo un escalón por debajo de odiarlo, y eso era algo que me resultaba difícil, ya que todavía sabía quién era capaz de ser. Aun así, necesitaba reafirmarme.

—Sí. Lo detesto. Y nadie va a tomar eso de mí otra vez. Al menos no todavía. Cuando se trate de hombres, no los perdonaré, ni olvidaré. Ese es el lema de mi vida.

Me miró con recelo.

—Ese lema es mío.

Suspiré.

—Vale, pues lo he adoptado también.

Se mordió el labio y asintió con la cabeza comprensivamente.

Solo había hablado con Marlo sobre Kyland una vez, o más bien sobre Shelly. Un par de meses después de marcharme, me había despertado en mitad de la noche, en medio de un sueño pensando por un momento que todo lo que me había dicho ese horrible día era mentira. En la oscuridad de la noche me había parecido probable, incluso posible que no me hubiera dicho la verdad. Conociéndolo como lo conocía.... Él no era así. No lo era. Las piezas de aquel rompecabezas que no podía comprender despierta se habían juntado en mi cabeza en mitad del sueño. Pero cuando por la mañana llamé a Marlo preguntándole si había visto a Shelly recientemente, ella me había confirmado con voz entrecortada que parecía estar embarazada de pocos meses. «De pocos meses». Eso significaba que Kyland tenía que haberse acostado con ella cuando dormía conmigo. Ese día me lo había pasado en la cama, acurrucada, mirando la pared mientras pensaba lo lenta que podía pasar una hora. Ese día volvió a romperse mi corazón. Me juré a mí misma que no volvería a preguntar de nuevo por él, y no lo hice. Ni una sola vez. Hasta el mes que había calculado mentalmente que podía nacer su bebé, no le había dicho nada a Marlo. Había tenido que esforzarme como nunca antes, pero no lo hice.

Hacía cuatro años, el día que me había contado lo que había hecho, el día que había ido a su casa, había sido la última vez que lo había visto. Esa noche mi hermana me había acunado entre sus brazos como si fuera un bebé y ella mi madre. Había estado tan conmocionada y triste que ni siquiera podía llorar. Al día siguiente, me había ido a hablar con la directora, la señora Branson, y le había preguntado si existía la posibilidad de trasladarme a San Diego de forma inmediata. Ella me había dicho que no podía disponer de la habitación en la

residencia universitaria, pero había resultado que tenía una sobrina que vivía allí. La había llamado para preguntarle si podía alojarme con ella durante un par de meses hasta que empezara el curso. Se había portado muy bien conmigo. La señora Branson conocía mi situación en casa y le había hecho creer que no podía soportarla ni un minuto más. Lo cierto era que no podía vivir en el mismo lugar que Kyland Barrett después de haber hablado con él. Así que una semana después de saber que había ganado la beca Tyton Coal, había dejado Kentucky por primera vez en mi vida. Había atravesado el país en un avión, dejando atrás todo lo que conocía. Me había puesto a mirar con tristeza por la ventanilla del avión, concentrándome en seguir respirando.

—Creo que deberías saber que...

—¿Qué? —pregunté.

—Bueno, Kyland trabaja en la mina. Lo he visto regresar a su casa, cubierto de polvo de carbón.

La sorpresa me dejó sin aliento y me quedé paralizada durante un segundo, imaginando el aspecto que tendría Kyland, con la cara negra como un minero, mostrando solo el blanco de sus ojos y de sus dientes.

—¿En la mina? —chillé—. ¿Debajo de la tierra? No puede. —Recordaba perfectamente el miedo que sentía Kyland a estar en espacios pequeños, cómo odiaba la oscuridad... Su hermano... Negué con la cabeza—. Es imposible.

«Jamás haría eso».

—Bueno —dijo con ternura—, es posible, porque es lo que hace. Sé que no debo hablarte de él, pero se me acaba de ocurrir que esto deberías saberlo. —Me miraba con una expresión dulce en los ojos—. En caso de que vayas allí a ver a Jamie, no me gustaría que te pillara por sorpresa.

—Gracias, Mar —susurré. Me temblaban las manos ante la mera idea de que Kyland estuviera allí abajo, enterrado en la oscuridad... Sabía que tenía que trabajar en algún lugar, pero ni por un segundo me había imaginado que lo hiciera en la mina Tyton Coal.

«¿Cómo era posible?».

Marlo me observaba con preocupación, y por fin, decidió que era mejor cambiar de tema.

—Cuéntame más cosas sobre la escuela —pidió, dándome unas palmaditas en la rodilla. Volví a concentrarme en ella.

Me obligué a sonreír. Había hablado con ella lo más a menudo que pude; incluso le había enviado un móvil prepago en el que poder cargar minutos para que me llamara cuando quisiera o necesitara. Por desgracia, no siempre podía

comprar las tarjetas, y si estaba en la caravana, no había cobertura. Cuando se encontraba en Al's, solo podíamos hablar durante unos minutos antes de que alguien, por lo general el propio Al, se pusiera a gritarle para que regresara al trabajo. Así que todavía teníamos mucho que comentar.

—Va a estar a las afueras del pueblo, donde estaba la heladería Zippy antes de que la mina se derrumbara.

Marlo asintió.

—¿No es ahí donde está la biblioteca?

Asentí moviendo la cabeza mientras me atravesaba una profunda tristeza. Aquel pequeño edificio, que casi podía considerarse un cobertizo, había sido mi santuario durante una época... Era el sitio donde había recibido mi primer beso... Donde...

Corté en seco esos pensamientos, centrándome de nuevo en Marlo.

—El edificio va a ser demolido para dejar espacio para la escuela, pero voy a embalar los libros. —Respiré hondo—. De todas formas, ya he empezado a utilizar el dinero de las subvenciones. He contratado a una constructora. Va a ser mucho trabajo, pero me siento pletórica. Y va a suponer una gran diferencia para los niños que viven en las montañas, e incluso los que viven en Dennville.

Marlo asintió.

—Eso seguro. Ojalá no hubiéramos tenido que caminar todos esos kilómetros para ir al colegio cada mañana y luego para volver a casa.

Asentí. Sabía que muchos de los niños de las montañas no harían ningún esfuerzo, de ahí los altos índices de analfabetismo, pobreza, desempleo y desesperanza. Pero tenía la ilusión de poder cambiarlo. Aunque fueran pocos. Aunque fuera solo uno.

Incluso sería bueno para los niños de Evansly. En la situación actual, el sistema de educación pública estaba saturado, y los que necesitaban atención individualizada no la recibían.

Cuando empecé mis estudios en la universidad de San Diego, me había entregado al trabajo con todas mis fuerzas. Había estado en modo supervivencia, avanzando día a día con el corazón roto; de hecho, algunos días me sentía como si estuviera demasiado destrozada para moverme.

Poder ocuparme la mente en algo que no fuera Kyland había sido mi salvación. Un día, a finales de otoño, cuando estaba en el primer curso, me había implicado en una discusión sobre las tasas de educación y pobreza de Kentucky con mi pequeño grupo de estudio. Les dije que los niños como yo, que vivían en la montaña, debían andar casi diez kilómetros para ir a la escuela todos los días.

Me había contenido para no contarles lo peor, pero incluso les había sorprendido saber que donde yo vivía muy pocas personas tenían coche e incluso calefacción. Había sido un chico de ese grupo, Howard, quien mencionó de forma casual que debería investigar qué subvenciones había para la construcción de escuelas. Ese comentario se me había quedado grabado en la cabeza durante varios meses hasta que me decidí a mirarlo.

Me pasé los siguientes años tratando de conseguir el título de profesora de literatura inglesa e investigando la solicitud de subvenciones, tanto públicas como privadas, para construir una escuela en una población pobre como Dennville. Para mi gran sorpresa y alegría, conseguí dinero de varios inversores privados justo antes de que me graduara unos meses antes. La financiación alcanzaría para pagar el edificio, los costos de la operación y el sueldo de un personal reducido.

Por eso estaba en casa. Por eso había vuelto.

—Cuando esté construida la escuela, ¿crees que te quedarás a trabajar aquí?

—No estoy segura —repuse por lo bajo, pasándome el dedo por el labio inferior—. Quizá. Sin embargo, Mar, quería hablar contigo sobre ello. Que yo regrese significa que mamá y tú tendréis que esperar un poco más para salir de la caravana. —Fruncí el ceño—. Voy a ver si puedo trabajar en Al's mientras se levanta la escuela, y he ahorrado un poco de dinero mientras estaba fuera, ya que me pagaban todos los gastos. He utilizado parte para comprarme el coche, pero el resto de lo que no os envié a ti y a mamá lo tengo ahorrado en una cuenta bancaria. Pero tú también tienes que opinar si es mejor que me quede a trabajar en la nueva escuela de Dennville, o si preferimos marcharnos y empezar en otro lugar.

Marlo me puso la mano en la rodilla.

—En primer lugar, Tenleigh, olvídate de mamá por lo menos por tres meses más. Los médicos dicen que eso sería lo ideal. Has tardado solo tres años y medio en graduarte. Ni siquiera esperábamos que regresaras a casa este verano. Podemos esperar... De hecho, esperaremos a que tú decidas. Construye tu sueño, estamos muy orgullosos de ti. —Retiró la mano y se estudió las uñas—. De todas formas, no..., bueno, no paso demasiado tiempo aquí.

Arqueé una ceja.

—¿Sam?

Asintió.

—Sí, su casa es agradable. Cálida. Bueno..., él es cálido.

—Ay, me parece que te has ruborizado —me burlé—. Lo amas, ¿verdad?

Resopló.

—No, no, todavía es algo casual. Pero ¿por qué quedarme aquí —señaló con el brazo a nuestro alrededor—, si puedo permanecer allí? Además me queda más cerca del trabajo.

La estudié durante un rato. No la creí.

—Bueno, vale. Entonces está bien. —Me levanté—. Tengo que empezar a moverme. He quedado con Jamie en la biblioteca dentro de media hora.

—¿Cómo es Jamie? —preguntó. Noté cierta vacilación en su voz.

—Es bueno. Deberías conocerlo, Mar, es muy buen chico. Sé que te parece un poco extraño dado que nuestros padres estuvieron liados, pero nunca me ha juzgado por eso, y yo no lo juzgo tampoco. En serio, ha tenido que enfrentarse también a cosas muy duras.

Mientras estábamos en San Diego, mi amistad con Jamie se había afianzado. Él había estudiado en la universidad de California, en Harvey Mudd, a solo un par de horas de la mía, y cuando estuve buscando subvenciones, me envió alguna información sobre la mina Tyton Coal que podía ser aplicable a mi causa. Habíamos quedado varias veces para almorzar, almuerzos que se convirtieron en cenas. Tras varias copas de vino, le hablé de Kyland y de cómo me había roto el corazón. Siendo sinceros, había sido una amistad curativa para mí, teniendo en cuenta todas esas cosas. Jamie también me había dicho que había hablado con sus padres justo antes de marcharse a la universidad, y no se lo habían tomado demasiado bien. No estaba seguro de cómo lo iban a recibir de nuevo cuando regresara. Tenía un trabajo esperándolo en la mina, por lo que se vería obligado a tener algún tipo de interacción con su padre. Por lo menos no le habían cerrado el grifo, financieramente hablando. Pero se había mantenido alejado durante los veranos, igual que yo, y también se había graduado antes. Era curioso que a pesar de lo diferentes que eran nuestras vidas, fuéramos tan similares en los sentimientos de nuestros corazones.

Marlo asintió, pero su expresión era bastante escéptica. Un segundo después sonrió.

—Me alegra mucho que estés de vuelta, hermanita. Te he echado mucho de menos.

Sonreí también, con el corazón oprimido.

—Y yo. No te haces una idea, Mar. —Se puso en pie y me abrazó con fuerza. Me hundí en el consuelo de su abrazo, feliz de haber recuperado a mi mejor amiga.

—Por lo tanto —dijo cuando nos separamos—, iremos a visitar a mamá la

semana que viene. Nos espera.

—Desde luego —repuse—. Me gustaría ir antes.

Marlo sacudió la cabeza.

—Tiene que ajustarse a un horario específico. Es mejor así, Tenleigh. Espera que te vea. —Sus ojos se iluminaron de una manera que no había visto desde que éramos niñas—. Espera a verla... Está... —Se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se echó a reír, de esa forma rara que hacía Marlo cuando estaba a punto de llorar—. De todas formas...

—Estoy deseándolo. —Sonreí a mí vez, cogiéndole las manos y apretándolas de nuevo—. Está bien, me voy. Sé que tienes que trabajar hasta tarde. ¿Nos vemos por la mañana?

Asintió.

—Sí, nos vemos por la mañana. —La abracé con fuerza antes de darme la vuelta hacia la puerta para regresar a mi coche y bajar la montaña.

Mientras conducía por la calle mayor hacia el solar donde estaría la escuela, sentí la misma felicidad que cuando había visto las montañas por primera vez ese día. Sí, estaba en casa. Todo iba a salir bien, todo estaría muy bien.

Pero la sensación se disolvió en cuanto miré a mi izquierda y vi la figura de la persona que me había perseguido durante casi cuatro años: Kyland. El corazón se me detuvo y contuve la respiración. Llevaba un niño pequeño sobre los hombros y Shelly iba detrás de él, riéndose de algo que había dicho el crío. Kyland se dio también la vuelta y le dijo algo antes de reírse también. Vi cómo dejaba al chico en el suelo, entre gritos y risas. Luego lo cogió de la mano para continuar andando por la acera. El corazón se me cayó a los pies, y tuve que aferrarme al volante cuando los ojos se me llenaron de lágrimas. Kyland no me había visto. Cogí aire y me dolieron los pulmones como si el oxígeno estuviera formado por un millón de diminutas hojas de afeitar. Me dolía respirar. ¡Oh, Dios! No podía coger aire. Durante todos estos años me había torturado con la imagen de Kyland como padre, Kyland como padre del hijo de otra chica, pero la realidad me atravesó profundamente como si fuera un dolor físico. Era cierto, Kyland tenía un hijo, un niño.

«Respira, Ten. Respira».

Jadeé un sonido torturado. ¿En qué demonios estaba pensando cuando se me ocurrió regresar aquí?

Tenleigh

Esa semana no volví a ver a Kyland. No era que me lo hubiera encontrado exactamente, al menos pensaba que él no me había visto, pero me propuse mantenerme alejada de todos los lugares en los que podía estar, y la lista incluía la calle mayor.

El día que lo vi había aparcado a un lado de la carretera y me había quedado veinte minutos dentro del coche, intentando recuperar la calma. Luego me había recompuesto como pude y me dirigí al solar donde iba a construirse la escuela. Jamie ya estaba allí, esperándome.

—¿Kyland? —me preguntó en cuanto me vio la cara. Al ver que asentía, me rodeó con sus brazos.

No era justo, pensaba que Kyland ya no me podía hacer sufrir y, de repente, lo veía en la calle brevemente y me quedaba hecha una piltrafa. Así que sí, dar rodeos para no toparme con él podía ser una cobardía lamentable, pero, al menos de momento, prefería ser una cobarde. Esconderse dolía menos.

Me detuve frente a la biblioteca, justo al lado de donde se construiría la escuela, y miré a mi alrededor. Los equipos de construcción se presentarían aquí dentro de una semana. Tenía que empezar a vaciar la biblioteca. Había traído cajas en el maletero para guardar los libros y ya había llegado a un acuerdo con el instituto de Evansly, que volvería a donar los libros a la nueva escuela. Siendo sincera, no parecía que nadie hubiera utilizado demasiado la biblioteca mientras yo había estado fuera. No valía la pena siquiera pagar a alguien para que la mantuviera abierta. El pequeño cobertizo también sería derribado en el proceso de construcción de la nueva edificación escolar.

Muchos años antes, había presionado para que hubiera una pequeña biblioteca en Dennville, y había colaborado para que se hiciera realidad. Lo surrealista del tema era que ahora la escuela se levantaría en el mismo solar. Era extraño y, al mismo tiempo, encajaba perfectamente.

Me quedé junto al coche durante un minuto, imaginando cómo sería el edificio. Tenía un dibujo en la caravana que miraba cuando tenía que recordarme a mí misma que valdría la pena cualquier sufrimiento emocional que tuviera que

soportar. Respiré hondo para llenarme de valor. No se trataba de mí, sino de que los niños tuvieran más opciones con esta escuela. Se trataba de dar a otra persona las oportunidades que me habían dado a mí cuando gané la beca Tyton Coal. Se trataba de recordar que, aunque para mí fuera difícil estar aquí ahora, y me hubiera costado llegar a este punto, gracias a esa beca, yo tenía opciones. Podía hacer lo que quisiera con mi vida, podía ir a donde quisiera. Esta beca me había dado libertad, liberándome de la pobreza, de la falta de esperanza, de las limitadas oportunidades que me ofrecía mi vida.

Entré en la biblioteca con una caja en la mano y permanecí allí durante un minuto, pensativa, aspirando el olor a polvo y libros viejos. Tuve una visión de mí misma sentada en el escritorio al fondo de la sala, vestida con ropa vieja y desgastada mientras hacía las tareas... Me acerqué a la pared del fondo y pasé la mano por los libros, casi esperando ver un trozo de papel sobresaliendo de alguno. Los recuerdos me bombardearon y cerré los ojos, conteniendo las lágrimas que amenazaban con caer.

—El lugar sigue oliendo igual —oí que decía alguien en voz baja a mi espalda. Me di la vuelta y contuve el aliento.

«Kyland».

El corazón casi se me salió del pecho.

Nos sostuvimos la mirada durante un buen rato.

—H-hola —tartamudeé finalmente.

«¿Hola? ¿Eso es todo lo que se te ocurre después de tanto tiempo? ¿Hola? Es patético».

Kyland se limitó a subir la barbilla. Había algo oscuro e ilegible en su expresión mientras se apoyaba en el marco de la puerta con actitud indiferente. Dios, ¿por qué? ¿Cómo era posible que alguien tan malo y cruel fuera tan guapo? Se suponía que el karma no funcionaba así. ¿Había sido siempre tan guapo? La última vez que lo vi era todavía un muchacho y ahora se había convertido en un hombre, con pómulos cincelados y mandíbula fuerte. Llevaba el pelo más corto, casi al rape, y su cuerpo era todavía más grande, más alto y musculoso. Noté que apretaba los dientes y me enderecé. Era una mujer, podía enfrentarme a esto. Dejé la caja en el suelo sin mirar hacia abajo y crucé los brazos.

—Has vuelto —dijo finalmente.

—Eso parece.

—¿Por qué? —preguntó con tono áspero, como si estuviera dolorido—. ¿Cómo coño se te ha ocurrido, Tenleigh?

Fue como si me hubiera pegado un puñetazo, y di un respingo antes de recuperar el control sobre mí misma. Kyland me sostuvo la mirada sin problema.

—¿Desde cuándo eso es asunto tuyo? —pregunté, girándome y cogiendo un montón de libros de la estantería y dejándolos en la caja de cartón que acababa de poner a mis pies.

Rápido como un rayo, se acercó a mi espalda y me puso la mano en el brazo. Bajé la vista a sus dedos con la ira creciendo en mí tan rápidamente como el dolor. Me volví un poco y me lo sacudí de encima con violencia.

—No me toques —siseé—. No vuelvas a tocarme nunca.

Por un breve segundo, sus ojos brillaron de sorpresa y de algo que parecía dolor, pero luego los entrecerró de nuevo. El aire crepitaba lleno de energía entre nosotros, haciendo que la sangre me bombeara con furia en las venas mientras sentía cómo se me erizaba la piel. Kyland se estremeció y dio un paso atrás como si él también lo hubiera sentido y le doliera de alguna forma.

—Te vi el otro día —espeté—. Con Shelly y el niño. —Quise abofetearme por la forma en que me tembló la voz en la última palabra—. Enhorabuena.

Kyland se quedó congelado, y noté que vacilaba, pero no dijo nada.

Esperé, pero cuando se mantuvo en silencio, suspiré. Me volví hacia él para enfrentarlo plenamente.

—¿Deseas algo, Kyland? ¿Por qué estás aquí?

—Quiero que te des la vuelta y te largues por donde has venido.

Alcé la barbilla, decidida a no llorar. «Gilipollas». ¿Qué le había hecho salvo entregarle mi corazón? Le había dado también mi cuerpo, no podía olvidarme. ¿Por qué me trataba de esta manera?

—¿Por qué? ¿Es que el pueblo no es lo suficientemente grande para los dos? Si es así, ¿por qué no te vas tú?

Se inclinó hacia mí y, por un momento, pensé que lo hacía para besarme aquí mismo, donde estábamos. Cogí aire con rapidez.

—Porque yo no puedo —replicó apretando los dientes.

Me apoyé contra la estantería que había detrás, tratando de crear espacio entre nosotros.

—Cierto. —«Su hijo. Su familia». Lo miré con los ojos entrecerrados—. Lo que nos lleva de nuevo a la razón de que lo que yo haga no tiene nada que ver contigo. Vete al infierno, Kyland —susurré.

Abrió mucho los ojos, con las pupilas dilatadas, mientras se inclinaba más cerca. Olí su aliento fresco, la sal de su piel, y tuve que contener el aliento, como si el oxígeno que había respirado durante los últimos cuatro años solo me

hubiera servido para sustituir al único elemento que me daba la vida realmente. Él olía a algo delicioso y dolorosamente familiar.

Me miró durante un buen rato.

—Bajo al infierno todos los días —susurró con la voz ronca—. Cada día. Por ti.

Luego se dio la vuelta y salió de la biblioteca, dejándome temblorosa y confundida, enfadada y herida. Pero no lloré. Me negaba a derramar una sola lágrima más por Kyland Barrett.

—Hola, Al —saludé al entrar en el bar lleno de humo algunos días más tarde—. Sabes que en los bares de Kentucky está prohibido fumar, ¿verdad? —pregunté con una sonrisa.

—Sí, lo sé, listilla —replicó Al—. Pero este bar es mío. Que vengan a detenerme, si quieren.

—Eres un rebelde, Al —aseguré. Sinceramente, me hubiera gustado que Al respetara la ley, sobre todo teniendo en cuenta que mi hermana y sus pulmones trabajaban aquí desde hacía mucho tiempo. Pero Al era Al, y lo que le faltaba cuando se saltaba las prácticas saludables en el trabajo lo compensaba con otras cosas. Pagaba un salario justo y protegía a las chicas que trabajaban allí en la medida de sus posibilidades.

Había entrado en el bar un par de días antes y le había preguntado si podía hacer algunos turnos. Al me había recibido con los brazos abiertos. Y, por suerte para mí, una de sus camareras había dejado el empleo recientemente.

Así que ahí estaba yo, de regreso a Denville, Kentucky, viviendo en la misma caravana raquítica y trabajando en el mismo bar lleno de humo mientras trataba de superar la tristeza y la desesperación que me provocaba el mismo chico mentiroso de siempre.

—Has recorrido un largo camino, Tenleigh —murmuré mientras limpiaba una mesa y retiraba las botellas vacías de cerveza. Solo que este era mi presente, y en él poseía un título universitario. Todo había cambiado. Respiré hondo, decidida a no dejar que el encontronazo de principios de semana me arruinara la estancia. Había elegido esto. Había elegido volver. E iba a tener que tratar con él. Realmente nunca me había enfrentado a él, porque la distancia que había entre nosotros había hecho más fácil que pudiera fingir que no existía. Pero me había quedado claro que existía. Y por alguna razón que yo desconocía, estaba enfadado conmigo porque hubiera decidido regresar. Tomé aire—. Idiota —

murmuré de nuevo para mis adentros.

El resto del turno pasó con rapidez. Era viernes por la noche, así que esperaba que el local se llenara. Mientras yo no estaba, Al había añadido una pequeña plataforma que funcionaba tanto como escenario como pista de baile. Esta noche, actuaba en directo un grupo local. A las nueve, el bar estaba lleno de gente que bebía, bailaba y reía a carcajadas. Marlo también estaba trabajando, y Sam había venido a escuchar al grupo. Cuando llegó, le di un abrazo enorme y lo dirigí para la sección que llevaba Marlo.

—Tienes muy buen aspecto, Tenleigh —me gritó por encima del ruido.

—Gracias, Sam. —Sonreí—. ¿Has tratado bien a mi hermana?

Él me miró con timidez, con una expresión de amor absoluto en su cara.

«¡Oh, chico!».

—Siempre —aseguró.

Me reí, le guiñé un ojo y lo acompañé hasta una mesa. Me apoyé en el respaldo de la silla que había frente a él, justo enfrente de donde estaba sentado.

—Oye, Sam, antes de que te traiga la cerveza, me gustaría agradecerte lo que estás haciendo por nuestra madre. Marlo dice que está mejorando muchísimo, y es gracias a ti.

Se encogió y apartó la mirada. ¿Lo estaba avergonzando?

—Me gustaría hacer algo por vuestra familia, por Marlo —explicó.

Sonreí.

—Siempre me has caído muy bien, Sam.

Él se rio y se subió las gafas por el puente de la nariz. Me alejé en busca de una cerveza. Por suerte, él no había renunciado a conseguir a la terca de mi hermana. Sam estaba haciendo algo maravilloso por nuestra madre, y no podía permitir que ella lo dejara; era uno de los pocos hombres buenos. A pesar de lo feliz que me sentía por Marlo, y de lo mucho que ella se merecía un buen hombre dispuesto a luchar por ella, no pude evitar la melancolía que me inundó mientras esperaba que me sirvieran la cerveza de Sam. Me pregunté si algún día encontraría a un hombre así. ¿Alguien me trataría algún día de esa manera? ¿Podría amar a otro hombre como había amado a Kyland? ¿Quería, de hecho, volver a amar con la misma intensidad? Me había jurado a mí misma no volver a enamorarme después de que Kyland me rompiera el corazón, pero ese voto no era algo que pudiera mantener. Todavía anhelaba que me amaran. Me gustaría que alguien me abrazara con fuerza y me dijera que todo iba a estar bien, que me besara la frente con ternura y me cobijara en la oscuridad.

—Deberías probar esto —me dijo Al, deslizando un chupito por la barra para

mí.

—¿Qué es? —pregunté, saliendo de mi ensimismamiento.

—No hagas preguntas tontas, bébetelo y punto.

Me reí. Al no se oponía a que las camareras se tomaran un par de copas durante el turno. Algunas noches se necesitaba un poco de ayuda extra para soportar que las empujaran y manosearan los borrachos. ¡Oh, demonios!, ¿por qué no? Necesitaba beber algo. Calmar mi propio cerebro. Eché la cabeza hacia atrás y esboqué una mueca cuando el fuego líquido me quemó la garganta. Me incliné sobre la barra, cogí una rodaja de limón y me la metí en la boca. Me alejé de la barra mientras saboreaba el amargo fruto.

Por segunda vez en la semana, mis ojos se encontraron con otros de color gris piedra. Me quedé paralizada por completo y me limité a mirarlo, con el corazón palpitando en mis oídos.

Él estaba de pie, inmóvil junto a la puerta, mirándome a través del local con una expresión de sorpresa absoluta en su cara. De repente, fue como si todo el aire fuera succionado hacia la puerta.

El estridente ruido del bar se desvaneció mientras manteníamos aquel contacto visual. Luego, a su espalda, apareció Shelly. Di un paso atrás, golpeándome la espalda con la barra. Su aparición era como un puñetazo en el estómago. Shelly miró a Kyland y luego siguió la dirección de su vista. Algo que me pareció simpatía inundó su expresión y aparté los ojos, girándome hacia la barra. Respiré hondo varias veces, tratando de calmarme. Luego cogí la cerveza de Sam y la puse en la bandeja para encaminarme a su mesa sin volver a mirar de nuevo a la puerta. Esperaba que, al verme, Kyland se hubiera marchado. Enderecé la espalda.

Volví a la barra y Marlo me llevó aparte.

—Kyland está aquí. ¿Estás bien? —Sus expresivos ojos estaban llenos de preocupación.

—Estoy bien —insistí, aunque no estaba muy segura—. Pensaba que era la única que estaba enfadada, pero parece que me odia. —Me sentía herida y confusa.

—¿Por qué iba a odiarte? ¿Por largarte de aquí mientras él se jodía la vida?

Me mordí el labio.

—No lo sé. ¿Kyland y Shelly suelen venir aquí con frecuencia?

Negó con la cabeza.

—Jamás los había visto por aquí.

Fruncí el ceño.

—¿Eh? Bueno, da igual, los dos tenemos que vivir en este pueblo. O, mejor dicho, hemos decidido vivir aquí por ahora. Así que si no le gusta, es problema suyo.

Marlo asintió, pero parecía insegura.

—Vale. Si necesitas que le eche una cerveza por encima o algo así, lo haré. Así se largará de aquí. —Me reí, pero ella no—. Lo digo en serio.

—Lo sé, Mar. —La abracé con rapidez.

Al ir a servir unas bebidas, me di cuenta de que Kyland y Shelly no se habían marchado. De hecho, habían conseguido una mesa junto a la pista de baile. Los miré por el rabillo del ojo y noté que él estaba sentado tieso y rígido, que también parecía incómodo. Me prometí a mí misma que no volvería a mirar en su dirección.

Regresé a la barra y le pedí a Al otro chupito, que me sirvió de inmediato. No había cenado, por lo que los dos lingotazos fueron directos a mis venas.

«Estás bien. Estás bien».

Un enorme camionero que estaba sentado ante la barra y que había consumido ya demasiadas cervezas me intentó sentar en su regazo. Me reí mientras intentaba levantarme, pero tiró de mí hacia abajo.

—Eh, venga, vamos —protesté, tratando de evitar la situación—. ¿Cómo voy a traerte una cerveza si no me dejas levantarme?

—Prefiero tomarte a ti. —Se rio de forma estentórea al tiempo que deslizaba las manos por mi cuerpo.

—Deja que se vaya antes de que te aplaste la puta cara. —Reconocí la voz de Kyland al instante. Dejé de luchar y el camionero giró la cabeza, liberándome de su agarre. Me puse en pie y me alisé la camisa hacia abajo.

Kyland estaba detrás del tipo, con los dientes apretados y los puños cerrados a los costados.

—Venga, hombre. —El tipo se arrastró, moviendo su considerable cuerpo en el asiento—. No pensaba hacerle daño, solo estaba saludando a la dama. —Me recorrió el cuerpo con los ojos.

—A las damas se las saluda con la boca, no con las manos.

Volví la cabeza hacia Kyland, dejando de mirar al camionero. ¿Ahora era una dama? Lo decía el mismo tipo que me había asegurado que no podía vivir en el mismo pueblo que yo.

—Eso también me gustaría hacerlo. —Movié la lengua de una forma asquerosa antes de soltar una fuerte carcajada.

El puño de Kyland fue una nebulosa indefinida cuando pasó junto a mí hacia la

cara de aquel tipo. Soltó un gruñido, puso los ojos en blanco y se cayó, quedando fuera de combate en el suelo del bar. Un fuerte grito surgió entre los clientes. No era un hecho inusual en Al's, aun así, me quedé boquiabierta. Me quedé mirando durante un segundo al tipo que estaba tendido en el suelo y luego subí la vista hacia Kyland.

De repente, me sentí enfadada. Quizá fuera culpa del licor que fluía por mis venas, tal vez fuera por el hecho de que Kyland pensara que podía jugar con mis emociones o que cualquier cosa que me pasara era de su incumbencia. Quizá fuera porque había aparecido en mi terreno dos veces en esta semana y que en ambas ocasiones me había herido profundamente. Así que, de pronto, estaba furiosa.

—¿Cómo te has atrevido? —Hervía por dentro.

Él entrecerró los ojos.

—¿Me estás preguntando cómo me atrevo a librarte de un cerdo lascivo? —preguntó—. Lo siento, no me he dado cuenta de que disfrutabas siendo maltratada. Por otra parte, estás de nuevo aquí, en este puto pueblo haciendo el mismo puto trabajo en el mismo puto bar. —Sus fosas nasales estaban tan dilatadas que casi me preguntaba si se pondría a dar patadas en el suelo.

Abrí mucho los ojos.

—Quizá estaba disfrutando, sí. De cualquier forma, no es asunto tuyo lo que me gusta o me deja de gustar. —Estaba tan enfadada que temblaba. Cogí al primer tipo que pasó por el jersey mientras él se tambaleaba sorprendido, y planté mis labios en los suyos. Sabía a cerveza y olía a *aftershave* barato. Lo empujé.

—¡Guau! Me gusta mucho este bar —murmuró mientras se alejaba trastabillando.

Volví a mirar a Kyland. Tenía una expresión congelada por algo que no fui capaz de leer.

—¿Tenleigh? —Oí a Marlo y vi por el rabillo del ojo cómo se acercaba. Levanté la mano, haciéndole saber que estaba bien, pero no aparté la mirada de Kyland.

—Hago lo que quiero y cuando quiero —dije. ¿Qué estaba haciendo? No lo tenía demasiado claro. Solo era consciente de que estaba enfadada y fuera de control. Y sabía que todavía me dolía el alma por culpa de Kyland, que me había traicionado después de que le hubiera dado el último pedazo de mí misma. Piezas que, por lo que estaba descubriendo, no iba a poder volver a montar.

—¿Es eso lo que has hecho en California? —preguntó, acercándose a mí.

Levanté la barbilla, girando literalmente la nariz hacia él.

—Todo el tiempo. Tan a menudo como he podido. Una vez que tú rompiste el sello, me figuré que...

Me sorprendió la brutal expresión de dolor que atravesó sus rasgos, y las palabras murieron antes de salir de mis labios. Pero mi ira se encendió de nuevo con rapidez. ¿Le molestaba que hubiera estado con otros hombres? ¡Menudo hipócrita hijo de puta! Él estaba aquí, con ella, la mujer con la que me había engañado, con la que había tenido un bebé.

—Tenleigh, tú no eres así —aseguró en voz baja.

Me reí en su cara, emitiendo un sonido desagradable y amargo.

—Ya no me conoces. No sabes nada de mí. O más bien yo no sé nada de ti.

Abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla como si hubiera cambiado de opinión.

—¡Dios! No puedo contigo. —Se dio la vuelta y empezó a alejarse.

Me atravesó una oleada de furia.

—Oye, Kyland —lo llamé. Se dio la vuelta—. ¿Llegaste a terminar *Cumbres borrascosas*? —Él parpadeó y luego frunció el ceño, mirándome con confusión.

—Ahora no tengo demasiado tiempo para leer, Tenleigh.

Apoyé la cadera contra la barra y me toqué la barbilla con el dedo.

—Solo me preguntaba si habías encontrado a Heathcliff tan despreciable y mentiroso como yo.

Empezó a caminar hacia mí.

—Nunca estuvimos demasiado de acuerdo en el mundo literario, ¿verdad?

—Hmmm... es cierto. Sin embargo, creo que cualquier persona con dos dedos de frente se daría cuenta de que Heathcliff era un pedazo de basura mentiroso.

—A mí me sorprendió más que se volviera loco por alguien como Cathy, que... finalmente escapa de aquellos... páramos y luego vuelve para experimentar más miseria, despilfarrando la oportunidad que le dan. No se puede ser más idiota.

Abrí los ojos como platos mientras la sangre me hervía bajo la piel.

—¿Y qué más da si Cathy regresó a los oscuros y brumosos páramos a pesar de todo? Por lo menos no regresó por Heathcliff. Es evidente que él era lo último en lo que pensaba. De hecho, me pareció muy irritante que Heathcliff siguiera apareciendo en todos los lugares a los que iba Cathy.

—¿Están peleándose o teniendo un club de lectura? —escuché que alguien decía a mi espalda.

—Yo lo tengo claro —respondió otra persona—. No son más que los

preliminares.

Los dos los ignoramos.

Kyland me miró de arriba abajo.

—¿Estás segura de eso? Quizá... —Por un momento, pareció inseguro en vez de enfadado—. Quizá Heathcliff había estado en su mente todo el tiempo que estuvo ausente. Quizá Cathy no se habría enfadado tanto cada vez que lo veía si él no estuviera continuamente en su pensamiento, si su nuevo novio le hiciera sentir las mismas cosas que Heathcliff. —Su voz se suavizó—. Y tal vez ella había ocupado también la mente de él. Quizá Cathy era todo lo que Heathcliff quería, lo que siempre había soñado.

¿Novio? ¿De qué novio hablaba? Entrecerré los ojos.

—Bueno, no importa. Después de cómo Heathcliff la traicionó, jamás le dará otra oportunidad. Él lo arruinó todo. La arruinó a ella. Es el personaje más egoísta y desagradable que he leído. Lo siento por el papel que utilizaron para darle vida. ¡Qué desperdicio de árbol!

El dolor brilló en sus ojos y abrió la boca para decir algo, pero de repente miró hacia atrás. Al darse la vuelta, vi que Shelly lo tocaba en la espalda. Me abandonó cualquier espíritu de lucha y sentí un profundo dolor en el pecho. Se me había olvidado por un minuto que estaba aquí. Y cualquier batalla en la que estuviéramos enzarzados, la había ganado con aquel simple toque en el hombro. Yo había perdido, una vez más. Cuando se volvió de nuevo hacia mí, la derrota debía de ser patente en mi cara, porque abrió la boca para decir algo, pero luego se detuvo, con los ojos como platos. Aparté la vista. En ese momento me di cuenta de algo que había sabido siempre. No podía odiar a Kyland. No era mala persona. Solo había sido malo para mí. No era incapaz de amar. Solo había sido incapaz de amarme a mí, incapaz de quedarse por mí. Sin embargo, sí se había quedado por Shelly. Y eso era lo más doloroso de todo. El dolor que me oprimió el corazón en ese momento casi me hizo caer de rodillas.

«Ahora no. No ahora, no te desmorones aquí».

Me dirigí con rapidez al vestuario de las chicas, donde me encerré en uno de los cubículos. Marlo me siguió pocos minutos después y me ayudó a recomponerme lo mejor que pude. Cuando regresé a la barra, Kyland y Shelly se habían marchado.

Tenleigh

Ese fin de semana trabajé un par de turnos en Al's, pero Kyland no volvió por allí. Por suerte. Todavía me sentía avergonzada por aquella discusión que habíamos mantenido en público, pero sabía que en el local de Al no era algo raro. De hecho, la novia por correo de Gable Clancy intentó atropellarlo dos horas más tarde. No, lo cierto era que solo me sentía herida. La rabia que me había inundado me había hecho sentir mucho mejor. Conseguía que me sintiera al mando. El dolor era dolor, pero me había sentido bien regresar al pueblo. Quería ver cómo quedaba la nueva escuela, era mi sueño y mi legado para el lugar en el que había nacido, el pueblo que me había facilitado los medios para poseer una educación. Sin embargo, después me gustaría contratar a alguien para garantizar el mantenimiento de la financiación anual. Luego me marcharía a otro lugar, para empezar de nuevo. Quizá eso era el cierre que necesitaba esa etapa de mi vida, para pasar realmente de Kyland. ¿Me había estado mintiendo a mí misma? Parecía que una parte de mí había querido saber qué pasaría si lo veía de nuevo, que en realidad no lo había dejado atrás. Y ese era el problema. Pero lo mejor era ser sincera al respecto. Tenía la confirmación: estaba realmente, de verdad, con la mujer con la que me había engañado. Tenía un hijo con ella. Era la realidad. Y era mejor que me enfrentara a ello.

«Ahora lo has visto con tus propios ojos, Tenleigh. ¿Podrás por fin aceptarlo y seguir adelante? Es lo mejor, no tienes otra opción».

El lunes, Marlo y yo teníamos planes para visitar a mamá. Como estaba lista muy temprano, decidí pasar a saludar a Buster. No lo había visto todavía desde que había regresado. Llamé a su puerta y, cuando me abrió, soltó un grito y me envolvió en un abrazo de oso, llegando a levantarme del suelo. Me reí en voz alta.

—¡Hola, Buster! Yo también me alegro de verte.

Me dejó en el suelo.

—Bueno, déjame mirarte bien, pequeña Tenleigh. —Negó con la cabeza,

sonriendo—. Bueno, que me aspen si no pareces una chica de ciudad. ¿Te has convertido en una chica de ciudad, señorita Tenleigh? —Abrió la puerta y me invitó a entrar. La casa de Buster estaba llena de muebles de madera hechos a mano, cada centímetro cuadrado de superficie quedaba cubierto por una figura que representaba un acto sexual explícito. Si no conociera a Buster de toda la vida, me hubiera sentido realmente incómoda en aquel lugar.

—¿Una chica de ciudad? Buster, me conoces demasiado bien para saber que no es cierto. Soy una chica de las montañas de pies a cabeza.

Se rio entre dientes.

—Bueno, quería asegurarme. Estás muy cambiada.

Sonreí mientras me sentaba en una silla que él había tallado, lijado y moldeado con la figura de un hombre desnudo. Había otra mujer tallada detrás de él, con la boca llena con sus partes íntimas. Al sentarme había formado un trío. Era el único sexo que había tenido desde hacía mucho tiempo. «Qué suerte la mía».

—Cuéntame qué has estado haciendo todo este tiempo. ¿Qué te ha parecido la universidad? —preguntó Buster.

Le hablé de la facultad a la que había ido, de California, de lo que había supuesto estar lejos, de los amigos que había hecho, con los que pensaba mantener contacto, y también le hablé de la escuela que pensaba construir.

—¿Y tú, Buster? ¿Qué tal te ha ido? —me interesé después de poner fin al breve resumen.

—Bueno, mejor que nunca. Ya te has enterado del negocio que hemos montado los de las colinas, ¿verdad?

—¿Qué negocio? —Fruncí el ceño y ladeé la cabeza.

—Ahora somos empresarios. Algunos incluso están realmente orgullosos de ello. Y de paso han limpiado los patios.

—Sí —repuse—, de eso ya me he dado cuenta. ¿Qué es exactamente lo que estáis haciendo?

—Cultivamos lavanda. Y tenemos productos derivados también. Vamos a las ferias de artesanía de la zona. Incluso he empezado a vender mis figuras. Tienen mucha aceptación —aseguró guiñándome un ojo.

«Lavanda. ¿Lavanda?».

En mi mente apareció una imagen de la luna creciente sobre mí, mientras un hermoso chico adoraba mi cuerpo, con el fragante olor a lavanda flotando en el aire.

Regresé a la realidad.

—Ya me imagino —comenté distraídamente—. Ese negocio de la lavanda ¿a

quién se le ocurrió?

—Oh, fue idea de Kyland Barrett. Fue a él a quien se le ocurrió. Incluso los jardines traseros se han convertido en cultivos rentables de lavanda. Tenemos hasta un folleto informativo y todo. Además, la flor se puede secar y usar como base de otros productos. Hemos hecho bolsitas, jabones, aceite, el té que tú...

—Entonces, ¿todos estáis ganando dinero con eso? —pregunté, sorprendida. Nunca se me hubiera ocurrido algo por el estilo.

—Claro —afirmó con orgullo—. A diferencia de otros cultivos, las ganancias son continuas durante todo el año. No se desperdicia nada. En realidad es bastante simple.

—Bueno, suena muy bien, Buster —dije, y él asintió, sonriendo de nuevo.

Me quedé allí sentada en silencio, moviendo la cabeza de vez en cuando.

—Entonces, ¿por qué no todo el mundo se dedica a ello? —pregunté, recordando las casas que había visto tan desaliñadas como siempre.

Buster se rascó la pelusilla que le cubría la cabeza.

—Ah, bueno..., ya sabes cómo son los montañeses, puede gustarles la lavanda, pero no saben hacerla crecer. —Se rio al tiempo que se daba una palmada en la rodilla.

Solté también una risita un tanto incrédula.

—Ya... —En ese momento sonó un golpe en la puerta, sobresaltándome.

Se trataba de Marlo. Me despedí de Buster con rapidez, asegurándole que volvería pronto a visitarlo. Le di un último abrazo de despedida y me dirigí al coche acompañada de mi hermana.

—Mar, ¿estás enterada del asunto de la lavanda?

Ella me miró.

—Sí. Es una pasada. Quería contártelo, pero estabas demasiado enfadada con Kyland. No era necesario que te enteraras justo cuando regresaras.

Asentí moviendo la cabeza.

—Es que realmente es... una pasada, ¿verdad? Me refiero a que toda esa gente está consiguiendo ganar dinero con algo que no necesita ningún tipo de inversión... —Me mordí el labio—. Me pregunto por qué no lo hace él también.

—Sí, no lo sé.

«¿Qué te está pasando, Kyland?».

Aunque no debería sorprenderme de nada. Él siempre había sido emprendedor y trabajador. Solo hacía falta ver cómo había sobrevivido por su cuenta durante tantos años.

Estábamos cerca de su casa, y, en esta ocasión, volví la cabeza para ver una

pickup blanca aparcada delante. Me sorprendió que la puerta se abriera de repente y que saliera Kyland vestido con vaqueros, una camisa de franela, una gorra de béisbol en la cabeza y una fiambarrera metálica en la mano. Volví a mirar hacia delante, inclinándome hacia delante justo en el momento en que él pasaba. Se detuvo y nuestros ojos se enredaron, incluso a pesar de la distancia y de la velocidad a la que iba el coche. Giró la cabeza para seguirme con la vista. En ese momento vi la pegatina de la *pickup*: era la imagen de un minero con un casco de seguridad que se arrastraba por un túnel oscuro con el mensaje «Amigos en las profundidades».

Me concentré en conducir. Respiré hondo para tranquilizarme. Había muchas cosas que no entendía, como por ejemplo que siguiera doliéndome verlo.

«¿Por qué estás tan enfadado conmigo, Kyland? ¿Cómo has podido pasar de amarme a odiarme con tanta fuerza?».

—¿Qué ha sido esa mirada tan intensa? —preguntó Marlo con una expresión de sorpresa.

—Ni idea —respondí de forma distraída—. No tengo ni idea.

Un par de horas después, cuando llegamos al hospital, aparqué y me quedé mirando el lugar por la ventanilla delantera.

—Guau... —dije finalmente.

El enorme edificio de ladrillo era viejo, pero estaba muy bien cuidado. Estaba rodeado por exuberantes campos de hierba perfectamente cortada. Los pacientes paseaban por el entorno, algunos de ellos acompañados de enfermeras, otros solos. Más allá, unos pocos ocupaban los bancos distribuidos entre los macizos de flores, bajo la sombra de viejos castaños de indias.

—Lo sé —convino Marlo—. Es un lugar agradable. Y tienen los mejores médicos, los que han hecho que ayudar a personas con enfermedades mentales sea el trabajo de su vida.

—¿Cómo puede Sam permitirse esto? —pregunté mientras salíamos del coche.

—Tiene ahorros. Nunca se lo he pedido, ¿sabes? —Me miró al tiempo que caminábamos hacia el edificio—. Iba a decirle que lo dejara, pero luego vi cómo estaba mamá después de pasar un par de semanas aquí, y no pude hacerlo.

Cogí la mano de Marlo y la apreté.

Unos minutos después, habíamos firmado el impreso de visita que nos presentó la enfermera y nos sentamos a esperar en una salita.

Cuando nuestra madre dobló la esquina, apenas la reconocí. Llevaba el pelo

con un corte a la altura de los hombros y, obviamente, estaba recién lavado y peinado. Su expresión era alegre y excitada. Vestía unos vaqueros y un jersey de manga corta color crema. Se detuvo en seco al verme, llevándose las manos a la boca mientras me miraba con incredulidad.

—Tenleigh, mi niña —suspiró mientras se acercaba a mí.

—Mamá —dije con la voz entrecortada—. Estás impresionante.

Me abrazó con fuerza, envolviéndome con su aroma, limpio y reconfortante.

—¡Oh, mamá! —Me separé y le pasé la mano por el pelo estudiándola de pies a cabeza. Ella se rio con suavidad antes de mirar a Marlo, sonriente.

—Mi otra niña —añadió mientras abrazaba a mi hermana—. ¿Damos un paseo? —preguntó, señalando por la ventana.

Nos movimos afuera y empezamos a recorrer un camino iluminado por el sol. Soplabla una ligera brisa y el olor a hierba recién cortada flotaba en el aire. Marlo nos guio hasta un banco bajo un árbol, donde me senté con mi madre.

—Voy a por unas botellas de agua —dijo mi hermana—. ¿Queréis algo más?

Las dos dijimos que no y Marlo se alejó de donde estábamos sentadas. Sabía que su intención era darnos un poco de tiempo a solas.

Cogí las manos de mi madre y las apreté con fuerza.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté.

—Estoy muy bien, cariño. Tengo días buenos y días malos, pero creo que eso es algo que le pasa a todo el mundo. Estoy aprendiendo una nueva normalidad, me están enseñando a entender mis propias emociones y a cómo debo tratar con ellas.

—Eso está muy bien, mamá.

Se rio por lo bajo.

—Sí, está muy bien. Los médicos han ido probando algunos medicamentos, y los que tomo ahora son los mejores para mí. Participo en varios grupos de terapia, y eso es lo que más me está ayudando. Hay otras personas que entienden exactamente cómo me siento. —Noté que se ruborizaba un poco—. Ellas entienden que me siento culpable del daño que causo a los que me rodean, a pesar de que es lo último que quiero hacer.

Le apreté las manos otra vez y luego le sequé con el pulgar la lágrima que caía por su mejilla

—No tienes que sentirte culpable de nada. Ni conmigo ni con Marlo —aseguré.

Asintió moviendo la cabeza, pero su expresión era triste.

—Pero me siento así. Tú necesitabas una madre, y fue Marlo la que ejerció en

vez de hacerlo yo. Te he hecho sentir avergonzada... —Otra lágrima cayó por su mejilla.

—Sé que no era tu intención, mamá. Lo sé. No tienes que lamentar nada.

Respiró hondo y clavó los ojos en mí.

—Ten, tengo una enfermedad mental. Y, bueno, es algo que no va a cambiar. Sin embargo, sé que puedo hacerle frente, sé qué puedo hacer para evitar esos episodios. Ahora lo sé. Y me siento más fuerte. Por primera vez en mi vida, me parece que tengo control sobre los monstruos que pueblan mi cabeza. Por primera vez, tengo esperanza.

Sorbí por la nariz y sonreí.

—También yo, mamá. —Me incliné hacia delante y volví a abrazarla—. ¿Te da miedo regresar a casa? —pregunté cuando me senté de nuevo.

—Un poco. Es decir, mira este lugar... —Hizo un gesto envolvente con el brazo y se rio por lo bajo—. Es una especie de vacaciones de lujo. —Sonrió, pero luego se puso seria—. Sin embargo, con el tiempo tendré que volver a la vida real, y esa es una de las cuestiones que más trabajo aquí con mis terapeutas. Cuando vuelva, voy a conseguir un trabajo, haré algo... Sam me ha ofrecido un puesto en su consulta, y me parece apropiado. —Respiró hondo—. Lo que sí sé, sin embargo, cariño, es que puedes estar en el lugar más lujoso de la tierra o en una caravana, que si estás enferma, estás enferma.

—Nuestra situación no era fácil para ti, mamá. Lo sé. Y también lo sabe Marlo. Y ahora que estoy de vuelta y voy a tener un trabajo bien pagado, pienso alquilar una casita en alguna parte... Puede que no tengamos mucho, pero sí todo lo necesario. Vamos a vivir bien, con comodidad, ¿de acuerdo?

Sonrió.

—Mi niña sigue queriendo cuidar de mí. —Su sonrisa se volvió triste—. No siempre tendrás que hacerlo, te lo prometo. Tenleigh, quiero que sepas que no siempre fue malo. Cuando tu padre me llevó a los Apalaches, me encantó el lugar, incluso a pesar de que vivíamos en una caravana, en el bosque. Me enamoré de las montañas, de los arroyos y las puestas de sol. Me encanta la gente de allí, poseen los corazones más grandes que jamás he conocido. —Sonrió de nuevo, y yo también lo hice. Tenía razón en eso—. Y estaba muy enamorada. —Bajó la vista—. Sé que él no me quería igual, al menos no me amaba como yo, pero quiero que sepas que amaba a tu padre. Lo quería con todo mi corazón. Cuando te miro, cuando os miro a ti y a Marlo, lo recuerdo con cierta tristeza, pero sobre todo con agradecimiento.

«Oh, mamá...».

Sentía como si me sangrara el corazón.

Asentí con la cabeza, tragándome el nudo que tenía en la garganta. ¿Podría llegar a sentirme así algún día? ¿Podría sentirme agradecida por el amor que había tenido con Kyland a pesar de que había terminado con una tremenda angustia?

—Todos estos años, se me había metido en la cabeza que lo único digno de importancia que había hecho en mi vida fue ganar ese estúpido concurso. — Movié la cabeza con tristeza—. Pero me equivocaba. Tú, tú y Marlo... Eso es lo mejor que he hecho en mi vida.

—Mamá... —grazné, rodeándola con mis brazos y apretándola con fuerza.

Después, dimos las tres un paseo por los jardines, poniéndonos al día como amigas por primera vez en mi vida. Me sentí llena de alegría y, cada tres minutos, quería pellizcarme para comprobar que era verdad. Mi madre me preguntó por San Diego, por las clases, por la universidad, y acabé charlando con ella de una forma animada, como nunca antes. Fue maravilloso. Y por primera vez en años, recordé lo dulce, tímida y delicada que era mi madre cuando era ella de verdad. Era preciosa.

Cuando nos despedimos de ella con un beso y nos metimos en el coche, estaba en un estado de alegre sorpresa y, finalmente, empecé a reírme como una loca mirando a Marlo. Ella también se rio.

—¡Lo sé! —dijo, abrazándome—. A mí me pasó lo mismo cuando la vi por primera vez, hace meses. Me pasó lo mismo.

Sabía que este hospital había logrado que mi madre se encontrara a sí misma de nuevo en primer lugar. Pero nosotras también la habíamos recuperado, habíamos vuelto a tener una parte de nosotras mismas, una parte que rara vez habíamos disfrutado: el papel de hijas. Siempre le estaría agradecida a Sam por este increíble regalo que me había cambiado la vida.

La constructora empezó las obras de la escuela esa semana. Mi proyecto era real y estaba en marcha. Me permití un momento para sentirme orgullosa. Todavía quedaba mucho trabajo por hacer, pero a pesar de la desesperación que sentía todavía con respecto a Kyland, estaba llena de esperanza en relación con el trabajo que había hecho para el pueblo. Había muchas razones para creer que este proyecto sería un éxito, que había hecho algo que supondría una diferencia real.

Todavía tenía que guardar lo que quedaba en la pequeña biblioteca. Solo me

quedaban por llenar algunas cajas y quedaría listo. Lo había estado evitando porque me resultaba particularmente doloroso, pero era necesario hacerlo de una vez. Estaba programado que el edificio fuera demolido durante los días siguientes.

Me encontraba de rodillas vaciando uno de los estantes inferiores cuando oí que se abría la puerta a mi espalda. Miré por encima del hombro y me sorprendió ver a Shelly. Ella me brindó una sonrisa y arqueó las cejas, haciendo que el corazón se me acelerara mientras me ponía en pie con rapidez.

—Hola, Shelly —la saludé con cautela. ¿Para qué estaba aquí?

—Hola, Tenleigh. No creo que hayamos llegado a mantener nunca una conversación de verdad —comentó con otra pequeña sonrisa.

Solté un suspiro antes de devolverle el gesto.

—No, creo que tienes razón. Bueno, me alegro de conocerte oficialmente. —No pude evitar que sonara como una pregunta. Estaba segura de que estaba aquí por lo ocurrido la otra noche. Pero si era así, ¿por qué me sonreía de una forma tan amistosa?

Asintió.

—Igualmente —respondió, ya más seria.

Permanecimos en silencio unos segundos antes de que señalara la mesa.

—¿Quieres sentarte?

—Por supuesto.

Se acercó y ocupó un lugar en la mesa que siempre había usado como escritorio. Me recosté contra la estantería mientras la miraba. Era muy guapa, menuda y con espeso cabello rubio.

—Bien —dijo ella—. Estoy segura de que te estás preguntando por qué estoy aquí.

Asentí moviendo la cabeza mientras me tensaba para oír lo que estaba a punto de decir. ¿Iba a aconsejarme también que me marchara de Dennville? ¿Que dejara en paz a su pequeña familia? ¿Que dejara de montar escenas con su novio en los bares? ¿Podría culparla si esa era realmente la razón de esta visita?

—¿Has visto a Joey?

—¿A Joey? —repetí, parpadeando.

—A mi hijo.

—Ah... —Solté el aire. «El hijo de Kyland»—. Solo desde lejos. —«Así que lo va a utilizar para conseguir que sienta que mi presencia aquí no es productiva para nadie».

Asintió.

—Se parece muchísimo a su padre.

Me sentí herida al oír cómo Shelly se refería a Kyland como padre de Joey. Sin embargo, sentí también una repentina sensación de propiedad. Me enderecé.

«No seas estúpida, Tenleigh. Tú no posees ni una pequeña parte de Kyland. Ni una sola. Si no lo tienes claro en este momento, tu capacidad de razonar es muy defectuosa. Y si no es razonable, ¿por qué tu instinto sigue indicándote eso?».

—Lo que me resulta difícil algunas veces, pues su padre me forzó.

¡Guau! «¡Vaya!».

¿Qué? Kyland nunca, jamás, ni en un millón de años... «¡Oh!».

¡Oh, Dios mío! La cabeza me dio vueltas. Sus palabras me sacudieron por dentro. Eché la mano hacia atrás para sujetarme a la sólida estantería.

—¿No es Kyland el padre de Joey? —Contuve el aliento. Y por alguna razón que solo podía estar relacionada con la estupidez, se me llenaron los ojos de lágrimas.

Negó con la cabeza.

—Es imposible. No me acosté con él. Es decir... —Me miró—. Lo hice... en el pasado. —Movié la cabeza—. Cuando éramos torpes y estúpidos adolescentes. —Se rio con suavidad por lo bajo—. Nunca me quiso. Ni tampoco me ama ahora. Solo es un amigo. —Permaneció en silencio durante un momento—. Kyland fue al primero al que acudí cuando... Después de que ocurriera. Después de enterarme de que estaba embarazada. Ni siquiera sé por qué lo hice. Quizá porque estaba un poco colgada por él. Quizá esperaba que él también me quisiera un poco..., y supongo que siempre lo pensé. Ahora soy consciente de ello, pero no lo era entonces. —Se encogió de hombros.

Me acerqué y me senté a su lado en la mesa.

—Me mintió —confesé. Todavía sentía que todo me daba vueltas a pesar de que estaba sentada.

Se volvió hacia mí y asintió.

—Lo sé.

—¿Por qué, Shelly? ¿Por qué hizo eso?

Se volvió a encoger de hombros.

—En realidad no lo sé. Dijo que me ayudaría. Que se quedaría en Dennville, que ya tenía que quedarse aquí por alguna razón, y que me ayudaría si necesitaba dinero. Luego me preguntó si yo podía ayudarlo a él, que solo tenía que respaldar sus mentiras si tú hablabas conmigo. No entendí por qué, pero... —Soltó un suspiro—. En ese momento estaba tan mal que casi me sentí feliz de tener que fingir que estaba con él. Sin embargo... —se encogió de hombros—, nunca me preguntaste nada, así que no tuve que mentir.

—No —repuse, mirando al frente—. Me largué de aquí en cuanto pude después de que me dijera que te había dejado embarazada.

«¿Me lo había llegado a decir realmente? ¿O simplemente mencionó que ella estaba embarazada y yo había deducido el resto? De cualquier forma, me dejó creer una mentira. Era su intención».

Asintió.

—Imaginé que seguramente esa fue la razón, pero él no me lo confirmó. Me ayuda con Joey cuando puede. Mi padre y mis hermanos... —respiró hondo y pareció que iba a llorar— pensaban que me abría de piernas para cualquier tipo y, durante un tiempo, supongo que pensé que era verdad. Se negaron a ayudarme.

Me acerqué y puse la mano sobre la suya mientras me sonreía con tristeza.

—¿Cómo fue? —pregunté con suavidad.

—Lo conocí en Al's y me fui a un hotel en la carretera con él —explicó—. Lo acompañé de buena gana. Incluso tenía intención de echar un polvo con él, evidentemente. —Permaneció en silencio un minuto—. Cuando llegamos allí, comenzó a comportarse de una forma rara. Quería atarme. Yo no quería, así que empecé a marcharme. Sin embargo, me lanzó sobre la cama y empezó a llamarme calientapollas. Le dije que no quería, pero no luché. No me resistí en ningún momento. —Volvió a sacudir la cabeza—. A veces me pregunto si debería... Pero bueno, ¿qué más da, verdad? Me folló y después me dio las gracias. —Vi que le caía una lágrima por la mejilla—. Me dio las gracias, y, a veces, sigo oyéndolo en mi cabeza. No sé por qué eso fue lo peor, la parte que se me quedó grabada, ¿sabes?

«Porque no le diste nada, él lo robó». Asentí con la cabeza, aunque no sabía cómo se sentía. Solo podía imaginarlo. Un profundo dolor se extendió por mi pecho.

—Luego me enteré de que estaba embarazada, y ya sabes el resto.

—¿Intentaste...? ¿Intentaste ponerte en contacto con él? —pregunté.

—Ni siquiera sé su apellido. —Soltó una risita rápida, aunque parecía avergonzada—. Era un camionero. Yo era una chica de apenas dieciocho años pasando el rato en un bar. Me ligué a un extraño y me fui con él a un hotel barato. No represento precisamente la imagen de la castidad.

—No te merecías que te violara, Shelly. Todo el mundo tiene derecho a decir que no. —Lo dije en voz baja.

Asintió y se limpió la mejilla, pasándose los dedos por debajo de los ojos para borrar la mancha negra del rímel. Miré a mi alrededor en busca de un pañuelo de

papel, pero no había nada.

—Ahora lo sé —explicó—. Es decir, mi mente lo sabe. E Ian, mi novio, me está ayudando mucho.

—¿Tienes novio?

—Sí. Es muy bueno conmigo. Quiere que nos casemos, y adoptar a Joey. — Sonrió de verdad.

—Eso está muy bien, Shelly.

—Sí —suspiró. Se volvió de nuevo hacia mí un minuto después—. La otra noche, en el bar, Kyland me acompañó porque Ian estaba trabajando. Están juntos en la mina. Ian confía mucho en Kyland. De todas formas, no había ido a Al's desde entonces... Bueno, ya sabes. Pensaba que era la pieza que necesitaba para olvidar el pasado, para poder centrarme en el futuro. Entonces, Kyland y tú os pusisteis a discutir y estuve a punto de decir algo. Pero estabas trabajando... y se me ocurrió que debía decírtelo Kyland. Aunque no sé cuándo será eso. Quizá incluso piensa que es una historia que no le corresponde contar. Pero se me pasó por la mente que, si fuera tú, querría saberlo. No lo entendí por completo hasta que os vi juntos. No sabía que todavía lo amabas.

Abrí mucho los ojos.

—Ya no lo amo.

Me miró de reojo, pero no dijo nada.

—Bueno, de todas formas, está bien que conozcas los hechos. Yo he podido proporcionarte algunos, creo que es lo mejor.

—Gracias, Shelly. Si hubiera sabido por qué estabas en Al's la otra noche, no habría montado aquel numerito.

Ella movió la cabeza, negándolo.

—En realidad, lo que hiciste fue lo mejor. Estaba tan distraída por la discusión que no sentí ninguna angustia al estar allí. —Se rio con suavidad, y yo también.

—De verdad, aprecio que hayas venido. Y siento que no llegáramos a conocernos antes de esto.

Su sonrisa fue cálida y amable.

—No hubiera funcionado antes. Estaba celosa de ti. Pero ahora... Bueno, si realmente conservas algún tipo de sentimiento por Kyland, creo que me haría muy feliz.

«Porque Shelly está embarazada». Las palabras seguían persiguiéndome, todavía me herían, aún resonaban en mi mente.

Asentí, sin saber qué pensar. Esto era toda una sorpresa.

—Te vi ese día —comenté distraídamente—. Paseabais por la calle mayor.

Kyland llevaba a Joey en los hombros..

«Dios, lo que me había dolido. Todavía sentía el dolor, a pesar de que sabía la verdad»

Shelly estaba embarazada, pero de otro hombre. Y Kyland lo sabía y se había aprovechado de ello para sus fines.

Asintió.

—Es muy bueno con él, como un tío. Es así desde que era un bebé. Le ha comprado zapatos, pañales, ya sabes, me ayudaba. En especial cuando mis hermanos no me hablaban. Así es Kyland. Bueno, tengo que irme —soltó antes de poder responderle, bajándose de la mesa—. Joey está con una amiga y tiene que irse a trabajar.

Me puse de pie también.

—Gracias de nuevo, Shelly. De verdad. No tenías por qué hacer esto y... Gracias.

Asintió y sonrió.

—Buena suerte, Tenleigh. —Salió de la biblioteca cerrando la puerta. Me apoyé en la estantería de nuevo mientras soltaba el aire bruscamente.

—Gracias —dije en la habitación vacía—. Lo necesitaba.

¿Qué demonios pasaba? ¿Qué demonios había ocurrido realmente hacia cuatro años? ¿Por qué Kyland había decidido romperme el corazón con una mentira tan cruel?

Tenleigh

Esa noche, regresé a la caravana tarde, agotada y llena de polvo. Todavía no había sido capaz de asimilar todo lo que Shelly me había contado. Al principio, fui incapaz de aplacar la oleada de alegría y alivio que recorrió mi cuerpo. Pero ahora... Ahora me sentía enfadada y herida de nuevo. Si no había dejado a Shelly embarazada, si ni siquiera se había acostado con ella, ¿por qué me había herido de esa manera? Literalmente me había roto el corazón, minado mi confianza. Había tardado años en superar lo que había sufrido y, si era sincera conmigo misma, no lo había conseguido por completo. Y todo, ¿por qué? ¿Solo para que aceptara la beca y me marchara? ¿Por haber sugerido que prefería que la disfrutara él? ¿Por eso me había hecho sufrir? ¿O lo único que quería era que me fuera del pueblo? ¿Le preocupaba que tratara de desarrollar una vida con él aquí, en Dennville, en lugar de aprovechar la oportunidad que se me había presentado? Estaba claro que lo que hizo había funcionado. Prácticamente me había largado el mismo día que me rompió el corazón. ¿Podría llegar a perdonarlo por ello? ¿Por el dolor que todavía sentía bajo la piel por una traición... una traición que ni siquiera era real? Y, si no era real, ¿por qué seguía doliéndome? Porque él había querido que me marchara y no me había amado lo suficiente como para intentar venir conmigo.

Me metí en la pequeña y agrietada ducha de plástico tratando de limpiar el polvo del día. Luego me puse un camisón y me acomodé en el sofá. Pensaba que no sería capaz de dormirme, pero debía de estar más cansada de lo que imaginaba, porque me quedé frita en cuestión de minutos.

Lo siguiente que supe era que oía gritos fuera de la caravana. Salí corriendo, tratando de orientarme. El interior del remolque estaba oscuro, pero en el exterior había un intenso brillo y olía a humo. ¡Oh, Dios! Algo estaba quemándose. Abrí la puerta del remolque y salí a la carretera, donde Ginny Neil vivía con sus dos hijos. Corrí hacia allí y al llegar vi a más gente delante de su caravana.

—¿Ha llamado alguien a los bomberos? —grité—. ¿Está todo el mundo fuera?
—¡Han dicho que están en camino! —respondió alguien. Mierda, esta era la

peor pesadilla para la gente como nosotros que vivía en las montañas. Las carreteras eran estrechas y empinadas, y el departamento de bomberos más cercano estaba a más de quince kilómetros. Una cabaña o un remolque pequeño podía arder en la cuarta parte del tiempo que tardarían en llegar.

—¡MaryJane! ¿Dónde está MaryJane? —chilló una mujer.

¿MaryJane? Intenté recordar a MaryJane, pero no pude.

Vi a Buster entre los demás y corrí hacia él.

—Buster, ¿quién es MaryJane? —pregunté.

—Es la hija pequeña de Ginny Neil y Billy Wilkes, tiene dos años —respondió, señalándolos con los ojos muy abiertos—. Ha salido de ahí, ¿verdad?

Miré a mi alrededor bruscamente hasta que mis ojos cayeron sobre Kyland, que corría hacia el grupo respirando con dificultad.

—¿Está a salvo todo el mundo? —preguntó por encima de los gritos de la multitud. En ese momento llamadas por MaryJane comenzaron a llenar el aire.

—¡Kyland, puede que quede dentro una niña de dos años! —grité, corriendo hacia él.

Billy Wilkes se acercó al fuego, pero llevaba muletas, solo Dios sabía por qué. Kyland corrió tras él. Conversaron brevemente mientras avanzaban hacia la caravana llena de humo, con las llamas lamiendo el frente.

Cuando vi que Kyland abría la puerta y que el humo se derramaba al exterior, se me aceleró el corazón y me cubrí la boca con las manos. Tanto Billy como él se echaron hacia atrás. Entonces, Kyland se quitó la sudadera, se la puso sobre la boca mientras Billy le ponía su camiseta por la cara. Luego, Kyland desapareció en el interior y Billy se quedó vigilante junto a la puerta. Lo veía gritando al interior, pero no podía oír lo que estaba diciendo por culpa del fuerte rugido de las llamas y las voces de la gente que me rodeaba.

Por increíble que fuera, el corazón comenzó a latirme todavía más rápido. Me moví para ayudar a la gente cuando el humo se hizo más espeso. El tiempo pareció haberse detenido mientras imaginaba lo que estaba pasando en la caravana. Las llamas solo afectaban a la parte delantera, donde estaba la cocina, pero el humo era espeso en el resto del interior. ¿Podía alguien sobrevivir a eso? ¿Por cuánto tiempo?

«Ky...».

Cerré los puños con fuerza, sin poder hacer nada más que rezar.

De repente, una figura irrumpió entre el humo. Llevaba consigo algo grande, cubierto con una manta. Aspiré una enorme bocanada de aire humeante y la solté. Era Kyland. Billy Wilkes corrió hacia él lo más rápido que pudo con las

muletas, y cuando estuvo a una distancia segura, Kyland le entregó el paquete y se inclinó, intentando coger grandes sorbos de aire mientras tosía. Cuando Billy se movió, el borde de la manta cayó hacia atrás y dejó expuesta una pequeña cabeza rubia.

Billy dejó a su hija en la hierba y se arrodilló a su lado. Todo el mundo se precipitó hacia delante.

—¿Respira? —preguntó la madre entre sollozos, hundiéndose en la hierba de rodillas, a su lado.

—¡Que alguien traiga un poco de agua! —grité.

—Ahora vengo —respondió Buster.

—Le late el corazón —dijo otra persona—. Creo que respira.

Los siguientes minutos fueron un delirio; los padres lloraban mientras Buster regresaba con agua. Le lavaron el hollín de la cara con la gente gritando alrededor.

Por fin, oímos una sirena subiendo la montaña. Unos minutos después, cuando llegaron los camiones de bomberos, lograron extinguir el fuego con un enorme extintor. Aunque las llamas se concentraban en la parte delantera, los daños provocados por el humo había arruinado la caravana. Todas las posesiones de la familia habían desaparecido, y yo sabía mejor que nadie que tampoco era que tuvieran muchas. Claro que ahora no poseían nada. Me inundó una oleada de desesperación por ellos, por todos nosotros. Contuve un sollozo, pero tuve la sensación de que me iba a quebrar en cualquier momento.

Se llevaron a MaryJane en una ambulancia. Respiraba y lloraba, lo que consideré una buena señal. Al parecer, por lo que pude captar en las conversaciones, había estado durmiendo en la parte trasera del remolque, el padre pensaba que estaba con la madre, y esta que se encontraba con él. El miedo y el caos que se habían formado mientras Billy trataba de apagar el fuego y recoger a los otros dos niños hicieron que MaryJane se quedara dentro. Ni siquiera sabía que Ginny estaba viviendo con Billy Wilkes o que tenían una niña. El marido de Ginny había sido uno de los hombres que murieron en el accidente de la mina, hacía ocho años. Me alegraba saber que había encontrado un poco de felicidad, pero ahora esto. De repente, me sentí mal por no estar al tanto de todo lo que había ocurrido en la montaña mientras había estado fuera. Sin embargo, me había resultado menos doloroso no saber nada de lo que pasaba en casa.

Me quedé mientras todos discutían qué podían ofrecer a la familia cuando regresara del hospital. Cora Levin iba a llevarse a los dos niños mayores, y Cheryl Skaggs tenía espacio en su casa para los padres y MaryJane.

Allí de pie, escuchando cómo todos colaboraban como podían, me dio un vuelco el corazón. Estas personas, a pesar de la miseria en la que vivían, siempre trataban de ayudar a sus vecinos si estaba en su mano. Eran buena gente, buenas personas, a pesar de que apenas tenían dónde caerse muertos. Sin embargo, estaban ofreciendo lo poco que podían.

—Tengo algo de dinero ahorrado —expuse—. Iré mañana al pueblo y compraré ropa para los niños.

Todos asintieron.

—Gracias, Tenleigh.

Miré a Kyland, que parecía concentrado en mí, solo en mí. No podía pensar en él en este momento. No podía recordar una vez más la mentira que me había dicho. No tenía fuerzas.

Me di la vuelta y regresé al remolque. Cuando estaba a unos doscientos metros, la emoción me atravesó como una ola y quise dejarme caer de rodillas. Tropecé. Los sentimientos me inundaron por todo el dolor y las dificultades que tenían que soportar estas personas, algunas durante toda su vida; por la familia que acababa de perder todas sus posesiones, a la que le sería muy difícil reemplazar algunos de esos elementos; por la forma en que me dolía estar de vuelta... y lo bien que me sentía por ello al mismo tiempo. Estaba cansada, muy cansada. Y, sin embargo, el alivio parecía fuera de mi alcance. Me había contenido durante tanto tiempo que ahora no sabía cómo desahogarme.

Me senté en los escalones de entrada de la caravana, y hundí la cara en las manos. Allí no podía verme nadie.

—Hola. —Me sobresalté y levanté la vista. Allí estaba Kyland, de pie, con las manos metidas en los bolsillos.

—Hola —repuse por lo bajo. Estaba segura de que mi aspecto era total y absolutamente desastroso. Pero el de Kyland también lo era, con la cara manchada de hollín, la camiseta rota y sucia. Parecía un hombre que acababa de entrar en una caravana en llamas para salvar a una niña.

Me deslicé a un lado en el escalón y señalé con la cabeza el espacio que acababa de dejar. Él pareció sorprendido al principio, pero luego se acercó y se sentó a mi lado. Estaba tan cerca que podía sentir su calor. Era algo que recordaba muy bien, la forma en la que me envolvía durante la noche, la manera en la que me había sentido protegida por él.

Me volví en su dirección, apoyando la espalda en la maltrecha barandilla.

—Has sido muy valiente al hacer eso.

Negó con la cabeza.

—Ellos lo habrían hecho también por mí.

—Sí —convine—. Lo habrían hecho.

Asintió con la cabeza sin apartar la mirada.

—Durante todos esos años, ¿sabes?, a veces aparecía una cesta con ruibarbo, un par de envases de legumbres u otras cosas frente a mi puerta. Todavía no sé exactamente quién lo dejaba, pero... Creo, estoy seguro, que probablemente sabían que mentía, que habían deducido que mi madre no vivía conmigo. Creo que estaban haciendo por mí lo que podían. Algunos meses, eso me mantuvo con vida.

Permanecí en silencio durante un segundo, digiriendo sus palabras.

—Lo del ruibarbo seguro que fue cosa de Buster —sugerí por lo bajo.

Asintió, cogiéndose con los dientes el labio inferior, de manera que estaba hinchado y rojo cuando lo soltó. Parpadeé, apartando la vista para mirarlo a los ojos.

«¿En quién te has convertido, Kyland? ¿Me duele tanto porque ya no te conozco?».

—¿Por eso les has dado la idea de la lavanda? —pregunté.

Abrió mucho los ojos.

—¿Quién te ha hablado de eso?

—Buster.

Asintió moviendo la cabeza con los labios apretados.

—Sí. Lo leí en algún sitio y pensé que tal vez podría funcionar. Ya sabes, a los que estuvieran interesados en la idea. En realidad no fue nada.

—Me da la impresión de que a varias familias les está funcionando muy bien.

En sus ojos apareció un destello de orgullo.

—Sí.

—¿Ky?

—¿Sí?

—Es algo. De hecho, es mucho.

Lo oí suspirar a mi lado. Nos quedamos en silencio durante un rato antes de que, por fin, buscara de nuevo mis ojos.

—Lo siento mucho, Tenleigh —dijo bajito.

Me quedé inmóvil.

—¿El qué?

Se pasó la mano por el cabello y miró al cielo.

—Tratarte de esa forma el otro día, y después en Al's... —Meneó la cabeza—. No te lo merecías. Es que... Dios, Tenleigh, cuando te fuiste de aquí, pensé

que... Pensé que por fin te habías escapado de este lugar. Ver que habías vuelto... Verte... Bueno, me volvió loco. Hizo que... —Soltó una risa que parecía de todo menos divertida—. Hizo que perdiera el norte. —Una pausa—. Me volví loco perdido. Lo siento.

Lo estudié durante un rato.

—Sé que querías salir de aquí, Kyland. Lo sé mejor que nadie. Creo que puedo entender que estuvieras molesto al verme hacer algo que tú no habrías hecho si hubieras ganado la beca. Pero perdiste hace tiempo cualquier derecho a emitir un juicio sobre mis decisiones.

«¿Vas a decirme ahora la verdad? ¿Por qué me mentiste? ¿Vas a explicarme por qué me rompiste el corazón? ¿Por qué querías echarme?».

—Lo sé. Dios, Tenleigh, lo sé. —Se frotó las palmas de las manos contra los muslos embutidos en los vaqueros y lanzó una enorme e inestable bocanada de aire.

Miré hacia el cielo.

—Yo también lo siento. Actué como de una forma irracional e inmadura. Había tomado un par de chupitos..., y siempre he sido mala bebedora. —Me reí por lo bajo, pero luego me puse seria—. Actué como solía actuar mi madre.

—¡Oh, joder, Tenleigh! —Se le entrecortó la voz—. No, no es cierto. Fuimos los dos. Yo más que tú. Estaba equivocado. Cuando te vi allí, trabajando de nuevo en Al's... Perdí el control.

Asentí con tristeza mientras me pasaba las manos por los muslos.

—De todas formas —dijo—, nadie se fijó en nosotros. Todo el mundo estaba pendiente de la discusión de Gable Clancy y su...

—... su novia por correo —solté a la vez que él—. Sí, lo he oído.

Curvó los labios en una sonrisa, y clavé los ojos en su boca antes de desviar la mirada.

Sobrevino un corto silencio que él se apresuró a llenar.

—Por supuesto, Gable no está seguro de si ella trataba de matarlo de verdad o si perdió el control del vehículo por culpa de su pierna ortopédica.

Solté una risa.

—¿Qué?

Asintió moviendo la cabeza.

—Sí, es que trabajo con él. Y sé más de novias por correo con piernas ortopédicas de lo que quisiera saber.

Miré su expresión divertida con intención de devolverle la sonrisa, pero, en su lugar, sentí una oleada de nostalgia tan grande que pensé que me ahogaría en

ella. Se me escapó una lágrima y me la sequé antes de mirarme el dedo con sorpresa. Hacía mucho tiempo que no derramaba ninguna. Kyland me estudió con una expresión repentinamente cruda y dolida. Negué con la cabeza como si así pudiera negar la singular emoción que me golpeó el pecho en ese momento: dolor. Dolor por echarlo de menos a pesar de que estuviera sentado a mí lado. Todos estos años había estado tan centrada en la ira, en sobrevivir, en avanzar, que no me había permitido recordar la dulzura. Pero, ¡oh, Dios!, cómo lo había echado de menos. A pesar de mi angustia, de mi ira, lo añoraba de una forma desesperada. Además de Marlo, él lo había significado todo para mí.

Se acercó más sin perder el contacto visual, yo diciéndole sin palabras que me parecía bien que se acercara más. Y era así, aunque no debería. Tendría que decirle que se alejara. Debería decirle que no quería respirar siquiera el mismo aire que él. Pero no lo hice. Lo miré a los ojos y me quedé quieta. Muy, muy despacio, me rodeó con sus brazos como si yo fuera un animal voluble que pudiera revolverse en cualquier momento. Me atrajo hacia su ancho pecho. Contuve un sollozo antes de agarrar la camiseta ahumada. Me abrazó mientras por fin yo dejaba salir las lágrimas que había mantenido a raya durante mucho, muchísimo tiempo.

Permanecimos allí sentados durante lo que me pareció una eternidad, yo entre sus fuertes brazos, con su corazón latiendo de forma constante bajo mi oreja. Después de un rato, se me secaron las lágrimas y alcé la cabeza. Nuestras miradas se enredaron.

—Tenleigh... —susurró, con la voz tan llena de humo como el resto de su cuerpo, repleto de necesidad.

Había tantas cosas que nos queríamos decir el uno al otro, tantas que él debía explicarme... Las emociones se arremolinaban en el aire que nos envolvía, igual que las preguntas sin respuesta. Pero en ese momento parecía que podía esperar. Así, cuando sus labios tocaron los míos, se me escapó una especie de jadeo y me apreté contra él. Quizá no fuera correcto. Quizá... Probablemente...

Metió la lengua en mi boca de forma vacilante antes de soltar un gemido que sonó mitad torturado, mitad feliz. Busqué su lengua con la mía y le rodeé el cuello con la mano para enredar los dedos con su pelo corto. Me puso las manos con suavidad alrededor de la cara y me inclinó la cabeza. El beso se volvió más profundo. Como el fuego que habíamos visto antes, todo mi cuerpo se vio iluminado por las llamas, mi carne ardió de necesidad. Pero el fuego destruía. El fuego dejaba devastación y luego era imposible reconocer nada. Me separé, haciendo que Kyland soltara un sonido de pérdida. Lo miré fijamente, con los

labios rojos y húmedos. Me miraba como un hombre hambriento ante un *buffet* de delicias. Parpadeé y bajé la mirada a un lado, tratando de controlar mi respiración entrecortada. Lo deseaba. ¿Y si seguía deseándolo siempre? ¿Por qué todo era tan sencillo y complicado a la vez?

—Kyland... —dije en voz baja.

—Lo sé —repuso. Y pensé que lo hacía incluso aunque yo misma no lo hiciera.

—Tienes que irte a casa y ducharte. Y yo debería... Mañana tengo un día muy liado.

Permaneció en silencio durante un rato y luego movió la cabeza, asintiendo.

—Lo que estás haciendo, lo de esa escuela, es algo realmente bueno e increíble.

—¿Sabes lo que estoy haciendo?

Movió la cabeza.

—He preguntado al respecto en el pueblo.

—¡Oh!

Se frotó la nuca.

—Será mejor que me vaya y te deje dormir.

Estuve de acuerdo.

—Vale.

Él se puso en pie.

—Vale. ¿Necesitas algo antes de que me vaya?

Negué con la cabeza, recordando aquella vez que había venido a pedirme que durmiera con él en su cama. ¿Seguiría sintiéndose solo? Algo me decía que sí. Pero ahora yo no podía ofrecerle nada. Me sentía demasiado vacía y, a la vez, dolorida. Una vez había querido ofrecerle todo, poner mi vida y mi corazón a sus pies, pero en este momento, sencillamente no podía.

—Entonces, buenas noches.

—Buenas noches.

Lo observé mientras se alejaba de mí. Después de un minuto, me levanté y volví a entrar. Di vueltas durante el resto de la noche. Me costó dormirme, y diversas imágenes de Kyland a mi lado, como habíamos estado una vez, inundaron mi mente, acompañadas de fragmentos de conversaciones. Recordé la sensación que provocaba su mano áspera sobre mi piel, inundando mis sentidos. Por fin, caí en un sueño intranquilo hasta que la primera luz del alba atravesó las ventanas de la caravana.

Kyland

El sol entró por mi ventana demasiado pronto. No había sido capaz de pegar ojo después de volver a casa, ducharme y meterme en la cama, a pesar de que estaba agotado. Lo cierto era que no había podido dormir bien desde que Tenleigh regresó al pueblo.

«Tenleigh».

Me dio un vuelco el corazón. Tenía que contarle la verdad. Había estado a punto de hacerlo la noche anterior, pero no me pareció el momento adecuado. ¿Cómo íbamos a hablar de cualquier cosa sentados en los escalones de la caravana, en la oscuridad de la noche? O quizá solo era un cobarde. Esperaba — tenía la firme esperanza— que si me disculpaba, si sabía la verdad, ella encontraría la forma de perdonarme.

Por otra parte, ¿cómo pide disculpas uno por una mentira cuando en sí es casi tan cruel como si hubiera sido verdad?

Subí la mano y me pasé los dedos por el cabello.

«¡Dios!».

Y estaba aquel pequeño detalle de Jamie Kearney. La rabia y los celos me atravesaron al pensar en ese tipo, impulsándome fuera de la cama. Entré en la cocina y me apoyé en la encimera. Durante todo el tiempo que Tenleigh había estado fuera, me había torturado la idea de que seguramente estaba saliendo con otros chicos, que quizá incluso se había enamorado de otra persona. Me había vuelto loco de celos. Sabía que ella me amaba, sí, pero le había hecho un daño atroz. Su amor por mí no le hubiera dejado seguir adelante. Así que me había visto obligado a liberarla. Era la elección que hice en su día, y tenía que vivir con ella. Tal y como había hecho, durante cuatro largos años. Nunca había esperado que volviera de la mano de Jamie Kearney. Sabía que él la había rescatado aquel día en la carretera, cuando regresaba de Al's, y le estaba agradecido por ello. Pero su padre era un cerdo asqueroso, y no sabía qué tipo de persona era Jamie. Podía ser un buen tipo, sí, aunque cuando lo había visto en el solar donde iba a estar la escuela de Tenleigh, sosteniéndola entre sus brazos, lo único que había pasado por mi mente eran todos los lugares remotos de las

montañas en los que nunca, jamás, encontrarían su cadáver.

Encendí el fogón y puse a hervir el agua para hacer café. Mientras esperaba que se calentara, volví a recordar lo que había ocurrido la noche anterior.

Todo había ido de mal en peor desde que ella había vuelto a casa. No había estado preparado para enfrentarme a ella; de hecho, no habría imaginado que se dieran estas circunstancias ni en un millón de años... No esperaba que ella volviera aquí. Había reaccionado como un loco..., o como un completo idiota. Tenleigh no tenía forma de saber cómo me había afectado, cómo había destrozado mis planes. Así que ahora tenía que recomponerlos bien.

Cuando Tenleigh había dejado que la consolara, me había sentido genial. Pero si ella no me perdonaba, ¿cómo iba a asumir la situación? Los últimos cuatro años habían sido miserables y tristes. Sin embargo, verla regresar así, con clase y segura de sí misma, me había hecho sentir muy orgulloso. Tenleigh había hecho justo lo que yo sabía que podía hacer. El dolor y la soledad de siempre inundaron mi pecho cuando pensaba en cómo era ella antes, cómo era yo. A pesar de lo contento que estaba al verla cambiada, y por mucho que aceptara cómo era yo ahora, entonces, Tenleigh era mía. Entonces me miraba con los ojos llenos de confianza y amor. Entonces me deseaba a pesar de todo. Entonces, estaba dispuesta a luchar con uñas y dientes por mí. Entonces...

«Basta, Kyland. Esto es ahora, y tienes que lidiar con ello».

Tenía que ducharme. Iba a ser un día muy largo. Tenía que estar en la mina a las diez, pero antes quería ir a la biblioteca una última vez antes de que la derribaran. Imaginé que tirarían el edificio hoy o mañana, pues cuando pasé ante ella la última vez había un equipo de demolición. Esa maldita biblioteca... Después de que Tenleigh se marchara, había acudido al edificio día tras día solo para sentirme más cerca de ella. Me había sentado ante la pequeña mesa del fondo para sufrir. Y era justo lo que me merecía.

Entré en el pequeño edificio, ahora vacío, salvo por las estanterías que quedaban atornilladas a la pared. Me quedé allí disfrutando de unos minutos de silencio. ¿Qué cojones estaba haciendo allí? Aspiré aire mientras cerraba los ojos brevemente ante los recuerdos, tanto alegres como tristes, que pasaban por mi mente. Oí un pequeño clic a mi espalda y me giré. Tenleigh estaba allí, con una expresión de profunda sorpresa.

—Hola —suspiró ella, entrando y cerrando la puerta a su espalda.

—Hola —respondí con el corazón acelerado. Llevaba unos vaqueros y una

sudadera de la universidad de San Diego. Se había recogido el pelo en una coleta, pero algunos mechones se le habían soltado y bailaban alrededor de su cara.

Era la mujer más guapa del mundo. Para mí, siempre lo había sido... Siempre lo sería.

Mientras la miraba, me di cuenta de que entre nosotros había cambiado algo desde la noche anterior. Todavía parecía tomar precauciones, pero la expresión de sus ojos era más suave, y eso me hacía albergar esperanza.

—Lo siento —dije, dando un paso hacia ella—. No debería estar aquí...

—No, no pasa nada. El equipo de demolición no llegará hasta dentro de una hora o así. Es que yo solo quería... —Se mordió el labio, apartando la vista durante un segundo—. Solo quería pasar un tiempo aquí antes de que la derribaran.

Asentí moviendo la cabeza.

—He tenido la misma idea.

Nuestras miradas se enredaron durante varios segundos, y en el aire flotó la energía que parecía surgir siempre que Tenleigh y yo estábamos en la misma habitación. Asintió también ella y se acercó a mí.

—Llevas lentillas —dije en voz baja.

Me miró con sorpresa.

—Sí. ¿Cómo lo has sabido?

Me pasé la mano por el pelo.

—Por la forma en que escudriñabas antes. Era como sabía que me estabas mirando desde el otro extremo de la habitación.

Sonrió.

—Mmm... No sabía que se hubiera dado cuenta alguien.

«Cuando se trataba de ti, me daba cuenta de todo. Estaba ya medio enamorado de ti antes de que hubiéramos cruzado media palabra»

—Y tu voz, es decir, tu acento, ha vuelto.

Se rio por lo bajo.

—Mi hermana me ha dicho lo mismo. No he tardado mucho en recordar que soy una chica de Kentucky.

«Mi chica de Kentucky».

Respiró hondo y apartó la vista para pasar la mano por la estantería.

—Este lugar me salvó en muchas ocasiones de la soledad. —Su expresión era melancólica.

Cogí una enorme bocanada de aire.

—A mí también. Después de que te marcharas..., vine mucho por aquí.
Me miró con una expresión de sorpresa, luego inclinó la cabeza a un lado.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—¿Por qué? —jadeó.

—Porque te echaba tanto de menos que pensaba que me iba a morir —confesé.
Abrió mucho los ojos y tragó saliva.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. —Hice una pausa—. De verdad —repetí, permitiendo que el recuerdo de esa angustia me asaltara durante un breve instante.

Se mordió los labios, frunciendo con suavidad el ceño mientras observaba el rastro que dejaba su dedo en la plataforma.

—Joey no es hijo mío, Tenleigh. Nunca cupo la más mínima duda —solté bruscamente.

—Lo sé —repuso, deteniendo el dedo.

Me quedé paralizado durante un segundo, pero luego emití un largo suspiro.

—¿Shelly?

—Sí. Vino a verme ayer.

Levanté los brazos y me entrelacé los dedos en la nuca. No podía decir que me sorprendiera. Me había exigido que se lo contara a Tenleigh, y que si no...

—Quería contártelo yo. Solo he estado esperando... el momento adecuado.

Ella abrió los brazos y los dejó caer.

—¿Existe un momento adecuado para decirle a alguien que le has destrozado el corazón con una cruel mentira? —preguntó.

—No querías marcharte, Tenleigh. Ibas a renunciar a la beca y a la estancia. No podía permitir que lo hicieras. No podía.

—Había otras maneras.

—Quizá. Pero en ese momento no se me ocurrió otra. Ninguna que garantizara que te marcharías sin mirar atrás.

Resopló.

—Bien. Sin duda lo conseguiste, te lo aseguro. —Apartó la mirada un instante antes de volver a mirarme—. ¿Por qué no podías venir conmigo? Es más, ¿querías hacerlo? Es decir, en ese momento, ¿me querías? —Parecía a punto de llorar. Me acerqué a ella.

—No podía ir. Quería, Dios sabe cuánto quería marcharme contigo, pero no podía.

—¿Por qué? —Su voz sonó entrecortada y llena de tristeza.

Me acerqué, invadiendo su espacio, igual que había hecho la primera vez que la besé, la primera vez que probé su exuberante boca.

—Porque quería algo más para ti —expliqué, esperando que no insistiera. No pensaba decirle más que eso. El resto era mío. Y siempre lo sería. Vi que hundía los hombros, pero no apartó la mirada.

Durante varios segundos, solo hubo silencio entre nosotros.

Miré hacia la estantería en la que habían estado todos los libros que habíamos leído juntos, donde habíamos dejado pequeñas notas de amor para el otro. Eso era lo que habían sido, al menos para mí.

—Justo aquí me enamoré de ti. —Hice una pausa al ver que abría los ojos—. Traté de descubrir dónde había sido después de que te fueras. ¿Dónde había perdido mi corazón? Como si el momento... o el lugar tuvieran importancia de alguna manera para lograr entenderme a mí mismo. Supe que fue aquí, justo aquí. —El amor y el dolor se mezclaban en mi garganta, haciendo que mi voz fuera un ronco susurro—. Caí con todo el equipo, Tenleigh. Al lado de esta librería. Te entregué mi corazón y tú ni siquiera estabas presente. —Me agarré el pelo de la base del cráneo. Ella cerró los ojos durante un segundo al tiempo que dejaba salir un suspiro entrecortado—. Lo he intentado mucho, pero no he logrado recuperar mi corazón de nuevo. Y, Dios... —Negué con la cabeza lentamente, acercándome más, hasta presionar mi cuerpo contra el de ella, que parpadeó, separando los labios—. Espero que algún día me vuelvas a querer.

Movió los ojos por mi cara, con una emoción contenida que no supe definir.

—Dime lo que estás pensando, por favor —supliqué.

Abrió la boca, pero no dijo ninguna palabra. Se aclaró la garganta, y aun así, cuando habló, su voz fue un susurro.

—Estoy pensando lo mismo que la primera vez que nos encontramos aquí, no puedo dejar de pensar: «Dios, espero que este chico me dé un beso ahora mismo».

Me dio un vuelco el corazón y noté un aleteo en el estómago. Mi cuerpo ardía por la inconmensurable pasión que sentía por ella. Me incliné y me apoderé de su boca, separándole los labios con la lengua. Cuando me deslicé dentro de aquella cálida humedad, salió de mi garganta un gemido primitivo y presioné su espalda con más fuerza contra la estantería. Tenleigh sabía a café y a chocolate, a ella misma. Emitió un gemido entrecortado que me excitó todavía más, haciendo que mi erección palpitara contra su vientre.

Retiré la boca de sus labios y la arrastré por su garganta mientras ella echaba la cabeza hacia atrás. Lamí el pulso que palpitaba en la base del cuello y dejé allí

los labios.

—«... me atraviesa usted el alma, soy mitad esperanza y mitad agonía. Puede que haya sido injusto, débil y resentido, pero jamás inconstante. No me diga que es demasiado tarde, que esos preciosos sentimientos se han ido para siempre. No he amado a nadie más que a usted...» —susurré contra su piel, citando las palabras que sabía que recordaría.

Se quedó inmóvil, pero se le aceleró el pulso. Aspiré su olor.

«¡Dios...!».

Tardé un segundo en contenerme. Salvo por el beso de la noche anterior, habían pasado cuatro años desde la última vez que toqué a una mujer, desde que había tocado a Tenleigh. Mi cuerpo reaccionaba de una manera muy potente cada vez que ella estaba cerca.

—Tenleigh —murmuré contra su piel.

Hundió los dedos en mi pelo y me echó la cabeza hacia atrás para mirarme de nuevo a los ojos.

—¿Qué estamos haciendo, Ky? ¿Qué estoy haciendo? —preguntó casi para sí misma.

—No lo sé, pero espero... Espero que estemos yendo hacia algún lugar... Hay tanto que... Me conformaré con lo que quieras darme, Tenleigh. Lo que sea.

Sus ojos se movieron sobre mi cara con una expresión de tristeza.

—No... no lo sé. No sé si puedo.

Apoyé la frente en la suya y respiré su olor durante un minuto.

—¿Es por Jamie? —Tenía que saberlo. Era preciso que supiera si él era la razón por la que no estaba segura de que podíamos tener otra oportunidad.

—¿Por Jamie?

Solté un suspiro y me enderecé.

—¿No es tu novio? ¿No sales con él?

La vi fruncir el ceño durante un segundo antes de echarse a reír.

—Jamie es gay, Ky.

Fruncí el ceño.

—¿Es...? Ah...

—Sí, lo es.

«Bueno, eso está bien. Era un día lleno de noticias».

—Entonces, supongo que no estás saliendo con él.

—Mmm... no. Que yo sepa, sigo siendo una mujer.

Me reí por lo bajo.

—Sí, definitivamente eres una mujer.

Su sonrisa, llena de diversión genuina, hizo que el corazón me diera un vuelco en el pecho. Me encantaba esa sonrisa. La había echado de menos. Había anhelado volver a verla.

—Y eres preciosa —susurré.

La expresión de mi cara debía de mostrar todo el anhelo que sentía, porque abrió mucho los ojos y la sonrisa desapareció de su rostro. Se inclinó hacia delante y nos encontramos a mitad de camino. Esta vez, nuestros besos fueron alocadamente apasionados, y el ruido que había en mi cabeza se hizo continuo.

Tenleigh se apoyó en la estantería, a su espalda, y subió una pierna para rodearme con ella la cadera, encajando mi erección entre sus piernas. Emití un profundo gemido al tiempo que me apretaba contra aquella suavidad. ¡Dios, era increíble! El corazón se me aceleró en el pecho.

De repente, solo éramos manos, jadeos, cuerpos frotándose con frenesí, llenos de deseo, fuera de control.

Le acaricié el pecho por encima de la camiseta y utilicé el pulgar para frotar el pezón hasta que ella gritó. Entonces bajó la mano y me desabrochó los pantalones. Después metió la mano dentro. Cuando rodeó mi polla con los dedos, jadeé y me arqueé hacia ella.

—Tenleigh, joder, ¡Oh, Dios mío! —gemí.

Tenía los ojos abiertos, y me miraba con los labios separados, presa de la lujuria. Hice una pausa para recrearme en la belleza que asomaba a su rostro en ese momento.

Se quitó los zapatos y se bajó la cremallera de los vaqueros, empujándolos hacia abajo con urgencia acompañados de las bragas. Al llegar al suelo, se deshizo de la ropa con rapidez. Luego me envolvió con los brazos y me rodeó de nuevo con la pierna. Nos besamos con profunda desesperación. Moví la boca hasta su cuello, deslizándola por la mandíbula antes de chupar y mordisquear sus labios, justo antes de coger mi miembro para guiarlo y hundirme en su interior. Nuestros labios se separaron y nos miramos a los ojos mientras jadeábamos en voz alta. Me empujé hacia aquel apretado agarre, feliz de sentirla a mi alrededor. Estaba dentro de Tenleigh. La alegría se expandió por mi pecho mientras comenzaba a moverme. Ella gimió de nuevo antes de apoyar la cabeza contra las estanterías.

—Sí, sí, sí... —jadeaba.

Traté de ir despacio, pero había pasado mucho tiempo. Llevé la mano entre sus piernas y la acaricié mientras pegaba la boca contra su cuello, haciéndola gemir profundamente.

—Dios, Ten, es tan bueno... —No pude evitar el desigual gemido que siguió a mis palabras cuando sentí que el orgasmo se arremolinaba en mi vientre.

Moví los dedos con más rapidez. Ella estaba húmeda y resbaladiza. Levanté la cabeza y la miré a los ojos mientras sus gemidos se intensificaban.

—Kyland, no..., yo... —Se le ahogó la voz.

—Lo sé, Ten, lo sé... —Y de repente comenzó a vibrar a mi alrededor, apretándome mientras su cabeza caía de nuevo hacia atrás con un grito—. Me corro, Tenleigh. —Contuve el aliento cuando alcancé el éxtasis. El orgasmo me inundó con tanta fuerza que me tuve que apoyar en ella. Surgieron de mi boca unas palabras ininteligibles mientras el placer me atravesaba en oleadas, recorriendo todo mi cuerpo hasta los dedos de los pies.

Nos quedamos así durante varios minutos, esperando que nuestras respiraciones jadeantes recuperaran la normalidad. Me sentía como si estuviera de nuevo en casa. Di un paso atrás y Tenleigh se puso los vaqueros y los zapatos mientras yo me subía la cremallera. Tenía las mejillas encendidas cuando alzó de nuevo la cabeza, y parecía un poco conmocionada. Le sonreí con ternura antes de inclinarme para besarla, retirando de su cara los mechones que se le habían soltado de la coleta.

—Supongo... Supongo que los dos necesitábamos desahogarnos —dijo en voz baja, mirando a un lado.

Negué con la cabeza.

—No ha sido eso para mí, Tenleigh. Ha sido mucho más. Dime que también lo ha sido para ti.

Sus ojos se encontraron de nuevo con los míos y soltó un suspiro. Asintió.

—Ha sido más que eso para mí —admitió en voz baja. Una honda esperanza anidó en mi pecho a pesar de lo disgustada que parecía ante su propia declaración.

Ambos nos sorprendimos un poco cuando oímos el motor de un coche en el exterior.

—Seguramente es Jamie —comentó—. Iba a pasar por aquí antes de ir a trabajar.

Asentí con la cabeza, aliviado de saber que Jamie solo era un amigo.

Tenleigh se apartó de mí.

—Será mejor que me vaya. De todas formas, tengo que ir a trabajar. Quizá pueda pasarme mañana... —insinué con esperanza—. ¿Qué me dices, Tenleigh? Solo dime qué necesitas y yo lo haré.

Asintió moviendo la cabeza mientras se mordía el labio.

—¿Por qué estás trabajando en la mina? —soltó de repente.

Hice una pausa.

—¿Por qué? Porque necesito un trabajo, y es el único sitio donde lo hay.

—«Mentiroso».

Ella frunció los labios al tiempo que sacudía la cabeza.

—No lo entiendo. Te ibas a marchar. No ibas a mirar atrás. Si Joey no es hijo tuyo, si mentiste sobre eso para dejarme, ¿por qué te quedaste?

Se me aceleró el corazón. En ese momento no podía recordar ni mi nombre, ¿cómo iba a ocurrírseme una respuesta coherente?

—Fue lo mejor. Me di cuenta de que Dennville es mi casa. Así que decidí quedarme. Eso es todo. —No parecía muy convencida, pero guardó silencio—. Será mejor que me vaya, no quiero llegar tarde —me disculpé.

Asintió.

—Vale. Nos vemos luego.

—Sí —convine, sintiendo un rayo de esperanza por primera vez en casi cuatro años.

—Ten un buen día.

Sonreí.

—Igualmente, Tenleigh. —No la besé de nuevo; parecía demasiado confundida. Pero tampoco estaba dispuesto a dejar de mirarla. No quería alejarme de ella. Igual que antes, no me quería marchar. Sin embargo, empecé a retroceder. Cuando llegué a la puerta, la empujé y esboqué una sonrisa más grande. Ella me la devolvió, aunque no parecía demasiado segura. La puerta se cerró entre nosotros. En el exterior, Jamie estaba sentado en el coche, hablando por el móvil. Lo saludé brevemente antes de dirigirme a mi *pickup*.

Mientras conducía, sentía que la euforia se extendía por mi pecho por haber podido tocar a Tenleigh, por haber estado dentro de ella. Dios, su aroma dulce y almizclado todavía estaba en mis dedos. Tenía la esperanza de que hubiera dicho lo suficiente como para convencerla de que todavía la amaba, que nunca había dejado de hacerlo. La cuestión estaba todavía en el aire, pero por fin tenía esperanza, algo que no había poseído en cuatro años.

Tenleigh

Me quedé inmóvil después de que Kyland saliera de la biblioteca. No estaba segura de qué pensar..., de qué sentir. ¿Qué había hecho? ¿Qué habíamos hecho? ¿Estaba valorando realmente la posibilidad de empezar algo con Kyland? ¿De verdad estaba dispuesta a arriesgarme a amarlo de nuevo? ¿Había dejado de amarlo en algún momento realmente? ¿Me había despojado de verdad de los pantalones y me lo había cepillado contra la estantería? Gemí y me llevé una mano a la frente. No sabía qué hacer.

Se abrió la puerta de la biblioteca y entró Jamie.

—Hola. ¿Estás bien? Tienes mala cara.

Gemí por lo bajo.

—Creo que estoy mal, sí. Por desgracia, no existen medicamentos para mi dolencia.

—He oído que consumiendo heroína no te duele nada.

—Tranqui, colega. No tengo pensado automedicarme con sustancias ilegales por el momento. Sin embargo, el quid está en «por el momento».

—Bueno, pues ya me dirás. Puedo pillar algo en la esquina de Gutter y Skinsores.

Me reí por lo bajo mientras se acercaba a donde yo estaba y se apoyaba en la estantería.

—¿Kyland? Lo he visto salir.

—Sí —suspiré, mirando al frente. Después de un rato, me volví hacia él—. Sencillamente, no podría volver a pasar lo que pasé cuando me rompió el corazón —expliqué—. Y no sé si confío en él lo suficiente para estar segura de que no se alejará de mí. Eso es todo. —Fruncí el ceño y me mordí el labio—. Ni siquiera sé qué ocurre. Me da la impresión de que me está ocultando algo. —Había visto una sombra en su expresión, una vacilación a sus respuestas cuando lo había interrogado sobre la mina... Volví al presente, a lo que estaba diciéndole a Jamie—. Y, si ese es el caso, ¿cómo podría volver a empezar algo de nuevo con él?

—Ya, pero si no lo intentas, no lo sabrás nunca.

—Quizá sea lo mejor.

—Quizá. —Se encogió de hombros—. Eres tú quien tiene que tomar la decisión.

—Esperaba que me dijeras qué debo hacer.

Jamie se rio entre dientes.

—Soy la última persona a la que debes pedir consejo. A no ser que quieras saber cómo decirles a tus padres que has nacido con una condición embarazosa e irremediable. En ese caso soy un pozo de sabiduría.

Lo sentí por él. Le puse la mano en el hombro.

—¿Tu madre sigue sin hablarte?

—Sí. —Parecía destrozado—. Me lo esperaba de mi padre. Con él nunca he estado de acuerdo en nada, ni manteníamos una buena relación. Es como si nada de lo que hiciera mereciera su aprobación, así que, desde luego, no esperaba su apoyo en esto. Pero mi madre..., con la que siempre me he llevado bien. Pensé que tal vez... Esperaba que... —Su voz murió lentamente.

—Lo sé, Jamie. Lo siento.

—Mi padre es un puto idiota casi siempre, imagino que tú ya lo sabes. —Me miró con rapidez y luego bajó la vista, apretando los labios hasta que se convirtieron en una delgada línea—. La forma en la que trató a tu madre es la misma en la que trata a sus empleados, a su familia y a todo el mundo... Son un medio para conseguir un fin.

Movió la cabeza.

—No. Siempre me ha preocupado mucho cómo actuó cuando vino a comunicarte lo de la beca. Cómo debiste de sentirte al tenerlo en tu casa... de nuevo. —Sus ojos volvieron a clavarse en mí hasta que, por fin, descansaron en la pared de enfrente. Sentía vergüenza por lo que podía haber hecho su padre.

«Oh, pobre Jamie».

—No pasó nada. No me la entregó personalmente en privado, ya sabes, estaba presente todo el instituto.

Pareció confuso durante un segundo.

—Ah. Por lo general, va en persona al domicilio del destinatario y se lo comunica antes de anunciarlo en el instituto. —Se quedó pensativo durante un segundo—. Quizá sea cierto que tiene una pizca de decoro. Fue todo un detalle que no fuera a tu caravana en persona.

—Eh... Quizá. De todas formas, esa es una historia antigua. —Ladeé la cabeza—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Sí, por supuesto.

Me mordí el labio inferior durante un segundo.

—¿Has visto a Kyland en la mina? Es decir, ¿está bien? ¿Está bien al trabajar bajo tierra? Se ha mostrado evasivo sobre eso.

—Si soy sincero, no paso mucho tiempo con los mineros. Pero he oído por allí que él es bastante activo. Al parecer, ha logrado implantar con éxito algunas medidas de seguridad adicionales... Así que debemos darle cierto crédito. Además, los chicos hablan. Es muy respetado y querido por los demás mineros.

—¿Has estado allí antes?

—Dios, no. —Se estremeció—. No podía.

Asentí moviendo la cabeza, todavía con el ceño fruncido.

«¿Cómo lo haces, Kyland? ¿Cómo es bajar a tu propio infierno personal día tras día?».

«Bajo al infierno todos los días. Cada día. Por ti».

Por mí...

Mis pensamientos se vieron interrumpidos por el sonido de los camiones que acababan de llegar.

—Bien —dijo Jamie, incorporándose—. Me voy. Llámame más tarde, o ven a verme.

—¿A la esquina de Gutter y Skinsores?

—Exactamente. —Me guiñó un ojo.

Me reí.

—Gracias por pasarte.

Después de que se fuera, me tomé un minuto para mirar a mi alrededor, empapándome del pequeño espacio. Cerré los ojos y respiré el olor a polvo por última vez. Cuando estuve preparada, salí cerrando la puerta a mi espalda.

Me senté en la barra, al lado de Marlo, que parecía muy triste.

—¿Eh? ¿Qué te pasa?

—Sam, eso es lo que me pasa.

—¿Qué ha hecho?

—Me ha vuelto a pedir que me case con él.

—Guau..., qué hijo de perra...

—¿Qué vais a tomar, chicas? —preguntó Al, gritando desde el otro extremo de la barra, ahora prácticamente vacía.

—Una Coca-Cola *light* con lima —dije en voz alta. Marlo me había llamado hacía una hora para preguntarme si podía reunirme con ella en Al's para poder

ahogar sus penas después del turno. En aquel momento no había sabido a qué se refería exactamente, pero ahora sí.

—Por lo tanto, Sam, el muy cabrón, te ha pedido que te comprometas con él y dejes que te ame durante toda la vida. ¿Cuánto crees que tardaremos reunir una jauría para darle caza?

Dejó escapar un suspiro y se sentó a mi lado.

—Jajaja... Ríete, sí. Pero le he dicho repetidas veces que jamás me casaré con él. Se lo he dicho, y aun así no piensa renunciar. Está haciendo que mi vida sea un infierno.

«Bajo al infierno todos los días. Cada día. Por ti».

Me volví hacia ella en el taburete.

—¿Mar, no estás enamorada de él?

Permaneció allí sentada, mirando al frente.

—Bueno, supongo que sí que lo amo... un poco.

—Guau... El romance flota en el aire. —Puse los ojos en blanco—. No sigas hablándome de amor, Shakespeare.

Marlo se rio con suavidad.

—En serio, Tenleigh, escúchame. Se trata de que no quiero acabar defraudada. Por fin me siento cómoda, segura, y el matrimonio puede cambiarlo todo. No sé si puedo confiar en él. No quiero amarlo y luego tener que renunciar a él —explicó mirándome con tristeza—. Y una vez que empiezas a amarlos, es cuando se ve cómo son de verdad. Sabes que tengo razón —terminó en voz baja.

Tomé un sorbo de la Coca-Cola que Al me había puesto delante después de darle las gracias con un gesto.

—Marlo, creo que... —Me mordí el labio al imaginar la cara de Sam, la forma en la que miraba a Marlo, como si ella fuera el sol, la luna y las estrellas—. ¿Qué más podría hacer Sam para convencerte? Es decir, ha estado a tu lado durante más de cuatro años, y jamás se ha rendido. Francamente, tienes suerte de que no lo haya hecho. Tener una relación contigo tiene que ser un suplicio.

Frunció el ceño y luego soltó una risita.

—Sí, tienes razón. Es solo que... Tú no lo recuerdas porque eras un bebé, pero yo me acuerdo de cuando papá se fue. Lo quería, Tenleigh. Fue el primer hombre al que quise y se largó sin ni siquiera despedirse. No se ha puesto en contacto conmigo ni una sola vez en todos estos años. Ni una sola. Eso es lo que yo sé del amor. —Movié la cabeza con pesar—. Y, después de eso, todavía tenía la esperanza de que encontraría a la persona perfecta. Y las dos sabemos cómo terminó.

—¡Sí! Has terminado con un hombre bueno y decente que te ha pedido que te cases con él. —Suspiré—. Creo que no puedes juzgar a Sam por lo que te han hecho antes otros hombres. Y papá, bueno, no fue culpa tuya. En el caso de Donald, creo que no llegaste a conocerlo lo suficiente como para saber si merecía tu confianza, o quizá no te diste el tiempo necesario para saberlo. Y escucha, tienes razón. Yo también lo haré. Sabes que lo haré. Con Kyland... Llevo demasiado tiempo sin entender lo que hizo. Incluso ahora, es algo que me duele. Todo lo que sabía de él me indicaba que se pasaba la vida haciendo cosas para otras personas de forma desinteresada. Y luego... —Negué con la cabeza—. Pero Sam, Sam, que se mudó a los Apalaches para intentar arreglar los dientes de la gente por la bondad de su corazón... ¿Qué ha hecho Sam salvo tratarte como si fueras una reina y pagar los gastos hospitalarios de mamá? Por Dios, ¿qué más puede hacer un hombre para demostrarte que puedes confiar en él, que es un buen tipo y te ama?

Se estudió las uñas.

—Bueno, en realidad, eso ha sido objeto de discusión. —Me miró—. Al parecer, no está pagando los gastos de mamá. No tiene tanto dinero. Utilizó todos sus ahorros para mudarse aquí y abrir la clínica, y, bueno, ya sabes cómo le pagan. A veces con pan de maíz y otras con roedores. —Sacudió la cabeza.

—¿Qué? —Jadeé—. Entonces, ¿quién... quién está pagándolos? —La confusión hacía que me diera vueltas la cabeza. ¿Qué demonios estaba pasando aquí?

Ella negó moviendo la cabeza.

—No me lo dijo. Solo que había resuelto el problema con alguien que prefería mantener el anonimato. Me mintió. Así que ya ves, sí es capaz de mentir, incluso aunque sea por algo bueno para nosotras. Pero ¿sobre qué más podría llegar a engañarme? Y entonces va y se atreve a preguntarme si quiero casarme con él.

¡Oh, Dios mío! Me dio un vuelco el corazón.

—Tengo que marcharme —dije, levantándome de repente—. ¡Oh, Dios mío, Marlo! Tengo que irme.

—Espera. ¿Qué pasa? ¿A dónde vas? ¡No he terminado de ahogar mis penas! Sam no vendrá a recogerme hasta dentro de una hora. Sam, ¿recuerdas? El mentiroso y embaucador Sam.

—Sam puede ayudarte a aclararte —dije con la voz temblorosa, sacando un par de dólares de la cartera y lanzándolos sobre la barra. Sabía que si había permitido que Sam viniera a recogerla, no estaba tan molesta con él. Solo necesitaba alguien que la escuchara.

—No quiero tu dinero —dijo Al, recogiendo mi dinero y poniéndolo en la jarra de las propinas.

Me volví hacia Marlo y le puse las manos sobre los hombros para sacudirla un poco.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, con la voz temblorosa por el vaivén.

—Te meneo a ver si entras en razón —expliqué.

—Espera, tú también tienes el lema...

—No es mi lema, es el tuyo. Habla con él, Mar, y deja que se explique. Escúchalo y deja de ser tan terca. Podría herirte, sí, pero no lo hará. No es posible. Yo he apostado por Sam. Te quiero más que a nadie en el mundo y he apostado a su favor. No pienso permitir que un error del pasado te impida ver lo que tienes delante de las narices. —Le clavé los dedos en los hombros antes de inclinarme para darle un beso en la mejilla mientras ella me miraba boquiabierta —. Mira lo que tienes delante.

Luego corrí hacia el coche, salí del aparcamiento y me dirigí hacia la carretera. Me obligué a respirar varias veces profundamente mientras apretaba el volante con fuerza, tratando de pensar con coherencia.

«¡Oh, Kyland!».

Las lágrimas inundaron mis ojos cuando la verdad estalló en mi pecho, haciendo que me sintiera débil y sin aliento. ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!

«Kyland, el hombre más estúpido, desinteresado, orgulloso...».

Ahogué un sollozo, tragándomelo y obligándome a relajarme.

Yo tenía razón. Sabía que tenía razón. De repente todo encajaba en su lugar. Todo...

Al darme la vuelta para subir la colina, mi coche hizo un ruido raro y se estremeció antes de detenerse. Dejé escapar un grito de frustración mientras maniobraba para dejarlo a un lado de la carretera. Giré la llave en el contacto, pero el motor no revivió. Dejé caer la cabeza sobre el volante, golpeándome la frente con él varias veces. Bueno, ya no era mi coche de la suerte. El corazón se me aceleró en el pecho mientras salía de un salto y empezaba a correr.

Era igual que ese día, el día que corrí por la colina con el corazón desbocado y mi amor por Kyland rebosando por cada poro de mi piel.

Miré la roca en la que me había sentado para hacer aquella estúpida lista; qué tonta había sido, pensé mientras pasaba ante ella conteniendo un sollozo.

«Kyland, Kyland, Kyland..., ¿qué has hecho? Dios, ¿qué has hecho?».

«Bajo al infierno todos los días. Cada día. Por ti».

Kyland

Me estremecí cuando un fuerte golpeteo sacudió la puerta. ¿Qué cojones...? Supuse que era uno de los vecinos de las colinas, pero no sabía por qué estaba llamando con tanta brusquedad. Dejé el trabajo a un lado y fui a la habitación para coger una camisa, pues después de ducharme solo me había puesto los vaqueros. Sin embargo, los golpes se hicieron más insistentes y me volví hacia la puerta maldiciendo por lo bajo. Cuando la abrí, la sorpresa me dejó sin palabras. Era Tenleigh quien estaba allí de pie, jadeante, con unos vaqueros oscuros y una camiseta blanca con el cuello en uve que dejaba a la vista una buena porción de su escote. Se había cambiado de ropa, pues no era la misma que por la mañana. Estaba preciosa. Mi cuerpo despertó ante su presencia. Sin embargo, cuando nuestros ojos se encontraron y vi que los suyos se llenaban de lágrimas, se me enfrió la sangre en las venas y di un paso adelante. Ella levantó una mano al tiempo que cogía aire temblorosamente.

—Fuiste tú quien ganó la beca. —Movió la cabeza—. Yo no la gané, lo hiciste tú.

Me quedé helado y me olvidé de respirar. Nos limitamos a mirarnos el uno al otro durante un tiempo muy largo.

—¿Cómo lo has sabido? —logré articular finalmente.

La vi apoyarse en el marco de la puerta mientras arrugaba la cara como si fuera a llorar.

—Me lo acabas de decir.

Clavé los ojos en ella sin saber qué decir. Ahora era inútil negarlo.

¡Dios! Ella no debía saberlo. No tenía que haberse enterado nunca. Nunca.

Metí las manos en los bolsillos y la miré mientras recobraba la compostura.

—¿Por qué? —preguntó con sencillez cuando fue capaz de hablar.

Me encogí de hombros como si todo fuera muy simple, porque a fin de cuentas, lo era.

—Porque te amaba de una forma desesperada. Todavía sigo amándote. Porque no podía dejarte aquí.

Cuatro años antes

—¿Kyland Barrett? —Me froté las manos sudorosas contra los vaqueros que me cubrían las piernas y me puse en pie.

—Sí —dije apresuradamente.

La secretaria, una joven con el pelo rubio y largo, me sonrió mientras me recorría con la mirada. En ese despacho elegante, de diseño impecable, destacaba todavía más lo horriblemente vestido que estaba. Casi me había dado miedo sentarme en el sofá de color gris claro por si dejaba algún tipo de mancha. Sin embargo, no podía hacer nada al respecto. La única ropa que tenía era vieja y estaba gastada, y la había utilizado no solo para ir al instituto, sino para recoger chatarra, atrapar roedores o recoger frutos silvestres...

—El señor Kearney lo recibirá ahora —me comunicó cuando esboqué una tensa sonrisa.

—Gracias.

Me precedió por un largo pasillo, meciendo las caderas. Nuestros pasos quedaban ahogados por la moqueta gris. En las impolutas paredes blancas había anticuadas imágenes en blanco y negro de los que debían de haber sido los primeros días en las minas, y en ellas aparecían hombres muy serios, vestidos con monos y las caras manchadas por polvo de carbón, ante la entrada. Era obvio que acababan de salir de las oscuras entrañas de la tierra.

La secretaria se detuvo en una puerta al final del pasillo y la abrió, haciéndome una señal para que pasara al interior. Hice un gesto de agradecimiento con la cabeza mientras pasaba junto a ella para acceder al despacho de Edward Kearney. La puerta se cerró con suavidad a mi espalda.

—Hola, Kyland, ¿te olvidaste de preguntarme algo anoche sobre la beca? —dijo Kearney antes de usar el palo de golf que tenía en la mano para golpear la pelota que había en el suelo, junto a sus pies. Miré el recorrido que trazaba la pelota por la parte verde de la alfombra hasta caer con un sonido metálico en el agujero que había en el extremo más alejado. Me aclaré la garganta.

—Así es, señor. —Se volvió hacia mí, apoyándose en el palo de golf—. Er... lo siento. Me cogió por sorpresa y no estaba preparado. No sabía que vendría a mi casa para contarme lo de la beca, y no pensaba con claridad.

Frunció sus espesas cejas negras.

—¿No estabas pensando con claridad sobre qué?

—Sobre el hecho de que no puedo aceptarla. Quiero transferirla a otra persona.

Se echó a reír, un sonido agudo y sorprendido.

—¿Por qué cojones quieres hacer eso?

Me pasé la mano por el pelo.

—Tengo mis propias razones, señor, pero he pensado que si la había ganado, es mía para dársela a quien quiera, si así lo decido.

Cuando Edward Kearney se había presentado en mi casa la noche anterior me había quedado casi mudo por la sorpresa. No sabía que informaban al ganador personalmente de su victoria. No había estado preparado para ello. Pero en cuanto se marchó, en cuanto el lujoso coche negro se alejó de mi casa, me había tranquilizado y había preparado lo que debía decirle. Así que allí estaba.

Edward Kearney se rio y se dio la vuelta para regresar junto a su escritorio. Se apoyó en él antes de cruzar los brazos sobre su ancho y grueso pecho. Permanecimos en silencio, mirándonos el uno al otro. Su pelo negro, salpicado generosamente de canas, estaba cortado con un peinado severo. No era necesario decir que su carísimo traje estaba hecho a medida, y los zapatos brillaban como un espejo. Me enderecé en toda mi altura sin apartar la vista. Él entrecerró los ojos, pero noté que había una cierta admiración en su expresión mientras me estudiaba.

—No se puede transferir la beca. Has sido admitido en la universidad de Columbia y has aceptado la plaza. Se pagará todo con la beca que has ganado.

Cerré los ojos durante un instante. «En la universidad de Columbia». Por un segundo, me atravesó un intenso deseo. Pero luego recordé a Tenleigh con el ojo morado y aquella expresión derrotada en sus ojos. Pensé en Shelly y el aire de sometimiento que había en su cara cuando me contó que la había dejado embarazada un camionero sin nombre que no supo aceptar un no por respuesta. Esta tierra era dura para los hombres, pero todavía lo era más para las mujeres, y esa era la verdad. No existía la forma de que pudiera llevarme a Tenleigh conmigo. No tenía dinero para un billete de avión ni para un apartamento, ¡joder!, ni siquiera para darle de comer. Y si me marchaba durante cuatro años, obtendría mi título, sí, pero ¿qué le ocurriría a Tenleigh? ¿Acabaría sintiéndose derrotada como todos los habitantes de estos pueblos mineros? ¿La pobreza vencería el hermoso espíritu de la mujer que amaba con todo mi corazón? ¿Cómo podría dejarla aquí sin poder protegerla?

«No podía. Me mataría».

—Por favor, ¿no se puede hacer algo? ¿No se puede transferir sin más? Nadie sabe que he ganado. Puede hacerse, seguro. La persona que quiero que la disfrute también está en la lista de finalistas, es Tenleigh Falyn.

Lo vi ladear la cabeza mientras se mordisqueaba el labio inferior.

—He visto dónde vives. He visto la vida que llevas. Mis circunstancias fueron parecidas a las tuyas. Mira esa foto. —Señaló una imagen que colgaba en la pared, donde aparecía una cabaña en estado ruinoso—. Ahí es donde crecí. He tenido que luchar por cada cosa que he recibido en la vida. Sé que a ti te ha ocurrido lo mismo. Nunca renuncié a mis batallas por nadie, y tú tampoco debes hacerlo. Y menos por una maldita mujer.

«Nosotros no nos parecemos, no nos parecemos en nada».

—Ella no es solo una mujer, señor. Para mí es mucho más. Para mí lo es todo. Se echó a reír, pero su risa carecía de calidez.

—Eso está claro. —Se tomó otro minuto para observarme antes de continuar—. A diferencia de ti, yo no hago nada sin obtener algo a cambio. Por eso trabajo detrás de ese escritorio. —Rodeó el enorme mueble de caoba y puso los dedos en la parte superior de cuero con incrustaciones—. Y tú estás al otro lado rogando mi ayuda con unos zapatos que tienen por lo menos dos años. No es así como puedes llegar a donde estoy. Nunca ofrezcas nada de forma gratuita. ¿Está claro? Si hago esto, espero tener una compensación.

—Usted otorga una beca muy generosa cada año. Eso es...

—Eso son relaciones públicas, hijo. Tyton Coal sufrió un duro revés cuando la mina de Dennville se derrumbó hace unos años. Ofrecer una beca hace que la gente lo olvide. Y si la gente lo olvida, la producción crece. Cuando ocurre eso, me enriquezco.

«Cabrón... ¿Cómo podía haberlo querido alguien?».

Respiré hondo, aplastando la rabia como pude.

—Por favor, señor. Haré cualquier cosa. Si me ayuda, haré lo que sea. Le pagaré después. Podemos convenir algún tipo de pago, lo que usted diga.

Me estudió durante tanto tiempo que llegué a pensar que no iba a responderme.

—Trabajarás para mí. Andamos escasos de hombres que bajen a la mina. Siempre andamos escasos. Si firmas un contrato comprometiéndote a trabajar para mí durante los cuatro años que Tenleigh esté en la universidad, pondré la beca a su nombre, el dinero de manutención, todo...

El miedo me oprimió el pecho y casi me caí redondo. «Bajar a la mina». No podría hacerlo. Era lo único que no podía hacer. Lo único. Si me comprometía a eso, ¿cómo podría marcharme a donde estuviera ella? Estaría aquí, encerrado..., de nuevo.

«Tenleigh».

«Tenleigh».

—Lo haré —grazné después de un rato—. Trato hecho.

Por su cara se extendió lentamente una sonrisa.

—Me figuro que tendrás la mejor mamada de tu vida por eso. Si se parece algo a la loca de su madre, podría hasta valer la pena. —Se rio como si fuéramos amigos. Se rio como si hubiera algo divertido en todo eso.

Apreté los dientes y los puños antes de negar con la cabeza.

—No se lo voy a decir. Tenleigh no puede saberlo. Nunca me permitiría hacerlo si lo supiera. No lo aceptaría. Ella es... —Dejé de hablar. «Ella es valiente. Ella es leal. Ella es una luchadora. Ella huele a flores silvestres y suelta las palabras más bonitas con su acento de Kentucky. Y es increíblemente guapa». Pero no iba a hablarle a este cerdo de Tenleigh—. No puede saberlo —concluí.

—Relájate. Era una broma, hijo. —Me quedé allí, sin sonreír, haciéndole saber que no lo había encontrado divertido—. De todas formas, prefiero que ella no lo sepa —continuó—. Ni ella ni nadie. No quiero que se corra la voz de que la beca es transferible bajo ninguna circunstancia. Así que guardaremos el secreto nosotros dos. En eso consistirá todo, guarda el secreto y firma un contrato para trabajar conmigo, y la beca será suya. Si renuncias o mueres, la beca se rescinde. ¿Ha quedado claro, hijo?

«Deja de llamarme “hijo”, pedazo de mierda. Soy hijo de un hombre que se dejaba la piel en el trabajo día tras día por ese sueldo miserable que le pagabas. Se metía bajo tierra cada día por su familia, con orgullo, porque haría cualquier cosa por sus seres queridos. Esa es la sangre que corre por mis venas. No soy tu hijo. Soy hijo de Daniel Barrett».

—Trato hecho. Trabajaré para usted y mantendremos todo en secreto.

—¿Qué vas a hacer? ¿Cómo evitarás que lo sepa? —preguntó con interés.

—Romperé el corazón de ambos. —Mi voz sonó sin vida incluso a mis propios oídos.

Se me quedó mirando un segundo como si fuera algún tipo de extraterrestre que había llegado de un planeta lejano. Por fin, me tendió la mano. Me adelanté y se la estreché. Trato hecho. Me sentía como si acabara de hacer un pacto con el diablo y estuviera a punto de ir al infierno.

Tenleigh estaba ante mi puerta, moviendo la cabeza a un lado y a otro. Abrió la boca para hablar, pero la volvió a cerrar.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

Vacilé.

—Tenleigh, mi casa no es precisamente bonita.

—Ninguna de nuestras casas lo es.

—Lo sé, pero quiero decir que...

—Déjame entrar, Ky —pidió con un hilo de voz.

¡Joder! Contuve el aliento, avergonzado de que fuera a ver en qué se había convertido mi casa, o mejor dicho, en qué no se había convertido. Pero había llegado el momento de asumir lo que había hecho. Me moví a un lado para que pudiera pasar. Cerré la puerta y me volví hacia ella, que miraba a su alrededor. No había comprado muebles ni otra estufa. El tubo del tiro de la anterior todavía colgaba del techo como un recordatorio constante de la vida que no llegué a vivir. Tampoco había abierto las cajas donde tenía guardadas mis pertenencias desde hacía casi cuatro años. No había comprado una cama, dormía en el suelo sobre un montón de mantas, con dos calefactores que me mantenían caliente en invierno. Había cubos por todas partes para recoger el agua que caía de las goteras que había en el techo.

Pero por todo lo que no tenía, había montones de libros apilados por todas partes, y en cada uno de ellos pequeños trozos de papel blanco sobresaliendo.

Tenleigh se llevó las manos a la boca mientras miraba a su alrededor.

—¿Por qué...? —comenzó. Luego se detuvo, observando lo que nos rodeaba con más atención—. ¿Por qué vives así? —Vi que le caía una lágrima por la mejilla.

—No llores, Tenleigh. —Me tendió la mano y le sequé la lágrima con el pulgar, acariciándole la piel—. No quiero que llores por esto. Es mi elección. No iba a ser así para siempre... Solo hasta que...

—¿Solo hasta qué? —susurró.

Recorrí sus rasgos con los ojos, tenía una expresión triste.

—Solo hasta que pudiera ir a buscarte. Solo hasta que me marchara para encontrarte y pedirte que me perdonaras. Iba a ir a donde fuera que estuvieras.

Tomó una gran bocanada de aire y se cubrió la boca con las manos.

—¡Oh, Dios mío! Pero yo he regresado. —Empezó a llorar—. He regresado.

Me adelanté y la rodeé con los brazos. Sentí la humedad de sus lágrimas contra la piel desnuda.

—Shhh..., has vuelto para ayudar a los niños que han crecido como nosotros. Y eso es bueno, Ten. Es algo estupendo.

Ella echó la cabeza hacia atrás y levantó la vista hacia mí.

—¿Por qué no viniste a buscarme antes, Ky? ¿Por qué?

Negué con la cabeza y miré por la ventana, a su espalda.

—Porque hice un trato y no podía romperlo. Firmé un documento para que te transfirieran la beca. Si rompía ese acuerdo, tú perdías la beca. Lo cierto es que no estoy seguro de que Edward la anulara, pero no podía correr el riesgo.

—¿Qué? No. —Se le ahogó la voz—. ¿Firmaste un acuerdo para trabajar en la mina?

Asentí con la cabeza.

—Tenía que hacerlo. Fue la única forma de convencer a Edward Kearney para que pusiera la beca a tu nombre. Fue mi elección; quería hacerlo.

Abrió mucho los ojos y echó los hombros hacia atrás.

—Si lo hubiera sabido, no te lo habría permitido. —En su rostro había una expresión de intensa ferocidad. Tenleigh, mi chica feroz—. Nunca habría permitido que bajaras a la mina si lo hubiera sabido. Ni en un millón de años. Nunca.

—Lo sé, Ten —dije bajito—. ¿No crees que lo sabía? Pero también sabía que si me odiabas, me dejarías aquí sin mirar atrás. Así que no podías enterarte.

Sus hermosos y expresivos ojos estaban llenos de lágrimas de angustia. «Mi chica».

—Por eso mentiste. Para que no te detuviera. Para que no renunciara a la beca y que pudieras seguir tus planes hasta el final.

Solté un resoplido.

—Quizá me equivoqué. Luego se me ocurrieron un millón de formas diferentes para conseguir el mismo resultado sin herirte, pero... Actué lo mejor que pude bajo presión y sin tiempo para considerar todas las posibilidades. No encontré la forma de luchar por los dos, así que me limité a luchar por ti. Al final, estás aquí con tu título. No puedo seguir pensando en ello. Y ya no tendré que mentirte noche tras noche, torturándome. Hice la elección que hice y espero... Solo espero que algún día puedas perdonarme. Haré lo que sea para que me perdones, Tenleigh. Lo que sea.

—¡Oh, Kyland! —Movié la cabeza hacia atrás y hacia delante. Empezó a llorar sin parar, haciendo que el corazón triplicara sus latidos. Todavía no me había dicho si me perdonaba, si seguía queriéndome. Pero estaba dispuesto a esperar. La acerqué a mí otra vez y le besé el pelo, repitiendo su nombre mientras sonreía.

Permanecimos abrazados un buen rato. Aspiré su olor y dejé que mi corazón se recreara en la sensación de tenerla entre mis brazos, por voluntad propia y entregada por completo. Nunca me había atrevido a soñar que estaría entre mis brazos de esta manera otra vez.

—Todas esas notas —dijo después de un rato— ¿son para mí?

Miré el montón de libros que había en la mesita de café.

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué las escribiste?

—Porque te echaba de menos. Porque no tenía a nadie con quién hablar, así que seguía haciéndolo contigo, a pesar de que no me respondías. —Le cogí la barbilla para que me mirara a los ojos—. Tenleigh, tu voz es la que resuena en mi cabeza cuando me siento inseguro. Sigo hablando contigo cien veces al día. Te cuento cosas que creo que te gustarían. Y... —Me reí con timidez—. ¿No te parece una locura?

Se rio y sorbió por la nariz.

—No —susurró—. De eso nada. —Se enderezó para señalar con un gesto de cabeza uno de los montones de libros con las marcas blancas sobresaliendo—. ¿Puedo leerlas?

Asentí moviendo la cabeza y la besé en la frente.

—Sí. Cuando quieras.

Me miró.

—Kyland, ahora estás ganando un sueldo decente, ¿no crees que podrías al menos haber arreglado el tejado?

—Er... —Bajé la cabeza para mirar las ollas y sartenes que había por el suelo. Necesitaba un tejado nuevo hacía cinco años. Por lo que sabía, el que teníamos sobre nuestras cabezas podría estar a punto de derrumbarse—. Tenleigh —me aparté de ella y me pasé la mano por la nuca—, la cuestión es que estoy invirtiendo el sueldo en algo. Espero que...

—En mi madre —afirmó ella, pareciendo casi derrotada—. Estás pagando los gastos médicos de mi madre.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo acabas de decir.

Dejé escapar una risa y luego hice una mueca.

—Joder, hoy estoy que me salgo.

La vi esbozar una sonrisa.

—¿Por qué le pediste a Sam que le dijera a Marlo que era él quien los pagaba?

—Espero que Marlo no esté enfadada con Sam. Lo habría pagado él si hubiera podido. Trata de ofrecerme dinero cada poco tiempo, pero no pienso aceptarlo. Él en realidad...

—Marlo lo superará, créeme.

—Vale. Solo le pedí que dijera que lo pagaba él porque sabía que ninguna de

las dos habría aceptado si os enterabais de que lo hacía yo. Y también porque pensé que sería más fácil trasladar a tu madre y a tu hermana a California si tu madre estaba bien. Y porque podía hacerlo. ¿Qué más iba a hacer con mi dinero, Tenleigh?

—¿Guardarlo para pagarte la universidad cuando puedas dejar la mina? ¿Ahorrarlo para empezar en otro sitio? —Levantó las manos en el aire y las dejó caer a los costados.

—Lo hice. Lo estaba ahorrando. Guardaba cada centavo que ganaba. Salvo la *pickup* de segunda mano, no me he comprado nada más. Pero entonces tu madre... No gano lo suficiente para pagar todos los gastos médicos, así que tuve que completarlo con los ahorros. Lo poco que me queda quería guardarlo para ir a buscarte tan pronto como fuera posible, para mudarme a donde estuvieras. No tenía sentido arreglar esta casa cuando sabía que me iba a marchar.

Vi que hundía los hombros.

—Me has antepuesto a tu propia felicidad. Y luego a mi madre.

Hice una pausa, sintiéndome incómodo. No había querido que ella supiera nada de esto.

—Haces que parezca un tipo desinteresado, Tenleigh. Pero debes saber que estaba buscando las maneras de recuperarte. Algunas de ellas incluían un buen soborno... No soy un santo.

Emitió una risa triste al tiempo que movía la cabeza.

—No eres un santo, pero sí un buen tipo.

Me metí las manos en los bolsillos y bajé la mirada.

Guardó silencio durante un momento.

—Estabas muy enfadado la primera vez que me viste en el pueblo —me recordó con pesar.

Me estremecí levantando la vista.

—Lo sé. Lo siento. No estaba preparado para volver a verte aquí. Me sentí enfadado y sorprendido. Planeaba ir a buscarte para salir de aquí de una vez por todas. Y, de repente, estabas aquí mismo... Volvía a estar atrapado en el mismo lugar. De hecho, pensaba que estabas de vuelta por Jamie, que lo hacías para poder estar con él. Y que yo tendría que veros juntos todos los días. Acababa de atravesar un infierno y me pareció que tenía otro delante de mí.

—Kyland —pronunció con tristeza—. Podrías irte de todas formas. Que yo esté aquí de nuevo no significa que tengas que quedarte. —Sus ojos revolotearon por la habitación antes de volver a clavarse en mí.

—Sí, tendría que quedarme. Si miraras dentro de mi corazón lo sabrías.

Me miró con una sonrisa tierna y llena de confusión que hizo que quisiera tomarla entre mis brazos y suplicarle que no me dejara nunca.

—Tenleigh, cuando digo que hice mi elección, que me sacrificué para que tú pudieras salir de aquí, quería decir que lo hice feliz. Quiero que lo sepas. He sufrido, sí, pero me he dado cuenta de que volvería a sufrir por ti, porque eso es amar a alguien. Estar dispuesto a hacer cualquier cosa por ti, cualquier sacrificio, sufrir para que tú no sufras. Te amaba entonces y te sigo amando.

—Kyland —negó con la cabeza—, no sé qué decir. Esto es tan... —Se acercó al sofá y se hundió en él, haciendo que chirriara. Me miró—. Hice mal los finales a propósito —confesó—. Los hice horriblemente mal para que pudieras conseguir la beca.

—Funcionó —aseguré antes de sentarme a su lado—. Solo que los dos tuvimos la misma idea.

—No sé si reír o llorar.

—Ni yo.

Me miró.

—Kyland, he vuelto, sí, pero es algo que he elegido yo. Puedo irme si quiero, conseguir un trabajo en cualquier otro lugar, en el que sea. Me has dado esa posibilidad. Me has ofrecido la libertad, la oportunidad. Y ahora quiero que me permitas regalarte lo mismo. La escuela estará terminada en seis meses y ganaré un buen sueldo. No necesito mudarme a una casa, viviré en el remolque y me sacrificaré por ti como tú lo hiciste por mí. Es posible que no pueda pagarte la universidad que hubieras elegido, y que tengas que pagarte los gastos de manutención, pero...

—Ten —la interrumpí al tiempo que le ponía los dedos en los labios—. Si hay alguna posibilidad de que lo nuestro funcione —me pasé la mano por el pelo, sintiéndome muy expuesto y vulnerable—, si hay alguna posibilidad de que me perdones, de que reconstruyamos lo que teníamos, entonces quiero quedarme aquí. Trabajaré en la mina, o en otro lugar. Si...

Me puso los dedos en los labios de la misma forma que yo había puesto los míos en los suyos un minuto antes.

—Ya te he perdonado. Y nunca he dejado de amarte. —Movié la cabeza—. Lo intenté. Lo intenté con todas mis fuerzas, pero no funcionó. Te amo, Kyland, siempre lo he hecho.

Contuve la respiración. Gratitud. Alivio. Amor. Ella me dejaba sin aliento. Me había perdonado. En realidad no había dejado de amarme. Mi luchadora.

«Mi chica. Mi preciosa chica».

Me puse en pie tan rápido que el sofá chirrió de nuevo. La cogí entre mis brazos mientras ella emitía una risita de sorpresa.

—Te voy a llevar ahora a mi habitación. Lamentablemente ni siquiera tengo una cama. Hay unas mantas apiladas en el suelo. Me siento avergonzado y dolido por lo que estoy a punto de hacer, pero, que Dios me ayude, no puedo esperar ni un segundo más para verte desnuda.

Se rio.

—Venga, Kyland, deprisa —ordenó—. Apura todo lo que puedas.

No me lo tuvo que pedir dos veces.

Tenleigh

Estaba en brazos de Kyland. Me llevaba a su cama, que no eran más que mantas en el suelo. Y no me importaba ni un poquito. Aunque la casa se encontraba en un estado triste y patético, y me daban ganas de llorar por la forma en la que había vivido todo este tiempo, estaría con él en cualquier lugar. Estaba así por mí.

«Kyland...».

Me puso en el suelo cuando llegamos al dormitorio. Estaba igual que como lo recordaba, solo que en lugar de una cama, tal y como me había dicho, había un montón de mantas plegadas con una colcha en la parte superior.

Nos empezamos a desvestir lentamente, mientras flotaba en el aire una deliciosa anticipación. A diferencia del día anterior, nos tomamos nuestro tiempo, disfrutando de cada momento. Me quité la camiseta por la cabeza y la dejé caer al suelo. Kyland ya tenía el pecho descubierto, dejando a la vista cada duro músculo cubierto de suave piel masculina, así que me tomé un minuto para disfrutar de la imagen. Me humedecí los labios, con los ojos clavados en una de sus tetillas oscuras. ¡Dios mío!, era todavía más guapo de lo que recordaba, cada parte de él era increíble.

—Tenleigh, si sigues mirándome de esa manera, esto no durará demasiado.

Lo miré a los ojos y me reí brevemente.

—¿Has... —me aclaré la garganta— has estado con alguien más? No pasa nada si lo has hecho —añadí de forma apresurada—. No te reprocharía nada, pero... pero para mí ayer fue la primera vez desde que estuve contigo y quiero que lo sepas, incluso aunque tú...

—Tenleigh —me interrumpió él con la voz ronca. La expresión de su rostro era una mezcla de ternura y alivio—, yo tampoco he estado con otra persona.

Me sentí aliviada.

—¿Por qué? —suspiré.

—Porque ¿cómo iba a conseguir que me perdonaras por haberte dicho que me había acostado con otra mujer si el tiempo que habíamos estado separados me había tirado realmente a otras? Además, mi mano derecha funciona a la

perfección y no he deseado a nadie más, ¿entendido?

Se me llenó el corazón de ternura y después no pude reprimir la imagen que inundó mi cabeza: Kyland con su gruesa erección en la mano, masturbándose hasta alcanzar el orgasmo. Me estremecí de deseo y noté que me humedecía entre las piernas.

—Yo tampoco he deseado a nadie más —dije.

Kyland suspiró mientras me acercaba a él para pasar los dedos con suavidad por su piel, subiéndolos hasta los hombros y los brazos. Se quedó completamente inmóvil y, cuando lo miré a la cara, su expresión era tensa, casi de dolor.

No podía creerlo. No asimilaba que estuviera aquí, con Kyland. Lo había dado todo por mí. Me quería. No me había traicionado, por el contrario, solo había tratado de que mi vida fuera mejor. Y todavía lo amaba. Siempre lo había amado. En algún lugar, en algún lugar muy adentro, el dolor había sido intenso y profundo, porque no tenía sentido. Conocía a este hombre. Conocía su corazón, su alma. Y sabía que era pura bondad. Contuve la emoción que amenazaba con abrumarme. Kyland ahuecó la mano sobre mi mejilla y me acarició el pómulo con el pulgar, haciendo que me inclinara hacia su contacto. Era mi casa.

Tenía que estar lo más cerca posible de él. Necesitaba tocarlo por todas partes. Tenía que convencerme a mí misma de que esto era real.

Me agaché y me desabroché los vaqueros, deslizándolos por las piernas junto con la ropa interior hasta dejarlos en el suelo. Kyland hizo lo mismo, y nos quedamos desnudos, uno frente al otro.

Bajé la mirada a su tensa erección y, al igual que el día anterior, no pude evitar acariciarla varias veces desde la base a la punta. Kyland emitió un gemido gutural.

Cuando se inclinó hacia mí, esperaba que su beso fuera intenso y salvaje por el tembloroso deseo que estaba sintiendo. Sin embargo, fue suave, tierno y lento. Movié la cabeza a un lado y me mordisqueó los labios con ternura antes de deslizar la lengua contra la mía en una hipnótica danza.

Apretó su cuerpo desnudo contra el mío, encendiéndome todavía más, y cuando me acosté en las mantas que había en el suelo, me siguió sin soltar mis labios. Siguió besándome con aquella lentitud abrasadora una vez estuvimos los dos tumbados.

—Siempre me ha gustado la forma en que encajamos —murmuró Kyland, arqueándose contra mí. Sentí su dureza en la unión entre mis muslos mientras él gemía con deseo—. Separa un poco las piernas —dijo contra mi boca. La lujuria

atravesó mi cuerpo de pies a cabeza antes de que hiciera lo que él quería, separando las piernas para que pudiera hundirse en mi sexo.

Se acomodó poco a poco, centímetro a centímetro, con una expresión de concentrada dicha en la cara. ¡Dios! Era increíblemente guapo, con aquellos pómulos afilados teñidos de rubor, los labios entreabiertos y un leve brillo en la frente.

—Te amo —pronuncié.

Gimió por lo bajo.

—Yo también te amo. Siempre lo he hecho, siempre lo haré. —Y luego, con un solo impulso, estuvo completamente dentro de mí. Ahogué un grito ante aquella intensa sensación de plenitud, luego me relajé alrededor de su invasión y le envolví las caderas con las piernas.

Durante un segundo, recordé lo que había sentido la primera vez que me penetró, desgarrando mi carne y llenándome de una forma que nunca había experimentado antes. Me había dolido tanto que casi le había dicho que se detuviera, pero no lo hice. Y después de unos minutos, el dolor comenzó a disminuir y logré concentrarme en lo maravilloso que era tener a Kyland sobre mí, moviéndose en mi interior. En ese momento estaba locamente enamorada de él.

Todavía lo estaba.

Capturó un pezón con los labios y empezó a frotarlo con la lengua mientras se movía dentro de mí, haciendo que regresara bruscamente al presente. Gemí y hundí los dedos en su pelo corto, arañándole con las uñas el cuero cabelludo. Se me escapó un gemido cuando soltó ese pecho y se trasladó al otro, todavía embistiendo con suavidad en mi interior.

—Kyland... ¡Oh, Dios! —murmuré. Bajé las manos a sus hombros. La constante vibración de la excitación que sentía entre las piernas iba en aumento, y arqueé las caderas para salir al encuentro de sus envites.

—Es increíble estar dentro de ti, Tenleigh.

Traté de hablar, pero mis palabras murieron en mi boca cuando el orgasmo más intenso que jamás hubiera sentido me atravesó de pies a cabeza en oleadas. Arqueé el cuello con un gemido, dejando caer la cabeza hacia atrás, mientras ceñía a Kyland con mis espasmos.

Sus movimientos se hicieron desiguales e irregulares antes de que se hundiera en mí una última vez y se derramara mientras gemía tortuosamente su propio clímax contra mi cuello.

Nos quedamos así durante varios minutos, con la respiración acelerada y la piel

húmeda por el esfuerzo. Por fin, Kyland levantó la cabeza y me sonrió.

—Dios, ¡cómo te he echado de menos! Ayer me pregunté si sería la última vez.
—Su sonrisa era tierna, pero había un deje de tristeza en sus ojos.

Le puse la mano en la mejilla y deslicé el pulgar por el pómulo.

—Tenemos mucho que compensar, pero también tenemos todo el tiempo del mundo. —Sonreí, con el corazón lleno de esperanza y alegría.

Kyland se retiró de mí con una leve mueca. Se giró hacia un lado y se incorporó un poco para cubrirnos con una manta. Luego me tomó entre sus brazos para que apoyara la cabeza en su pecho.

—Lamento mucho no tener una cama.

Me acurruqué más cerca, pegando la nariz a su piel e inhalando su aroma antes de besarle la tetilla.

—¿Para qué la necesitamos? —pregunté, sonriendo contra su pecho.

Se rio entre dientes.

—No lo sé. Ya he olvidado de qué estábamos hablando.

Yo también me reí por lo bajo. Subí los brazos y apoyé las manos en su torso para recostar en ellas la barbilla y poder mirarlo.

—¿Qué vamos a hacer, Ky?

Me alisó el pelo, retirándomelo de la frente.

—¿Sobre qué?

—Sobre todo. Sobre nosotros.

Detuvo los dedos.

—¿Qué quieres hacer?

—Quiero saber dónde vamos a vivir.

Soltó un suspiro.

—Oh, ya lo decidiremos... Cuando encuentre la fuerza de voluntad necesaria para salir de aquí contigo. Aunque podría tardar más de tres meses.

Me reí, pero me incorporé y me arrodillé frente a él para mirarlo con seriedad.

—Tengo que quedarme mientras se termina la escuela. Me he comprometido con ello y es importante para mí. Y sé que todavía estás trabajando para pagar los gastos de mi madre. —Una oleada de amor y agradecimiento por lo que estaba haciendo para mí me inundó, y le cogí la mano—. Pero después de eso, Kyland, puedo contratar a otra persona para que gestione los gastos de la escuela y trabajar en cualquier lugar. Como te he dicho, tengo la oportunidad de ofrecerte lo mismo que me has ofrecido a mí. Y es tu turno para ir a la universidad. —Estaba hablando con rapidez, las ideas inundaban una tras otra mi cerebro—. En lugar de estar aquí, podría ir contigo, donde quiera que desees ir.

Conseguiré un trabajo como profesora donde sea y buscaremos un apartamento barato. Incluso podría pedir un pequeño préstamo para...

Kyland se rio, un sonido tierno y alegre. Entonces dejé de hablar y lo miré. Me di cuenta de que por primera vez desde que lo conocía, su expresión solo mostraba felicidad.

—Todo eso está muy bien y ya hablaremos de ello, pero, Ten, estás con las tetas al aire y yo llevo sin sexo cuatro años, me resulta difícil concentrarme en lo que estás diciendo.

Me reí al tiempo que me inclinaba para besarlo. Sonrió contra mi boca, devolviéndome el beso. Grité cuando me dio la vuelta, pero él me miró con aquella preciosa sonrisa suya.

—Ahora podemos elegir, mi chica preciosa. Todavía tengo que trabajar un par de meses más en la mina y tu madre seguirá en ese hospital unos cuantos meses también, pero después, el mundo es nuestro. O al menos eso es lo que siento yo. —Paz. Sí, eso era lo que se leía ahora en su rostro. Su sonrisa hablaba de paz, de paz y esperanza.

La brisa entró a través de la ventana abierta, junto a la improvisada cama de Kyland, agitando las cortinas y trayendo consigo el inconfundible olor de la lavanda. Suspiré antes de volver la cabeza.

—Hay lavanda ahí fuera.

Asintió con la cabeza.

—Para eso utilicé el ordenador de la biblioteca de Evansly, para saber cómo plantarla. El olor me recuerda a ti. Me ayudaba a recordar por qué valía la pena todo el sufrimiento. Me ayudaba a concentrarme en lo que estaba haciendo, para qué. Me hacía recordar aquel momento ante el campo de lavanda, después de que hicimos el amor, cuando supe que haría cualquier cosa para sacarte de aquí, incluso aunque eso significara que te rompería el corazón. —Me miró con una expresión de tristeza—. Traía un poco dentro durante el invierno. Navidad siempre fue la época más difícil.

—¡Oh, Kyland! —Contuve la respiración mientras la angustia inundaba mi garganta—. Para mí también lo fue —confesé en voz baja, apretando los ojos cerrados al recordar esos días de fiesta, que había pasado con la sobrina de la directora que me había alojado cuando me trasladé a San Diego.

Lo vi mover la cabeza.

—No vamos a ponernos tristes. Ahora que estás aquí, todo ha valido la pena. Y eso también me hizo darme cuenta de que la lavanda tenía una buena salida comercial. Ha ayudado a muchas personas. Así que algo bueno ha salido de todo

esto.

Asentí.

—Sí—susurré antes de inclinarme para besarlo en los labios con suavidad.

Me hizo de nuevo el amor, esta vez con lenta ternura, ya saciada la desesperación inicial. Más tarde, cuando nos quedamos tendidos juntos bajo la luz menguante, con el sol oblicuo entrando por la ventana y mientras miraba al hombre que amaba, por fin a mi lado, me pareció que el mundo estaba lleno de luz y esperanza.

Kyland

Ese fin de semana fue el más feliz de mi vida. Pasamos la mitad del tiempo en el suelo del dormitorio, envueltos en la suave brisa que entraba por la ventana con olor a lavanda, haciendo el amor hasta que nuestros cuerpos se convirtieron en uno y no recordábamos dónde empezaba y dónde terminaba cada uno. Tenleigh era mía, la única mujer que calmaba mi alma y mi cuerpo, excitando ambos a la vez. Nada había cambiado en ese sentido.

Cuando empezó a dolernos la espalda por estar demasiado tiempo tumbados, dimos un paseo por las montañas. Una vez solo había visto desesperación y pobreza aquí, solo había dolor y lucha en los Apalaches. Pero ahora, caminando de la mano de Tenleigh, solo veía la belleza salvaje de los bosques que volvían a la vida después de un largo invierno. Las flores silvestres florecían por todas partes, los campos se inundaban de color, los ríos brillaban bajo los rayos del sol, y el aire era caliente y sabía a la dulzura de la primavera. Llevaba esas colinas en la sangre, era la tierra de mi padre y de todos sus antepasados antes que él, la tierra que habían trabajado y amado, en las minas de carbón y en los campos, enamorándose de mujeres que les darían orgullosos hijos e hijas de Kentucky. Por primera vez desde que era niño, sentía la fuerza del amor por mi hogar, por esas montañas, por las personas que vivían aquí, tratando siempre de volver a intentarlo, que se aferran con uñas y dientes a su orgullo y a su perdurable amor por los Apalaches.

Había algunos montañeses intratables por allí, y ninguno diría nada diferente. Pero eran fuertes, y valientes. Y, por encima de todo, eran gente de buen corazón que hacían todo lo que podían por los demás. ¿Cómo me había olvidado de eso cuando lo tenía delante de mis narices todo el tiempo? Y tal vez yo era uno de ellos. Quizá me habían ayudado algunos a lo largo del camino, pero solo porque eran mi gente.

Nos llevamos un pícnic y nos lo comimos junto al mismo campo donde había hecho el amor con ella por primera vez, donde me di cuenta de que sacrificaría todo lo que tenía por ella: mis sueños, mi corazón y mi alma. Era el lugar donde había cambiado para siempre. Y ahora estábamos de nuevo en el punto de

partida.

Nos sentamos en la hierba, a la orilla de un pequeño arroyo, donde metimos los pies en el agua mientras hacíamos planes para el futuro. Decidimos destinar una pequeña cantidad de dinero para arreglar el tejado de la casa y comprar algunos muebles. Viviríamos allí mientras yo seguía trabajando en la mina y Tenleigh construía la escuela y la ponía en funcionamiento. Queríamos establecernos en un lugar con sitio para su madre, y yo volvería a enviar solicitudes a universidades por segunda vez en mi vida. Cuando llegara el momento y supiera en qué lugares me habían admitido, decidiríamos lo que queríamos hacer. Sabía que no podía seguir trabajando bajo tierra durante el resto de mi vida. Lo hacía, sí, y había conseguido acostumbrarme un poco a ello, pero seguía suponiendo un reto para mí. Todos los días me metía en el oscuro interior de la montaña, aunque seguía teniendo que obligarme a hacerlo.

—¿Qué sentiste la primera vez? —susurró Tenleigh, con la cabeza apoyada en mi regazo mientras me miraba con sus amables ojos verdes. Con los rayos de sol cayendo sobre ella, podía ver los tonos dorados y azules que rodeaban sus iris, enmarcados por las oscuras pestañas.

—¿Mmm...? —pregunté, con la cabeza en otra cosa, apreciando con la punta de los dedos la suave textura de la piel de mi chica, y el brillo de su pelo extendido sobre mis muslos.

—En la mina —repuso ella, como si me hubiera leído los pensamientos de unos minutos antes—. ¿Cómo lo conseguiste, Ky? ¿Cómo lograste bajar? —Se acercó y ahuecó la mano sobre mi mejilla. Me volví hacia ella y le besé la cálida piel de la palma de la mano.

Cerré los ojos durante un instante, dejando de pensar en todas las cosas alegres que me llenaban de felicidad, para regresar por un instante a los oscuros espacios que sufría todos los días.

—Fue como hacer un viaje al infierno —admití—. La primera vez, me metí unas ramitas de lavanda en el bolsillo, y cuando me entraba el pánico y pensaba que no podía hacerlo, cuando sentía que iba a volverme loco, las sacaba y las olía. Cerraba los ojos y la sentía allí conmigo; me imaginaba esos campos de lavanda ondulando por la brisa. Eso me ayudaba a sobreponerme a esos momentos. —Me encogí de hombros—. Lo hice porque tenía que hacerlo. Porque significaba tu libertad. Y con el tiempo, como con casi todo, incluso lo más terrible, aprendí a vivir con ello.

Me miraba con los ojos llenos de amor.

—¿Cómo es? —insistió con una cierta tensión en la voz.

—Está oscuro. Es una oscuridad diferente a todo, debería existir una palabra especial para describirla. Y hace calor, al principio casi no era capaz de respirar.

Rodó ligeramente sobre su estómago y me rodeó con facilidad. Me incliné para besarla en la sien.

—Y cualquiera podía pensar que sería un lugar tranquilo, ya sabes, al estar por debajo de la tierra, pero no lo es. Se oyen susurros y gemidos, como si nuestra invasión no les hiciera felices. Como si nos dijeran que los seres humanos no tienen sitio allí, y nos estuvieran recordando que quieren llenar los espacios que hemos vaciado. Cada día, esos sonidos son una especie de advertencia.

—Pero ¿has logrado acostumbrarte a ellos? —preguntó como si no pudiera creérselo.

Hice una pausa.

—Sí... En su mayoría. No me gustan la oscuridad ni el aire caliente y espeso. Odio trabajar encorvado todo el día. No soporto la sensación de estar encerrado y a merced de algo que es un millón de veces más poderoso que yo, pero... también están los chicos, los otros mineros que van allí cada día para hacer un trabajo sobre el que la mayoría de la gente no sabe nada. Lo hacen con orgullo y honor. Salen con las caras negras y los pulmones llenos de polvo, y lo hacen porque tienen familias y porque sus padres lo hicieron antes que ellos. Lo hacen porque es un trabajo honrado. Lo hacen a pesar de que la mayoría de esa gente no tiene ni idea de que obtienen la electricidad gracias al carbón.

—Cada vez que se enciende una luz, es gracias a un minero. —Sonrió—. Estoy orgullosa de ti.

Le devolví la sonrisa.

—Hago lo mismo que otros muchos hombres. Pero estar ahí abajo me ha hecho sentir un orgullo por mi padre y por mi hermano que no tenía antes. Me ha dado un poco de paz sobre la forma en que murieron. En cierto modo ha sido un infierno, sí, pero de otra forma también ha sido un regalo.

—Te amo —susurró. Me recreé en su expresión. Ella me entendía. Entendía la angustia que había sentido. Entendía el sacrificio, y también el orgullo. Había pensado que no era posible amarla más, pero no era cierto.

«Esta chica... Mi chica».

—Yo también te amo.

El domingo fuimos a desayunar a un pequeño restaurante de carretera. Entonces, me lo contó todo sobre San Diego, sobre el océano, sobre las clases, sobre la solicitud de subvenciones, sobre la cafetería a la que iba casi todos los días. Me empapé en su entusiasmo, en su belleza, en su orgullo e inteligencia. Y

me sentí feliz de que fuera mía.

—Estaba todo el tiempo preocupado —confesé sin mirarla a los ojos.

Me cogió de la mano mientras yo estudiaba nuestros dedos entrelazados.

—¿Por mi seguridad? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Por eso un poco, pero había algo que me preocupaba más... Me quitaba el sueño que conocieras a otro hombre. Que te enamoras de él. —Alcé los ojos hacia los de ella y sentí la vulnerabilidad que debía de haber en los míos. Tenía los labios separados y su expresión era triste. Movié la cabeza.

—Siempre has sido tú. Nadie más. No quería admitir, ni siquiera ante mí misma, que la construcción de la escuela... Bueno, es para los niños de la zona, sí, pero también una forma de regresar a mi pueblo. —Bajó la vista y luego la volvió a subir—. Quería estar de nuevo cerca de ti. Aunque sabía que me habías herido, no podía olvidarte. Nunca lo logré. No lo he logrado en todo este tiempo. Ni siquiera cuando pensaba que me habías traicionado. Quizá en algún lugar de mi interior, sabía que no era cierto.

Me incliné por encima de la mesa y la besé.

Luego fuimos a una feria de artesanía a un par de horas de distancia atravesando un puente cubierto donde Tenleigh me hizo algunas fotos con el móvil. Se rio cuando sonreí de una forma poco natural y tensa, aunque al final acabó haciéndome soltar una carcajada por las caras ridículas que ponía. Parecía satisfecha con la imagen de mi cara, con una sonrisa brillante y el puente de fondo pintoresco. La puso de fondo de pantalla.

—¿De verdad quieres verme la cara cada vez que enciendas el teléfono? —pregunté. Aunque aquello me hacía feliz y esperaba que la mantuviera allí.

—Sí —confirmó—. Me gusta mirar a mi guapísimo novio, sobre todo cuando no esté.

La atraje hacia mí y la besé en el cabello. «Novio». La palabra no parecía lo suficientemente concreta para describir que le pertenecía por completo.

Le compré un helado casero a una anciana con las mejillas sonrojadas que vestía una falda de brillantes colores. La mujer nos miró y esbozó una sonrisa de complicidad, como si comprendiera algo que no habíamos dicho con palabras.

Caminamos cogidos de la mano mientras Tenleigh miraba las obras de artesanía que habían hecho los artesanos locales, escuchando su lenguaje de la montaña en el que se mezclaban sencillez y poesía. Sabía que algunos de los vecinos del pueblo que se dedicaban a la lavanda habían ido a una de estas ferias algunas semanas antes. Ver este tipo de iniciativas en los Apalaches me llenaba

de orgullo infinito.

Al final, nos sentamos bajo un gigantesco castaño de indias y escuchamos a un grupo local. La música flotaba en el aire y cada nota me hacía sentir en casa.

Me incliné hacia Tenleigh.

—Me voy a casar contigo —le dije al oído.

Ella echó la cabeza hacia atrás para mirarme.

—Quiero tener hijos —advirtió—. Muchos hijos.

Me reí.

—Todos los que quieras. Haré que todos tus sueños se hagan realidad. Dedicaré a ello mi vida.

Me miró con ternura.

—Yo pienso conseguir que todos tus sueños se hagan realidad. Dedicaré a ello mi vida.

Sonreí mientras me inclinaba para besarla.

«Ya lo has hecho. Eres mi sueño».

Cuando el sol se ponía sobre las montañas, nos dirigimos de nuevo a mi casa, con las manos entrelazadas en la cabina de la *pickup*.

Terminamos el día haciendo el amor debajo de la ventana abierta, sobre el suelo ya familiar, uniendo nuestros cuerpos en busca del goce que había echado de menos demasiado tiempo. Me quedé dormido feliz, satisfecho y lleno de paz.

EPÍLOGO

Kyland

Seis años después

Mi esposa estaba ante el ventanal, contemplando las montañas doradas por el sol, una vista que siempre me dejaba sin aliento. Era temprano, justo después de la salida del sol, pero el aire dentro de la casa estaba tranquilo y húmedo, y en él flotaba el lejano sonido de las cigarras que cantaban en los árboles. Iba a hacer calor. Tenleigh se levantó el pelo que le cubría la nuca y se lo llevó hacia delante, como si estuviera trenzándolo.

Me acerqué a ella y rodeé con los brazos su dilatada cintura para poner las manos sobre su vientre y sentir cómo se movía el bebé en su interior.

—Hola, guapa —dije con la voz ronca por el sueño. Puso las manos sobre las mías mientras yo apoyaba la barbilla en su hombro, aspirando su aroma—. ¿El bebé te mantiene despierta? —pregunté.

—Mmm.... —canturreó—. Es un pequeño muy fuerte. —Se masajeó un punto en la parte inferior del vientre como si le hubiera dado una patada—. He estado diciéndole que tenía que dormir desde las cuatro de la mañana, pero es tan terco como su padre.

Sonreí contra su piel, pasando la nariz por ella y dejando los labios posados en un punto. Ella se estremeció y se acercó más.

—¿Él? —pregunté—. Me parece que más bien es ella.

Volvió la cabeza, riéndose con suavidad antes de rozarme la mejilla con la suya.

—No quería despertarte... Ni a Silas.

—Silas va a seguir dormido bastante tiempo. Ayer estuvo horas jugando en el arroyo. —Lo había llevado conmigo a pescar, su primera lección en ese noble arte. «Mi chico». Volví a besarle de nuevo el cuello—. Estaba cansadísimo.

Sonrió.

—Cuidado con ese tipo de comentarios. Así fue como entró aquí este bebé. —Se frotó de nuevo el vientre.

Gruñí por lo bajo.

—Ven a la cama, y te daré un masaje en la espalda.

Ella sonrió y luego tarareó un sonido de satisfacción. Después de girarse, me cogió de la mano para llevarme de vuelta a la cama de matrimonio que presidía nuestro dormitorio.

Nos habíamos instalado en esta antigua casa de campo llena de corrientes de aire a las afueras de Dennville hacía cuatro años. La primera vez que entramos en ella, tuvimos claro que íbamos a necesitar hacer reparaciones, pero cuando pisamos el salón, con aquellos techos altos con vigas de cedro y el enorme ventanal con una impresionante vista de nuestras amadas montañas al fondo, supimos que era exactamente donde queríamos vivir. Era un lugar sencillo, pero precioso y, sobre todo, nuestro.

Y trabajamos en él sin descanso para hacerlo nuestro. Era el sitio donde comenzamos nuestra vida juntos, donde tocaba a Tenleigh con frecuencia y amor, sin dar por sentado que estaba en mis brazos. Era el lugar donde le llevaba a mi esposa pequeños pastelitos con rosas de azúcar en lugar de ramos de flores, porque sabía que eso era lo que la hacía feliz.

Era la casa donde había traspasado el umbral con mi novia en brazos después de que hubiéramos hecho nuestros votos en una sencilla pero hermosa ceremonia en nuestro campo de lavanda, acompañados de los amigos más cercanos y la familia. Era el hogar al que habíamos traído a nuestro hijo, Silas, que ahora tenía tres años, y donde me había dicho que estábamos esperando otro bebé. Era la casa que Jamie visitaba sabiendo que era recibido con cariño y amistad, donde venían a cenar cada semana Marlo y Sam con su hijo, Elijah, y la madre de Tenleigh. Entonces todos nos sentábamos alrededor de la impresionante mesa de madera tallada que Buster nos había regalado cuando nos casamos, aunque era necesario cubrirla con un mantel cuando había niños presentes.

Habíamos hablado de que fuera a la universidad, quizá incluso a una donde pudiera asistir mientras Tenleigh trabajaba, pero al final había decidido que mi vida, mi corazón, pertenecía allí. Así que me había graduado *online* en ingeniería por la universidad de Kentucky. Había seguido mi camino —literalmente— desde la profundidad de la mina hasta un puesto administrativo en las oficinas poco después de que la madre de Tenleigh regresara a casa, y luego me ascendieron cuando conseguí el título de ingeniero.

Entonces no había sido capaz de salvar a mi padre y a mi hermano, pero ahora estaba a cargo de la seguridad de todos los hombres que se colgaban una etiqueta metálica y bajaban a la mina valientemente día tras día, arriesgando sus vidas para llevar energía a América. Nadie se tomaba la tarea más en serio que yo. Y cuando estábamos en Evansly y veíamos que se marchaban del pueblo los trenes

llenos de carbón, apretaba la mano de mi esposa con fuerza, erguido con orgullo.

En cuanto a Edward Kearney, falleció de un ataque al corazón poco antes de que me casara con Tenleigh. Nunca llegó a reconciliarse con su hijo, y su esposa lo dejó unos meses antes. No podía decir que sentí su muerte cuando me enteré; jamás me había demostrado que fuera otra cosa que un hombre frío, egoísta, que me obligó a quedarme en la mina. Edward Kearney murió con todas las posesiones materiales que el dinero podía proporcionar, pero, en mi opinión, se marchó sin nada de valor.

Tenleigh y yo abandonamos Dennville algunas ocasiones; una para ir a Nueva York dos semanas de luna de miel, otra para asistir a mi graduación, y también pasamos un fin de semana en Louisville. En otro tiempo quería marcharme de Kentucky, tenía planes de irme sin mirar atrás, pero ahora sentía nostalgia cuando estábamos lejos, una sensación que me indicaba que había tenido unas vacaciones divertidas, pero estaba listo para regresar a donde pertenecía. En el fondo era un chico de Kentucky de corazón y siempre lo sería. Algún día, nuestros hijos conocerían y amarían la salvaje belleza de estas colinas igual que nosotros.

En la colina y en algunos otros lugares del pueblo seguían cultivando lavanda y seguían haciendo un buen negocio. Un año después de nuestra boda, hubo un gran festival de la lavanda, y en un periódico de Kentucky se publicó un artículo sobre cómo un pequeño pueblo empobrecido tras un trágico pasado por culpa de una mina de carbón había recobrado la esperanza gracias al cultivo de flores. La noticia había sido recogida por las cadenas de televisión nacionales, y había atraído a gente de todas partes interesada por la cultura de los Apalaches. Personas que compraban mercancías a los artesanos y disfrutaban de la belleza de la zona. Habían surgido nuevos negocios en el pueblo y ahora esperábamos con ilusión que llegaran los veranos. La pobreza no es un problema sencillo, pero a algunos las flores les habían dado esperanza, y, aunque solo fuera por eso, me sentía orgulloso.

La madre de Tenleigh vivía en Evansly con Marlo y Sam. Trabajaba a tiempo parcial en la clínica de Sam y los ayudaba con Elijah. Estaba mucho mejor y sabía reconocer las señales de las crisis, por lo que pedía ayuda cuando era necesario. Se quedaba con nosotros durante los veranos, cuando Tenleigh no tenía que dar clase en la escuela de Dennville. Entonces daban largos paseos por las colinas, afianzando su relación como madre e hija.

—¿Estás cómoda? —pregunté mientras Tenleigh se tumbaba en la cama, poniéndose la almohada entre las piernas. El ventilador a los pies de la cama

emitía un suave zumbido y enviaba aire fresco hacia nosotros. Algún día ahorraríamos lo suficiente para instalar aire acondicionado en esta casa antigua.

—Todo lo cómoda que voy a conseguir estar con esta barriga tan grande — murmuró. Notaba la sonrisa en su voz.

Moví las manos por la piel de la base de la columna, haciendo que suspirara y se relajara.

—Te amo —le dije con ternura.

—Yo también te amo —musitó ella.

Mientras masajeara la espalda de mi esposa, dejé que mi mente vagara con el corazón lleno de alegría. Una vez pensé que me había perdido a mí mismo por culpa del amor. Pero ocurrió lo contrario. Me había encontrado cuando entregué mi corazón a Tenleigh, encontré lo que era importante para mí, lo que importaba de verdad. Y ahora, mientras pasaba las manos por su suave piel, sabía que no querría estar en ningún otro lugar que en esta cama, viviendo la vida que vivía. La verdad era que no necesitaba que mi existencia fuera complicada o sofisticada, disfrutaba de la sencilla alegría de pasar la noche en casa viendo la tele, de tener la nevera llena de comida, de poseer el amor de la familia y los amigos, de ver cómo la frágil neblina blanca se levantaba sobre las montañas al otro lado de la ventana cada mañana.

Y, de repente, allí tendido, supe algo. No, no lo supe, lo sentí, lo sentí en mis entrañas, corriendo en mis venas.

—Ten —pronuncié deteniendo la mano sobre su vientre—, ¿sabes qué?

—¿Qué —preguntó adormilada.

—¿Sabes eso que sientes cuando tienes la certeza de que estás haciendo algo destinado a hacerse desde el principio?

Volvió la cabeza y nuestros ojos se encontraron. Se me detuvo el corazón.

—Sí —confirmó en voz baja.

—Pues es lo que estoy haciendo ahora mismo. Estar con mi mujer, con mi hijo y el bebé.

Su expresión se inundó de ternura y me acarició la mejilla con la mano mientras yo me inclinaba para sentir su caricia.

—¿Es suficiente? —susurró, pasándome el pulgar por el pómulo.

Me incliné y la besé. Nunca en mi vida me había sentido más seguro de nada.

—Es más que suficiente —musitó contra sus labios—. Mucho más de lo que había soñado.

Teníamos todo lo que necesitábamos. No era gran cosa. La mayoría eran posesiones sencillas. Pero en ese momento sabía que el tamaño de mi casa, de mi

coche, de mi billetera, no tenía nada que ver con el tamaño de mi vida. Porque mi vida..., mi vida era grande. Grande, y llena de amor y propósito.

AGRADECIMIENTOS

Quería dar las gracias especialmente a mis editoras de línea temporal, Angela Smith y Larissa Kahle, por las horas y horas que dedicaron a este libro. Las dos son como hermanas para mí y sus consejos son muy valiosos. Gracias por quererme y querer a mis personajes, por conseguir que todos nosotros nos esforcemos al máximo.

Gracias también a mi editora de trama y desarrollo, Marion Archer. No solo por ayudarme a hacer mejor mi trabajo —de hecho, muchísimo mejor—, sino por conseguir que sea un placer trabajar con ella. (Me gusta mucho que no hayas modificado esta página, porque, lo sé, tiene mis propios errores. Y, seguramente, millones de faltas gramaticales).

Gracias a Karen Lawson, que pulió el libro todavía más. Su edición con notas ha sido estupenda y ayudó a que la novela quedara todavía mejor.

Gracias también a mis lectoras cero, que se adaptaron a la apretada agenda de este libro y leyeron todo lo que escribí; Cat Bracht, Natasha Gentile y Elena Eckmeyer (que leyó desinteresadamente el manuscrito dos veces). A Karin Klein Hoffpauir, mi amiga experta en salud mental, y a Nikki Larazo, que siempre me anima. Y una vez más a la autora A. L. Jackson, por su disposición a la hora de leer mi historia, cuando todavía era un tocho laberíntico de demasiadas palabras; he apreciado muchísimo su ayuda.

Gracias una vez más a Elle Chardou por maquetarlo tan rápido. No tengo palabras para agradeceréte lo suficiente.

Muchas gracias a mi agente, Kimberly Brower. Soy muy afortunada de que formes parte de mi equipo y hagas que todo sea divertido con tu entusiasmo contagioso y tu amor por tu trabajo. Son incontables las llamadas en las que las primeras palabras que dices son: «¿Estás sentada?».

Y a todos los lectores y blogs que leen, recomiendan y apoyan mis libros. Para vosotros, mi amor y agradecimiento sin fin.

Mi esposo... No tengo palabras para empezar a expresar mi amor y agradecimiento por el trabajo que hizo en *Kyland*. En esta ocasión formamos un verdadero equipo, y su dedicación a esta historia llena mi corazón de una forma indescriptible. Si sé algo de historias de amor, es gracias a ti.

CONTENIDO EXTRA



MIA SHERIDAN vive en Cincinnati (Ohio, Estados Unidos) con su marido y sus hijos. el lugar donde finalmente pueda encontrar la paz que busca con desesperación.

Autora superventas (sus novelas han estado en lo más alto de las listas de The New York Times y USA Today, entre otras), su gran pasión es la de crear historias de amor sobre amantes que están destinados a estar juntos.

Encuentra a la autora en:

www.miasheridan.com



Twitter
(@MSheridanAuthor)



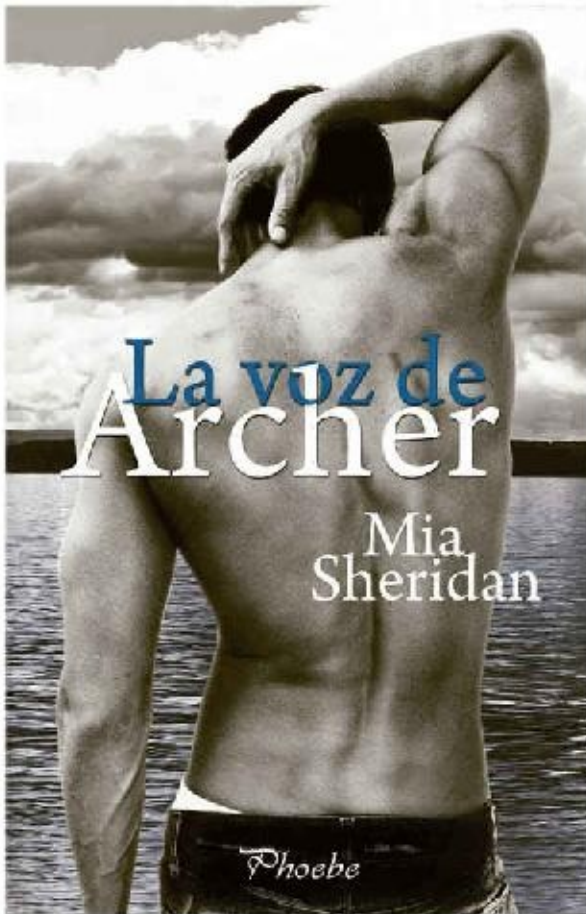
Facebook
(Mia Sheridan Author)



ANTERIORES LIBROS DE LA AUTORA

Disponibles en papel y en digital los anteriores libros de la autora editados en ediciones Pàmies. En todas las librerías y grandes superficies y en todas las plataformas digitales:

La voz de Archer



Cuando Bree Prescott llega a Pelion, un pequeño pueblo en el condado de Maine, anhela contra toda esperanza que ese sea el lugar donde finalmente pueda encontrar la paz que busca con desesperación. El primer día en su nuevo entorno se tropieza con Archer Hale, un hombre silencioso que vive aislado por un dolor tan intenso como el de ella.

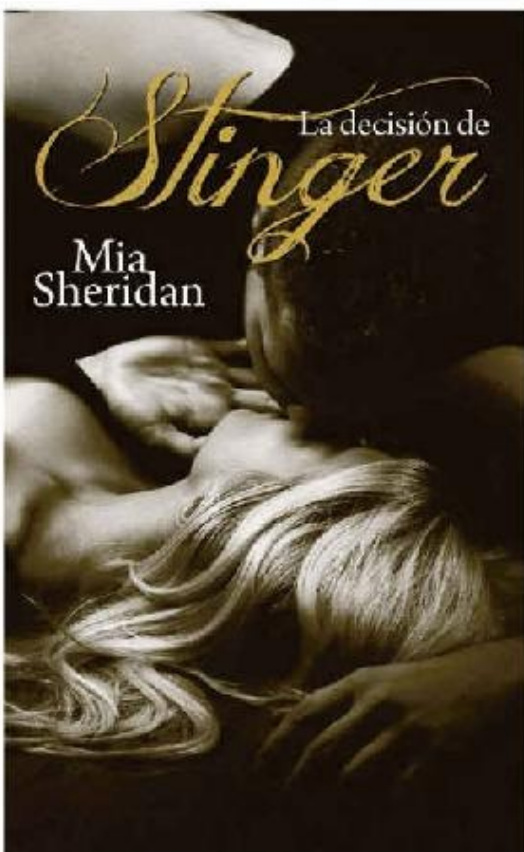
Bree y Archer empiezan a sentirse atraídos el uno por el otro. Un deseo irresistible que los empuja a acercarse sin remedio. Pero su historia encuentra barreras que pueden ser insalvables...

Un hombre solitario, la mujer que lo ayuda a encontrar su voz y una pasión dulce que esconde historias pasadas de secretos por desvelar. Una historia de amor, destino y sufrimiento, pero, sobre todo, de su poder para transformarlo todo.

Captura el código para leer el principio de *La voz de Archer*:



La decisión de Stinger



Grace Hamilton tiene un plan. Ha organizado su vida a la perfección y se siente orgullosa de lograr siempre sus objetivos. Sabe quién es, cómo va a vivir, jamás da un paso en falso, y nunca se ha parado a considerar lo que desea en realidad, se limita a tratar de complacer a los demás. Hasta que lo conoce a él...

Carson Stinger no conoce más reglas que las suyas. Aunque trabaja en la industria del entretenimiento para adultos, no le importa lo más mínimo lo que piensen al respecto los demás. Vive al día, sin rumbo ni planes. Tiene muy claro lo que las mujeres quieren de él y siempre ha pensado que solo hay una

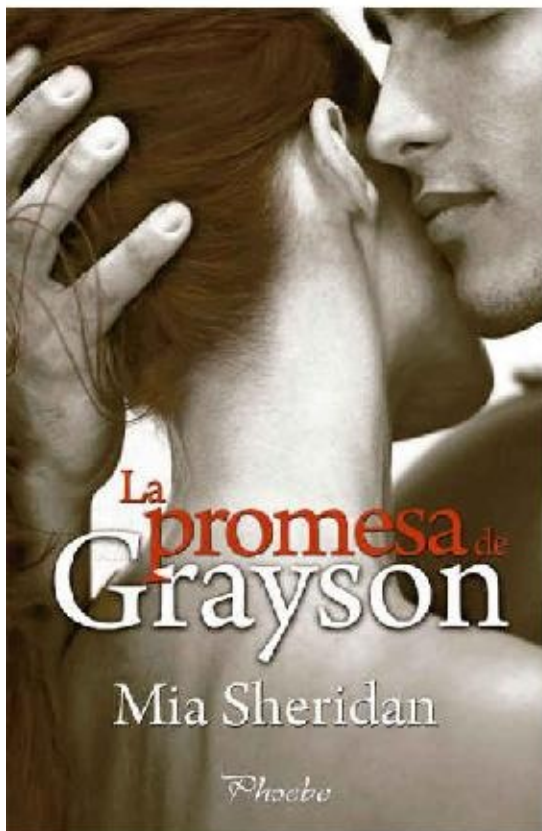
cosa que puede ofrecerles. Hasta que la conoce a ella...

Inesperadamente, las circunstancias los obligan a pasar varias horas juntos, y ocurre algo que los hace cambiar. Sin embargo, son dos personas que no deberían haberse conocido, que pertenecen a mundos distintos y no pueden luchar contra la realidad que envuelve sus vidas... O, por lo menos, no está escrito en el destino que lo hagan en el momento en que se encuentran...

Captura el código para leer el principio de *La decisión de Stinger*:



La promesa de Grayson



Kira Dallaire está desesperada, con poco dinero en el bolsillo y todavía menos opciones de conseguirlo. Grayson Hawthorn atraviesa una situación límite: al salir de prisión, se encuentra con que los viñedos de los que es propietario y que prometió a su padre sacar adelante están al borde de la ruina.

Cuando Kira aparece en el despacho de Grayson con una descabellada propuesta que podría resolver los problemas de ambos, a él no le queda más remedio que aceptar.

Sin embargo, lo que en principio parecía un matrimonio de conveniencia abocado al fracaso se convierte muy pronto en un choque de voluntades que dará pie a una incontenible pasión capaz de demostrar que algunas promesas deben romperse y que por otras vale la pena arriesgarlo todo..., hasta el corazón.

Captura el código para leer el principio de *La promesa de Grayson*:

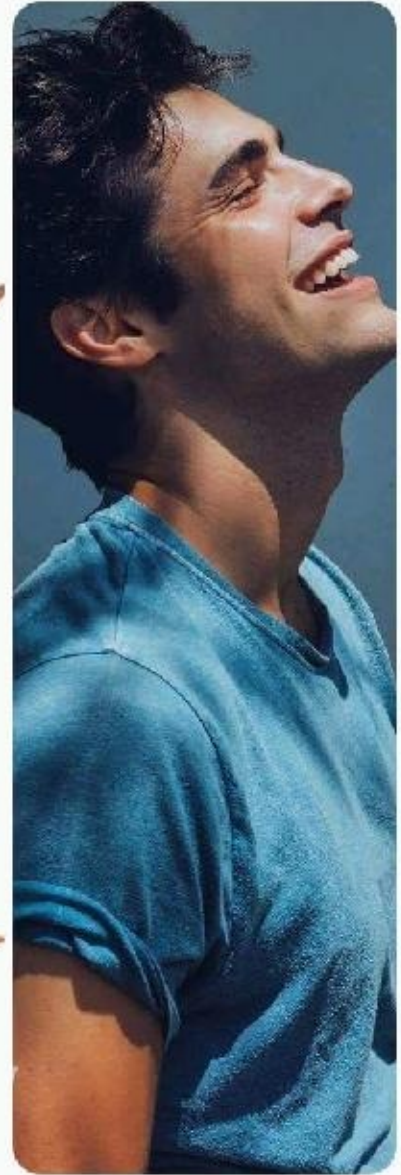


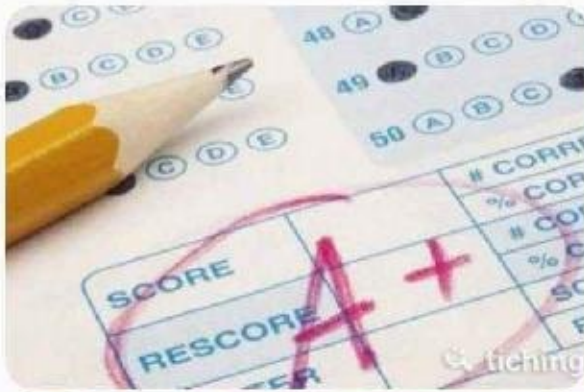
FANARTS

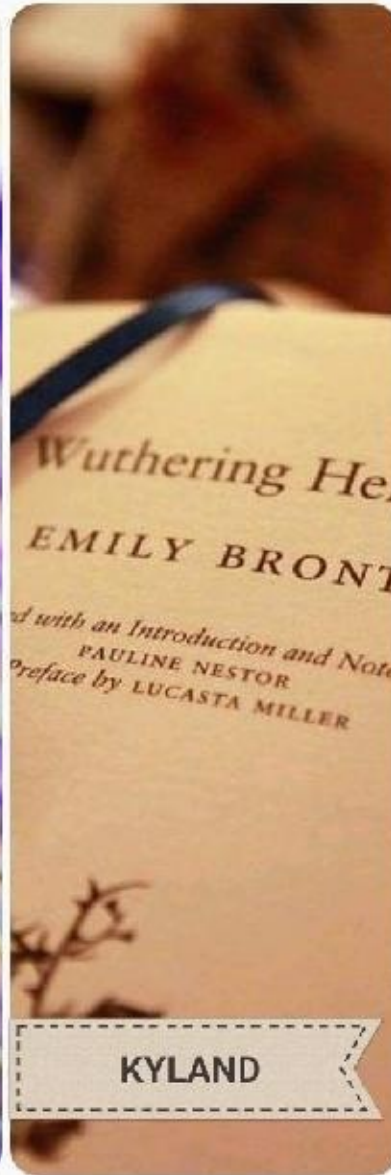


love
love
love

KYLAND

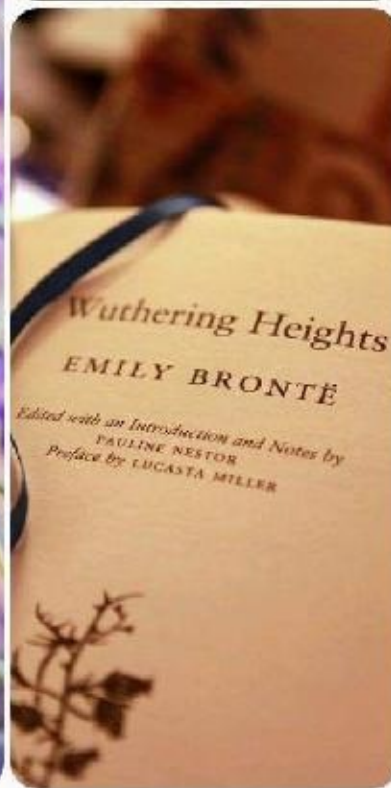
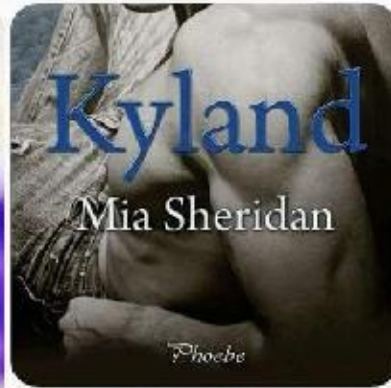


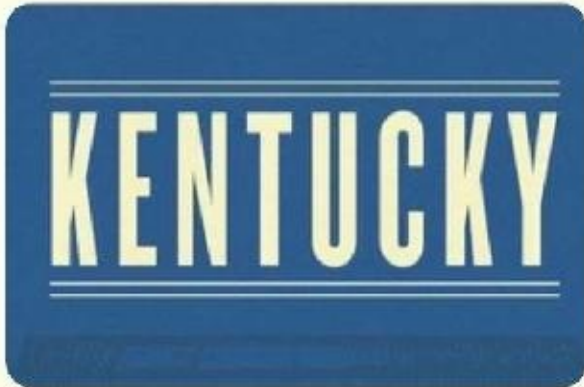


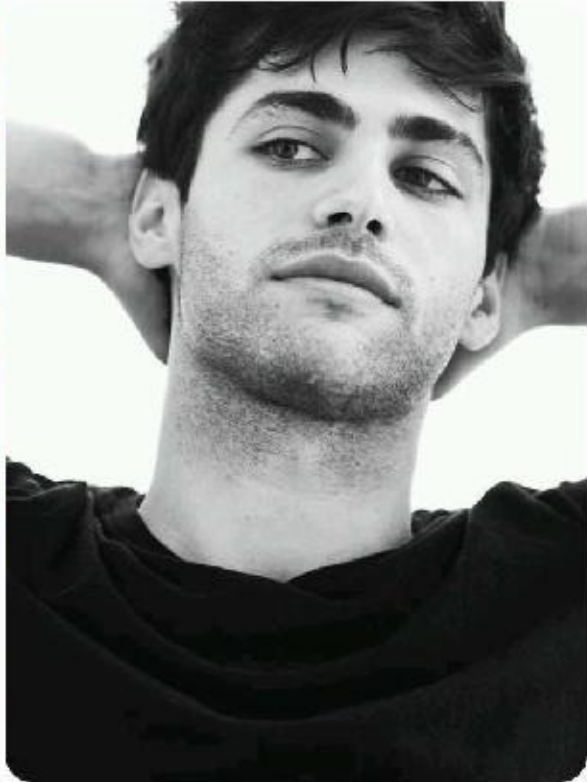


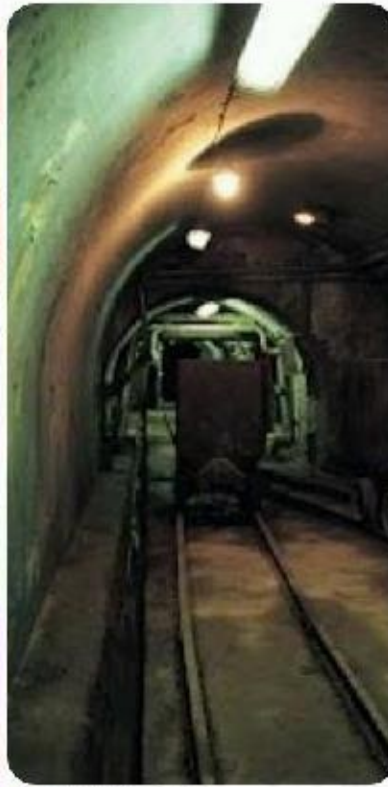
KYLAND











Kyland

